



UNA NOVELA DE
LA CASA DE LA NOCHE

INDÓMITA

P. C. CAST Y KRISTIN CAST

LA SERIE QUE TODOS LOS LECTORES DE LA SAGA
DE STEPHENIE MEYER YA HAN LEÍDO EN ESTADOS UNIDOS

Lectulandia

Zoey Redbird parece haberse convertido en la perfecta pringada. En una semana ha pasado de tener tres novios a cero, y de estar rodeada de un montón de amigos elegidos que confiaban en ella y la apoyaban a ser una marginada. Y hablando de amigas; de las dos que no la abandonan, una es una no muerta, y la otra no está marcada. Y Neferet le ha declarado la guerra a los humanos, cosa que Zoey sabe en lo más hondo de su corazón que está mal. Pero ¿acaso alguien va a hacerle caso? Al final del curso las aventuras de Zoey en la escuela de vampiros toman un rumbo salvaje y peligroso al poner a prueba las lealtades, sacar a la luz las verdaderas intenciones y despertar un antiguo mal en la fascinante cuarta novela de *La Casa de la Noche*.

Lectulandia

P. C. Cast & Kristin Cast

Indómita

La Casa de la Noche - 4

ePUB r1.0
nalasss 01.03.14

Título original: *Chosen*

P. C. Cast & Kristin Cast, 2008

Traducción: Isabel Blanco González

Diseño de cubierta: Cara E. Petrus & Erin M. Fiscus & Herman Estévez & Alonso Esteban & Dinamic Duo

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Dedicamos esta novela a los estudiantes de ayer y de hoy del instituto South Intermediate High School de Broken Arrow, Oklahoma. Gracias por vuestro entusiasmo, vuestro sentido del humor y vuestro apoyo durante toda la saga. ¡SISH es el mejor!

Y también a las damas de Tulsa Street Cats. ¡No son monjas, pero son como santas para los gatos!

Agradecimientos

Nos gustaría darle las gracias a nuestra maravillosa agente, Meredith Bernstein, sin la cual la saga de la Casa de la Noche no habría sido posible.

Mandamos un enorme «¡Os queremos!» a nuestro increíble grupo de St. Martin: Jennifer Weis, Anne Marie Tallberg, Matthew Shear, Carly Wilkins, Britney Kleinfelter, Katy Hershberger, Talia Ross y Michael Storrings. Es genial trabajar tan a gusto con un grupo de personas tan numeroso.

Gracias a las fans de la Casa de la Noche. ¡Nos encanta que haya gente como vosotros!

Y gracias a Tulsa Street Cats por su apoyo, su sentido del humor y su servicio a los gatos. Para descubrir más cosas acerca de ellos o para hacer donaciones, por favor, consultad la página www.streetcattulsa.org. ¡Kristin y yo adoramos Street Cats!



El ¡graz!, ¡graz!, graznido de un estúpido cuervo me mantuvo despierta toda la noche. (Bueno, más bien todo el día, porque ya sabéis que soy una vampira iniciada, y tenemos todo el asunto ese del día y la noche del revés). Sea como sea, no dormí nada anoche. Pero la chorrada esa de no dormir es lo de menos, porque la vida es realmente un asco cuando tus amigos se cabrean contigo. ¡Y mira que lo sabía! Soy Zoey Redbird, y ahora mismo soy, sin la menor discusión, la reina de Cabreolandia.

Perséfone, la enorme yegua alazana que puedo considerar mía mientras siga viviendo en la Casa de la Noche, estiró el cuello y rozó el hocico contra mi mejilla. Yo la besé muy suavemente y seguí cepillando su esbelto cuello. Acicalar a *Perséfone* siempre me ha ayudado a reflexionar y me ha hecho sentirme mejor. Y, sin lugar a dudas, ahora mismo necesito las dos cosas.

—Vale, me las he apañado para evitar la gran confrontación durante estos dos días, pero la cosa no puede seguir así —le dije yo a mi yegua—. Sí, ya sé que ahora mismo están todos juntitos en la cafetería, en plan *compis*, y que se han olvidado por completo de mí.

Perséfone soltó un bufido y siguió masticando heno.

—Sí, yo también pienso que se comportan como unos estúpidos. Desde luego es cierto que les mentí, pero en realidad fue más que nada por omisión. Sí, no les conté algunas cosas. Pero fue por su propio bien —continué yo que, acto seguido, suspiré.

Bueno, lo de no contarles que Stevie Rae estaba no muerta fue por su bien, pero el asuntillo de que yo estaba enrollada con Loren Blake, vampiro, poeta laureado y profesor de la Casa de la Noche, eso... es cierto, eso fue por mi propio bien.

—Pero aun así —seguí diciendo—; son demasiado duros conmigo.

Perséfone volvió a bufar. Y yo a suspirar. ¡Mierda! No podía seguir evitando a mis amigos por más tiempo.

Tras darle a la cariñosa yegua un último golpecito en el lomo, salí perezosamente del box hacia el almacén donde se guardan las guarniciones de los caballos para dejar la colección de cepillos que había estado utilizando durante una hora entera. Inhalé profundamente el olor a cuero y a caballo y dejé que la mezcla, tan tranquilizadora para mi gusto, me relajara los nervios. Al ver mi reflejo en el cristal de la ventana del almacén de guarniciones, automáticamente me pasé los dedos por el pelo. Parecía como si acabara de levantarme de la cama. Llevo marcada poco más de dos meses y desde entonces vivo en la Casa de la Noche como vampira iniciada, pero ya tengo mucha más cantidad de pelo y me ha crecido bastante más de lo normal. Y este espectacular pelo no es más que una de las transformaciones que tienen lugar en mi

cuerpo. Algunas de esas transformaciones son invisibles, como el hecho de que tenga afinidad por los cinco elementos. Otras, en cambio, son pero que muy visibles. Por ejemplo, los tatuajes de color zafiro que enmarcan mi rostro con exóticas e intrincadas espirales y que luego, a diferencia de los del resto de iniciados y de vampiros adultos, se extienden por el cuello y los hombros, a lo largo de toda la espina dorsal y, desde hace muy poco también, alrededor de la cintura. Aunque eso último lo sabemos solo mi gata *Nala*, nuestra diosa Nyx y yo.

Porque, ¿a quién más podría enseñárselo?

—Bueno, antes tenías no uno, sino tres novios —me dije a mí misma en voz alta, mientras contemplaba el reflejo de mi oscura mirada y de mi cínica sonrisa en el cristal—, pero de eso ya te has encargado tú, ¿verdad? Ahora no solo no te queda ningún novio, sino que además nadie volverá jamás a confiar en ti por lo menos en un millón de años, calculo yo.

Vale, excepto Aphrodite, que se murió de miedo y salió pitando de la escuela hace dos días porque puede que, de repente, se haya vuelto otra vez humana; y Stevie Rae, que se fue corriendo detrás de ella porque es muy posible que fuera la causante de la rehumanización de Aphrodite el día en que yo invoqué el círculo y la transformé de espeluznante chica muerta no muerta en la chica de siempre pero, además, con un extraño tatuaje rojo.

—Sea como sea —continué diciendo yo en voz alta—, te las has arreglado para cabrear a todos los que se han cruzado en tu vida. ¡Bien hecho!

En realidad el labio había comenzado a temblarme y sentía el ardor de las lágrimas a punto de salir. Pero no. Berrear hasta ponerme los ojos rojos no serviría de nada. Quiero decir que, en serio: de haber servido verdaderamente para algo, mis amigos y yo nos habríamos dado un beso y habríamos hecho las paces hace ya días. (Vale, lo del beso no va en sentido literal). Pero bueno, al final tendría que enfrentarme a ellos y tratar de enderezar las cosas.

Aquella noche de finales de diciembre era fría y estaba ligeramente nublada. Las farolas de gas alineadas a lo largo de la acera desde el establo y la residencia de estudiantes hasta el edificio principal de la escuela brillaban con un precioso halo de luz amarilla de aspecto antiguo. De hecho, todo el campus de la Casa de la Noche estaba espléndido: siempre me daba la impresión de que todo aquello pertenecía al mundo de la leyenda del rey Arturo más que al siglo veintiuno. Y a mí siempre me había encantado estar allí, me recordé a mí misma. Era mi hogar, el lugar al que sentía que pertenecía. Arreglaría las cosas con mis amigos y todo volvería a ser como antes.

Me estaba mordiendo el labio, pensando en exactamente cómo iba a encarrilar las cosas con los míos, cuando de repente un extraño ruido interrumpió el hilo de mi pensamiento. Era un ruido extraño: tenía algo que me produjo un escalofrío en toda la

espalda. Alcé la vista. No vi nada cerca, aparte de la oscuridad, el cielo y las ramas desnudas de los enormes robles a lo largo de la acera. Por un instante me estremecí y sentí un frío de ultratumba; era como si la dulce y nublada noche se hubiera transformado en una noche negra y malévola.

Un momento: ¿«negra y malévola»? ¡Pero eso era una estupidez! Lo que había oído no podía ser más siniestro que el soplo del viento entre los árboles. ¡Jolines, sí que se me iba la olla!

Hice un gesto en silencio para mí misma y seguí caminando, pero no había dado ni dos pasos cuando volvió a ocurrir. El extraño ruido que se produjo justo encima de mí, de hecho, sacudió de tal modo el aire que sentí una especie de golpe de viento en la piel. El aire que me había azotado parecía estar diez grados más frío que el resto. Alcé automáticamente la mano creyendo que sería un murciélago, una araña o cualquier cosa escalofriante de esas.

No toqué nada en absoluto y, sin embargo, fue una nada gélida que me cortó y me hizo daño. Muerta de miedo, grité y me llevé la mano al pecho. Por un momento no supe qué hacer; tenía el cuerpo entumecido de puro terror. El ruido era cada vez más alto y el frío cada vez más intenso, pero por fin conseguí moverme. Agaché la cabeza e hice lo único que se me ocurrió: correr hasta la puerta de entrada a la escuela más próxima.

Entré, cerré deprisa y, sin dejar de jadear, me di la vuelta para mirar por la ventana arqueada que había en el centro de la gruesa puerta de madera. La noche se transformaba y giraba ante mi vista como pintura negra que goteara de una página oscura. Aun así, en mi interior quedaba un terrible sentimiento de miedo y de frío. ¿Qué estaba ocurriendo? Casi sin darme cuenta de lo que hacía, susurré:

—¡Fuego, ven a mí! ¡Necesito tu calor!

El elemento respondió al instante. Calentó el aire a mi alrededor con el sereno ardor del corazón del fuego. Yo seguía mirando por la ventana y apretando las palmas de las manos contra la madera áspera de la puerta.

—Ahí fuera —murmuré—. ¡Envía tu calor ahí fuera también!

Con un silbido, el calor pasó de mí, a través de la puerta, hacia fuera. Entonces se produjo una especie de siseo: como si se levantara vapor de agua del hielo seco. La niebla giró, espesa y turbia, y me produjo un mareo y un vértigo que me dio náuseas, pero por fin la extraña oscuridad comenzó a evaporarse. El calor venció al frío y, con la misma rapidez con la que todo había comenzado, la noche volvió a tornarse tranquila y silenciosa.

¿Qué había ocurrido?

Me picaba la mano, así que bajé la vista desde la ventana. Observé el dorso: lo tenía todo lleno de cortes, como si alguien hubiera estado arañándome con unas garras o unas zarpas. Me rasqué con furia las marcas rojas, que me picaban igual que

si me hubieran marcado al fuego.

Entonces tuve un fuerte y sobrecogedor presentimiento, y supe con el sexto sentido que me había otorgado la diosa que no debía estar allí sola. El frío que había teñido la noche, la cosa fantasmal que me había perseguido hasta el interior de la escuela y que me había arañado la mano inundaba mi alma en ese momento con un terrible presagio, y por primera vez en mucho tiempo estaba verdadera y completamente aterrada. No por mis amigos. Ni por mi abuela o por mi ex novio humano. Ni siquiera por mi madre, que seguía tan alejada de mí. Por quien tenía miedo era por mí. No solo deseaba la compañía de mis amigos: la necesitaba.

Así que, sin dejar de restregarme la mano, obligué a mis piernas a moverse. Porque en aquel momento supe, sin ningún género de duda, que prefería enfrentarme al dolor y a la desilusión que pudieran provocarme mis amigos que a cualquier cosa negra que pudiera esperarme al amparo de la noche.

Por un segundo vacilé junto a las puertas abiertas del comedor (también llamado «cafetería»), repleto en ese momento; me quedé contemplando lo felices que parecían todos allí charlando, y me sentí casi abrumada por el deseo repentino de ser un simple iniciado cualquiera como ellos, de no tener mis extraordinarias habilidades ni las responsabilidades que conllevan. Por un segundo deseé con tal intensidad ser normal que me costó respirar.

Pero entonces sentí el suave roce del viento sobre la piel, que pareció calentarme con el fuego de una llama invisible. Capté un soplo del océano, aunque sin lugar a dudas no hay ningún mar cerca de Tulsa, Oklahoma. Oí el canto de un pájaro y la fragancia de la hierba recién cortada. Y mi espíritu tembló con silencioso júbilo interior al reconocer el poderoso don de la afinidad con cada uno de los elementos que me había otorgado la diosa: el don de la afinidad con el aire, el fuego, el agua, la tierra y el espíritu.

Yo no era normal. No era como los demás, ya fueran iniciados o vampiros, y era un error desear ser otra cosa. Y mi ser no normal me ordenaba que entrara en el comedor y tratara de hacer las paces con mis amigos. Estiré la espalda y los busqué con la mirada por la cafetería, con los ojos libres de cualquier expresión de autocompasión. Enseguida encontré a mi grupo de amigos íntimos, sentados en nuestro banco de siempre.

Respiré hondo y atravesé a toda prisa el sitio. Asentí y sonreí en dirección a los chicos que me saludaban al verme pasar. Noté que todo el mundo reaccionaba ante mi presencia con la mezcla de respeto y temor de siempre, lo cual significaba que mis amigos no habían estado hablando mal de mí por ahí. Y significaba también que Neferet no se había lanzado a un ataque frontal y abierto contra mí. Todavía.

Cogí una ensalada y un refresco de cola y, aferrándome a la bandeja con tales

nervios que se me pusieron los nudillos blancos, me dirigí directamente a nuestra mesa y tomé asiento en mi sitio de siempre, al lado de Damien.

Al principio nadie me miró, pero la charla que mantenían perdió toda su espontaneidad al instante, que es una cosa que yo detesto. Quiero decir que, ¿qué puede haber más horrible que acercarte a los que supuestamente son tus amigos y ver que se callan de repente de manera que queda claro que estaban hablando de ti? ¡Aj!

—Hola —dije yo en lugar de salir corriendo o romper a llorar, que es lo que había querido hacer.

Nadie respondió.

—Bueno, ¿qué pasa? —pregunté, mirando a Damien.

Por supuesto, yo sabía que mi amigo era el punto más débil de la cadena de silencio que habían pactado para no dirigirme la palabra.

Desgraciadamente, fueron las gemelas las que contestaron, y no mi amigo Damien que, al ser homosexual, es más atento y sensible.

—Ni una mierda, ¿no es eso, gemela? —dijo Shaunee.

—Exacto, gemela, no pasa ni una mierda. Porque no se nos puede contar ni una mierda —respondió Erin—. Gemela, ¿sabías que no somos de fiar?

—No lo he sabido hasta hace muy poco, gemela. ¿Y tú? —preguntó Shaunee.

—Yo tampoco lo he sabido hasta hace nada —terminó Erin.

Bueno, la verdad es que las gemelas no son exactamente gemelas. Shaunee Cole es de origen jamaicano, con la piel del color del caramelo, y creció en la Costa Este. Erin Bates es una preciosa rubia nacida en Tulsa. Se conocieron después de ser marcadas y mudarse a la Casa de la Noche exactamente el mismo día. Y conectaron al instante: es como si la genética y la geografía jamás hubieran tenido la menor importancia. Literalmente hablando, la una termina la frase de la otra. Y en ese momento ambas me miraban con idéntica expresión enfurruñada y suspicaz.

¡Demonios!, esa actitud ya me estaba cansando.

Me ponía enferma. Cierto, me había guardado secretos que no les había contado. Y sí, les había mentado. Pero era porque me había visto obligada a hacerlo. Bueno, en su mayor parte. Pero su actitud de santurronas me estaba poniendo de los nervios.

—Gracias por ese comentario tan encantador, pero en realidad se lo preguntaba a alguien que no necesita contestar en versión estéreo, al estilo de la odiosa Blair de *Gossip Girl* —respondí yo. Aparté la vista de ellas y la dirigí directamente a Damien, a pesar de que podía oírlas aspirar el aire y contener el aliento, dispuestas a soltar algo que esperaba que lamentaran algún día—. Bueno, en realidad lo que quería preguntarte es si has notado algo raro últimamente por ahí fuera; algo aterrador, como un fantasma o una especie de sacudida extraña. ¿Qué?, ¿has notado algo, o no?

Damien es un chico alto y mono de verdad, con un cuerpo estupendo y unos ojos marrones cálidos y expresivos que, en ese momento, sin embargo, demostraban

desconfianza y mucha frialdad.

—¿Una especie de sacudida fantasmal? —repitió él—. Lo siento, pero no tengo ni idea de qué estás hablando.

El corazón se me encogió en un puño ante su tono de voz helado, pero me dije que al menos había contestado a mi pregunta.

—Algo me ha atacado, por decirlo de algún modo, de camino aquí desde los establos. En realidad no he visto nada, pero estaba frío y me ha hecho un enorme corte en la mano.

Alcé la mano para enseñarle el corte, pero no quedaba nada.

Genial.

Shaunee y Erin soltaron cada una un bufido al mismo tiempo. Damien esbozó una expresión muy, muy triste. Yo abrí la boca para explicarles que solo unos segundos antes tenía un corte en la mano, pero entonces Jack llegó corriendo.

—¡Eh, hola! Siento llegar tarde, pero al ir a ponerme la camisa me he encontrado con una mancha gigantesca. ¿Os lo podéis creer? —dijo Jack a toda prisa y con la bandeja de la comida en la mano, mientras se sentaba en su sitio, al otro lado de Damien.

—¿Una mancha? ¿No será en la preciosa camisa azul de manga larga de Armani que te regalé por Navidad, verdad? —preguntó Damien al tiempo que se echaba a un lado para hacerle sitio a su novio.

—¡*Ohdiosmío*, no! Jamás me he manchado esa camisa con nada. La adoro, y no... —continuó Jack, que comenzó a tartamudear y finalmente se interrumpió al desviar la vista de Damien a mí. Luego tragó y por último añadió—: Eh... ah... hola, Zoey.

—Hola, Jack —contesté yo con una sonrisa.

Jack y Damien salen juntos. Sí, son gais. Pero a mis amigos y a mí, y a cualquiera que no sea ni estrecho de miras ni esté lleno de prejuicios, nos parece bien.

—No esperaba verte —continuó Jack balbuceando—. Creía que aún estabas... eh... bueno...

La voz de Jack se desvaneció. Parecía sentirse muy incómodo, y se puso muy colorado.

—¿Creías que aún seguía escondida en mi dormitorio? —dije yo, terminando la frase por él.

Jack asintió.

—Pues no —negué yo con firmeza—. Eso ya se acabó.

—Bueno, pues... —comenzó a decir Erin.

Pero antes de que Shaunee pudiera entrar en escena para coincidir con ella, como era habitual, se oyó una risa sexi y descarada a nuestra espalda, procedente del pasillo, y todo el mundo se giró y se quedó mirando en esa dirección con la boca

abierta.

Aphrodite entró en la cafetería, riéndose nerviosamente y coqueteando con Darius, un guerrero de los Hijos de Érebo más jóvenes y sexis que custodiaban la Casa de la Noche. Al ver que todos la miraban, nos ofreció el espectáculo de una de sus excelentes sacudidas de melena. Siempre se le había dado bien hacer varias cosas al mismo tiempo, pero yo me quedé absolutamente impresionada ante lo natural, lo molona y lo tranquila que parecía. Dos días antes casi se había muerto y había salido disparada, completamente aterrada, porque la luna creciente de color zafiro que aparece en la frente de todos los iniciados para señalar el comienzo de la transformación que acabará convirtiéndolos en vampiros o matándolos había desaparecido.

Lo cual significaba que, de algún modo, Aphrodite volvía a ser humana.



Vale, yo creía que se había vuelto humana, pero incluso desde mi sitio pude ver que Aphrodite volvía a tener otra vez la marca. Sus ojos, de un azul helado, peinaron toda la cafetería mientras esbozaba una risita engreída en dirección a los chicos que la observaban hasta que, por fin, volvió de nuevo la atención hacia Darius, sobre cuyo enorme pecho de guerrero mantenía posada una mano.

—¡Has sido tan encantadoramente amable conmigo al acompañarme hasta el comedor! Tienes razón. No debería haber tardado tanto en venir, no debería haber alargado mis vacaciones. Con la locura que se respira por todas partes lo mejor es estar en el campus, que es donde estamos más protegidos. Y ya que dices que tú mismo vas a custodiar la puerta de la residencia de las chicas, sin duda es el lugar más seguro y más atractivo donde quedarse.

Más que hablar con Darius, Aphrodite prácticamente ronroneaba. ¡Demonios!, esa chica era apestosa. De no haberme quedado tan sorprendida por el hecho de verla, habría comenzado a hacer como que tosía. Fuerte. Y de forma que se notara.

—Debo volver a mi puesto. Buenas noches, señorita —contestó Darius, que se inclinó profundamente ante ella, lo cual le hizo parecer uno de esos caballeros apuestos y románticos de otros tiempos, solo que sin el caballo y la brillante armadura—. Ha sido un placer servirte.

Darius sonrió una última vez en dirección a Aphrodite antes de girarse elegantemente sobre los talones y abandonar el lugar.

—Y yo apuesto a que sería un placer hacerte un servicio a ti —dijo Aphrodite con su voz más asquerosa, una vez que él ya no podía oírla.

Aphrodite se giró hacia el comedor, donde todos estábamos en silencio, boquiabiertos. Alzó una ceja perfectamente depilada y soltó una de sus risitas patentadas para el público en general.

—¿Qué? Parece como si no hubierais visto a nadie guapo jamás. ¡Demonios!, pero si solo me he marchado un par de días. Vuestra memoria a corto plazo anda un poco mal. ¿Es que no os acordáis de mí? Soy la bella hija de puta a la que os encanta detestar —dijo Aphrodite. Al ver que nadie decía nada, giró los ojos en sus órbitas y añadió—: Vale, no importa.

Aphrodite se giró en dirección a la barra donde estaban las ensaladas y comenzó a servirse. El silencio contenido por fin se rompió: los chicos le hicieron unas cuantas burlas y, por último, cada cual volvió con cierto desdén a sus cosas.

Para los que no la conocen, estoy segura de que Aphrodite tenía el mismo aspecto arrogante de siempre. Pero yo sí podía percibir lo nerviosa y lo tensa que estaba en

realidad. ¡Demonios!, yo incluso comprendía exactamente cómo se sentía, porque minutos antes acababa de pasar por la misma prueba. De hecho, en ese preciso instante me encontraba atrapada en la misma situación que ella.

—Creía que había vuelto a ser humana —dijo Damien entre dientes, para todos en general—. Pero tiene la marca otra vez.

—Los caminos de Nyx son misteriosos —sentencié yo, aprovechando la oportunidad para tratar de parecer una vez más una sabia alta sacerdotisa en período de preparación.

—Pues a mí me parece que los caminos de Nyx son otra palabra que también empieza por m, gemela —comentó Erin—. A ver si adivinas.

—¿Una maraña mayúscula? —sugirió Shaunee.

—Exacto —respondió Erin.

—Eso son tres palabras —sentenció Damien.

—¡No seas tan pedante, jolín! —lo amonestó Shaunee—. Además, lo principal es que Aphrodite es una bruja, y esperábamos que Nyx le diera la patada de una vez cuando le desapareció la marca.

—¡Más que esperar lo estábamos seguras, gemela! —la corrigió Erin.

Todos se quedaron mirando a Aphrodite. Yo traté de tragarme el bocado de ensalada. Porque el asunto es este: Aphrodite era antes la iniciada más admirada, más poderosa y más zorra de la Casa de la Noche. Hasta que se le atravesó a la alta sacerdotisa Neferet, que desde entonces la ha marginado y la ha dejado reducida simplemente a la iniciada más zorra de la Casa de la Noche.

Por supuesto, extrañamente (vamos, lo típico en mí), ella y yo hemos llegado a ser una especie de, digamos, amigas. O, al menos, aliadas. Aunque tampoco es que queramos que las masas se enteren. No obstante yo me había preocupado mucho por ella cuando desapareció, a pesar de que Stevie Rae se lanzó en su persecución. Quiero decir que, durante esos dos días, no había tenido noticias de ninguna de las dos.

Naturalmente, el resto de mis amigos la detestaban. Es decir: Damien, Jack y las gemelas. Así que decir que se sorprendieron y molestaron al ver que Aphrodite venía directamente a nuestra mesa y se sentaba a mi lado es un eufemismo aún mayor que decir que cuando el caballero de la *pelí* de Indiana Jones dice «Eligió... mal» al ver que el malo coge el cáliz que no es, bebe y se desintegra.

—No es de buena educación quedarse mirando, incluso aunque sea a una persona tan guapa como *moi* —comentó Aphrodite antes de dar un solo bocado de ensalada.

—¿Qué demonios estás haciendo, Aphrodite? —preguntó Erin.

Aphrodite tragó y parpadeó con fingida inocencia en dirección a Erin antes de responder con dulzura:

—Comer, so estúpida.

—Esta es una zona no apta para zorras —afirmó Shaunee, quien por fin había recuperado el habla.

—Sí, lo pone aquí detrás —la apoyó Erin, al tiempo que señalaba un supuesto cartel en el respaldo del banco.

—Detesto tener que repetir algo que ya he dicho antes, pero en esta ocasión voy a hacer una excepción. Así que lo digo otra vez: sois unas gemelerdas.

—¡Se acabó! —dijo Erin, que apenas era capaz de mantener un tono de voz normal—. ¡Mi gemela y yo vamos a quitarte el maldito tatuaje de la frente a golpes!

—¡Sí, a ver si esta vez se te va para siempre! —añadió Shaunee.

—¡Basta! —exclamé yo.

Las gemelas me miraron de soslayo y con cara de asco, y yo sentí que se me encogía el estómago. ¿De verdad me detestaban tanto como parecía? Solo de pensarlo se me partía el corazón, pero alcé la barbilla y las miré directamente a los ojos. Si completaba el cambio y me convertía en vampiro, algún día llegaría a ser su alta sacerdotisa, y por eso precisamente más les valía empezar a escucharme.

—Ya hemos hablado de este tema. Aphrodite ahora forma parte de las Hijas Oscuras. Y forma parte también de nuestro círculo, porque tiene afinidad por el elemento tierra.

Por un instante, vacilé. Me preguntaba si Aphrodite seguía teniendo esa afinidad o si la habría perdido al pasar de iniciada a humana y después, otra vez, según parecía, de nuevo a iniciada. Pero la historia era demasiado complicada, así que me apresuré a continuar:

—Y vosotros sabéis, chicos, que estuvisteis de acuerdo en aceptarla en esa posición sin utilizar ni insultos, ni motes, ni comentarios malévolos.

Las gemelas no contestaron nada pero Damien, que estaba sentado a mi lado, sí que hizo un comentario con una voz fría e inexpresiva muy poco propia de él:

—Estuvimos de acuerdo en aceptarla en el círculo, pero no en ser amigos suyos.

—Yo no he dicho que quiera ser amiga vuestra —intervino Aphrodite.

—¡Lo mismo digo, puta! —soltaron las gemelas a la vez.

—Vale, vosotras mismas —contestó Aphrodite haciendo ademán de levantarse de la mesa y coger su bandeja para marcharse.

Yo abrí la boca para decirle a Aphrodite que se sentara y a las gemelas que se callaran, pero entonces se oyó un extraño ruido procedente del pasillo.

—¿Qué demonios es...? —comencé a preguntar yo.

No había terminado de formular la pregunta cuando vimos entrar corriendo en la cafetería al menos a una docena de gatos, siseando y escupiendo como locos.

Cierto, en la Casa de la Noche siempre hay gatos por todas partes. En sentido literal. Nos siguen a todas partes, duermen con nosotros y, en el caso de mi gata *Nala*, se pasan la vida quejándose ante el iniciado al que ellos mismos han elegido. Una de

las cosas más molonas que hemos aprendido en la clase de sociología vampírica es que los gatos siempre han sido amigos de los vampiros. Y eso significa que todos estamos acostumbrados a verlos en general por todas partes. Pero yo jamás los había visto comportarse de un modo tan raro.

El enorme gato macho gris de las gemelas, *Belcebú*, dio un salto y se sentó justo en medio de las dos. Se había hinchado al doble de su tamaño, ya de por sí enorme. Se quedó mirando fijamente el pasillo, pero sus ojos eran solo dos estrechas ranuras de color ámbar y expresión enfurruñada.

—*Belcebú*, cariño, ¿qué pasa? —le preguntó Erin, tratando de tranquilizarlo.

Nala brincó sobre mi regazo. Puso las patitas delanteras blancas sobre mi hombro y soltó un maullido de terror propio de una psicótica sin dejar de mirar hacia la puerta. El caótico ruido procedente del pasillo no cesaba.

—¡Eh! —exclamó Jack—, ya sé qué es ese ruido.

A mí también se me ocurrió una idea exactamente al mismo tiempo.

—¡Es el ladrido de un perro! —dije yo.

Entonces un animal que parecía más un enorme oso amarillo que un perro entró corriendo en la cafetería. Lo seguía de cerca un chico al que, a su vez, le seguían unos cuantos profesores con aspecto de estar exhaustos, cosa que no es nada corriente en la escuela. Entre ellos estaban el maestro de esgrima, Dragon Lankford, la profesora de equitación, Lenobia, y unos cuantos guerreros de los Hijos de Érebo.

—¡Te tengo! —gritó el chico en cuanto alcanzó al perro, tras derrapar e ir a parar cerca de nuestra mesa.

El chico se lanzó sobre el perro y sujetó a la bestia ladradora del collar (y entonces yo noté que era un collar de piel, de color rosa, con pinchos de metal plateado adornándolo alrededor). El chico enganchó la correa al collar y, en ese preciso instante, el oso dejó de ladrar, posó su enorme culo redondo en el suelo y se quedó mirándolo sin dejar de jadear.

—¡Muy bien, estupendo! Y ahora te vas a portar bien —oí musitar al chico en dirección al feliz perro.

Pero a pesar de que los ladridos habían cesado, los gatos que estaban en la cafetería seguían muertos de miedo. No dejaban de bufar a nuestro alrededor, de modo que sonaba como si se estuviera escapando el aire de la cámara de una rueda de bicicleta pinchada.

—¿Comprendes, James? Esto era lo que trataba de explicarte antes —le dijo Dragon Lankford al chico, sin dejar de mirar al perro con el ceño fruncido—. Sencillamente, ese animal no puede quedarse en la Casa de la Noche.

—Me llamo Stark, no James —le respondió el chico—. Y como trataba de explicarte antes yo a ti, la perra se queda conmigo. Es así. Si queréis que me quede, entonces ella también se queda. Viene conmigo.

Yo pensé que aquel chico perro nuevo era una persona poco corriente. No es que fuera abiertamente maleducado o irrespetuoso con Dragon, pero tampoco le hablaba con el respeto y, a veces, el evidente miedo con el que la inmensa mayoría de los iniciados, sobre todo los recién marcados, hablaban a los vampiros. Examiné el dibujo de su camiseta de Pink Floyd: un clásico. No llevaba ninguna insignia, así que no podía hacerme una idea de en qué curso estaba o cuánto tiempo llevaba marcado.

—Pero, Stark —estaba diciendo en ese momento Lenobia que, evidentemente, trataba de razonar con el chico—, es imposible integrar a un perro en este campus. Ya ves hasta qué punto perturba a los gatos.

—Se acostumbrarán a su presencia. En la Casa de la Noche de Chicago se acostumbraron. Por lo general, mi perra no suele dedicarse a perseguir a los gatos, pero es que ese gato gris de ahí se lo ha buscado, con tanto siseo y tanto arañar.

—¡Oh, oh! —exclamó Damien con un susurro.

A mí no me hizo falta mirar: intuía que las gemelas se habían hinchado tanto como su gato gris.

—¡Cielos!, ¿qué es ese ruido? —preguntó Neferet, entrando en el comedor rebosante de belleza, de poder y de confianza en sí misma.

Yo observé al chico nuevo abrir inmensamente los ojos al captar todo su esplendor. ¡Qué harta estaba de que todo el mundo cayera automáticamente rendido a sus pies, como estúpidos, al ver por primera vez a nuestra alta sacerdotisa y mi némesis, Neferet!

—Neferet, lamento esta interrupción —se disculpó Dragon mientras se llevaba el puño al pecho e inclinaba respetuosamente la cabeza—. Este es mi nuevo iniciado. Acaba de llegar hace unos minutos.

—Bien, eso explica la presencia de este iniciado aquí. Pero no explica la presencia de esta cosa —contestó Neferet al tiempo que señalaba al perro, que no dejaba de jadear.

—La perra viene conmigo —dijo el chico.

Neferet desvió los ojos del color del musgo hacia él, y entonces el chico imitó el saludo y la inclinación de Dragon. Cuando se enderezó, yo me quedé de piedra al ver que el chico sonreía a medias con un gesto que resultaba bastante impertinente.

—Es mi versión personal de un gato.

—¿En serio? —preguntó Neferet alzando una sola ceja, delgada y castaña—. Pues parece más bien un oso.

¡Ja! Así que yo no me había excedido en la descripción.

—Bueno, sacerdotisa, es que es una perra labradora, pero no eres la primera persona que nota el parecido con un oso. Las patas, desde luego, las tiene tan grandes como las de un oso. Mira.

Incrédula, observé cómo el chico le daba la espalda por completo a Neferet para

decirle a su perra:

—¡Choca esos cinco, *Duch*!

La perra levantó decidida y obedientemente la enorme pata y la dejó caer sobre la mano de Stark.

—¡Buena chica! —exclamó Stark, que enseguida se lanzó a acariciarle y enredarle las enormes orejas colgantes.

Está bien, tengo que admitirlo. El truco era estupendo.

El chico se giró de nuevo hacia Neferet.

—Perro u oso, ella y yo hemos estado juntos desde que fui marcado hace cuatro años, así que para mí es como si fuera mi gato.

—¿Un perro labrador, tu gato? —preguntó Neferet, rodeando teatralmente a la perra, como si estuviera examinándola—. ¡Pero si es enorme!

—Bueno, sí, *Duch* siempre ha sido una chica grandota, sacerdotisa.

—¿*Duch*?, ¿es así como se llama?

El chico asintió y sonrió, y aunque era un estudiante de sexto, volvió a sorprenderme la naturalidad con la que le hablaba a un vampiro adulto, y más a uno tan poderoso como nuestra alta sacerdotisa.

—Es el diminutivo de *Duchess*, «Duquesa».

Neferet miró alternativamente a la perra y al chico, y luego frunció el ceño.

—¿Y cómo te llamas tú, chico?

—Stark —dijo él.

Yo me pregunté si alguien más veía como Neferet apretaba la mandíbula.

—¿James Stark? —preguntó Neferet.

—Hace meses que dejé de usar mi nombre de pila. Ahora me llamo solo Stark —contestó el chico.

Neferet no le hizo caso. Se giró hacia Dragon y dijo:

—¿Es él el chico que esperábamos que nos transfirieran desde la Casa de la Noche de Chicago?

—Sí, sacerdotisa —contestó Dragon.

Al girar Neferet la cara de nuevo hacia Stark, yo vi que esbozaba una sonrisa calculadora casi imperceptible.

—He oído hablar mucho de ti, Stark. Tú y yo tendremos una larga conversación muy pronto —dijo Neferet que, acto seguido, sin apartar los ojos del chico, le ordenó a Dragon—: Asegúrate de que Stark tiene acceso a todo tipo de arcos durante las veinticuatro horas del día.

Vi cómo el cuerpo de Stark se estremecía muy brevemente. Y resultó evidente que Neferet también lo había visto, porque su sonrisa se amplió y dijo:

—Ya ves que la reputación de tu talento te precede, Stark. No quiero que pierdas ni un minuto de práctica solo por el hecho de que hayas cambiado de escuela.

Por primera vez Stark pareció sentirse incómodo. De hecho, era algo más que eso. Al mencionar Neferet el arco, la expresión de su rostro se transformó: dejó de ser un chico mono y un tanto sarcástico para pasar a ser un tipo frío y casi malévolos.

—Advertí antes del traslado que no quería volver a competir —dijo Stark con una voz tan débil y alicaída, que sus palabras apenas llegaron a nuestra mesa—. Y cambiar de escuela no va a alterar eso.

—¿Competir?, ¿te refieres a esa estúpida competición de arco que se celebra entre las distintas Casas de la Noche? —preguntó Neferet, que acto seguido soltó una carcajada que me puso la carne de gallina—. A mí no me importa si compites o no. Pero recuerda bien esto: yo soy aquí la portavoz de Nyx, y creo que es importante que no desperdicies el talento que ella te ha otorgado. Nunca se sabe cuándo Nyx va a requerir tus servicios. Aunque, desde luego, no será para ganar un premio inútil.

El estómago me dio un vuelco. Yo sabía que Neferet estaba hablando de su guerra contra los humanos. Pero Stark, que no tenía ni idea, pareció sentirse aliviado de no tener que volver a competir y volvió a adoptar una actitud indiferente, teñida de una ligera impertinencia.

—Muy bien. Me gusta practicar, sacerdotisa —contestó él.

—Neferet, ¿qué quieres que hagamos con la... eh... con la perra? —preguntó Dragon.

Neferet hizo una pausa por un momento y se agachó ante la labradora amarilla. La perra enderezó las enormes orejas hacia delante, alzó la nariz y olisqueó con evidente curiosidad la mano de la sacerdotisa. En el banco, frente a mí, *Belcebú* silbó amenazador. *Nala* gruñó con voz grave, con la garganta. Neferet alzó la vista y entonces nuestras miradas se encontraron.

Yo traté de mantener una expresión indiferente, pero no sé si lo conseguí. Hacía dos días que no la veía: desde la noche en que ella me siguió fuera del auditorio, tras anunciar que quería comenzar la guerra contra los humanos en venganza por la muerte de Loren. Naturalmente, discutimos. Ella había sido la amante de Loren. Y yo también, aunque eso no tenía importancia. Loren jamás me había amado. Neferet lo había arreglado todo entre él y yo, y ella sabía que yo lo sabía. Y además Neferet sabía que Nyx no aprobaba lo que estaba haciendo, y que yo también estaba enterada.

La verdad es que Neferet me había hecho mucho daño, y yo la odiaba casi tanto como la temía. Pero, a pesar de todo, yo esperaba que ella no me notara nada. Nuestra alta sacerdotisa se acercó paseando orgullosamente hasta nuestra mesa. Con un leve gesto de la mano le indicó a Stark y a la perra, atada con la correa, que la siguieran. El gato de las gemelas lanzó un largo silbido y después salió pitando. Yo comencé a darle frenéticos golpecitos a *Nala*, esperando que no perdiera por completo la cabeza al ver acercarse a la perra. Neferet se detuvo al llegar a nuestra mesa. Sus ojos se desviaron rápidamente de mí a Aphrodite y por último a Damien, sobre quien

quedaron clavados.

—Me alegro de que estés aquí, Damien. Quiero que le enseñes a Stark su habitación y que le muestres un poco los alrededores del campus.

—Lo haré encantado, Neferet —se apresuró a contestar Damien, a quien le brillaron los ojos cuando la sacerdotisa encendió su sonrisa de agradecimiento de cien vatios, dirigida únicamente a él.

—Dragon te ayudará con los detalles —añadió Neferet. Entonces desvió la vista hacia mí. Yo me preparé para lo peor—. Zoey, este es Stark. Stark, esta es Zoey Redbird, la líder de las Hijas Oscuras.

Stark y yo asentimos el uno en dirección al otro.

—Zoey, como alta sacerdotisa en período de preparación, dejo el asunto de la perra de Stark en tus manos. Confío en que alguna de las muchas habilidades que te ha otorgado Nyx te ayude a conseguir que *Duchess* se aclimate a la escuela —continuó diciendo Neferet, sin apartar sus gélidos ojos de mí.

Lo malo era que esos ojos decían algo muy distinto de lo que contaba su voz de caramelo. Decían: «Recuerda que soy yo quien manda aquí, y tú no eres más que una cría».

Yo rompí a propósito el contacto visual con ella y sonreí tensa en dirección a Stark, respondiendo:

—Estaré encantada de ayudarte a conseguir que la perra encaje aquí, Stark.

—Excelente. ¡Ah!, y Zoey, Damien, Shaunee y Erin —añadió Neferet, sonriendo en dirección a mis amigos que, a su vez, le sonrieron a ella como verdaderos lelos. Por supuesto, Neferet olvidó por completo mencionar siquiera a Aphrodite y a Jack—. He convocado una reunión especial del Consejo para esta noche a las diez y media. Ahora mismo son casi las diez —anunció, echándole un vistazo a su reloj de platino con incrustaciones de diamantes—, así que tendréis que terminar de cenar cuanto antes, porque espero que asistáis todos los prefectos también.

—¡Allí estaremos! —trinaron todos al unísono como ridículos polluelos recién nacidos.

—¡Ah!, Neferet, eso me recuerda que quería decirte una cosa —aproveché para añadir, alzando la voz de manera que me oyera todo el mundo en el comedor—. Aphrodite también vendrá con nosotros, porque ya que Nyx le ha concedido la afinidad con la tierra, nos hemos puesto todos de acuerdo en que ella forme parte del Consejo de Prefectos.

Contuve el aliento. Esperaba que mis amigos siguieran dándome su apoyo en esa decisión.

Por suerte, aparte del gruñido de *Nala* a *Duchess*, nadie dijo nada.

—Pero ¿cómo va a ser Aphrodite un prefecto, si ya ni siquiera es miembro de las Hijas Oscuras? —preguntó Neferet con frialdad.

Yo irradiaba inocencia.

—¿Es que se me había olvidado decírtelo? ¡Cuánto lo siento, Neferet! Ha debido de ser por todas las cosas horribles que han pasado en la escuela últimamente. Aphrodite ha vuelto a unirse a las Hijas Oscuras. Nos juró a mí y a Nyx que mantendría el nuevo código de conducta, y yo le permití que volviera a unirse a nosotros. Quiero decir que me pareció que eso sería lo que tú habrías querido: que ella volviera a ponerse del lado de nuestra diosa.

—Es cierto —confirmó Aphrodite con una sumisión muy poco propia de ella—. Estoy de acuerdo en acatar las nuevas reglas. Quiero enmendar mis errores.

Yo sabía que Neferet no podía rechazar a Aphrodite después de una declaración pública de buenas intenciones como esa, porque entonces parecería una persona mala y rencorosa, y las apariencias lo eran todo para ella.

La alta sacerdotisa sonrió para todo el comedor en general, sin mirarnos ni a Aphrodite ni a mí.

—¡Qué gran generosidad la de nuestra Zoey, al aceptar que Aphrodite vuelva al seno de las Hijas Oscuras! Sobre todo porque será a ella a quien haré responsable de la conducta de Aphrodite. Pero está visto que nuestra Zoey se encuentra muy cómoda cuando asume grandes responsabilidades —dijo Neferet, que entonces me lanzó tal mirada de odio, que se me cortó la respiración—. Ten cuidado, no vaya a ser que sucumbas bajo la presión de tanta responsabilidad autoimpuesta, querida Zoey.

Y de pronto, como si hubiera encendido un interruptor, su rostro se iluminó y se llenó otra vez de dulzura, que dirigió al chico nuevo para añadir:

—Bienvenido a la Casa de la Noche, Stark.



—Bueno, pues, eh... ¿tienes hambre? —le pregunté yo a Stark, después de que Neferet y el resto de los vampiros adultos salieran de la cafetería.

—Sí, supongo que sí —dijo él.

—Si te das prisa puedes sentarte con nosotros, y luego Damien te enseñará tu habitación antes de que nos vayamos a la reunión del Consejo —dije yo.

—Tu perra es preciosa —dijo Jack, que rodeó a Damien y se inclinó para ver mejor a *Duchess*—. Quiero decir que es enorme, pero aun así es bonita. No me morderá, ¿no?

—No, si tú no la muerdes a ella primero —advirtió Stark.

—¡Ah, *puaj!* —exclamó Jack—. Se me metería todo el pelo en la boca, y eso es una guarrería.

—Stark, este es Jack. Es el novio de Damien —dije yo.

Había decidido hacer las presentaciones cuanto antes para quitarnos de encima los posibles comentarios tipo «¡Oh, no, pero si es un maricón!».

—Hola —saludó Jack con una sonrisa realmente amable.

—Hola —saludó a su vez Stark.

No fue un saludo especialmente cálido, pero el chico tampoco parecía despedir vibraciones homófobas.

—Y estas son Erin y Shaunee —añadí yo, señalándolas alternativamente—. También responden al nombre de gemelas, cosa que comprenderás en cuanto llesves dos minutos y cinco segundos con ellas.

—Hola, ¿qué tal? —saludó Shaunee, lanzándole una mirada que resultó bastante obvia.

—Lo mismo digo —saludó Erin, con una mirada y una expresión idéntica.

—Y esta es Aphrodite —añadí yo.

Stark volvió a esbozar esa sonrisa un tanto sarcástica que parecía típica suya.

—Así que eres la diosa del amor. He oído hablar mucho de ti.

Aphrodite había estado mirando a Stark fijamente y con una intensidad extraña, aunque no parecía que estuviera intentando ligar con él. Sin embargo, nada más dirigirle él la palabra, ella ejecutó de inmediato una de sus espectaculares sacudidas de melena y dijo:

—Hola, me encanta que me reconozcan.

La sonrisa de Stark se hizo entonces más amplia y algo más sarcástica aún, hasta que, por fin, soltó una carcajada y dijo:

—Sería difícil no reconocerte con un nombre tan famoso.

Yo observé cómo la intensa mirada de Aphrodite se desvanecía al instante, reemplazada por la típica expresión *snob* de desdén que dibujaba siempre en público. Pero antes de que Aphrodite pudiera hacer rebanadas al pobre chico, metafóricamente hablando, y encima delante de todo el mundo, Damien intervino:

—Te enseñaré dónde están las bandejas y todo eso, Stark.

Damien se puso en pie, pero luego se detuvo delante de *Duchess*. Parecía estar confuso.

—Tranquilo —dijo Stark—, se quedará quieta. Siempre y cuando los gatos no hagan ninguna estupidez.

Stark había desviado la vista hacia *Nala*, que era la única gata que quedaba cerca. *Nala* no había vuelto a gruñir, pero estaba sentada en mi regazo y miraba a la perra sin parpadear, y yo podía sentir la tensión de su cuerpo.

—*Nala* se va a portar bien —dije yo, esperando que fuera verdad.

La verdad es que yo no tenía ningún control sobre mi gata. ¡Demonios!, ¿hay alguien que tenga algún tipo de control sobre algún gato?

—Bien, entonces —dijo Stark, que enseguida asintió en mi dirección y luego le dijo a la perra—: ¡*Duchess*, quédate quieta!

Por supuesto, cuando Stark se marchó detrás de Damien hacia la barra principal, la perra se quedó quieta.

—¿Sabes? Los perros son mucho más ruidosos que los gatos —comentó Jack mientras observaba a *Duchess* como si se tratara de un ejemplar de laboratorio listo para un experimento científico.

—Sí, están todo el rato jadeando —confirmó Erin.

—Y son mucho más flatulentos que los gatos, gemela —añadió Shaunee.

—Mi madre tiene caniches de esos enormes, y son unas criaturas de lo más gaseosas.

—¡Vale, ya está bien!, esta conversación no tiene nada de divertida. Me voy —dijo Aphrodite.

—¿Es que no quieres quedarte para lanzarle miraditas al chico nuevo y ligar con él? —preguntó Shaunee con una voz dulzona demasiado amable.

—Sí, porque parece que a él le has gustado mucho —añadió Erin con idéntica amabilidad.

—Os dejaré al chico nuevo para vosotras. Como a él le gustan tanto los perros, lo encuentro perfecto —contestó Aphrodite—. Zoey, ven a mi habitación en cuanto termines con la panda de lerdos. Quiero hablar contigo de una cosa antes de la reunión del Consejo.

Aphrodite sacudió la melena, soltó una risita despreciativa en dirección a las gemelas y, por último, abandonó la cafetería.

—No es tan mala como parece —les dije yo entonces a las gemelas. Ellas me

miraron incrédulas, y yo me encogí de hombros—. Solo finge ser peor de lo que es.

—Vale, lo que tú digas. Nosotras solo decimos ¡venga ya!, ¡por favor! Pero ella dale que te pego con su asquerosa actitud —dijo Erin.

—Sí, aunque gracias a ella ahora comprendemos por qué algunas madres ahogan a sus hijas —explicó Shaunee.

—Por favor, intentad darle a Aphrodite una oportunidad —insistí yo—. A mí acaba de dejarme traspasar esa máscara odiosa que suele ponerse en público. Os aseguro que a veces puede ser muy amable.

Las gemelas se quedaron calladas durante unos cuantos segundos, se miraron la una a la otra, sacudieron la cabeza y pusieron los ojos en blanco. Y todo eso lo hicieron las dos al mismo tiempo. Yo suspiré.

—Bien, pero volvamos a un tema mucho más importante —dijo Erin.

—Sí, el nuevo tío bueno —dijo Shaunee.

—Repasemos su culo —sugirió Erin.

—¡Ojalá llevara los vaqueros un poco caídos para poder echarle un buen vistazo! —exclamó Shaunee.

—Gemela, lo de llevar el vaquero colgando ya no convence. Está demasiado visto entre los aspirantes a pandilleros de los noventa. Los tíos buenos simplemente ya no los llevan así —sentenció Erin.

—Aun así, me gustaría verle el culito, gemela —insistió Shaunee que, acto seguido, desvió la vista hacia mí y sonrió.

Fue solo una versión seca y reservada de la antigua sonrisa cálida que solía dirigirme, pero al menos no era el cauto sarcasmo con el que llevaba tratándome los dos últimos días.

—Bueno, ¿y a ti qué te parece? ¿Crees que es tan sexi como Christian Bale, o solo un poco sexi, al estilo de Tobey Maguire?

Yo hubiera querido romper a sollozar de pura felicidad y gritar «¡Sí, por fin volvéis a hablarme otra vez!». Pero en lugar de ello actué como si no me hubiera vuelto loca de contenta y examiné las cualidades del chico nuevo.

Cierto, las gemelas tenían razón. Stark era mono. Tenía una altura media: no era ni lo alto que es un *quarterback*, como mi ex novio humano Heath, ni anormalmente alto y guapo como Superman, como mi ex novio Erik, el iniciado que se había convertido definitivamente en vampiro. Pero tampoco era bajito. De hecho, era poco más o menos de la altura de Damien. Venía a encajar en el tipo delgado, pero yo creí percibir músculos a través de su camiseta vieja, y tenía unos brazos ideales. La cara también estaba bien: mandíbula fuerte, nariz recta, ojos grandes y marrones, labios bonitos. Así que, diseccionado por partes, Stark era un chico guapo. Mientras lo observaba, yo caí en la cuenta de que, en realidad, lo que hacía de él un chico atractivo y no simplemente un chico más era su carácter y su confianza en sí mismo.

Se movía con seguridad, como si lo hiciera todo deliberadamente, y desde luego todo lo hacía con cierto sarcasmo. Era como si formara parte del mundo y, al mismo tiempo, pudiera abandonarlo a voluntad.

Y sí, era extraño que yo hubiera captado eso tan pronto.

—Creo que sin duda es mono —dije yo.

—¡*Ohdiosmío!* ¡Acabo de darme cuenta de quién es! —exclamó Jack, boquiabierto.

—Di —dijo Shaunee.

—¡Pues vaya! —se burló Erin, girando los ojos en sus órbitas—. Jacky, ya sabemos quién es.

—¡No, no! ¡No entendéis! ¡Es James Stark, el mejor arquero del mundo! ¿No habéis leído nada acerca de él en la prensa *on line*? ¡Es el que ganó a todo el mundo en los Juegos de Verano del año pasado! ¡Competió con vampiros adultos y con Hijos de Érebo de verdad, y arrasó con todos! Es una estrella... —dijo Jack, que terminó su explicación con un suspiro soñador.

—¡Vaya, demonios! ¡Estoy tonta, gemela! ¡Pero si es verdad! ¡Jack tiene razón! —exclamó Erin.

—Sabía que este tío bueno era bueno de verdad —sentenció Shaunee.

—¡*Uau!* —exclamé yo.

—Gemela, voy a tratar de llevarme mejor con su perra —dijo Erin.

—Por supuesto, yo también, gemela —confirmó Shaunee.

Naturalmente, los cuatro mirábamos a Stark como cuatro imbéciles cuando volvió con Damien a la mesa.

—¿Qué? —preguntó Stark nada más llegar, con la boca llena. Se estaba comiendo un sándwich. Inmediatamente dirigió la vista hacia *Duchess*—. ¿Ha hecho algo malo mientras me he ido? Me temo que le gusta lamer los dedos de los pies de la gente.

—Eh... pues el caso es que... —comenzó a explicar Erin, que se calló en cuanto Shaunee le dio una patada por debajo de la mesa.

—No, *Duchess* se ha portado como una perfecta dama —contestó Shaunee, mirando a Stark con una enorme y simpática sonrisa.

—Bien —dijo Stark.

Al ver que todos en la mesa seguíamos mirándolo, él se revolvió un tanto incómodo en la silla. E igual que si esa fuera una señal, *Duchess* se le acercó, se apoyó en su pierna y alzó la vista hacia él con una expresión de adoración. Yo observé como Stark se relajaba automáticamente al bajar el brazo y comenzar a acariciarle las orejas.

—¡Acabo de acordarme de que he oído decir que venciste con el arco a todos los vampiros! —soltó Jack que, de inmediato, cerró la boca, apretó los labios y se puso colorado.

Stark no levantó la vista del plato. Simplemente se encogió de hombros.

—Sí, se me da bien el tiro con arco.

—¿Tú eres ese iniciado? —preguntó Damien, que cayó entonces en la cuenta—. ¿Que se te da bien? ¡Pero si eres un arquero increíble!

Stark alzó la vista.

—Sí, ya... Simplemente se me da bien desde que fui marcado —explicó Stark, que miró primero a Damien y luego a mí—. Y hablando de iniciados famosos, veo que los rumores acerca de tu tatuaje son ciertos.

—Sí, son ciertos.

En serio: detestaba esos primeros encuentros. El hecho de conocer a alguien nuevo que solo se fijaba en lo especial que era como iniciada y no en la verdadera Zoey me hacían sentirme terriblemente incómoda.

Pero entonces comprendí. Lo que yo estaba sintiendo probablemente se parecía bastante a lo que sentía Stark.

Así que le pregunté lo primero que se me ocurrió; algo que no tenía nada que ver con el hecho de que él y yo fuéramos especiales.

—¿Te gustan los caballos?

—¿Los caballos? —repitió él con su sonrisa sarcástica.

—Sí, bueno, pareces una de esas personas amantes de los animales —le expliqué yo sin mucha convicción mientras movía la barbilla en dirección a la perra.

—Bueno, sí, que me gustan los caballos. Me gustan casi todos los animales. Excepto los gatos.

—¡Excepto los gatos! —repitió Jack a gritos.

Stark volvió a encogerse de hombros.

—En realidad jamás me han gustado los gatos. Para mí que son demasiado malintencionados.

Oí a las dos gemelas gruñir.

—Los gatos son criaturas independientes —comenzó a explicar Damien. Yo capté el tono pedagógico de su voz y comprendí de inmediato que mi objetivo de cambiar de tema de conversación había sido un éxito—. Por supuesto, todos sabemos que los gatos han sido venerados en muchas civilizaciones antiguas pero ¿sabíais que también fueron...?

—Eh... chicos, lamento interrumpir, pero tengo que ir a ver qué quiere Aphrodite antes de la reunión del Consejo —dije yo, que inmediatamente me puse en pie y agarré bien a *Nala* para que no se cayera sobre el lomo de *Duchess*—. Nos vemos luego, ¿vale?

—Sí, vale.

—Bueno.

—Bueno.

Al menos mis amigos se habían despedido más o menos.

Sonreí en dirección a Stark.

—Me alegro de conocerte. Si necesitas algo para *Duchess*, dímelo. Creo que hay una de esas tiendas para animales, un Southern Ag, por aquí cerca. Traen cosas a casa para los gatos, pero estoy segura de que también tienen cosas para perros.

—Sí, ya te lo diré si necesito algo.

Y entonces, mientras Damien reiniciaba su clase magistral acerca de lo maravillosos que eran los gatos, Stark asintió en mi dirección y me guiñó un ojo, como diciendo claramente que apreciaba el hecho de que hubiera cambiado de tema de conversación. Y como diciendo que no había sido tan sutil. Yo le devolví el guiño, y estaba ya a medio camino hacia la puerta que daba afuera cuando me di cuenta de que estaba sonriendo como una estúpida. Sonreía en lugar de pensar en lo que me había ocurrido la última vez que había salido: que algo me había atacado.

Estaba de pie, inmóvil igual que una estudiante inválida delante de la enorme puerta de roble, cuando comenzaron a bajar un grupo de guerreros, Hijos de Érebo, por la escalera que subía al comedor de profesores de la segunda planta.

—Sacerdotisa —me saludaron unos cuantos de esos guerreros nada más verme.

Todo el grupo se detuvo un momento para inclinarse respetuosamente ante mí, todos tiesos y erguidos, con el puño bien apretado sobre el musculoso pecho.

Yo les devolví el saludo con nerviosismo.

—Sacerdotisa, permíteme que te abra la puerta —dijo uno de los guerreros más mayores.

—¡Ah!, bien, gracias —dije yo. Y de pronto, repentinamente inspirada, añadí—: Me estaba preguntando si alguno de vosotros podría acompañarme de vuelta a los dormitorios e incluso darme quizá una lista con los nombres de los guerreros asignados para custodiar la residencia de las chicas. Creo que ellas se sentirían más a gusto, como en casa, si supieran vuestros nombres.

—Es muy considerado por tu parte, señora —contestó el guerrero mayor, que seguía sujetándome la puerta—. Estaré encantado de darte esa lista de nombres.

Yo sonreí y le di las gracias. De camino a la residencia de las chicas, él no dejó de charlar educadamente acerca de los guerreros que estarían asignados para protegernos mientras yo asentía, hacía los comentarios pertinentes y, de vez en cuando, echaba un vistazo a hurtadillas hacia el sereno cielo nocturno.

Nada sacudía ni helaba el aire, pero no pude librarme de la aterradora sensación de que algo o alguien me vigilaba.



Apenas había tocado el picaporte cuando la puerta de mi habitación se abrió y Aphrodite me agarró de la muñeca.

—¿Quieres meter aquí el culo de una vez? ¡Mierda, eres más lenta que una vaca con muletas, Zoey!

Aphrodite tiró de mí y cerró la puerta de un golpe.

—No soy lenta, y tú vas a tener que explicarme unas cuantas cosas —dije yo—. ¿Cómo has entrado aquí? ¿Dónde está Stevie Rae? ¿Desde cuándo tienes otra vez la marca? ¿Cómo...?

Una serie de golpecitos insistentes, procedentes de la ventana, interrumpieron mi larga lista de preguntas.

—Lo primero de todo, eres idiota. Esto es la Casa de la Noche, no una escuela pública de Tulsa. Nadie cierra la puerta de su dormitorio, así que he entrado girando el picaporte, y ya está. Lo segundo, Stevie Rae está ahí.

Aphrodite pasó por delante de mí y corrió a la ventana. Yo me quedé de pie, sencillamente mirándola, mientras ella descorría las cortinas e intentaba abrir los pesados ventanales. Entonces volvió la vista hacia mí con cierta irritación, por encima del hombro.

—¡Eh! No estaría mal que ayudaras, ¿no te parece?

Perpleja, por fin me acerqué a ella y a la ventana. La abrimos entre las dos. Miré para fuera. Estábamos en el último piso de un viejo edificio de piedra rústica que parecía más un castillo que una residencia de estudiantes. Aquella noche de finales de diciembre era fría y resultaba deprimente, y en ese momento parecía a punto de ponerse a llover. Apenas podía ver más que la parte este del muro en medio de la oscuridad y los árboles. Me estremecí, aunque los iniciados raramente tenemos frío. No era el tiempo lo que me producía escalofríos. Era la visión del muro este: un lugar caótico y poderoso. A mi lado, Aphrodite suspiró y se inclinó hacia delante para asomarse por la ventana y ver toda la pared en descenso hasta el suelo.

—¡Deja ya de jugar y sube aquí! ¡Te van a pillar, y encima, lo peor de todo es que esta humedad me va a rizar el pelo! —exclamó Aphrodite.

Cuando por fin la cabeza de Stevie Rae asomó y entró en mi campo de visión, casi me meo encima del susto.

—¡Hola, Z! —saludó Stevie Rae alegremente—. ¿Has visto cómo mola mi nueva habilidad para escalar?

—¡Ohdiosmío! ¡Entra! ¡Aquí! ¡De una vez!

Aphrodite sacó un brazo por la ventana, agarró a Stevie Rae de la mano y tiró

bruscamente de ella. Stevie Rae entró casi volando en la habitación, igual que si fuera un globo. Aphrodite se apresuró a cerrar la ventana y a echar las cortinas.

Yo cerré la boca, porque la tenía abierta, y seguí mirando cómo Stevie Rae se ponía de pie, se sacudía los vaqueros Roper y se remetía la camisa de manga larga por dentro de los pantalones.

—Stevie Rae —logré decir yo al fin—, ¿has escalado por el muro de la residencia de chicas?

—¡Sí! —contestó ella con entusiasmo, sonriendo en mi dirección y asintiendo con la cabeza, de modo que sus rizos rubios rebotaron como si fuera una animadora enloquecida—. ¿Mola, o no? Es como si formara parte de las piedras de las que está hecho el edificio. ¡Me vuelvo toda ligera y... bueno, aquí estoy! —añadió, alargando los brazos hacia mí.

—Igual que Drácula —afirmé yo.

Supe que había dicho lo que pensaba en voz alta cuando vi a Stevie Rae fruncir el ceño y preguntar:

—¿Qué es lo que es igual que Drácula?

Yo me dejé caer pesadamente a los pies de la cama y expliqué:

—En el libro. *Drácula*. El antiguo. El de Bram Stoker. Jonathan Harker dice que ve a Drácula trepar por una pared del castillo.

—¡Ah, sí! ¡Eso puedo hacerlo! Cuando has dicho «Igual que Drácula», creí que te referías a que me parecía a Drácula: a que estaba espeluznante, pálida, con ese pelo horrible y esas asquerosas uñas largas. Pero no te referías a eso, ¿verdad?

—No, la verdad es que tienes un aspecto estupendo.

Y, sin duda, le estaba diciendo la verdad. Stevie Rae tenía un aspecto fantástico. Sobre todo comparado con el aspecto, con la forma de actuar y con el olor que despedía últimamente. Parecía otra vez la Stevie Rae de siempre: la de antes de que su cuerpo rechazara el cambio y muriera, cosa que había ocurrido hacía ya un mes. Luego, no se sabía cómo, había vuelto a la vida. Pero de un modo diferente: medio rota. Había perdido casi por completo la humanidad. Y no era la única estudiante a la que le había ocurrido eso. Había unos cuantos chicos muertos no muertos asquerosos al acecho por los antiguos túneles de la época de la prohibición, bajo la estación abandonada del centro de Tulsa. Stevie Rae había estado a punto de convertirse en una de esas horribles criaturas malévolas, odiosas y peligrosas. La afinidad que le había dado la diosa por el elemento tierra era lo único que la había ayudado a mantenerse fiel a sí misma pero, aun así, no había sido suficiente. Su ser se desvanecía irremediabilmente. Así que, con la ayuda de Aphrodite (a la que también se le había concedido la afinidad con el elemento tierra), yo invoqué un círculo y le pedí a Nyx que curara a Stevie Rae.

Y la diosa la había salvado, aunque durante el proceso de curación pareció como

si Aphrodite tuviera que morir para salvar la humanidad de Stevie Rae. Por suerte, no había sido eso lo que había ocurrido en realidad. En lugar de morir, el tatuaje de Aphrodite había desaparecido mientras, milagrosamente, el de Stevie Rae se coloreaba y extendía, mostrando con ello que había completado su transformación en vampiro. Excepto que, para añadir otro poco más de confusión al asunto, el tatuaje de Stevie Rae no era del tradicional color zafiro, como el de todo vampiro adulto. La marca de Stevie Rae era de un rojo escarlata: el color de la sangre fresca.

—¡Eh, hola! ¡Tierra llamando a Zoey! ¿Hay alguien en casa? —preguntó Aphrodite con su voz impertinente de siempre, interrumpiendo mis divagaciones—. Será mejor que controles a tu amiga, porque creo que está un poco tocada.

Yo parpadeé, perpleja. Aunque me había quedado mirando a Stevie Rae con la boca abierta, en realidad no la había estado viendo de verdad. Stevie Rae estaba de pie, en medio del dormitorio, mirando a su alrededor con los ojos llenos de lágrimas. Es decir: en medio de lo que había sido nuestro dormitorio compartido hasta hacía un mes, cuando su muerte lo había cambiado todo drásticamente y completamente para siempre.

—¡Oh, cielo, lo siento! —dije yo, que enseguida me apresuré a abrazarla—. Tiene que ser muy duro para ti estar aquí otra vez.

Sentí que Stevie Rae se ponía rígida y tensa en mis brazos, así que me aparté un poco para poder mirarla a la cara.

La expresión de su rostro me heló la sangre. Ya no estaba sorprendida y con los ojos llorosos, sino iracunda. Por un instante me pregunté por qué esa ira me resultaba tan familiar cuando Stevie Rae apenas se enfadaba jamás. Y entonces comprendí de qué me sonaba. Stevie Rae tenía exactamente el mismo aspecto que había tenido momentos antes de que yo invocara el círculo y le fuera devuelta la humanidad. Di un paso atrás.

—Stevie Rae, ¿qué ocurre?

—¿Dónde están mis cosas?

Su voz, igual que su rostro, era sencillamente malévola.

—Cariño —contesté yo con amabilidad—, los vampiros se llevan todas las cosas de los iniciados cuando... cuando... cuando mueren.

Stevie Rae dirigió entonces una mirada torva hacia mí.

—Pero yo no estoy muerta.

Aphrodite se puso inmediatamente de mi lado.

—¡Eh!, no te pongas histérica con nosotras. Los vampiros creen que estás muerta, ¿o es que no te acuerdas?

—Pero no te preocupes —me apresuré yo a añadir—. Les pedí que me devolvieran unas cuantas cosas. Y además sé dónde guardan el resto. Puedo conseguírtelas, si quieres.

Y así, sin más, toda su maldad se desvaneció y yo volví a tener ante mí a mi mejor amiga.

—¿Incluso la lámpara hecha con la bota de un vaquero?

—Incluso la lámpara —repetí yo con una sonrisa.

¡Demonios!, yo también me habría cabreado si alguien me hubiera quitado todas mis cosas.

—Cualquiera habría jurado que al menos tu mierda de mal gusto para la moda cambiaría al morir. ¡Pero que va! ¡Tu jodido mal gusto es inmortal! —exclamó Aphrodite.

—Aphrodite —advirtió entonces Stevie Rae muy seriamente—, de verdad deberías de ser más amable.

—Vale, lo que tú y tu punto de vista de Mary Poppins paleta digáis —contestó Aphrodite.

—Mary Poppins era inglesa, así que no podía ser paleta —le respondió Stevie Rae con petulancia.

Su forma de hablar se parecía tanto a la Stevie Rae de siempre que tuve que soltar un grito de alegría y arrojarme a sus brazos otra vez.

—¡Estoy tan contenta de verte! Ahora ya estás bien, ¿verdad?

—Bueno, soy diferente, pero estoy bien —contestó Stevie Rae, que enseguida me devolvió el abrazo.

Yo sentí un alivio tan tremendo que el sentimiento ahogó por completo la otra parte de la frase que ella había dicho: lo de que era diferente. Supongo que me alegraba tanto de verla sana y salva, siendo ella misma otra vez, que necesitaba aferrarme firmemente y con fuerza a esa idea tan especial durante un tiempo, y esa necesidad no me permitía tomar en consideración el hecho de que podía quedarle algún que otro problema residual que resolver. Además, en ese instante me acordé de otra cosa.

—Espera un momento —dije yo de pronto—. ¿Cómo habéis conseguido entrar en el campus sin volver locos a los guerreros, chicas?

—Zoey, en serio, deberías comenzar a prestar un poco más de atención a lo que ocurre a tu alrededor —aconsejó Aphrodite—. Yo he entrado por la puerta principal. La alarma no funciona, lo cual, supongo, es lógico. Quiero decir que apuesto a que he recibido el mismo mensaje en el móvil para notificarme la interrupción de las vacaciones de invierno que el resto de los alumnos de la escuela que estaban fuera. Eso, por no mencionar a los millones de guapísimos Hijos de Érebo que caen sobre este lugar como preciosos regalos para nosotras, las estudiantes.

—¿Quieres decir que todas esas continuas alarmas volverían a Neferet aún más loca de lo que ya lo está?

—Sí, Neferet está jodidamente loca —afirmó Aphrodite que, por un instante,

estuvo completamente de acuerdo con Stevie Rae—. Sea como sea, la alarma no funciona. Ni siquiera para los humanos.

—¿Qué? ¿Ni siquiera para los humanos? Y eso, ¿cómo lo sabes? —pregunté yo.

Aphrodite suspiró y, con un extraño y lento movimiento, levantó el dorso de la mano, se lo llevó a la frente y comenzó a restregársela, emborronando la luna creciente hasta que se la borró en parte.

Yo abrí la boca atónita.

—¡Oh, Dios, Aphrodite! Eres...

Se me escapaban las palabras, pero mi boca se negaba a pronunciarlas.

—Humana —dijo Aphrodite con un tono de voz helado, terminando la frase por mí.

—Pero ¿cómo? Quiero decir, ¿estás segura?

—Estoy segura. Muy segura, ¡maldita sea! —dijo ella.

—¡Eh!, Aphrodite, aunque seas humana, definitivamente no eres una humana normal y corriente —aseguró Stevie Rae.

—¿Qué quieres decir? —pregunté yo.

Aphrodite se encogió de hombros y dijo:

—Eso para mí no significa una mierda.

Stevie Rae suspiró.

—¿Sabes? Tienes suerte de haberte transformado en humana y no en un muñeco de madera, porque con todas las mentiras que cuentas, deberías de tener la nariz de más de un kilómetro de largo.

Aphrodite sacudió la cabeza con disgusto.

—¡Ya estás otra vez estás con tus horribles analogías de *pelis* aptas para todos los públicos! ¡No sé por qué no me habré muerto y me habré ido al infierno! Al menos así no me bombardearían con Disney.

—¿Queréis decirme, por favor, qué está pasando? —pregunté yo.

—Será mejor que se lo expliques. Está a punto de maldecir —dijo Aphrodite con un tono de desprecio.

—¡Qué odiosa eres! Debería de haberte comido cuando estaba muerta —soltó Stevie Rae.

—¡Deberías de haberte comido a la paleta de tu madre cuando estabas muerta! —contestó Aphrodite, alzando altivamente la cabeza como si creyera que Stevie Rae era mala—. No me extraña que Zoey necesite encontrar otra mejor amiga, porque tú desde luego eres como un grano en el culo.

—¡Zoey no tiene que encontrar otra mejor amiga! —gritó Stevie Rae, que se giró hacia Aphrodite y dio un paso hacia ella.

Por un instante me pareció ver que sus ojos despedían el mismo horrible brillo rojo que los iluminaba cuando estaba no muerta y completamente fuera de control.

Sentí como si mi cabeza fuera a estallar, y di un paso hacia las dos al tiempo que gritaba:

—¡Aphrodite, deja ya de pelearte con Stevie Rae!

—¡Pues controla a tu amiga! —respondió Aphrodite, que se acercó al espejo que colgaba sobre el lavabo, sacó un pañuelo de papel y comenzó a limpiarse lo que le quedaba de la marca de la frente.

Yo noté que a pesar de su tono indiferente le temblaban las manos.

Me giré hacia Stevie Rae, cuyos ojos volvían a ser del mismo azul de siempre.

—Lo siento, Z —dijo ella, esbozando una sonrisa de niña culpable—. Me figuro que dos días con Aphrodite han terminado por sacarme de mis casillas.

Aphrodite bufó y yo le lancé una mirada severa.

—No vuelvas a empezar —advertí yo.

—Vale, da igual —contestó Aphrodite.

Nuestras miradas se encontraron en el espejo, y estoy casi segura de que capté miedo en los ojos de Aphrodite. Pero ella volvió enseguida a desviar la vista para quitarse el maquillaje.

A pesar de toda mi confusión, traté de volver a retomar el tema de conversación justo en el punto en el que se había torcido.

—Bueno, ¿qué querías decir con eso de que Aphrodite no es normal? Y no me refiero a su actitud para con los demás, que ya sabemos todos que no es normal.

—Está chupado —respondió Stevie Rae—. Aphrodite sigue teniendo visiones, y los humanos no suelen tener visiones —explicó, lanzándole a Aphrodite una miradita que venía a decir: «Ahí lo tienes»—. Vamos, adelante. Cuéntaselo a Zoey.

Aphrodite le dio la espalda al espejo y se sentó sobre la banqueta que yo tenía por allí cerca. Hizo caso omiso de Stevie Rae y explicó:

—Sí, es cierto, todavía tengo visiones. ¡Visiones de mierda! Lo único que no me gustaba de ser una iniciada es justo lo que conservo ahora que soy otra vez una humana de mierda.

Yo observé a Aphrodite más de cerca. Quería traspasar esa máscara que ella se ponía siempre y que era pura fachada: pretendía convencernos de que no había nada detrás. Estaba pálida y tenía círculos oscuros bajo los ojos, debajo de la espesa capa de maquillaje. Sí, sin duda tenía el aspecto de una chica que acaba de pasar por un mal trago. Y es muy posible que en parte se debiera a sus agotadoras y desesperantes visiones. No era de extrañar que a veces se comportara como una zorra: había sido una estúpida por no darme cuenta.

—¿Qué has visto esta vez? —le pregunté.

Aphrodite me miró a los ojos con serenidad y por un momento bajó la muralla de acero de arrogancia que le gustaba levantar a su alrededor como un escudo. Una sombra terrible y angustiada atravesó su bello rostro, y la mano le tembló al alzarla

para apartarse un mechón de pelo rubio y recogerlo por detrás de la oreja.

—He visto a vampiros masacrando a humanos y a humanos asesinando a vampiros para vengarse. He visto un mundo repleto de violencia, odio y oscuridad. Y en medio de esa oscuridad he visto criaturas tan horribles que no puedo decir siquiera qué eran. No pude... no pude mirarlas por mucho tiempo. Vi el fin de todo —explicó Aphrodite con una voz tan angustiada como su rostro.

—Cuéntale el resto —la animó Stevie Rae al ver que hacía una pausa. Me sorprendió la amabilidad de su voz—. Cuéntale por qué estaba ocurriendo todo eso.

Cuando Aphrodite volvió a hablar, sentí como si sus palabras fueran pedazos de cristal que ella me estuviera clavando en el corazón.

—He visto que todo eso sucedía porque tú estabas muerta, Zoey. Tu muerte era la causa de todo.



—¡Ah, demonios! —exclamé yo.

Entonces las rodillas me flojearon hasta tal punto, que tuve que sentarme en la cama. Oía un fuerte zumbido en los oídos, y me costaba respirar.

—Tú sabes que eso no significa que vaya a suceder de verdad —se apresuró a decir Stevie Rae mientras me daba golpecitos en la espalda—. Quiero decir que Aphrodite vio morir a tu abuela, a Heath e incluso a mí. Bueno, me refiero a que me vio morir por segunda vez. Y ninguna de esas tres cosas ocurrió. Así que podemos detenerlo —continuó Stevie Rae que, acto seguido, alzó la vista hacia Aphrodite—. ¿No es verdad?

Aphrodite se revolvió inquieta y nerviosa.

—¡Ah, demonios! —exclamé yo por segunda vez. Y entonces hice un esfuerzo por tragarme el enorme nudo de miedo que se me había formado en la garganta—. Pero esta vez, en la visión que has tenido de mí, había algo diferente, ¿verdad?

—Puede ser porque ahora soy humana —explicó Aphrodite, pronunciando las palabras lentamente—. Es la única visión que he tenido desde que he vuelto a ser humana, así que bueno, puede que no sea tan raro que la sienta de un modo diferente a cuando era iniciada.

—¿Pero? —continué yo.

Aphrodite se encogió de hombros y finalmente me miró a los ojos.

—Pero sí, la he sentido de un modo diferente.

—¿En qué sentido?

—Bueno, era todo más confuso, más emotivo, más caótico. Y literalmente hablando, algunas de las cosas que vi no las comprendí. Quiero decir que no reconocí las horribles cosas que pululaban por la oscuridad.

—¿Pulular? —repetí yo con un escalofrío—. Eso no suena nada bien.

—Y no era nada bueno. Vi sombras dentro de las sombras de la oscuridad. Era como si unos fantasmas se estuvieran convirtiendo en cosas vivientes, pero esas cosas en las que se estaban convirtiendo eran demasiado terribles como para mirarlas.

—¿Quieres decir que no eran ni vampiros, ni humanos?

—Sí, a eso es exactamente a lo que me refiero.

Yo me restregué la mano automáticamente, y una ola de miedo se deslizó con rapidez por mi cuerpo.

—¡Ah, demonios!

—¿Qué? —preguntó Stevie Rae.

—Esta noche algo me ha... bueno, digamos que me ha atacado cuando iba de los

establos a la cafetería. Era como una especie de sombra helada que salió de la oscuridad.

—Eso no puede ser nada bueno —afirmó Stevie Rae.

—¿Estabas sola? —preguntó Aphrodite con una expresión seria e indescifrable.

—Sí.

—Bien, pues ese es el problema —afirmó Aphrodite.

—¿Por qué?, ¿qué más has visto en tu visión?

—Bueno, tú te morías de dos maneras distintas, que es algo que no había visto antes jamás.

—¿De... de dos maneras distintas? —repetí yo.

La cosa se ponía cada vez peor.

—Quizá deberíamos esperar un tiempo a ver si Aphrodite tiene otra visión que aclare las cosas antes de hablar de todo esto —sugirió Stevie Rae al tiempo que tomaba asiento a mi lado en la cama.

Yo no aparté la vista de los ojos de Aphrodite. Vi en ellos el reflejo de lo que yo ya sabía.

—Cuando no hago caso de las visiones, siempre se convierten en realidad. Siempre —advirtió Aphrodite con rotundidad.

—Creo que algunas de esas cosas pueden estar ocurriendo ya —dije entonces yo.

Sentí que mis labios estaban helados y rígidos. Me dolía el estómago.

—¡Tú no vas a morir! —gritó Stevie Rae, que de pronto estaba absolutamente trastornada y volvía a ser de nuevo mi mejor amiga.

Yo deslicé un brazo por sus hombros y abracé a Stevie Rae al tiempo que decía:

—Adelante, Aphrodite. Cuéntamelo.

—Fue una visión muy fuerte, repleta de imágenes muy poderosas, pero completamente confusa. Quizá porque la estaba viendo y sintiendo desde tu punto de vista —explicó Aphrodite, que hizo una pausa para tragar y luego continuó—. Te vi morir de dos modos. Una de las formas en que morías era ahogada. El agua estaba fría y oscura. ¡Ah!, y olía mal.

—¿Olía mal?, ¿como en esos estanques asquerosos de Oklahoma? —pregunté yo con curiosidad, a pesar de lo horrible que era hablar de mi muerte.

Aphrodite sacudió la cabeza.

—No, estoy casi cien por cien segura de que no era en Oklahoma. Había demasiada agua para que fuera Oklahoma. Es difícil de explicar porqué estoy tan segura, pero sentí que era demasiado grande y profundo como para ser un lago o algo así.

Aphrodite volvió a hacer una pausa para pensar. Entonces abrió inmensamente los ojos y continuó:

—Recuerdo otra cosa de la visión. Había algo cerca del agua que parecía un

palacio de verdad. Y estaba en su propia isla, lo cual significa dinero y buen gusto: o sea, probablemente Europa, y no una versión hortera de clase media alta tipo «¡ajá!, tengo dinero, así que voy a comprarme una autocaravana».

—Eres una verdadera *snob*, Aphrodite —sentenció Stevie Rae.

—Gracias —contestó Aphrodite.

—Bien, así que me viste ahogarme cerca de un palacio, en una isla de verdad, probablemente en Europa. ¿Viste alguna cosa más que pudiera sernos de utilidad?

—Bueno, además del hecho de que te sentías muy sola, y me refiero a que estabas realmente sola en las dos visiones, vi el rostro de un chico. Estaba contigo poco antes de morir. Era alguien a quien yo no había visto nunca antes. Hasta hoy.

—¿Cómo?, ¿quién era?

—Era ese chico, Stark.

—¿Pero fue él quien me mató? —pregunté yo, que en ese momento me sentía como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Quién es Stark? —preguntó a su vez Stevie Rae, que me agarró de la mano.

—Es un chico nuevo al que han trasladado hoy mismo desde la Casa de la Noche de Chicago —expliqué yo—. ¿Fue él quien me mató? —añadí, repitiéndole la pregunta a Aphrodite.

—Creo que no. No conseguí verle bien la cara, y estaba todo muy oscuro. Pero me pareció que tú te sentías a salvo con él hasta el último momento —dijo Aphrodite, que alzó una ceja y añadió—: Así que parece que por fin vas a superar todo ese lío de Erik/Heath/Loren.

—Lo lamento. Aphrodite me contó lo que ocurrió —dijo entonces Stevie Rae.

Yo abrí la boca para darle las gracias a Stevie Rae, pero entonces me di cuenta de que en realidad ni ella ni Aphrodite conocían en profundidad el lío en el que me había metido con el asunto Erik/Heath/Loren. Para entonces ellas ya no estaban en la escuela, y la prensa humana no había informado en absoluto acerca de la muerte de Loren Blake. Respiré hondo. Casi prefería hablar sobre mi propia muerte que sobre ese asunto.

—Loren está muerto —solté yo.

—¿Qué?

—¿Cómo?

Yo alcé la vista hacia Aphrodite.

—Murió hace dos días. Igual que la profesora Nolan. Fue decapitado, crucificado y clavado en la puerta principal de la escuela, con una nota en la que se citaba un verso terrible de la Biblia, que hablaba de lo detestable que era, en la misma estaca que le atravesaba el corazón.

Yo hablaba muy deprisa, deseosa de quitarme el mal sabor que me dejaban esas palabras en la boca.

—¡Oh, no! —exclamó Aphrodite cuya tez, de pronto, se puso de un terrible color blanco mientras se dejaba caer pesadamente sobre la antigua cama de Stevie Rae.

—¡Eso es horrible, Zoey! —exclamó a su vez Stevie Rae. Oí el eco de las lágrimas en su tono de voz mientras me rodeaba con un brazo—. ¡Pero si erais como Romeo y Julieta!

—¡No! —grité yo. Luego, y dado que la negativa había brotado de mis labios con más vehemencia de la que pretendía, me giré hacia Stevie Rae sonriendo y añadí, con más calma—: No. Loren jamás me amó. Solo me estaba utilizando.

—¿Por el sexo? ¡Bah, Z, eso es una estupidez! —dijo Stevie Rae.

—Es una pena, pero no es ninguna estupidez. Aunque desde luego yo lo lié todo y me acosté con él. Loren me utilizó por culpa de Neferet. Fue ella quien le pidió que se acercara a mí. Ella era su verdadera amante —expliqué yo.

Hice una mueca al recordar la desgarradora escena de la que había sido testigo entre Loren y Neferet. Los dos se habían reído de mí. Yo le había entregado a Loren mi corazón y mi cuerpo y, a través de nuestra conexión, también una parte de mi alma. Y él se había reído de mí.

—Espera un momento. Retrocede. ¿Has dicho que fue Neferet quien le pidió a Loren que se acercara a ti? —preguntó Aphrodite—. ¿Y por qué iba a querer Neferet hacer algo así, si ellos dos eran amantes?

—Porque Neferet quería que yo me quedara sola.

Se me heló el corazón al ver cómo las piezas del puzle encajaban.

—¿Qué? Eso no tiene sentido. ¿Por qué el hecho de que Loren actuara como si fuera tu novio iba a dejarte sola? —preguntó Stevie Rae.

—Muy sencillo —contestó Aphrodite por mí—. Al ser Loren un profesor, Zoey tenía que escabullirse para ir a verlo y todo eso. Y me figuro que no le contaría a nadie de la pandilla de lerdos que estaba haciendo de colegiala desvergonzada con el profesor Blake. Y entonces, digo yo, Neferet se encargaría de apañarlo para que nuestro amigo Erik descubriera a Zoey haciendo cochinas con alguien que no era él.

—¡Eh, que sigo aquí! No hace falta que hables de mí como si me hubiera marchado del dormitorio —me quejé yo.

Aphrodite soltó un bufido.

—Pues si mis suposiciones son correctas, yo diría que tu sentido común, en cambio, sí que se marchó.

—Supones bien —admití yo de mala gana—. Neferet se aseguró de que Erik me pillara mientras estaba con Loren.

—¡Demonios! ¡Así no me extraña que estuviera tan cabreado! —exclamó Aphrodite.

—¿Cómo?, ¿cuándo? —preguntó Stevie Rae.

Yo suspiré.

—Erik me pilló con Loren. Flipó. Entonces yo descubrí que en realidad Loren estaba con Neferet y que yo le importaba un bledo, y eso a pesar de que habíamos conectado a través de la sangre.

—¡Conectado! ¡Mierda! —exclamó Aphrodite.

—Y entonces me asusté —continué yo, sin hacer caso de Aphrodite. Bastante horrible era todo. No necesitaba entrar en más detalles—. Estaba llorando cuando Aphrodite, las gemelas, Damien, Jack y...

—¡Ah, mierda, y Erik! —me interrumpió Aphrodite—. Fue entonces cuando te encontramos llorando debajo del árbol.

Yo volví a suspirar y comprendí que no podía seguir haciendo caso omiso de sus palabras.

—Sí. Y entonces Erik anunció la noticia acerca de Loren y de mí a todo el mundo.

—De una forma que yo llamaría bastante malévolas —calificó Aphrodite.

—¡Maldita sea! —exclamó Stevie Rae—. Cuando lo dice Aphrodite, es que debió de contárselo de una forma realmente odiosa.

—Lo fue. Lo suficientemente odiosa como para hacer sentir a los lerdos que el hecho de que se acostara con él era como darles a ellos personalmente una bofetada en la cara —insistió Aphrodite—. Y después de la bomba de «Zoey es una puta» que soltó Erik, llegó la bomba de «Zoey ha mantenido en secreto que Stevie Rae no está muerta». Resultado: una manada de lerdos completamente cabreados que no volverán a confiar jamás en Zoey.

—O sea, que Zoey se queda sola tal y como Neferet había planeado —concluí yo en lugar de Aphrodite.

Resultaba perturbador poder hablar de mí en tercera persona con tanta facilidad.

—Y esa es la segunda muerte que he visto para ti —añadió Aphrodite—. Estás completamente sola. No hay ningún último encuentro con ningún chico mono, ni ninguna pandilla de lerdos. Tu soledad es la imagen principal de la segunda visión.

—¿Y qué es lo que me mata?

—Bueno, entonces es cuando se vuelve a poner todo confuso otra vez. Tengo una imagen de Neferet que supone una amenaza para ti, pero la visión se hace caótica y muy extraña en el momento en el que te atacan. Sé que esto te va a sonar extraño, pero en el último momento veo algo negro flotando a tu alrededor.

—¿Como un fantasma o algo así? —pregunté yo, que, acto seguido, tragué.

—No. En realidad no. De haber tenido Neferet el pelo negro habría dicho que era su pelo, flotando a tu alrededor como si soplara mucho viento, como si ella estuviera detrás de ti. Estás sola y estás muy, pero que muy asustada. Tratas de pedir ayuda, pero nadie responde a tu llamada y estás tan aterrada, que te quedas helada y no

luchas. Ella, o lo que sea, te alcanza y, de alguna forma, utilizando algo oscuro y que tiene un gancho, te agarra de la garganta. Es algo tan afilado, que te da un tajo en el cuello y te corta la cabeza —explicó Aphrodite, que se estremeció y luego añadió—: Cosa que, por si te lo estás preguntando, produce mucha sangre. Mucha.

—¡Qué asco, Aphrodite! ¿De verdad tenías que entrar en detalles? —preguntó Stevie Rae, rodeándome con un brazo.

—No, no importa —me apresuré yo a decir—. Aphrodite tiene que contarme todos los detalles que recuerde, igual que hizo cuando tuvo las visiones de la abuela, de Heath y de ti. Es el único modo de averiguar cómo cambiar las cosas. Bueno, ¿y qué más viste en mi segunda muerte? —le pregunté yo a Aphrodite.

—Solo que pides ayuda, pero no ocurre nada. Nadie te hace caso —contestó Aphrodite.

—Hoy me he asustado cuando esa cosa, sea lo que sea, ha salido de la noche y se ha acercado a mí. Me he asustado tanto que, por un segundo, me he quedado helada y no he sabido qué hacer —comenté yo al tiempo que me estremecía al recordarlo.

—¿Y crees que Neferet ha podido tener algo que ver? —preguntó Stevie Rae.

Yo me encogí de hombros antes de contestar:

—No lo sé. No vi absolutamente nada, excepto una negrura espeluznante.

—Eso es exactamente lo que vi yo también en la visión: una negrura espeluznante. Y por mucho que deteste tener que decirlo, tienes que asegurarte de que esa pandilla de lerdos no sigue cabreada contigo, porque no es bueno para ti estar sola y sin amigos —dijo Aphrodite.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo —contesté yo.

—Pues no veo por qué —intervino Stevie Rae—. Tú simplemente cuéntales la verdad: que Neferet estaba detrás de lo de Loren y tú. Diles que no podías decirles que yo no estaba muerta porque entonces Neferet...

Las palabras de Stevie Rae se desvanecieron poco a poco al darse cuenta de lo que estaba diciendo.

—Sí, es una idea brillante. Diles que Neferet es la bruja mala que está detrás del hecho de que haya un montón de chicos muertos no muertos por ahí, y la próxima vez que alguno de los miembros de la pandilla de lerdos esté a la escasa distancia de la lectura del pensamiento de Neferet, se desatará el infierno. O sea, que nuestra bruja mala no solo averiguará lo que nosotros sabemos, sino que además les hará alguna cosa mala a vuestros queridos *compis* —dijo Aphrodite, que hizo una pausa y se dio golpecitos en la barbilla, pensativa—. Aunque, pensándolo bien, la idea no es mala del todo.

—¡Eh, espera! —exclamó Stevie Rae—. Damien, las gemelas y Jack saben ya cosas que pueden traerles problemas con Neferet. Me han visto a mí.

—¡Ah, demonios! —exclamé yo.

—¡Vaya, mierda! —exclamó a su vez Aphrodite—. Había olvidado por completo el detalle de que Stevie Rae está muerta no muerta. Me pregunto por qué Neferet no les habrá sonsacado ese detalle a ninguno de los diminutos cerebros de tus amigos, y por qué no les habrá apretado bien las tuercas a estas alturas.

—Está demasiado ocupada con su guerra —dije yo. Aphrodite y Stevie Rae se volvieron hacia mí y parpadearon confusas, y entonces yo recordé que había otro asunto, aparte del de Loren, del que ellas no habían oído hablar—. Cuando le dieron la noticia de la muerte de Loren, Neferet le declaró la guerra a los humanos. No una guerra abierta, por supuesto, sino una guerra sucia, al estilo terrorista: una guerra de guerrillas. ¡Dios, es tan rastrera! Lo que no entiendo es cómo la gente no lo ve.

—¿Derramamiento de sangre humana? Vaya. Es interesante. Y supongo que todo ese cuerpo de Hijos de Érebo es nuestra arma de destrucción masiva —dijo Aphrodite—. Bueno, por eso dicen que no hay mal que por bien no venga.

—¿Cómo puedes ser tan... indiferente con una cosa así? —preguntó Stevie Rae, que saltó de inmediato de la cama.

—Para empezar, en realidad no me gustan mucho los humanos —dijo Aphrodite, alzando una mano para detener la diatriba de Stevie Rae—. Está bien, sí, ya lo sé. Ahora soy humana. Vale, ¡puaj! En segundo lugar, Zoey está viva, de modo que, bueno, no estoy especialmente preocupada por esa horrible guerra.

—¿De qué demonios estás hablando, Aphrodite? —pregunté yo.

Aphrodite giró los ojos en sus órbitas antes de contestar:

—¿Quieres, por favor, tratar de seguir mi razonamiento? ¡Anda, pero si ahora resulta que todo tiene sentido! En mi visión, lo que ocurría era una guerra entre los vampiros, los humanos y unas cosas horripilantes como mocos monstruosos. De hecho eran esas cosas las que te atacaban a ti, y bien podrían ser lacayos de Neferet de los que no sabemos nada —explicó Aphrodite, que hizo una pausa. Parecía ligeramente confusa, pero se encogió de hombros y continuó—: Pero bueno, da igual. Por suerte, no vamos a tener que averiguar qué son, porque la guerra no empezará hasta que tú no hayas muerto. De una forma trágica y grotesca, debo añadir. Pero, de un modo u otro, me imagino que si conseguimos mantenerte vivita y a salvo, podremos evitar la guerra.

Stevie Rae dejó escapar un enorme y largo suspiro.

—En parte tienes razón, Aphrodite —dijo Stevie Rae, que se volvió hacia mí—. Tenemos que mantenerte a salvo, Zoey. No solo porque te queremos más que al pan, sino porque tenemos que salvar al mundo.

—¡Ah, estupendo! Así que ahora tengo que salvar al mundo, ¿eh?

¡Y yo que estaba preocupada por la geometría!

¡Ah, demonios!



—Sí, tienes que salvar al mundo, Z, pero no te preocupes, porque nosotras estaremos contigo —dijo Stevie Rae, que volvió a dejarse caer sobre la cama a mi lado.

—No, idiota. Yo estaré aquí con ella. Tú tienes que marcharte hasta que se nos ocurra qué contarles a la pandilla de lerdos acerca de ti y de tus amiguitos. Ya sabes, los de la higiene rarita —dijo Aphrodite.

Stevie Rae miró a Aphrodite con el ceño fruncido.

—Eh... ¿«amiguitos»? —pregunté yo.

—Han soportado muchas cosas, Aphrodite. Y quiero que sepas que bañarse y ponerse guapo no es tan importante cuando uno está muerto. O incluso no muerto —dijo Stevie Rae—. Además, tú sabes que ahora se portan mucho mejor y que usan las cosas que les compraste.

—Vale, ahora sois vosotras las que vais a tener que retroceder. ¿De qué amigos estáis...? —pregunté yo. Y entonces me interrumpí y perdí el hilo de mis palabras al darme cuenta de sobre quiénes debían de estar hablando—. Stevie Rae, no me estarás diciendo que todavía sigues saliendo por ahí con esos chicos repugnantes de los túneles, ¿no?

—Tú no lo comprendes, Zoey.

—Traducción: «Sí, Zoey, todavía sigo saliendo por ahí con esos repugnantes desechos» —contestó Aphrodite, imitando el acento *okie* de Stevie Rae.

—¡Basta! —le dije yo a Aphrodite automáticamente, para girarme segundos después hacia Stevie Rae—. No, no lo comprendo, así que explícamelo.

Stevie Rae respiró hondo.

—Bueno, creo que esto... —comenzó Stevie Rae a decir, al tiempo que se señalaba el tatuaje color escarlata de la frente—. Esto quiere decir que tengo que estar cerca de los chicos del tatuaje rojo para ayudarles a terminar el cambio a ellos también.

—¿Los otros chicos no muertos tienen tatuajes rojos como el tuyo?

Stevie Rae se encogió de hombros, incómoda, antes de contestar:

—Bueno, más o menos. Yo soy la única que tiene el tatuaje terminado, lo cual me figuro que significa que he terminado el cambio. Pero ahora los perfiles de luna creciente de sus tatuajes de la frente se han vuelto rojos. Siguen siendo iniciados. Solo que son... bueno, iniciados de un tipo distinto.

¡Vaya! Me quedé ahí sentada, sin poder decir ni una palabra, tratando de asumir las consecuencias de lo que estaba diciendo Stevie Rae. Resultaba completamente increíble que, de pronto, existiera un nuevo tipo de iniciados porque, por supuesto,

eso quería decir que existiría un nuevo tipo de vampiros adultos, y eso, por un momento, me llamó mucho la atención. ¿Y si también quería decir que todo aquel que fuera marcado haría uno u otro cambio, de modo que ya no moriría ningún iniciado más? O, al menos, no moriría ninguno de manera permanente. Simplemente se convertiría en un iniciado rojo. Fuera lo que fuera lo que eso significara.

Pero entonces me acordé de lo horribles que eran esos otros chicos. Habían matado a adolescentes humanos. De una manera horrorosa. Habían intentado matar a Heath. Yo lo había salvado. ¡Demonios, me habrían matado a mí también de no haber utilizado mi afinidad con los cinco elementos para salvarnos a los dos!

Y también me acordé del destello rojo que había visto en los ojos de Stevie Rae un momento antes y de la maldad de su rostro, que me había parecido tan fuera de lugar; aunque, al mirarla en ese instante, al oírla y observarla comportarse como la Stevie Rae de siempre, resultaba fácil convencerse de que me equivocaba, de que me lo había imaginado todo o, quizá, de que simplemente estaba exagerando.

Traté de apartar esa idea de mi mente y dije:

—Pero, Stevie Rae, esos chicos eran terroríficos.

Aphrodite soltó un bufido y me corrigió:

—Siguen siendo horribles, y siguen viviendo en un sitio tétrico y desagradable. Y sí, además siguen siendo terriblemente violentos.

—Bueno, ya no están tan absolutamente fuera de control como solían estarlo antes, pero tampoco son lo que podría llamarse normales —admitió Stevie Rae.

—Son superdesagradables, eso es lo que son —sentenció Aphrodite—. Como bichos raros.

—Sí, algunos tienen problemas y jamás han sido precisamente los chicos más admirados del mundo pero ¿y qué?

—Yo solo digo que sería más fácil planear qué hacer si fueras tú sola.

—Pero no siempre se trata de buscar la salida más fácil. No me importa lo que tengamos que hacer o lo que tenga que hacer yo. No voy a permitir que Neferet use a esos otros chicos —aseguró Stevie Rae con firmeza.

De pronto, esa frase de Stevie Rae me hizo caer en la cuenta. Me estremecí horrorizada al sentir que mis entrañas me confirmaban instintivamente la terrible nueva idea que se me había ocurrido.

—¡Oh, Dios mío! Es por eso por lo que Neferet convierte a esos pobres chicos moribundos en muertos no muertos. ¡Para que vuelvan y ella pueda usarlos en la guerra que les ha declarado a los humanos!

—Pero Z, hace ya mucho tiempo que hay chicos no muertos, y sin embargo al profesor Nolan y a Loren acaban de asesinarlos. Y Neferet les ha declarado la guerra de guerrillas a los humanos hace nada —objetó Stevie Rae.

Yo no dije nada. No pude. Lo que estaba pensando era demasiado terrible como

para decirlo en voz alta. Temía que cada una de las sílabas de las palabras que formaban mi idea pudiera convertirse en un arma, y que juntas nos destruyeran a todos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aphrodite, que me observaba muy detenidamente.

—Nada —contesté yo. Cambié las palabras en mi mente, de modo que la idea resultara soportable—. Es solo que toda esta historia me hace pensar que Neferet ha estado buscando una excusa para luchar contra los humanos durante mucho tiempo. Realmente, no me sorprendería que hubiera creado a todos esos chicos muertos para formar su ejército particular. La vi con Elliot poco después de su supuesta muerte. Resultaba asqueroso su modo de controlarlo —expliqué yo con un escalofrío.

Recordaba perfectamente la forma en que Neferet le había dado órdenes y la forma en que él había inclinado la cabeza y se había arrastrado ante ella; recordaba cómo luego él había lamido de un modo vomitivo e insinuante al mismo tiempo la sangre que ella le ofrecía. Contemplar la escena había sido repugnante.

—Por eso tengo que volver con ellos —dijo Stevie Rae—. Necesitan que los cuide y que les demuestre que ellos también pueden cambiar. Aun cuando Neferet descubra el cambio que se ha producido en sus tatuajes, seguirá intentando controlarlos y mantenerlos... bueno, digamos que querrá que sigan siendo poco agradables. Y yo creo que ellos pueden volver a estar bien, igual que yo he vuelto a estar bien.

—¿Y los que jamás han estado bien? ¿Es que no te acuerdas de ese chico, Elliot, del que acaba de hablar Zoey? Era un perdedor en vida y sigue siéndolo no muerto. Y seguirá siéndolo siempre, aunque consiga cambiar y convertirse en un rojo de esos —dijo Aphrodite, que suspiró larga y exageradamente cuando Stevie Rae se la quedó mirando—. Lo que trato de decir es que, para empezar, jamás fueron chicos normales. Quizá no haya nada que salvar.

—Aphrodite, tú no eres quién para decidir quién debe salvarse y quién no. Puede que yo fuera una chica bastante normal antes de morir, pero ahora mismo no soy precisamente normal —dijo Stevie Rae—. ¡Y sí merecía la pena salvarme!

—Nyx —dije yo, haciéndolas a las dos girarse hacia mí con una expresión inquisitiva—. Nyx es quien debe elegir a quién merece la pena salvar. Ni yo, ni Stevie Rae. Ni siquiera tú, Aphrodite.

—Sí, supongo que me olvidaba de Nyx —admitió Aphrodite, volviendo el rostro hacia otro lado para ocultarnos la expresión dolida de sus ojos—. Aunque, de todos modos, tampoco es que una diosa quiera tener nada que ver con una chica humana.

—Eso no es cierto —dije yo—. La mano de Nyx sigue sobre ti, Aphrodite. La diosa ejerce su poder sobre ti todavía. Si fuera cierto que no le importas, se habría llevado las visiones al mismo tiempo que el tatuaje.

Mientras hablaba, tuve esa intuición que tengo a menudo cuando sé con absoluta

certeza que estoy diciendo la verdad. Aphrodite era un coñazo, pero por alguna razón seguía siendo importante para nuestra diosa.

Aphrodite me miró a los ojos.

—¿Eso te lo imaginas, o lo sabes?

—Lo sé —contesté yo sin dejar de aguantarle la mirada con perfecta serenidad.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Bueno, eso es muy bonito y todo eso —dijo entonces Stevie Rae—, pero deberías recordar que ahora mismo tampoco eres exactamente normal.

—Pero soy atractiva, voy bien aseada y no me deslizo por apestosos túneles viejos, gruñendo e intentando morder a las visitas.

—Lo cual nos lleva al siguiente asunto. ¿Por qué estabas abajo, en los túneles? —le pregunté yo a Aphrodite.

Aphrodite giró los ojos en sus órbitas.

—Porque aquí la señorita K95.5 FM^[1] tuvo que hacerse la valiente y seguirme.

—Bueno, te asustaste cuando desapareció tu tatuaje, y al contrario que otras personas, yo no soy una bruja con B mayúscula. Además, puede que fuera culpa mía que lo perdieras, así que lo correcto era asegurarme de que estabas bien —dijo Stevie Rae.

—¡Tú me mordiste, imbécil! —contestó Aphrodite—. ¡Por supuesto que fue por tu culpa!

—Ya te he pedido perdón.

—¡Por favor, chicas!, ¿podrías ceñiros al asunto?

—Bien. Fui a esos estúpidos túneles porque tu estúpida mejor amiga iba a montar un buen cisco si nos pillaban a plena luz del día.

—¿Pero cómo es que estuviste fuera dos días?

Aphrodite parecía incómoda ante la pregunta.

—Tardé dos días en decidir si debía volver o no. Y además de eso, tenía que ayudar a Stevie Rae a comprar algunas cosas para los túneles y para los *frikis* que viven allí abajo. Ni siquiera yo puedo marcharme y dejarlos allí a todos... —Aphrodite hizo una pausa y, por fin, decidió explicarse con un delicado estremecimiento de asco— a todos hechos unos... *puaj*.

—La verdad es que todavía no estamos acostumbrados a tener visitas —dijo Stevie Rae.

—¿Quieres decir aparte de las personas a las que se comen tus amigos? —preguntó Aphrodite.

—Stevie Rae, en serio, no puedes permitir que esos chicos se coman a la gente. Ni siquiera aunque sean mendigos de la calle —dije yo.

—Lo sé. Y esa es otra de las razones por las que tengo que volver con ellos.

—Pues tienes que llevarte a un equipo de limpieza de la empresa Merry Maids y a otro de decoradores de interior —musitó Aphrodite—. Te ofrecería la ayuda de mis padres, pero puede que se los comieran tus *compis* y, como diría mi madre, ¡es tan difícil hoy en día encontrar buenos ilegales!

—No voy a permitir que esos chicos sigan comiéndose a la gente, y además estoy trabajando para hacer los túneles más habitables —aseguró Stevie Rae a la defensiva.

Yo recordaba muy bien lo escalofrantes, oscuros y sucios que estaban esos túneles.

—Stevie Rae, ¿no habría ningún otro sitio al que pudierais ir tú y tus... eh... tus iniciados rojos?

—¡No! —se apresuró a negar Stevie Rae. Pero inmediatamente me dirigió una sonrisa a modo de disculpa—. Es que, ¿sabes?, el asunto es que a mí me gusta estar bajo tierra. Y a ellos. Tenemos que estar en el seno de la tierra. —Stevie Rae alzó la vista repentinamente hacia Aphrodite, que arrugaba la nariz con un gesto de asco—. ¡Sí, ya sé que no es normal, pero ya te he dicho que yo no soy normal!

—¡Eh, Stevie Rae! —exclamé yo—, estoy completamente de acuerdo contigo en que no tiene nada de malo eso de no ser normal. Quiero decir que, vamos, mírame a mí —expliqué señalando con un gesto de la mano mis múltiples tatuajes que, sin duda, no eran normales—. Yo soy la reina de Anormalandia. Solo que quizá deberías explicar qué quieres decir exactamente con eso de que no eres normal.

—¡Esto sí que va a ser bueno! —comentó Aphrodite.

—Está bien, bueno, pues aún no lo sé todo acerca de mí misma. Solo llevo dos días no muerta y con el cambio terminado, pero tengo algunas habilidades que no creo que tengan los vampiros adultos normales.

—Como por ejemplo... —solté yo al ver que ella se quedaba ahí, sentada, mordiéndose el labio.

—Como la cosa esa de «convertirme en la piedra» que he hecho cuando he escalado el muro de los dormitorios. Pero puede que haya podido hacerlo por mi afinidad con la tierra.

Yo asentí con la cabeza, reflexionando.

—Eso tiene sentido. Yo he descubierto que puedo llamar a los elementos para que vengan a mí, y puedo más o menos desaparecer y convertirme en niebla, viento y cosas por el estilo.

El rostro de Stevie Rae se iluminó.

—¡Ah, sí! ¡Recuerdo que en una ocasión te hiciste prácticamente invisible!

—Sí. Así que quizá, en realidad, tener una habilidad específica no sea una cosa tan fuera de lo normal. Quizá todos los vampiros con afinidades por un elemento puedan hacer algo parecido.

—¡Mierda, por supuesto! Así que vosotras os lleváis las habilidades chulas, ¡y yo

me llevo el coñazo de las visiones! —se quejó Aphrodite.

—Será porque tú eres un coñazo —dijo Stevie Rae.

—¿Y qué más? —pregunté yo antes de que se pusieran a discutir.

—Ardería si me diera la luz del sol.

—¿Aún? ¿Estás completamente segura?

Yo ya sabía que el sol era un problema para ella desde que se había convertido en una muerta no muerta.

—Sí, está segura —confirmó Aphrodite por ella—. Más que nada, fue por eso por lo que tuvimos que bajar a esos asquerosos túneles, ya te lo he dicho. El sol se estaba levantando. Estábamos en el centro de la ciudad. Stevie Rae se asustó.

—Sabía que me ocurriría algo malo si me quedaba en la superficie —dijo Stevie Rae—. Bueno, en realidad no me asusté: sencillamente, estaba preocupada de verdad.

—Bien, vale, pero al menos tú y yo estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo sobre tus cambios de humor. Yo digo que te asustaste cuando te dio un rayo de sol en el brazo. Comprueba cómo lo tiene, Z —sugirió Aphrodite, señalando el brazo derecho de Stevie Rae.

Stevie Rae alargó el brazo de mala gana y se remangó la manga de la blusa. Yo pude ver una mancha roja en el antebrazo y el codo: parecía como si el sol la hubiera quemado.

—No tiene un aspecto tan terrible. Un poco de crema solar, una persiana oscura, una visera de camionero, y todo arreglado —sugerí yo.

—No te creas —intervino Aphrodite otra vez—. Deberías de haberlo visto antes de que bebiera sangre. Tenía el brazo que, de verdad, daba asco: parecía casi crujiendo. Al beber sangre pasó de asquerosa quemadura de tercer grado a una simple quemadura de sol, pero nadie sabe si habría funcionado de haberse frito todo el cuerpo entero.

—Stevie Rae, cielo, que quede claro que no te estoy juzgando, pero ¿no te comerías a nadie de la calle o algo así después de que te quemara el sol, verdad?

Stevie Rae sacudió la cabeza a un lado y a otro con tanta fuerza, que sus rizos se sacudieron como locos.

—¡Noooo! De camino a los túneles, me desvié un poco y tomé prestada una pizca de sangre del banco de sangre de la Cruz Roja que hay en el centro de la ciudad.

—«Prestada» quiere decir que la devolverás cuando termines de usarla —aclaró Aphrodite—. Y, a menos que seas la primera vampira bulímica de la historia, no creo que puedas devolverla —añadió, lanzándole a Stevie Rae una mirada con aires de suficiencia—. Así que la verdad es que la robaste. Lo cual nos lleva a la otra habilidad nueva que ha adquirido tu mejor amiga. De esta habilidad yo he sido testigo. En más de una ocasión, en realidad. Y sí, resulta muy perturbadora. Stevie Rae es extrañamente buena controlando las mentes de los humanos. Por favor, ten en

cuenta que el detalle clave de lo que acabo de decir es la palabra «extrañamente».

—¿Has terminado? —le preguntó Stevie Rae a Aphrodite.

—Pues me parece que no, pero si quieres, puedes continuar tú —contestó Aphrodite.

Stevie Rae frunció el ceño en su dirección, pero después siguió explicándomelo a mí:

—Aphrodite tiene razón. Es como si pudiera meterme en la mente de los humanos y hacer cosas.

—¿Hacer cosas? —repetí yo.

Stevie Rae se encogió de hombros.

—Hacer cosas como hacerles venir hacia mí, o hacerles olvidar que me han visto. No estoy segura de qué más. Podía hacerlo más o menos antes de completar el cambio, pero eso no era nada comparado con lo que puedo hacer ahora. Sin embargo, no me siento en absoluto cómoda con ese poder de controlar las mentes. Me parece... no sé, malo.

Aphrodite bufó.

—Bueno, ¿algo más? ¿Sigues necesitando todavía que te inviten para poder entrar en una casa? —pregunté yo. Pero yo misma respondí a la pregunta—. Espera, eso ha tenido que cambiar, porque yo no te he invitado a entrar aquí, pero aquí estás. Aunque no es que yo no fuera a invitarte, porque sin duda lo habría hecho —me apresuré a añadir.

—Pues la verdad es que eso no lo sé. En el edificio de la Cruz Roja entré sin más.

—Quiere decir que entró sin más después de controlar la mente de la técnico de laboratorio para que le abriera la puerta —volvió a aclarar Aphrodite.

Stevie Rae se puso colorada y se justificó:

—No le hice ningún daño ni nada de eso, y ella luego no se acordará de nada.

—Pero entonces, ¿ella no te invitó? —pregunté yo.

—No, pero el edificio de la Cruz Roja es un lugar público, así que yo lo siento de un modo diferente. ¡Ah!, y además no creo que tengas que invitarme para entrar aquí, Z. Porque yo antes vivía aquí, ¿no te acuerdas?

—Sí que me acuerdo —sonreí yo.

—Si ahora os agarráis de las manos y empezáis a cantar *Lean on Me*, tendré que marcharme para que no me den arcadas —comentó Aphrodite.

—¿Tú no podrías utilizar tu poder para controlar las mentes y conseguir que se callara de una vez por todas? —pregunté yo.

—No. Ya lo he intentado. Aphrodite tiene algo en la cabeza que me impide entrar.

—Es mi inteligencia superior —dijo Aphrodite.

—Más bien será tu carácter superiormente fastidioso —la corregí yo—. Sigue, Stevie Rae.

—Vamos a ver, ¿qué más...? —Stevie Rae se quedó pensativa por unos segundos, y luego dijo—: Soy mucho más fuerte que antes.

—Los vampiros adultos normales también los son —dije yo. Entonces me acordé de que ella aún necesitaba sangre—. Así que, ¿todavía necesitas sangre?

—Sí, pero si no la consigo, no creo que me vuelva tan loca como antes. No me gustaría tener que pasarme sin ella, pero no creo que me convirtiera tampoco en un monstruo chupasangre.

—Aunque tampoco lo sabe seguro —precisó Aphrodite.

—Detesto que tenga razón, pero la tiene —confirmó Stevie Rae—. Hay tantas cosas que aún no sé acerca del tipo de vampiro en el que me he convertido que me da bastante miedo.

—Tranquila, tenemos tiempo de sobra para averiguarlo —dije yo.

Stevie Rae sonrió y se encogió de hombros, pero enseguida añadió:

—Bueno, pero tendréis que averiguarlo vosotras solas, porque en serio que yo me tengo que ir.

Entonces Stevie Rae salió disparada hacia la ventana de tal modo que me dio un susto de muerte.

—¡Espera! Tenemos que hablar de muchas más cosas. Y con el anuncio de que se han interrumpido las vacaciones de invierno, habrá iniciados y vampiros por todas partes otra vez. Por no mencionar que si trato de salir del campus para ir a verte, tendré que enfrentarme a los Hijos de Érebo y a todo el tema de la guerra con los humanos, así que no sé cuándo podré ir.

Comenzaba a sentirme un poco escasa de aliento ante la cantidad de asuntos que nos traíamos entre manos.

—No te preocupes, Z. Aún conservo el teléfono que me diste. Tú llámame. Yo me escabulliré y entraré aquí en cualquier momento.

—En cualquier momento quiere decir siempre que no haya luz solar —aclaró Aphrodite, quien me ayudó a abrirla la ventana a Stevie Rae.

—Sí, eso era lo que quería decir —confirmó Stevie Rae, que miró a Aphrodite y añadió—: Sabes que puedes venir conmigo si no quieres quedarte aquí y verte obligada a fingir.

Yo parpadeé sorprendida ante la oferta de mi mejor amiga. Porque no es que a ella le cayera bien Aphrodite. Y sin embargo ahí estaba, ofreciéndole un lugar en el que quedarse y, además, exactamente con el mismo tono de voz amable de mi amiga de siempre: de esa amiga a la que yo conocía tan bien y a la que tanto quería. Y me sentí fatal porque, en algún rincón de mi mente, me la había imaginado actuando otra vez como una chica inhumana no muerta.

—En serio, puedes venir conmigo —repitió Stevie Rae. Al ver que Aphrodite no contestaba, Stevie Rae dijo algo que a mí me sonó realmente extraño—. Sé lo que es

tener que fingir. En los túneles no tendrías que hacerlo.

Yo esperaba que Aphrodite soltara una risita de desprecio e hiciera un chiste sobre los iniciados rojos y su pésima higiene, pero lo que dijo me sorprendió aún más que lo que había dicho Stevie Rae.

—Tengo que quedarme aquí y fingir que sigo siendo una iniciada. No voy a dejar sola a Zoey, y no confío en que el chico gay y las gemelerdas se porten como buenos *compis* ahora mismo. Pero gracias, Stevie Rae.

Yo sonreí en dirección a Aphrodite.

—¿Lo ves? Cuando quieres, puedes ser amable.

—No soy amable. Soy práctica. Un mundo en guerra no es en absoluto atractivo. Ya sabes: todos sudando, corriendo, luchando y matándose los unos a los otros. Es muy poco propicio para llevar el pelo y las uñas bien arregladas.

—Aphrodite, ser amable no es malo —insistí yo con voz cansada.

—¡Y eso lo dice la reina de Anormalandia! —bromeó Aphrodite.

—O sea, tu reina, chica visionaria —dijo Stevie Rae, que entonces me abrazó con prisas—. Adiós, Z. Nos veremos pronto. Te lo prometo.

Yo la abracé a mi vez. Me encantaba sentir su contacto, olerla y oír que hablaba con la voz de la Stevie Rae de siempre.

—Vale, pero preferiría que no tuvieras que marcharte —dije yo.

—Todo saldrá bien. Ya lo verás. Todo irá bien —contestó ella.

Y entonces salió por la ventana. Yo la observé trepar por el escarpado muro de los dormitorios. Parecía una araña trepadora, hasta que su cuerpo comenzó a ondularse y prácticamente desapareció. De hecho, de no haber sabido que estaba ahí, no la habría visto en absoluto.

—Es como si fuera uno de esos lagartos que pueden cambiar el color de su cuerpo para igualarse con el de su alrededor —comentó Aphrodite.

—Un camaleón —dije yo—. Se llaman camaleones.

—¿Seguro? Para Stevie Rae me pega más «lagartija».

Yo fruncí el ceño.

—Sí, seguro. Deja ya de ser tan listilla y ayúdame a cerrar la ventana.

Cerramos las ventanas y echamos las cortinas, y entonces yo suspiré y sacudí la cabeza. Y más para mí misma que para ella, pregunté:

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Aphrodite se puso a rebuscar por el bolsito de Coach tan chic que llevaba de adorno colgado del hombro.

—No sé tú, pero yo voy a dibujarme otra vez el tatuaje con este ridículo lápiz de ojos. ¿Puedes creer que encontrara este tono en Target? —preguntó ella con un escalofrío—. Porque vamos a ver, ¿quién que sepa lo bastante sobre moda como para llevar este color compraría maquillaje en un sitio tan cutre? Bueno, es igual, voy a

dibujarme el tatuaje y luego voy a ir a esa estúpida reunión que ha convocado Neferet.

—Me refería a qué vas a hacer con relación a todo este asunto de vida o muerte que nos traemos entre manos.

—¡Y yo qué coño sé! ¡No quiero llevar esto! —añadió Aphrodite, señalándose la marca de la frente—. ¡No quiero hacer nada de esto! Solo quiero ser lo que era antes de que tú aparecieras por la escuela y se desatara el infierno. Quiero que todos me admiren, ser poderosa y salir con los chicos más sexis de la escuela. Pero ahora ya no solo no soy ninguna de esas cosas, sino que encima soy una humana con escalofriantes visiones, y ni siquiera sé qué hacer al respecto.

Yo me quedé callada por un segundo, pensando en el hecho de que yo había sido la causante de que Aphrodite dejara de ser la estudiante más admirada de la escuela y de que perdiera todo su poder y a su novio. Cuando por fin hablé, me sorprendí diciendo exactamente lo que estaba pensando.

—Debes de odiarme.

Aphrodite se quedó mirándome durante un largo rato.

—Antes sí que te odiaba —admitió lentamente—. Pero ahora, más que nada, me odio a mí misma.

—Pues no lo hagas —dije yo.

—¿Y por qué demonios no debería odiarme a mí misma? ¡Todo el mundo me odia!

Sus palabras sonaban duras y maliciosas, pero tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Te acuerdas del horrible comentario que me dijiste no hace mucho, cuando creías que yo era perfecta?

Una leve sonrisa curvó sus labios.

—Tendrás que recordármelo. Te he dicho tantas cosas horribles...

—Bueno, en esa ocasión, en concreto, me dijiste algo acerca del hecho de que el poder cambia a la gente, y por eso lo estropean todo.

—¡Ah, sí! Creo que ya me acuerdo. Te dije que el poder cambia a la gente, pero en realidad me refería a la gente que te rodea.

—Bueno, pues tenías razón. Tanto con respecto a ellos, como con respecto a mí. Y ahora lo comprendo. Y también comprendo muchas de las cosas estúpidas que hiciste tú en su momento —añadí yo con una sonrisa—. No todo, por supuesto, pero sí muchas de tus estupideces. Porque ahora yo también he cometido mi buen número de errores, y me da la sensación de que aún no he terminado de hacer tonterías... por deprimente que parezca.

—Deprimente, pero cierto —confirmó Aphrodite—. ¡Ah!, y, a propósito, ya que hablamos de que el poder cambia a la gente, deberías recordarlo cuando estés con Stevie Rae.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho: que ella también ha cambiado.

—Tendrás que explicarte un poco mejor —dije yo, que comenzaba a sentir que se me revolvía el estómago.

—No finjas que no has notado nada raro en ella —dijo Aphrodite.

—Le han ocurrido muchas cosas —la justifiqué yo.

—A eso me refería precisamente. Le han ocurrido muchas cosas, y eso la ha cambiado.

—Jamás te ha gustado Stevie Rae, así que no espero que ahora, de repente, te lleves bien con ella. Pero tampoco estoy dispuesta a escuchar toda la mierda que quieras soltarme. Sobre todo después de ver cómo Stevie Rae acaba de ofrecerte que la acompañes para que no tengas que quedarte aquí y fingir.

Yo comenzaba a cabrearme de verdad, pero no sabía muy bien si se debía a que lo que estaba diciendo Aphrodite era mentira, además de ser horrible, o más bien a que era una aterradora verdad a la que prefería no enfrentarme.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que quizá Stevie Rae quería que la acompañara para que no pase más tiempo contigo?

—¡Eso es una estupidez! ¿Qué puede importarle eso a ella? Stevie Rae es mi mejor amiga, no mi novio.

—No es ninguna estupidez, porque ella sabe que yo puedo calarla a pesar de todo su teatro, y que voy a contarte la verdad acerca de ella. Y la verdad es que ya no es la que era. No sé exactamente qué es ahora, ni creo que ella misma lo sepa, pero desde luego ya no es el trozo de pan que solía ser.

—¡Ya sé que no es la que era! —solté yo—. ¿Cómo iba a serlo? ¡Stevie Rae murió, Aphrodite! ¡En mis brazos! ¿O es que no lo recuerdas? Pero yo sigo siendo amiga suya, así que no voy a darle la espalda solo porque haya pasado por una experiencia traumática que sin duda la ha cambiado.

Aphrodite se quedó ahí de pie, mirándome sin decir nada, durante un largo rato. Estuvo inmóvil tanto tiempo que otra vez comenzó a dolerme el estómago. Por fin ella alzó un hombro y dijo:

—Vale. Piensa lo que quieras. Solo espero que no te equivoques.

—No me equivoco, y no quiero volver a hablar más de este tema —dije yo con una extraña sensación de debilidad.

—Vale —repitió ella—. Porque ya había terminado.

—Bien. Entonces termina también de dibujarte el tatuaje y vamos a la reunión.

—¿Juntas?

—Sí.

—¿Es que ya no te importa que la gente sepa que no nos odiamos? —preguntó Aphrodite.

—Bueno, ahora lo veo de otra manera. La gente, y sobre todo mis amigos, pensarán un montón de cosas desagradables acerca de la posibilidad de que ahora, de repente, tú y yo seamos amigas.

Aphrodite abrió inmensamente los ojos.

—Lo cual mantendrá ocupadas sus diminutas mentes, de modo que no tendrán tiempo de pensar en Stevie Rae.

—Mis amigos no tienen mentes diminutas.

—Lo que tú digas.

—Pero sí, es la idea. Damien y las gemelas estarán ocupados pensando cosas desagradables acerca de ti. Lo cual, sin duda, mantendrá sus mentes ocupadas si, por casualidad, a Neferet se le ocurre ponerse a escuchar —dije yo.

—Eso suena a que tenemos las bases de un buen plan —dijo Aphrodite.

—Pues es una lástima, pero de momento es lo único que tenemos.

—Bueno, al menos eres constante en algo, aunque sea en no saber qué diablos estás haciendo.

—Eres fantástica, siempre mirando el lado positivo de la vida.

—Lo que sea con tal de ayudar —dijo Aphrodite.

En cuanto terminó de darse los últimos retoques al tatuaje falso, nos dirigimos a la puerta del dormitorio. Pero justo antes de abrirla, yo miré a Aphrodite y añadí:

—¡Ah!, y yo tampoco te odio. De hecho, te estoy tomando cariño.

Aphrodite me soltó una de sus risitas despectivas mejor interpretadas y dijo:

—¿Lo ves? A eso era a lo que me refería cuando decía que eres constante en lo de no saber qué diablos estás haciendo.

Yo me estaba riendo a carcajadas cuando por fin abrí la puerta, y entonces nos topamos con Damien, Jack y las gemelas.



—Queremos hablar contigo, Z —anunció Damien.

—Y nos alegramos de ver que ella se va —añadió Shaunee sin apartar la vista de Aphrodite.

—Sí, pero ten cuidado con la puerta al salir, no vaya a ser que te des en ese culo tuyo que no es más que un pellejo —intervino Erin.

Yo vi la expresión herida que atravesó el semblante de Aphrodite antes de decir:

—Vale, ya me voy.

—Aphrodite, tú no vas a ninguna parte —afirmé yo. Tuve que esperar a que las gemelas terminaran de soltar expresiones de incredulidad antes de continuar—. Nyx se está ocupando muy en serio en este momento de la vida de Aphrodite. ¿Confíaís en el juicio de Nyx? —pregunté yo, mirando a los ojos a cada uno de mis amigos.

—Sí, por supuesto que sí —contestó Damien en nombre de todos.

—Entonces tendréis que aceptar a Aphrodite como a uno más de nosotros —concluí yo.

Hubo una larga pausa durante la cual las gemelas, Jack y Damien se miraron los unos a los otros, y finalmente Damien dijo:

—Bueno, me figuro que tendremos que admitir que Aphrodite es especial para Nyx, pero la pura verdad es que ninguno de nosotros confía en ella.

—Yo confío en ella —afirmé yo.

Cierto, quizá no confiara en ella al cien por cien, pero Nyx se revelaba a través de ella.

—Lo cual resulta irónico, porque precisamente nosotros tenemos problemas de confianza contigo —dijo Shaunee.

—¡Panda de lerdos! Lo que decís no tiene ningún sentido —afirmó Aphrodite—. Primero exclamáis: «¡Oh, sí! ¡Confiamos en Nyx!», y al instante siguiente decís que tenéis problemas de confianza con Zoey. Zoey es la iniciada elegida. Nadie, ya sea vampiro o iniciado, ha recibido jamás tantos dones de Nyx. ¿Vais captándolo? —preguntó Aphrodite, al tiempo que hacía una mueca de exasperación.

—Puede que Aphrodite tenga razón —dijo Damien en medio de un pasmoso silencio.

—¿Tú crees? —preguntó Aphrodite con sarcasmo—. Pues allá va otro noticia para la panda de lerdos: en mi última visión, he visto que asesinaban a Zoey y que el mundo entero se convertía en un caos por culpa de su muerte. ¿Y adivináis quiénes eran los responsables del asesinato de vuestra supuesta amiga? —preguntó Aphrodite, que hizo una pausa y alzó las cejas en dirección a Damien y a las gemelas antes de

responder ella misma a la pregunta—. Todos vosotros. Asesinan a Zoey porque vosotros le dais la espalda.

—¿Aphrodite ha tenido una visión de tu muerte? —me preguntó Damien a mí. Su rostro, de pronto, se había puesto sumamente pálido.

—Sí. Bueno, en realidad ha tenido dos. Pero las dos eran bastante confusas. Las vio desde mi punto de vista, lo cual resultó un poco horripilante. De todos modos solo tengo que mantenerme alejada del agua y de...

Me interrumpí, y mis palabras se desvanecieron justo antes de que nombrara a Neferet. Por suerte, Aphrodite tomó la palabra.

—... Tiene que mantenerse alejada del agua, y no puede quedarse sola —dijo Aphrodite—. Lo cual significa, chicos, que tenéis que daros un besito y hacer las paces. Pero esperad a que yo me vaya para que no os vea, porque sin duda me darían arcadas.

—Nos has cabreado de verdad, Z —dijo Shaunee, que estaba casi tan pálida como Damien.

—Pero a pesar de todo no queremos que te mueras —terminó Erin la frase por ella, con idéntico aspecto.

—¡Yo me moriría si tú te murieras! —exclamó Jack que, acto seguido, se sorbió la nariz.

Luego alargó la mano para tomar la de Damien.

—Bueno, pues entonces tendréis que superar vuestros prejuicios y volver a ser la pandilla de estúpidos *compis* de siempre —concluyó Aphrodite.

—¿Y desde cuándo te importa a ti si Zoey está viva o muerta? —preguntó Damien.

—Desde que trabajo para Nyx en lugar de trabajar para mí misma. A Nyx le jode lo que le pase a Zoey, así que a mí también me jode. Y menos mal, porque se supone que vosotros sois sus mejores amigos, pero basta un secreto o dos y un pequeño malentendido para que le deis las espalda —contestó Aphrodite, que entonces me miró, soltó un bufido y añadió—: ¡Demonios, Zoey, con amigos como estos, es una suerte que tú y yo no seamos enemigas!

Damien volvió la cabeza de Aphrodite hacia mí sin dejar de sacudirla. Parecía sentirse más dolido que enfadado. Entonces dijo:

—Lo que de verdad no comprendo de todo esto es por qué le cuentas a ella lo que te niegas a contarnos a nosotros, porque está perfectamente claro que a ella sí le cuentas las cosas.

—¡Oh, vamos, chico gay! ¡No vayas a ponerte ahora tierno, pensando que te he robado tu estúpido puesto al lado de Zoey! La razón es muy sencilla. A mí los vampiros no pueden leerme la mente.

Damien parpadeó perplejo. Y después abrió inmensamente los ojos, como si al fin

comprendiera. Entonces me miró a mí.

—Entonces, ¿a ti tampoco pueden leerle la mente, verdad?

—No, no pueden —contesté yo.

—¡Oh, mierda! —exclamó Shaunee—. ¿Quieres decir que crees que contarnos algo a nosotros es como contárselo al mundo entero?

—Es imposible que resulte tan fácil para un vampiro leerle la mente a un iniciado, Z —razonó Erin—. Porque si lo fuera, entonces habría un montón de chicos que tendrían siempre muchos problemas.

—¡Eh, espera! Los vampiros suelen pasar por alto cosas como que los iniciados se escapen del campus o usen la PDA —dijo Damien, pronunciando las palabras muy despacio como si estuviera sumando dos más dos en ese momento, mientras hablaba—. No les importa realmente que nos saltemos las reglas de vez en cuando, siempre y cuando se trate solo de las cosas típicas que hacen los adolescentes; así que está claro que no se dedican a escuchar nuestras mentes todo el tiempo, o como quiera que se llame esa facultad psíquica.

—Exacto, pero ¿y si piensan que ocurre una cosa que amenaza con romper algo más importante que esas reglas habituales de conducta, y creen que hay un grupo de iniciados que sabe algo? —sugerí yo.

—Entonces se concentran en escuchar las mentes de ese grupo de iniciados —concluyó Damien por mí—. ¡Claro, hay cosas que desde luego no puedes decirnos!

—¡Demonios! —exclamó Shaunee.

—¡La cosa apesta de verdad! —convino Erin.

—Pues os ha costado bastante llegar a esa conclusión —dijo Aphrodite.

Damien no le hizo caso y añadió:

—Esto tiene que ver con Stevie Rae, ¿verdad?

Yo asentí.

—¡Eh!, y hablando de Stevie Rae... —comenzó a decir Shaunee.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Erin.

—No le ha pasado una mierda —contestó Aphrodite—. Me encontró. Me volvió a aparecer el tatuaje, se me pasó el susto y entonces volví.

—¿Y adónde fue ella? —preguntó Damien.

—¿Es que tengo aspecto de niñera? ¿Cómo diablos voy a saber yo adónde ha ido vuestra amiga la paleta? Lo único que me dijo es que tenía que marcharse porque tenía asuntos que resolver. ¡Como si no fuera evidente!

—Como sigas hablando así de Stevie Rae, la que va a tener asuntos que resolver vas a ser tú. ¡Con mi puño! ¡En la cara! —la amenazó Shaunee.

—¡Yo le sujeto ese culito de pellejo, gemela! —se ofreció Erin.

—¡Ah!, ¿pero es que también compartís el cerebro? —preguntó Aphrodite.

—¡Oh! ¡Dios! ¡Mío! ¡Basta! —grité yo—. Puede que me muera. Dos veces. Hoy

mismo me he tropezado con una especie de cosa fantasmal extraña, y estoy jodidamente aterrada. No estoy muy segura de qué diablos sucede con Stevie Rae, pero Neferet ha convocado una reunión del Consejo. Seguramente lo que quiere es repasar los planes para la guerra: una guerra que es un completo error. ¡Y encima vosotros no podéis dejar de discutir! ¡Me estáis dando dolor de cabeza, y además me estoy cabreando!

—Será mejor que la escuchéis. Yo he contado un taco y dos palabras malsonantes en un solo párrafo corto. Habla en serio —advirtió Aphrodite.

Vi a las gemelas reprimir una sonrisa. ¡Jolines! ¿Por qué el hecho de que no me guste soltar tacos es tan importante?

—Está bien. Trataremos de llevarnos bien —accedió Damien.

—¡Por Zoey! —exclamó Jack, que me dirigió una cariñosa sonrisa.

—¡Por Zoey! —convinieron las gemelas al unísono.

Se me encogió el corazón al dirigir la vista hacia cada uno de mis amigos. Me apoyaban. Pasara lo que pasara, ellos seguían a mi lado.

—Gracias, chicos —contesté yo, parpadeando y reprimiendo las lágrimas.

—¡Abrazo de amigos! —exclamó Jack.

—¡Ah, demonios, no! —exclamó a su vez Aphrodite.

—En eso tenemos que estar de acuerdo con Aphrodite —dijo Erin.

—Sí, es hora de marcharnos —convino Shaunee.

—¡Ah!, Damien, nosotros también tenemos que marcharnos —dijo Jack—. Le prometiste a Stark que irías a ver si se había instalado a gusto antes de ir a la reunión.

—Sí, es cierto —confirmó Damien—. Adiós, Z. Hasta luego.

Él y Jack siguieron a las gemelas, que en ese momento salían de mi dormitorio. Se despidieron de mí y salieron en fila al pasillo, dejándome a solas con Aphrodite. Y enseguida se pusieron a hablar de lo sexi que era Stark.

—Así que mis amigos no son tan terribles, ¿no? —comenté yo.

Aphrodite me dirigió su fría mirada azul y contestó:

—Tus amigos son imbéciles.

Yo sonreí y le di un golpecito con el hombro, diciendo:

—Entonces tú también eres imbécil.

—Eso es lo que me temo —contestó Aphrodite—. Y hablando de mí en el infierno: acompáñame a mi habitación. Quiero que me ayudes a resolver una cosa antes de ir a la reunión del Consejo.

—Por mí, bueno —contesté yo, encogiéndome de hombros.

En realidad me sentía bastante bien conmigo misma. Mis amigos volvían a hablarme y, según parecía, cabía la posibilidad de que todo el mundo empezara a llevarse bien.

—¡Eh!, ¿te has dado cuenta de que las gemelas te han dicho una cosa amable

antes de marcharse? —pregunté yo mientras íbamos por el pasillo, de camino al dormitorio de Aphrodite.

—Las gemelas son simbióticas, y espero que muy pronto alguien se las lleve para hacer experimentos científicos con ellas.

—Esa actitud no te va a ayudar —advertí yo.

—¿Podríamos centrarnos en lo verdaderamente importante?

—¿Como qué, por ejemplo?

—Como por ejemplo yo y el asunto en el que quiero que me ayudes —contestó Aphrodite mientras abría la puerta de su habitación y las dos entrábamos en lo que a mí siempre me había parecido su palacio.

Quiero decir que... ¡jopé! El dormitorio parecía sacado de la revista de decoración *Guía de diseño de Gossip Girl*, si es que esa revista existe. Y es triste, pero probablemente sí que exista. (¡Y no es que no me guste *Gossip Girl*!).

—Aphrodite, ¿alguna vez te ha dicho alguien que puede que sufras un trastorno de la personalidad?

—Sí, ya me lo han dicho unos cuantos psiquiatras demasiado bien pagados. ¡Como si me importara!

Aphrodite atravesó el dormitorio y abrió la puerta de un armario pintado a mano (probablemente un mueble antiguo y muy caro), colocado frente a una cama con dosel de madera tallada a mano (sin duda antigua y muy cara).

—¡Ah!, y, por cierto, tienes que encontrar el modo de que el Consejo nos facilite la entrada y salida del campus a ti, a mí y, por mucho que deteste tener que decírtelo, a la pandilla de lerdos —comentó Aphrodite mientras rebuscaba por el interior del armario.

—¿Cómo?

Aphrodite suspiró y se giró para contestarme.

—¿Quieres, por favor, seguir el hilo de la conversación? Necesitamos tener libertad para entrar y salir para poder averiguar qué coño está pasando con Stevie Rae y sus asquerosos amigos.

—Ya te he dicho que no pienso permitirte hablar mal de Stevie Rae. Y además, no pasa nada con ella.

—Eso es discutible, pero ya que en esta ocasión te niegas a tratar el asunto de forma razonable, me refiero a los *frikis* con los que se codea. ¿Y si resulta que tenías razón, y que Neferet quiere usarlos en su guerra contra los humanos? No es que a mí me gusten particularmente los humanos, pero la guerra me gusta aún menos. Por eso creo que deberíamos tener libertad para ir a comprobarlo.

—¿Yo?, ¿y por qué yo? ¿Por qué tengo que ser yo la que se invente el modo de que todos podamos entrar y salir de la escuela?

—Porque tú eres la iniciada superheroína. Yo solo soy tu colega más atractiva.

¡Ah, y la panda de lerdos son tus estúpidos lacayos!

—Estupendo.

—¡Eh!, no te enfades por eso. Ya se te ocurrirá algo. Siempre se te ocurre algo.

Yo la miré y parpadeé perpleja.

—Tu confianza en mí es desconcertante —dije yo al fin.

Y no hablaba en broma. Quiero decir que Aphrodite parecía creer realmente que al final yo encontraría la solución al problema.

—Pues no debería resultarte desconcertante —contestó Aphrodite, que se giró de nuevo hacia el interior del armario para seguir buscando—. Yo sé mejor que nadie hasta qué punto Nyx te ha otorgado dones. Sé lo poderosa, bla, bla, bla... ya sabes. Así que nos sacarás de esta. ¡Por fin! ¡Dios, ojalá nos dejaran tener sirvientas en la residencia! Jamás encuentro nada cuando soy yo la que tiene que poner orden en mis cosas.

Aphrodite se dio la vuelta. Llevaba en la mano una vela verde, una bonita palmatoria de cristal verde y un encendedor de lujo.

—¿Necesitas que te ayude a encender la vela?

—No, genio. La verdad, a veces me cuesta comprender las elecciones de Nyx —contestó Aphrodite, que me tendió el diminuto encendedor de oro—. Quiero que me ayudes a descubrir si he perdido la afinidad con la tierra.



Yo alcé la vista de la vela verde y miré a Aphrodite. Tenía el rostro pálido y los labios apretados, formando una fina línea blanca.

—¿Has intentado invocar a la tierra alguna vez desde que perdiste el tatuaje? —pregunté yo con la mayor amabilidad que pude.

Ella sacudió la cabeza y siguió mirándome con cara de tener dolor de tripa.

—Bueno, vale, entonces tienes razón. Yo podría ayudarte a averiguarlo. Podría invocar un círculo completo.

—Eso es exactamente lo que he pensado —dijo Aphrodite, que respiró hondo aunque temblorosamente—. Acabemos con esto de una vez.

Aphrodite se dirigió hacia la pared que estaba frente a la cama y se quedó allí de pie, sujetando la vela.

—Este es el norte.

—Muy bien —dije yo.

Decidida, me coloqué frente a ella. Me giré hacia el este, cerré los ojos y me concentré.

—Llena nuestros pulmones y nos da la vida. Llamo al aire al círculo.

A pesar de no tener la vela amarilla para representar al elemento, e incluso sin Damien y sin su afinidad, sentí la respuesta instantánea del elemento en forma de una suave brisa que soplaba sobre mi cuerpo.

Abrí los ojos y me volví hacia la derecha, girando en el sentido de las agujas del reloj hacia el sur, posición en la que me detuve.

—Nos calienta y nos mantiene abrigados y a salvo. Llamo al fuego a mi círculo.

Sonreí al sentir que el aire a mi alrededor se calentaba con el segundo elemento.

Volví a girar hacia la derecha, y me detuve en la siguiente posición: el oeste.

—Nos lava y sacia nuestra sed. Llamo al agua a mi círculo.

De inmediato sentí el frescor de las olas invisibles contra mis piernas. Sonreí y me giré para quedar frente a Aphrodite.

—¿Lista?

Ella asintió, cerró los ojos y alzó la vela verde que representaba su elemento.

—Nos sostiene y nos rodea. Llamo a la tierra a mi círculo.

Encendí el mechero y sostuve la llama junto a la mecha de la vela.

—¡Vaya! ¡Mierda! —gritó ella.

Aphrodite dejó caer la vela como si le hiciera daño. Cayó al suelo de madera, a sus pies. Al alzar Aphrodite la vista del suelo, donde yacían la vela y la palmatoria de cristal rota, vi que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡Lo he perdido! —exclamó Aphrodite con una voz que era poco más que un susurro, mientras las lágrimas se derramaban por sus mejillas—. ¡Nyx me lo ha quitado! ¡Sabía que lo haría! Sabía que no valgo lo suficiente como para que Nyx me otorgue el don de una afinidad por algo tan increíble como el elemento tierra.

—Yo no creo que sea eso lo que ha pasado —dije yo.

—¡Pero ya lo has visto! ¡Ya no soy la tierra! Nyx no me deja seguir representando más ese elemento —lloró Aphrodite.

—No, ya veo que has perdido la afinidad por la tierra, pero no creo que Nyx te lo haya quitado porque piense que tú no eres lo bastante buena.

—¡Pero ya no lo soy! —repitió Aphrodite con la voz rota.

—No lo creo, en serio. Espera, déjame que te lo demuestre.

Di un paso atrás, apartándome ligeramente de ella. Y en esa ocasión, sin la vela de Aphrodite, dije:

—Nos sostiene y nos rodea. Llamo a la tierra a mi círculo.

Al instante me rodearon las fragancias y los sonidos de una pradera en primavera. Traté de ignorar el hecho de que lo que estaba haciendo inducía a Aphrodite a llorar aún con más fuerza, me acerqué al centro de mi círculo invisible e invoqué al último de los cinco elementos.

—Es lo que somos antes de nacer, y aquello a lo que regresaremos algún día al morir. Llamo al espíritu a mi círculo.

Mi alma cantó en el interior de mi ser al sentir que el último elemento me llenaba.

Me aferré con fuerza al poder que me poseía siempre que invocaba los elementos y alcé los brazos por encima de la cabeza. Levanté la cara hacia arriba y entonces no solo vi el techo, sino que además imaginé lo que había más allá: el oscuro terciopelo del cielo nocturno que todo lo abarca. Y recé. Pero no como rezan mi madre y su marido, mi padrastro el perdedor, repletos de falsa humildad y de expresiones decorativas como la de «amén». Al rezar, no cambié mi forma de ser. Hablé con la diosa igual que hablaría con mi abuela o mi mejor amiga.

Y me gusta creer que Nyx aprecia mi sinceridad.

—Nyx, desde este lugar de poder que tú me has concedido, te pido que oigas mi plegaria. Aphrodite ha sufrido una gran pérdida, y yo no creo que sea porque a ti ya no te importe qué pueda pasarle. Creo que ocurre algo, y deseo de verdad que le hagas saber que sigues estando con ella, pase lo que pase.

No ocurrió nada. Respiré hondo y volví a concentrarme. Yo había oído la voz de Nyx en otras ocasiones. Quiero decir que algunas veces ella había hablado conmigo. O a veces, simplemente, tenía intuiciones sobre cosas. *Cualquiera de las dos opciones estaría bien*, añadí yo a mi plegaria en silencio. Entonces hice un esfuerzo mayor por concentrarme. Cerré los ojos y escuché con tal atención en mi interior que apreté los párpados y contuve la respiración sin darme cuenta siquiera. De hecho,

escuchaba con tal concentración que estuve a punto de no oír el grito de sorpresa de Aphrodite.

Abrí los ojos y, casi al mismo tiempo, me quedé boquiabierta.

Entre Aphrodite y yo flotaba la imagen plateada y brillante de una bella mujer. Después, cuando Aphrodite y yo tratamos de describir lo que habíamos visto, las dos nos dimos cuenta de que no podíamos recordar ningún detalle; solo sabíamos que parecía la imagen de un espíritu que se hubiera hecho visible de pronto. Cosa que, por otro lado, tampoco es ninguna descripción.

—¡Nyx! —grité yo.

La diosa me sonrió, y yo pensé que el corazón se me saldría del pecho de pura felicidad.

—Felicidades, mi *u-we-tsi-a-ge-ya* —saludó la diosa, que utilizó la palabra en cheroqui que significa «hija», tal y como solía hacer mi abuela—. Has hecho bien en llamarme. Deberías seguir tu verdadero instinto más a menudo, Zoey. Jamás te llevará por mal camino.

Entonces se giró hacia Aphrodite quien, sin dejar de llorar, se dejó caer de rodillas ante la diosa.

—¡Perdóname, Nyx! —lloró Aphrodite—. ¡He hecho tantas estupideces, y he cometido tantos errores! ¡Me arrepiento de todos! ¡Estoy arrepentida de veras! No te culpo por quitarme el tatuaje y la afinidad con la tierra. Sé que no me merezco ninguno de los dos.

—Hija, me has malinterpretado. Yo no te he quitado el tatuaje. Ha sido la fuerza de tu humanidad la que lo ha quemado, igual que ha sido la fuerza de tu humanidad la que ha salvado a Stevie Rae. Porque te guste o no, siempre serás humana de una forma mucho más sublime que cualquier otra cosa, y en parte esa es la razón por la que te quiero tanto. Pero no pienses que ahora eres solo humana, mi niña. Eres algo más, solo que tendrás que descubrir tú sola qué significa eso exactamente, y elegir por ti misma.

La diosa tomó entonces la mano de Aphrodite y tiró de ella para ponerla en pie.

—Quiero que comprendas que la afinidad por la tierra jamás fue tuya, hija. Solo se la guardabas a Stevie Rae, la mantenías a buen recaudo. Porque la tierra no podía vivir verdaderamente en su interior mientras no se restaurara su humanidad. Fue en ti en quien confié para que le guardaras ese precioso don, igual que fuiste el canal a través del cual Stevie Rae recuperó su humanidad.

—Entonces, ¿no es un castigo? —preguntó Aphrodite.

—No, hija. Ya te castigas bastante tú sola —contestó Nyx.

—¿Y no me odias? —susurró Aphrodite.

La sonrisa de Nyx fue radiante y triste al mismo tiempo.

—Como ya te he dicho, Aphrodite, yo te quiero. Siempre te querré.

En esa ocasión yo supe que las lágrimas que resbalaban por el rostro de Aphrodite eran de felicidad.

—Las dos tenéis un largo camino por delante. Haréis juntas un buen trecho. Confiad la una en la otra. Escuchad cada una vuestro instinto. Confiad en la serena y débil voz que hay dentro de vosotras.

Entonces la diosa se giró hacia mí y añadió:

—*U-we-tsi-a-ge-ya*, un grave peligro acecha.

—Lo sé. Tú no puedes querer esa guerra.

—No la quiero, hija. Aunque no es de ese peligro del que te hablo.

—Pero si no quieres la guerra, ¿por qué no la detienes? ¡Neferet tiene que escucharte! ¡Tiene que hacer lo que tú le ordenes! —exclamé yo.

No comprendía muy bien por qué de pronto me había puesto tan histérica, y menos cuando la diosa me contemplaba con perfecta serenidad.

Pero en lugar de responderme, Nyx me hizo otra pregunta.

—¿Sabes cuál es el don más grande que le he concedido jamás a un hijo mío?

Yo traté de concentrarme, pero mi mente parecía la jungla de un crucigrama, lleno de pensamientos y fragmentos de la verdad.

—La libertad —contestó Aphrodite con voz alta y clara.

Nyx sonrió.

—Justamente, hija. Y una vez que otorgo un don, jamás lo retiro. El don pasa a formar parte de esa persona, y si yo me entrometiera y le ordenara que me obedeciera, y sobre todo si le quitara esa afinidad, estaría destruyendo a esa persona.

—Pero quizá, si hablaras con Neferet como estás hablando ahora con nosotras, ella te escucharía. Es tu alta sacerdotisa —alegué yo—. Se supone que su deber es escucharte.

—Me apena decirlo, pero hace tiempo que Neferet eligió no escucharme. Ese es el peligro del que quería advertirte. Neferet ha volcado su mente hacia otra voz; una voz que lleva mucho tiempo susurrándole al oído. Yo esperaba que su amor por mí ahogara esa otra voz, pero no ha sido así. Zoey, Aphrodite es sabia en muchas cosas. Cuando dice que el poder cambia a la gente, tiene razón. El poder siempre cambia tanto a quien lo ostenta, como a quienes están a su alrededor. Aunque los que sostienen que el poder invariablemente corrompe son demasiado simplistas.

Mientras Nyx hablaba, yo observé que habían comenzado a levantarse olas de brillo que hacían vibrar todo su cuerpo; eran como neblinas de plata, como besos de luna levantándose desde el suelo, y su imagen resultaba cada vez más difícil de precisar.

—¡Espera! ¡No te vayas aún! —grité yo—. Tengo tantas preguntas...

—La vida te revelará las elecciones que debes hacer para contestar a esas preguntas —dijo ella.

—Pero has dicho que Neferet ha estado escuchando otra voz. ¿Significa eso que ya no es tu alta sacerdotisa?

—Neferet ha abandonado mi camino y ha elegido la senda del caos —contestó la diosa, cuya imagen vibró por entero—. Pero recuerda, aquello que otorgo jamás puedo retirarlo. Así que no subestimes el poder de Neferet. El odio que está tratando de despertar es una fuerza peligrosa.

—Eso me asusta, Nyx. Yo... yo siempre lo echo todo a perder —conseguí decir, tartamudeando—. Sobre todo últimamente.

La diosa volvió a sonreír.

—Tu imperfección es parte de tu poder. Busca la fuerza en la tierra y las respuestas en las leyendas del pueblo de tu abuela.

—Sería todo mucho más seguro si tú sencillamente me dijeras lo que necesito saber y lo que debo hacer —dije yo.

—Igual que el resto de mis hijos, tú debes encontrar tu propio camino y, a través de esa búsqueda, elegir lo que elige en definitiva toda criatura terrenal: debes decidirte por el caos o por el amor.

—Pero a veces el caos y el amor parecen lo mismo —dijo Aphrodite.

Yo comprendí que Aphrodite no pretendía ser irrespetuosa; era evidente por su voz que estaba un tanto desesperada.

A Nyx, sin embargo, no pareció molestarle el comentario. La diosa simplemente sonrió y dijo:

—Así es, verdaderamente, pero cuando los examinas con más detenimiento, ves que, aunque ambos son poderosos y atractivos, son tan diferentes el uno del otro como la noche y el día. Recordad... yo jamás estoy lejos de vuestros corazones, mis preciosas hijas...

Y con un último estallido de brillante luz plateada, la diosa desapareció.



—¡Vaya mierda! El caos y el amor son lo mismo, pero no lo son. Neferet aún tiene sus poderes, pero ya no escucha a Nyx. ¡Ah!, y está tratando de despertar algo peligroso. ¿Qué significa eso? ¿Se trata de un despertar abstracto, como despertar el peligro así, en general, en forma de guerra contra los humanos, o está tratando de despertar literalmente alguna cosa horrible y escalofriante que podría tragarnos a todos? Algo como, por ejemplo, esa cosa espeluznante que me arañó antes, sobre la que no he tenido tiempo ni de preguntarle. ¡Vaya mierda! —musité, mientras Aphrodite y yo salíamos corriendo de la residencia de las chicas.

Por desgracia, parecía que íbamos a llegar tarde a la reunión del Consejo.

—A mí no me mires. Yo ya tengo suficientes misterios que resolver por mi cuenta. Soy humana, pero no lo soy. ¿Qué significa eso? ¿Y cómo puede mi humanidad ser tan grande y sin embargo a la vez tan mala que ni siquiera me gustan los humanos? —dijo Aphrodite, que suspiró y jugueteó con su pelo—. ¡Mierda, tengo el pelo hecho un asco! —exclamó, girándose hacia mí—. ¿Se nota que he estado llorando?

—Por última vez: no. Estás bien.

—¡Mierda! ¡Lo sabía! Estoy horrible.

—Aphrodite, acabo de decirte que estás bien.

—Sí, bueno. «Bien» será bueno para la mayoría de la gente, pero para mí quiere decir horrible.

—Nuestra diosa, la inmortal Nyx, acaba de manifestársenos y de hablarnos, ¿y tú solo piensas en tu aspecto? —pregunté yo sin dejar de sacudir la cabeza.

Era un comportamiento increíblemente superficial. Incluso para Aphrodite.

—Sí, ha sido increíble. Nyx es increíble. Yo jamás he dicho que no lo fuera. Pero bueno, ¿y qué?, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que después de una experiencia como la visita de la diosa, deberías... no sé, preocuparte por cosas más importantes que tu pelo, ya de por sí perfecto —dije yo, desesperada por completo.

¿Era esta la chica junto a la que se suponía que debía combatir un peligro que iba a sacudir al mundo entero? ¡Jopé, los caminos de Nyx eran absoluta, completamente inescrutables! No cabía duda.

—Nyx sabe perfectamente cómo soy, y me ama. Yo soy así —declaró Aphrodite, moviendo la mano de arriba abajo como si estuviera mostrándose a sí misma—. Entonces, ¿de verdad piensas que mi pelo es perfecto?

—Es tan perfecto como tu coñazo de actitud superficial —contesté yo.

—Ah, vale. Bueno, ya me siento mucho mejor.

Yo fruncí el ceño, pero no dije nada más. Subíamos corriendo las escaleras en dirección a la sala de juntas del Consejo, que estaba frente a la biblioteca. Yo no había estado en esa sala nunca antes, pero a menudo había asomado la cabeza. La puerta raramente estaba cerrada cuando la sala estaba vacía, y jamás había podido resistirme a la tentación de echar un vistazo cada vez que iba o volvía de la biblioteca. Siempre me quedaba boquiabierto ante la preciosa mesa redonda que ocupaba toda la sala. En serio; incluso le había preguntado a Damien si no sería la tabla redonda del rey Arturo de Camelot. Él me había contestado que no lo creía, pero que tampoco estaba seguro.

Aquel día la sala del Consejo no era la extraña sala vacía de siempre. Estaba repleta de vampiros, Hijos de Érebo y, por supuesto, los pocos iniciados que pertenecían al Consejo de Prefectos. Por suerte, Aphrodite y yo nos colamos justo antes de que Darius cerrara la puerta y se quedara dentro, de pie, de guardia. Aphrodite lo saludó con una enorme y seductora sonrisa, y yo reprimí un suspiro al ver cómo los ojos de Darius lanzaban un destello. Ella trató de quedarse a charlar con él, pero yo la agarré del brazo y prácticamente la arrastré hacia las dos sillas vacías que quedaban junto a Damien.

—Gracias por guardarnos el sitio —le susurré a Damien.

—De nada —contestó él con otro susurro y una de sus sonrisas de siempre.

Eso me ayudó a sentirme mejor y a relajar en parte los nervios.

Miré a los que estaban sentados en la mesa. Aphrodite y yo estábamos a la derecha de Damien. Junto a Aphrodite estaba Lenobia, la profesora de equitación. Hablaba con Dragon y Anastasia Lankford, que estaban a continuación. A la izquierda de Damien estaban las gemelas. Las dos inclinaron la cabeza al mismo tiempo al verme, tratando de aparentar naturalidad. Sin embargo yo noté lo nerviosas que estaban, y comprendí que se sentían tan fuera de lugar como yo. Yo sabía que el Consejo lo formaban los profesores más poderosos de la escuela, pero aunque conocía a muchos de ellos, algunos otros no tenía ni idea de quienes eran porque jamás había asistido a sus clases. Y además de los profesores había una importante representación de los más poderosos miembros de los Hijos de Érebo, incluyendo a un tipo enorme que estaba sentado junto a la puerta. Era la persona más grande que yo hubiera visto jamás, ya fuera humana o vampiro. Estaba tratando de no quedarme mirándolo mientras me planteaba si preguntarle a Damien, el rey de las reglas, si les estaba permitido a los guerreros asistir a las reuniones del Consejo, cuando Aphrodite se inclinó sobre mí y me susurró al oído:

—Ese es Ate, el líder de los Hijos de Érebo. Darius me dijo que iba a asistir hoy. Es un tipo enorme, ¿verdad?

Antes de que pudiera responder que más bien se trataba de varios pedazos de

muchos tipos enormes pegados juntos, la puerta de atrás se abrió y Neferet entró en la sala.

Comprendí que algo andaba mal antes incluso de ver a la mujer que entró en la sala detrás de ella. Por lo general, Neferet ofrecía al público un semblante imperturbable de perfección: personificaba la calma, la elegancia, el autocontrol. Pero la Neferet que entró ese día en la sala estaba temblando. De algún modo sus bellos rasgos estaban tirantes, como si estuviera tratando de controlarse y ese esfuerzo supusiera una enorme tensión para ella. Entró en la sala, dio un par de pasos e inmediatamente se echó a un lado para que pudiéramos ver a la persona que había entrado detrás de ella.

Nada más verla, el asombro de todos los vampiros allí presentes fue inmediato y patente. Los Hijos de Érebo fueron los primeros en ponerse en pie, pero el Consejo entero los imitó al instante. Y después todos los demás: Damien, las gemelas, Aphrodite y yo también nos pusimos en pie automáticamente y ejecutamos el respetuoso saludo con el puño apretado sobre el pecho y la cabeza inclinada.

Vale, es cierto: tengo que admitir que yo alcé un poco la cabeza durante el saludo para ver a la nueva vampira. Era alta y delgada. Tenía la piel del color de la madera: oscura, intensa, viva y brillante y, al igual que la caoba, lisa y sin tacha, excepto por el intrincado tatuaje de color zafiro con el increíble y sinuoso perfil de la doble figura de la diosa que todos los profesores vampiros llevan bordado en el bolsillo del pecho. Las figuras femeninas eran el reflejo idéntico la una de la otra, y sus cuerpos se extendían por los pómulos y a lo largo del rostro. Tenían los brazos levantados, con la parte interior hacia fuera, y alzaban las manos como si quisieran abrazar la luna creciente tatuada en el centro de la frente. La nueva vampira llevaba el pelo increíblemente largo. Le caía pesadamente más allá de la cintura, como la seda, y era de un negro brillante. Tenía unos enormes ojos oscuros de forma almendrada, una nariz larga y recta y labios sensuales. Se mantenía erguida como una reina, con la barbilla bien alta y la mirada serena, observándonos a todos en la sala. Sentí su fuerza cuando su mirada se detuvo brevemente en mí, y entonces me di cuenta de que aquella mujer era distinta del resto de vampiros que conocía: era mayor. Y no es que estuviera llena de arrugas, como lo estaría un humano. Tenía aspecto de tener unos cuarenta años, cosa que, para un vampiro, es ser un anciano. Pero no eran ni las arrugas ni la piel no tan tersa lo que la hacía parecer mayor, sino su sentido de la madurez y de la dignidad: algo que portaba como la más exquisita pieza de joyería, y que decoraba su cuerpo.

—Feliz encuentro.

Tenía un acento que yo no supe ubicar. Parecía del Medio Este, pero no lo era. Británico, pero tampoco. Más que nada ese acento hacía que su voz sonara tan intensa como aterciopelada era su piel. Resonaba en toda la sala.

—Feliz encuentro —respondimos todos automáticamente.

Ella sonrió, y de pronto yo noté un parecido entre ella y Nyx, que acababa de sonreírme instantes antes. La semejanza me resultó tan perturbadora que me produjo temblores en las rodillas, así que me sentí muy aliviada cuando nos hizo un gesto para que nos sentáramos.

—Me recuerda a Nyx —me susurró Aphrodite.

Yo asentí, aliviada al ver que no eran imaginaciones mías. Pero no hubo tiempo para hablar más, porque Neferet recuperó en parte la calma y comenzó a hablar.

—Me siento, exactamente igual que vosotros ahora, según veo, sorprendida y honrada ante la inesperada visita de Shekinah, tan poco habitual, a la Casa de la Noche.

Oí que Damien inspiraba con fuerza y le dirigí una mirada inquisitiva. Como era habitual en mi amigo el señor Estudioso, tenía papel y dos lápices bien afilados y a punto para tomar apuntes. Rápidamente escribió unas pocas palabras y con mucha discreción torció la hoja de modo que yo pudiera leer: «Shekinah = alta sacerdotisa de todos los vampiros».

¡*Ohdiosmío!* No era de extrañar que Neferet estuviese como un flan.

Shekinah sonrió tranquilamente mientras le indicaba a Neferet que tomara asiento. Esta inclinó la cabeza con un gesto que pretendía aparentar respeto, estoy convencida, pero que, para mi gusto, resultó rígido y forzado. Neferet se sentó, pero se mantuvo tensa. Shekinah se quedó de pie y comenzó a hablar.

—De haber sido esta una visita normal, por supuesto os la habría anunciado para permitiros hacer todos los preparativos correspondientes. Pero esta visita está muy lejos de ser una visita normal, lo cual es natural, teniendo en cuenta que esta reunión del Consejo tampoco es habitual. Tan lejos está de lo habitual que incluye a los Hijos de Érebo, aunque, según tengo entendido, su presencia aquí es necesaria en estos tiempos de tumulto y de peligro. Pero más extraña aún es la presencia de estos iniciados.

—Están aquí porque...

Shekinah alzó una mano, interrumpiendo al instante con el gesto la explicación de Neferet.

Yo no supe qué me asustaba más: si la poderosa presencia de Shekinah, semejante a una diosa, o el hecho de que fuera capaz de hacer callar a Neferet con tanta facilidad.

Los oscuros ojos de Shekinah se fijaron entonces sucesivamente en las gemelas, Damien, Aphrodite y, por fin, se posaron en mí.

—Tú eres Zoey Redbird —dijo ella.

Yo me aclaré la garganta y traté de permanecer serena bajo su atenta mirada.

—Sí, señora.

—Y estos cuatro chicos que están contigo deben de ser los iniciados a los que se ha otorgado las afinidades del aire, el fuego, el agua y la tierra.

—Sí, señora, lo son —volví a contestar yo.

Ella asintió.

—Bien, ahora comprendo por qué has sido convocada a esta reunión —dijo Shekinah, ladeando la cabeza para atravesar a Neferet con la mirada—. Querías utilizar sus poderes.

Yo me puse tan tensa como Neferet, aunque por una razón completamente distinta. ¿Acaso Shekinah sabía lo que yo solo había comenzado a sospechar, que Neferet estaba abusando de su poder e instigando una guerra entre humanos y vampiros?

Neferet contestó de mal humor, dejando a un lado toda pretensión de cordialidad:

—Quería utilizar todas las ventajas que la diosa nos ha concedido para mantener a salvo a nuestra gente.

El resto de los vampiros del Consejo se revolviéron nerviosos e incómodos en sus asientos ante la evidente falta de respeto de Neferet al hablar.

—¡Ah!, y por eso precisamente estoy yo aquí —contestó Shekinah, absolutamente imperturbable ante la actitud de Neferet. Dirigió la vista hacia el resto del Consejo y añadió—: Estaba, por casualidad, haciendo una visita personal que no había anunciado públicamente en la Casa de la Noche de Chicago, cuando tuve noticia de todas vuestras tragedias. De haber estado en casa, en Venecia, sin duda las noticias me habrían llegado demasiado tarde como para reaccionar, y no habría podido prevenir las muertes.

—¿Prevenir, sacerdotisa? —preguntó Lenobia.

Yo la miré y vi que la profesora de equitación estaba mucho más relajada que Neferet. Su tono de voz era amistoso, aunque también era innegablemente respetuoso.

—Lenobia, querida. Estoy encantada de volver a verte —dijo Shekinah con familiaridad.

—Siempre es una gran alegría saludarte, sacerdotisa —contestó Lenobia al tiempo que inclinaba la cabeza, de modo que su pelo rubio plateado, nada corriente, revoloteó alrededor de su rostro como un delicado velo—. Creo, sin embargo, que hablo por todo el Consejo al decir que estamos confusos. Patricia Nolan y Loren Blake están muertos. Si a lo que te refieres es a prevenir sus asesinatos, me temo que ya es demasiado tarde.

—Lo es, verdaderamente —confirmó Shekinah—, y sus muertes me pesan en el corazón, pero no es tarde para prevenir otras muertes —dijo Shekinah, que hizo una pausa y, con voz alta y clara, proclamó—: No habrá guerra entre los humanos y los vampiros.

Entonces Neferet se puso en pie de golpe, tirando casi la silla al suelo.

—¿Dices que no habrá guerra? Y entonces, ¿debemos dejar que nuestros asesinos escapen impunes de sus atroces crímenes contra nosotros?

Más que verla, sentí la tensión que vibró entre los Hijos de Érebo, cuya actitud era el vivo reflejo de la de Neferet.

—¿Has llamado a la policía, Neferet?

Shekinah hizo la pregunta en el tono amable de una conversación normal, pero yo sentí el poder de su voz rozar mi piel y remover algo en mi interior.

—¿Llamar a la policía humana para pedirles que atrapen a unos asesinos humanos y los lleven ante un tribunal humano? No, no los he llamado.

—Estás tan convencida de que no vas a encontrar justicia entre los humanos que estás ansiosa por comenzar una guerra.

Neferet entrecerró los ojos y miró airadamente a Shekinah, pero no dijo nada. En medio de aquel horrible silencio yo me acordé del detective Marx, el *poli* que me había ayudado cuando los escalofriantes chicos muertos no muertos secuestraron a Heath. El detective Marx había estado increíble. Él sabía que me había inventado la historia de que era un mendigo de la calle quien había secuestrado a Heath y matado a los otros dos chicos humanos, y sin embargo había confiado en mí y me había creído cuando le había dicho que el peligro había pasado, y me había cubierto las espaldas en todo momento. Incluso me había explicado que tenía una hermana gemela que había superado felizmente el cambio, que él siempre se había sentido muy unido a ella y que por eso jamás había odiado a los vampiros. Era un detective veterano experto en homicidios, y yo sabía que siempre estaría dispuesto a hacer todo cuanto estuviera en su mano para encontrar al asesino de los vampiros. Pero no podía ser el único detective honesto y dispuesto a trabajar de todo Tulsa.

—Zoey Redbird, ¿qué sabes tú de eso?

La pregunta de Shekinah me sobresaltó. Pero igual que si me hubieran dado cuerda para que arrancara a hablar, yo solté:

—Yo conozco a un *poli* humano honesto.

Shekinah esbozó otra vez esa sonrisa idéntica a la de Nyx, y mis alterados nervios se calmaron un poco.

—Creo que todos nosotros conocemos a alguno o, al menos, todos conocíamos a uno... hasta que tuvimos noticia de esa declaración de guerra, formulada sin el menor esfuerzo previo por permitir a los humanos que vigilen antes a los suyos.

—¿Pero es que no te das cuenta de lo imposible que es eso? —preguntó Neferet con sus ojos de color musgo echando chispas—. Vigilar a los suyos, ¡como si fueran a hacerlo!

—Lo han hecho, muchas veces, durante décadas. Y tú lo sabes, Neferet —contestó Shekinah, cuyas serenas palabras contrastaban brutalmente con la ira y la

pasión de las de Neferet.

—¡La asesinaron, y luego asesinaron a Loren! —gritó Neferet, cuya voz sonó esa vez casi como un siseo.

Shekinah rozó suavemente el brazo de Neferet y dijo:

—Todo esto te toca demasiado de cerca. No piensas con claridad.

Neferet sacudió el hombro para apartarse de ella.

—¡Yo soy la única aquí que piensa con claridad! Los humanos llevan demasiado tiempo saliendo impunes de sus viles crímenes.

—Neferet, ha transcurrido muy poco tiempo desde que ocurrieron esos crímenes, y ni siquiera les has dado una oportunidad a los humanos para buscar y castigar a los suyos. En lugar de ello, te apresuras a juzgarlos a todos en general como deshonestos. Pero no todos los humanos son deshonestos, a pesar de tu historia personal.

Mientras Shekinah hablaba yo me acordé de que, en una ocasión, Neferet me había contado que para ella el tatuaje había sido su salvación. Su padre había abusado de ella durante años. Hacía ya casi un siglo que había sido marcada. Loren había sido asesinado hacía dos días. Y la profesora Nolan solo un día antes que él. Resultaba evidente, al menos para mí, que esos dos crímenes no eran las únicas acciones viles de las que hablaba Neferet. Y, según parecía, Shekinah había llegado a idéntica conclusión.

—Alta sacerdotisa Neferet, mi conclusión es que tu juicio en el asunto de estas muertes está distorsionado. Tu amor por nuestros hermanos caídos y el deseo de un justo castigo han nublado tu mente. Tu declaración de guerra contra los humanos queda rechazada por el Consejo de Nyx.

—¡Y ya está! —exclamó Neferet, que había pasado del apasionado enfado a apretar los labios como si fueran de acero.

Yo me alegré muchísimo de que Shekinah fuera el blanco de toda esa ira, porque Neferet me resultaba sencillamente aterradora.

—Si pensaras con claridad, te darías cuenta de que el Consejo de Nyx jamás toma decisiones apresuradas. Sopesaron cuidadosamente la situación, a pesar de que la noticia de tu declaración de guerra no provino de ti, como debería haber sido —recalcó Shekinah—. Tú sabes, hermana mía, que un asunto de esta magnitud se debe de presentar ante el Consejo de Nyx para su deliberación.

—No había tiempo —soltó Neferet.

—¡Siempre hay tiempo para actuar con sabiduría! —contestó Shekinah con un destello en los ojos.

Tuve que luchar para no encogerme de miedo en la silla. ¿Pensaba que Neferet era aterradora? Al lado de Shekinah no era sino una mocosa. Shekinah cerró los ojos brevemente y respiró hondo; se serenó y continuó hablando en un tono de voz comprensivo y suave:

—El Consejo de Nyx y yo no discutimos en absoluto el hecho de que el asesinato de los nuestros no sea digno de condena, pero la guerra es impensable. Hemos vivido en paz con los humanos durante más de dos siglos. Y no romperemos esa paz a causa de las obscenas acciones de unos pocos fanáticos religiosos.

—Si ignoramos lo que está sucediendo hoy aquí en Tulsa, volverán de nuevo los tiempos de la quema. Acordaos de que las atrocidades de Salem también comenzaron por los actos de lo que podríamos llamar unos pocos fanáticos religiosos —advirtió Neferet.

—Me acuerdo bien. Yo nací apenas un siglo después de esos oscuros días. Pero ahora somos mucho más poderosos que en el siglo diecisiete. Y el mundo ha cambiado, Neferet. La ciencia ha sustituido a la superstición. Los humanos son mucho más razonables ahora —sentenció Shekinah.

—¿Qué haría falta para que tú y el todopoderoso Consejo de Nyx comprendierais que no tenemos otra alternativa que luchar?

—Haría falta un cambio en la forma de pensar del mundo, y ruego a Nyx para que eso no ocurra —contestó Shekinah con solemnidad.

La mirada de Neferet se disparó a un lado y a otro de la mesa, hasta que por fin dio con el líder de los Hijos de Érebo.

—¿Vais a quedaros ahí sentados tú y los Hijos, viendo cómo los humanos nos van abatiendo uno a uno?

Su voz había sonado como un frío desafío.

—Yo vivo para proteger, y ningún Hijo de Érebo permitiría jamás que hirieran a nadie que esté a su cargo. Os protegeremos a ti y a la escuela. Pero, Neferet, no nos posicionaremos en contra del juicio del Consejo —declaró Ate solemnemente, con voz profunda.

—Lo que le estás sugiriendo a Ate, sacerdotisa, que siga tus deseos en lugar de obedecer la decisión del Consejo, es injusto por tu parte —afirmó entonces Shekinah con un tono severo que no tenía nada que ver con el cariz amable y comprensivo de su voz hasta ese momento.

Shekinah tenía la mirada fija en Neferet, y entrecerraba los ojos.

Neferet se quedó callada un momento, y luego todo su cuerpo se estremeció. Dejó caer los hombros, y repentinamente pareció envejecer ante mi mirada.

—Perdóname —dijo por fin en voz baja—. Shekinah, tienes razón. Este asunto me toca demasiado de cerca. Quería mucho a Patricia y a Loren. No pienso con claridad. Debo... necesito... por favor, discúlpame —logró decir Neferet al final.

Y entonces, con un aspecto verdaderamente trastornado, salió corriendo de la sala del Consejo.



Nadie dijo nada durante lo que me pareció un largo rato, aunque es probable que pasaran solo unos pocos tensos segundos. Ver a Neferet perder la batalla me resultó extraño, y aunque yo sabía que le había vuelto la espalda a Nyx y que estaba metida en algo absolutamente terrible, me alteró ver que alguien tan poderoso pudiera derrumbarse de esa forma.

¿Acaso Neferet se había vuelto loca?, ¿era eso lo que ocurría? ¿Es que la «oscuridad» acerca de la cual me había advertido Nyx era la negra locura del interior de la mente de Neferet?

—Vuestra alta sacerdotisa ha pasado por experiencias terribles estos últimos días —estaba diciendo Shekinah—. No pretendo excusar su error de juicio, pero sí que lo comprendo. El tiempo curará sus heridas, del mismo modo que la actuación de la policía local resolverá los dos casos. Ate, me gustaría que guiaras a los detectives a lo largo de la investigación —continuó tras dirigir la vista hacia el enorme guerrero—. Me parece que la mayor parte de las pruebas están borradas, pero quizá la ciencia moderna pueda aún descubrir algo. —Ate asintió con solemnidad, y entonces ella giró su oscura mirada hacia mí—. Zoey, ¿cómo se llama ese detective humano honesto que tú conoces?

—Kevin Marx —dije yo.

—Nos pondremos en contacto con él —señaló Ate.

Shekinah sonrió con aprobación. Luego continuó:

—Y en cuanto al resto de nosotros... —Shekinah hizo una pausa y amplió su sonrisa angelical—. Sí, digo nosotros porque he decidido quedarme aquí, al menos hasta que vuestra Neferet vuelva a ser la misma de siempre.

Yo miré rápidamente a mi alrededor. Quería captar las reacciones de los profesores ante el inesperado anuncio de Shekinah. Sus expresiones oscilaron desde el asombro a la ligera sorpresa, pasando por una indiscutible alegría. Supongo que mi rostro sería de los que mostraban esa indiscutible alegría. Quiero decir que, ¿hasta qué punto podía hacer locuras Neferet, estando la líder de todas las sacerdotisas con nosotros?

—Es importante, y el Consejo de Nyx está de acuerdo conmigo en esto, que todos tratemos de seguir adelante en esta escuela con total normalidad. Lo cual significa que las clases continuarán mañana.

Muchos profesores parecieron incómodos, pero fue de nuevo Lenobia la que alzó la voz.

—Sacerdotisa, todos queremos volver a las clases, pero nos faltan dos profesores

muy importantes.

—Verdaderamente, y esa es otra de las razones por las que he pensado quedarme aquí, al menos durante un tiempo. Yo daré las clases de poesía de Loren Blake.

No me hizo falta alzar la vista hacia las gemelas, que detestaban la poesía, para saber que estaban reprimiendo un gesto de desagrado. Yo misma trataba de no echarme a reír cuando las palabras que dijo Shekinah a continuación me cortaron la risa de golpe.

—Tuve la suerte de encontrarme con Erik Night en el aeropuerto. Sé que no es normal tener a un vampiro tan joven y reciente como profesor, pero es solo una medida temporal, y todos estamos trabajando en circunstancias extenuantes. Además, los iniciados de esta escuela conocen a Erik. Él constituirá un paso intermedio perfecto para ellos, después de la pérdida de su amada profesora Nolan.

¡*Ohdiosmío!* ¡Erik volvía, y además iba a darme clases! No sabía si ponerme a aplaudir o a vomitar, así que opté por mantener silencio y dejar que se me revolviera el estómago.

—En cuanto al hechizo para la barrera que erigió Neferet alrededor de la escuela, no volveré a levantarlo. Aunque estoy de acuerdo en que tomara esas medidas de manera inmediata dado que, después de todo, entonces aquí apenas había Hijos de Érebo, y acababa de cometerse un crimen. No obstante, esas medidas de urgencia ya no son apropiadas. Sellar la escuela equivaldría a declarar el estado de sitio, y eso es algo que, definitivamente, queremos evitar. Y además, por supuesto, estamos perfectamente protegidos con los Hijos de Érebo —añadió Shekinah, que dirigió la vista hacia Ate, quien le devolvió el gesto con una inclinación de cabeza a modo de reconocimiento—. En general, me gustaría que vuestras vidas continuaran como siempre. Aquellos de vosotros que tenéis lazos con la comunidad humana, seguid manteniendo esa relación. Recordad la lección que nuestros antepasados tuvieron que aprender con sangre: el miedo y la intolerancia surgen del aislamiento y de la ignorancia.

En serio, no sé qué demonios se apoderó de mí, pero de pronto me di cuenta de que tenía una idea y, como si mi mano tuviera voluntad propia, la levanté por encima de la cabeza como una boba. Igual que si estuviéramos en clase y todo en mí (o sea, mi mano y mi boca, pero no mi cerebro) acabara de dar con una respuesta brillante.

—Zoey, ¿tienes algo que añadir? —preguntó Shekinah.

¡*Oh, demonios, no!* Eso es lo que hubiera debido contestar. Pero en lugar de eso, mi boca soltó:

—Sacerdotisa, me preguntaba si esta sería una buena ocasión para llevar a cabo una idea que tengo desde hace tiempo. Me gustaría que las Hijas Oscuras participaran en un acto de caridad local junto con la comunidad humana.

—Continua. Estoy intrigada, jovencita.

Yo tragué.

—Bueno, se me ocurrió que las Hijas Oscuras podían ponerse en contacto con las personas que dirigen Street Cats. Es... eh... una organización de caridad que da refugio a gatos sin hogar y les busca casa. Bueno, pues el caso es que he pensado que sería una buena idea que nos mezcláramos con la comunidad humana —concluí yo sin convicción.

La sonrisa de Shekinah fue luminosa.

—¡Una organización de caridad para gatos! ¡Es perfecto! Sí, Zoey, creo que tu idea es excelente. Tienes permiso para ausentarte de clase mañana a primera hora; quiero que te pongas en contacto con la gente de Street Cats.

—Sacerdotisa, debo insistir en que la joven iniciada no se mezcle ella sola con la comunidad humana —se apresuró a decir Ate—. Al menos, hasta que sepamos exactamente quién es el responsable de los crímenes contra nuestra gente.

—Pero los humanos no sabrán que somos iniciadas —alegó Aphrodite.

Todo el mundo la miró, y yo observé cómo ponía tensa la espalda y alzaba la barbilla.

—¿Y tú eres? —preguntó Shekinah.

—Me llamo Aphrodite, sacerdotisa.

Yo observé detenidamente a Shekinah. Trataba de comprobar por su reacción si había oído los rumores que Neferet había extendido sobre ella: que Nyx le había dado la espalda, que le había quitado sus poderes, etcétera, etcétera. Pero la expresión curiosa de la sacerdotisa no varió en absoluto. Solo preguntó:

—¿Cuál es tu afinidad, Aphrodite?

Entonces yo me quedé helada. ¡Mierda! Aphrodite ya no tenía ninguna afinidad.

—Nyx me otorgó el elemento tierra —dijo Aphrodite—, pero el gran don que la diosa me ha concedido es mi habilidad para tener visiones del peligro futuro.

Shekinah asintió.

—Sí, he oído hablar de tus visiones, Aphrodite. Bien, adelante. ¿Qué es lo que tienes que decir?

Yo me sentí inundada por una ola de alivio gigante. Aphrodite había respondido a la pregunta acerca de la afinidad y, gracias al uso de los tiempos verbales, en realidad no había mentido.

—Simplemente estaba pensando que, en cualquier caso, los humanos nunca saben cuándo salimos de la escuela, porque siempre nos tapamos la marca. Las únicas personas que sabrán realmente que un puñado de iniciados nos hemos ofrecido voluntarios para trabajar en Street Cats serán los de Street Cats pero ¿cuántas posibilidades hay de que ellos precisamente estén involucrados en los crímenes? —preguntó Aphrodite—. Por eso creo que estaremos a salvo.

—En eso tiene razón, Ate —dijo Shekinah.

—Sigo creyendo que las iniciadas deberían llevar a un guerrero como guardaespaldas —afirmó Ate con cabezonería.

—Eso sí que llamaría la atención sobre nosotras —argumentó Aphrodite.

—No, si el guerrero también se tapa la marca —intervino entonces Darius.

En esa ocasión todos giraron la vista hacia Darius, que seguía de pie, con su aspecto de musculosa y atractiva montaña, junto a la puerta.

—¿Y cuál es tu nombre, guerrero?

—Darius, sacerdotisa —contestó Darius, cerrando el puño sobre el pecho e inclinando la cabeza.

—Entonces, Darius, ¿quieres decir que estarías dispuesto a taparte la marca? —preguntó Shekinah.

Yo me quedé tan sorprendida como parecía estarlo la misma Shekinah. Los iniciados tenían que ocultar la marca cuando salían de la escuela: era una de las reglas de la Casa de la Noche. Y tenía sentido. Sinceramente, los adolescentes a veces tienen comportamientos tontos (sobre todo los chicos), y sin duda sería un desastre que un puñado de iniciados (sobre todo chicos, repito), se convirtieran en el blanco de los chicos humanos (o, peor aún, de los *polis* o de los padres excesivamente protectores). Pero una vez que un iniciado ha terminado el proceso de cambio y se le ha extendido y coloreado el tatuaje, de ningún modo está dispuesto ya a volver a ocultarlo. Es una cuestión de orgullo, de solidaridad con los suyos y de madurez. Y sin embargo, ahí estaba Darius, evidentemente joven y marcado no hacía mucho tiempo, presentándose voluntario para hacer algo que la mayoría de los vampiros, sobre todo un vampiro hombre, se negarían en rotundo a hacer.

Darius se apresuró a cerrar de nuevo el puño sobre el pecho y saludar a Shekinah, diciendo:

—Sacerdotisa, yo me cubriré la marca para acompañar a las iniciadas y poder así protegerlas y mantenerlas a salvo. Soy un Hijo de Érebo, y para mí la protección de mi gente es más importante que el orgullo mal entendido.

Shekinah curvó ligerísimamente los labios al tiempo que se giraba hacia Ate.

—¿Tienes algo que alegar al ofrecimiento de tu guerrero?

El vampiro contestó sin vacilar:

—Tengo que decir que, a veces, podemos aprender mucho de los jóvenes.

—Entonces está decidido. Zoey, mañana te presentarás ante la gente que dirige Street Cats, pero quiero que elijas a otra iniciada para que vaya contigo. Por ahora es mejor trabajar por parejas. Darius, ocultarás tu tatuaje y las acompañarás.

Todos inclinamos la cabeza en dirección a ella.

—Y ahora, si no hay más preguntas o comentarios... —continuó Shekinah, que hizo una pausa. Sus ojos se desviaron de Lenobia a Aphrodite, luego a Darius y, finalmente, a mí—, voy a suspender esta reunión. Quiero convocar un Ritual de

Purificación para toda la escuela para dentro de un par de días. He sentido dolor y miedo al entrar esta noche entre estas cuatro paredes, y solo la bendición de Nyx puede aligerar semejante peso —anunció Shekinah. Muchos de los vampiros asintieron, mostrando su acuerdo—. Zoey, me gustaría que vinieras a verme mañana, antes de marcharte, para anunciarme quién va a ir contigo.

—Lo haré —dije yo.

—Sed todos bendecidos —concluyó Shekinah con formalidad.

—Sé bendecida —respondimos nosotros.

Shekinah sonrió otra vez. Les hizo un gesto a Lenobia y a Ate con un ligero movimiento de la mano para que la siguieran, y los tres abandonaron la sala.

—¡*Uau!* —exclamó Damien, realmente atónito—. ¡Shekinah! Esto sí que ha sido algo totalmente inesperado, y estaba incluso más resplandeciente de lo que yo me había imaginado. Quiero decir que me hubiese gustado decir algo, pero ¡me sentía tan fascinado!

Deambulábamos por el pasillo mientras los miembros del Consejo y los guerreros salían de la sala, así que Damien apenas levantaba la voz más allá de un leve murmullo, pletórico de excitación.

—Damien, esta vez no vamos a hacértelo pasar mal por culpa de tu pedantería y tu obsesión por el vocabulario pedante —dijo Shaunee.

—No, porque desde luego hacen falta palabras muy gordas y muy serias para describir a Shekinah —confirmó Erin.

—Pues yo voy a ver si luego puedo practicar un poco de fascinación con Darius —me dijo Aphrodite a mí, abriendo mucho los ojos y mirando a las gemelas.

—¿Cómo? —pregunté yo.

—Ese no es un uso correcto de la palabra —la corrigió Damien.

—Sí, tú estabas pensando en otra palabra —convino Erin.

—Sí, pero como también empieza por «f», pues te has confundido —dijo Shaunee.

—Socias Mentales y Chico Pedante, ¿sabéis lo que os digo? ¡Que os den! —contestó Aphrodite, que echó a caminar por el pasillo en la misma dirección en la que se había marchado Darius—. ¡Ah!, y también os digo que no os pongáis celosos ni os cabreéis cuando Zoey os diga que es a mí a quien elige para marcharse mañana —añadió Aphrodite, al tiempo que me lanzaba esa mirada especial que venía a decir a las claras que había una razón importante por la que debía de ser ella la que viniera conmigo.

Luego sacudió la melena y se marchó a toda prisa.

—La detestamos —dijo Erin.

—Lo mismo digo, gemela —corroboró Shaunee.

Yo suspiré. Mi abuela habría dicho que, con relación al asunto de conseguir que a mis amigos les gustara Aphrodite, yo daba un paso adelante y dos atrás. En cambio yo solo decía que me producían dolor de cabeza.

—Es un verdadero bicho, pero apuesto a que es a ella a quien te vas a llevar mañana a Street Cats —dijo Damien.

—Sí, y ganarías —confirmé yo de mala gana.

La verdad es que no quería cabrear más a mis amigos, pero incluso a pesar de no conocer las razones por las que Aphrodite quería venir conmigo, la elección era lógica. Era muy posible que ella tuviera un plan para mandar a Darius a paseo, de modo que las dos podríamos ir a buscar a Stevie Rae.

—Podrías habernos dicho antes lo de la lectura de la mente —dijo Damien, nada más echar a caminar hacia la salida del edificio principal en dirección a la residencia.

—Sí, puede que tengas razón, pero me figuré que cuanto menos supierais del tema, menos pensaríais en ello y en las razones por las que no os contaba nada —contesté yo.

—Sí, ahora ya esa respuesta me parece lógica —dijo Shaunee.

—Cierto, ahora lo comprendemos —confirmó Erin.

—Me alegro de que no estuvieras ocultándonos las cosas simplemente porque sí —dijo entonces Jack.

—Pero todavía tienes que contarnos la historia de Loren —dijo Erin.

—De hecho, en cuanto hayas terminado de llorar y todo eso, nos gustaría que nos contaras todos los detalles de lo de Loren —dijo Shaunee.

Yo alcé las cejas ante las miradas idénticas de curiosidad de las gemelas.

—Pues no contéis con ello —respondí al fin.

Las dos fruncieron el ceño.

—Concededle a la pobre chica un poco de intimidad —alegó Damien—. Lo de Loren debió de ser traumático para ella, con todo eso de la conexión por la sangre, la pérdida de la virginidad y lo de Erik...

Damien había dicho eso de «lo de Erik», la última parte del sermón, casi a gritos y de un modo muy extraño. Yo estaba a punto de preguntarle qué le pasaba cuando noté que abría los ojos como platos y que me miraba fijamente por encima del hombro aunque, en realidad, miraba más allá de mí, justo hacia el lugar del que procedía el ruido de una puerta al cerrarse: se trataba de una de las puertas laterales del edificio principal. Sentí que el estómago me daba un vuelco. Las gemelas, Jack y yo nos giramos y vimos a Erik salir del ala de la escuela por la que acabábamos de pasar y donde, por supuesto, se encontraba el aula de teatro.

—Hola Damien, Jack —saludó Erik, dedicándole una cálida sonrisa a Jack, su ex compañero de habitación.

Vi al chico casi retorcerse de placer mientras le contestaba con un efusivo «hola».

Mi estómago, naturalmente, quiso volverse del revés al recordar una de las muchas razones por las cuales Erik me gustaba tanto. Todo el mundo lo admiraba en la escuela y era de caerse de guapo, pero además era un chico estupendo.

—Shaunee, Erin —continuó Erik saludando, asintiendo en dirección a las dos.

Las gemelas sonrieron, parpadearon con coquetería un par de veces y saludaron con un «hola» al unísono. Y por fin me miró a mí.

—Hola, Zoey.

Su tono de voz había cambiado: a mí no me hablaba con el tono ligero y amistoso con el que se dirigía a todos los demás. Pero tampoco sonaba resentido. En realidad parecía más bien indiferente y educado. Yo pensé que eso podía ser un progreso, pero entonces me acordé de lo buen actor que era.

—Hola —contesté yo.

No pude decir nada más. No soy una actriz especialmente buena, y temía que mi voz sonara tan trémula como realmente me sentía.

—Hemos oído que vas a dar las clases de teatro —comentó Damien.

—Sí, me siento un poco incómodo, pero Shekinah me lo pidió, y la verdad es que a ella no se le puede negar nada —contestó Erik.

—Yo creo que la profesora Nolan estaría contenta de saber que tú vas a dar sus clases —solté yo sin reflexionar, antes de que pudiera taparme la boca.

Erik me miró. Sus ojos azules estaban absolutamente inexpresivos, lo cual era un completo error. Aquellos ojos me habían mostrado felicidad, pasión, calidez e incluso los comienzos del amor. Y luego me habían mostrado dolor e ira. ¿Y de repente no me mostraban nada de nada?, ¿cómo era eso posible?

—¿Es que tienes una nueva afinidad? —preguntó Erik con un tono de voz que no era abiertamente odioso, pero sí frío y brusco—. ¿Ahora hablas con los muertos?

Sentí que me ponía colorada.

—Nnno —tartamudeé yo—. Es que... bueno, he pensado que a la profesora Nolan le gustaría que fueras tú quien diera clase a sus estudiantes.

Erik abrió la boca, y yo vi algo malévolamente bullir en sus ojos, pero en lugar de contestar apartó la vista de mí y la adentró en la oscuridad. Apretó la mandíbula y se pasó una mano por el abundante cabello negro, repitiendo un gesto que yo reconocí porque lo hacía siempre, automáticamente, cuando estaba confuso.

—Pues espero que sí le guste de verdad que esté aquí. Siempre fue mi profesora favorita —dijo Erik al fin sin mirarme.

—Oye, Erik, ¿vamos a ser compañeros de habitación otra vez? —preguntó Jack un poco a tientas, en medio de un silencio cada vez más incómodo.

Erik soltó el aire que había estado reteniendo y le dedicó a Jack una rápida y franca sonrisa.

—No, lo siento. Me han puesto en el edificio de los profesores.

—¡Ah!, claro. Siempre se me olvida que has terminado el cambio —contestó Jack, que inmediatamente soltó una risita nerviosa.

—Sí, a veces a mí también se me olvida —dijo Erik—. La verdad es que tengo que marcharme. Tengo que desempaquetar cajas y planear cómo voy a dar las lecciones. Nos vemos más tarde, chicos —se despidió Erik, cuyos ojos se volvieron entonces hacia mí—. Adiós, Zoey.

Adiós. Moví los labios, pero no salió ningún sonido de mi boca.

—¡Adiós, Erik! —gritaron todos los demás mientras él se giraba y echaba a caminar a toda prisa, alejándose de nosotros en dirección al edificio del profesorado.



Mis amigos charlaron sobre cosas intrascendentes de camino a los dormitorios. Todo el mundo evitó a propósito mencionar el hecho de que acabábamos de tropezarnos precisamente con mi ex novio y de que la escena había sido muy, pero que muy incómoda y desagradable. O, al menos para mí, había sido muy incómoda y desagradable.

Detestaba sentirme así. Erik había roto conmigo por mi culpa, pero lo echaba de menos. Mucho. Y todavía me gustaba. Un montón. Claro, es cierto que él se portaba como el culo en ese momento, pero es que me había pillado con otro hombre. Bueno, de hecho me había pillado con otro vampiro. Como si ese detalle importara. De cualquier modo, el problema era que yo tenía la culpa de todo el embrollo, y resultaba de lo más frustrante no poder solucionarlo, porque Erik todavía me importaba.

—¿Qué piensas tú de él, Z?

—¿De él?

¿De Erik? ¡Demonios!, pensaba que era increíble y muy frustrante y... y... y entonces, al ver cómo Damien fruncía el ceño y me lanzaba una miradita como diciendo «Al loro, chica», me di cuenta de que no me estaba preguntando por Erik.

—¿Eh? —pregunté yo, que tuve que echar mano de toda la brillantez de mi mente.

Damien suspiró.

—Del chico nuevo. Stark. ¿Qué piensas de él?

—Parece majo —dije yo mientras me encogía de hombros.

—Majo y sexi —añadió Shaunee.

—Justo como nos gustan los chicos —terminó Erin la frase por ella.

—Tú has pasado más tiempo con él que nosotros. ¿Qué piensas tú? —le pregunté yo a Damien, sin hacer caso de los comentarios de las gemelas.

—Está bien. Pero parece un poco distante. Aunque supongo que el hecho de que no pueda tener compañero de habitación por culpa de *Duchess* no lo ayuda mucho. Esa perra es realmente enorme —comentó Damien.

—Es nuevo, chicos. Todos sabemos lo que se siente en esa situación. Quizá él solo sepa enfrentarse a ella mostrándose distante —sugerí yo.

—Es extraño que un chico con un talento tan increíble como el suyo no esté dispuesto a usarlo —dijo entonces Damien.

—Puede que haya cosas que nosotros no sabemos —dije yo. Recordaba la seguridad y la confianza que había demostrado Stark a la hora de defender a su perra ante los vampiros, y cómo las había perdido por completo frente a Neferet, cuando

creyó que ella quería utilizar su talento para competir. En ese momento Stark había estado muy raro, casi hasta asustado—. A veces, tener poderes especiales puede llegar a ser algo terrible.

Yo lo había dicho más para mí misma que para Damien, pero él me sonrió y golpeó en broma su hombro contra el mío.

—Y me figuro que tú sabes mucho de eso de no ser como los demás, ¿eh? —dijo Damien.

—Sí, eso creo —sonreí yo.

Trataba por todos los medios de aligerar mi horrible estado de humor después de lo de Erik.

Entonces sonó un *bip*, y Shaunee sacó el iPhone y leyó el mensaje de texto.

—¡Oh, gemela! Es del señor Superguapo Cole Clifton. Él y T. J. quieren saber si nos apetece una maratón de películas de Bourne en la residencia de los chicos —dijo Shaunee.

—Gemela, yo nací con ganas de saborear una maratón de Bourne —contestó Erin.

Entonces las dos se echaron a reír sofocadamente, se chocaron la una contra la otra y se pusieron a bailar al unísono hasta que todos acabamos haciendo una mueca de exasperación.

—¡Ah!, chicos, y vosotros también estáis invitados —nos dijo Shaunee a Damien, a Jack y a mí.

—Vaya, pues yo jamás conseguí ver la última película. ¿Cómo se llamaba? —preguntó Jack.

—*El ultimátum de Bourne* —dijo inmediatamente Damien.

—¡Eso es! —comentó Jack, cogiéndole de la mano—. Tienes tan buena memoria para las películas... te las conoces todas.

Damien se puso colorado.

—No todas. En general me gustan las clásicas, las antiguas. Entonces sí que había estrellas de verdad, como Gary Cooper, Jimmy Stewart y James Dean. En cambio hoy en día, la mayor parte de los actores son...

De pronto Damien se interrumpió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jack.

—¡James Stark! —dijo Damien.

—¿Qué pasa con él? —pregunté yo.

—James Stark es el nombre del personaje al que interpreta James Dean en la película antigua *Rebelde sin causa*. Sabía que ese nombre me sonaba, pero creía que era solo porque él es muy conocido.

—Gemela, ¿has visto tú esa película? —le preguntó Erin a Shaunee.

—No, gemela. No puedo decir que la haya visto.

—¡Vaya! —exclamé yo.

Yo sí que había visto esa película. Con Damien, naturalmente. Y me preguntaba si sería ese su nombre antes de ser marcado. Porque era muy probable que él, como muchos otros chicos, se hubiera cambiado de nombre al comenzar una nueva vida como iniciado. Y si era así, entonces el nombre que había elegido resultaba revelador y muy interesante porque decía mucho acerca de su personalidad.

—Entonces, ¿vas a venir, Z? —preguntó Damien con una voz penetrante que logró traspasar mis divagaciones.

Yo alcé la vista y vi cuatro pares de ojos mirándome inquisitivamente y parpadeando.

—¿Ir?

—¡Jesús, Zoey, baja a la tierra! ¿Que si vas a venir a la residencia de chicos a ver las películas de Bourne? —repitió Erin.

Yo respondí automáticamente:

—¡Ah!, eso. No.

Me alegré de que mis amigos no se cabrearán más conmigo, pero lo cierto era que no tenía ningunas ganas de salir. En realidad me sentía algo así como abatida, como si no fuera yo misma en mi interior. En el corto plazo de un par de días había conectado a través de la sangre con un hombre/vampiro, había perdido con él la virginidad a pesar de que él no me quería, y por último lo habían asesinado de un modo terrible. Les había roto el corazón a mis dos novios. ¡A los dos! La guerra había estado a punto de estallar y, de pronto, se había terminado. O algo así. Mi mejor amiga ya no estaba no muerta, pero tampoco era una iniciada normal ni una vampira, ni lo eran los chicos con los que vivía. Yo no podía contarle nada de los extraños iniciados rojos a mis amigos, excepto a Aphrodite, porque era mejor que Neferet no se enterara de qué era lo que nosotros sabíamos. Y de repente Erik, uno de esos ex novios a los cuales yo había roto el corazón, iba a ser mi profesor de drama teatral. ¡Como si tenerlo en la Casa de Noche no fuera ya suficiente drama!

—No —repetí yo con más convicción—, creo que voy a ir a ver cómo está *Perséfone*.

Vale, me doy perfecta cuenta de que había estado un buen rato en su estrecho box del establo hacía muy poco tiempo, pero sin duda otra dosis de su serena y cálida presencia no me iría mal.

—¿Estás segura? —preguntó Damien—. Nos gustaría mucho que vinieras con nosotros.

El resto de mis amigos asintieron y sonrieron, deshaciendo con el cálido gesto el último nudo de miedo que me había agarrotado el estómago desde el momento en que ellos se enfadaron conmigo.

—Gracias, chicos, pero en serio que esta noche no me apetece salir —dije yo.

—Vale —dijo Erin.

—Bueno —dijo Shaunee.

—Hasta luego —dijo Jack.

Creí que Damien me daría el típico abrazo de despedida que me daba siempre, pero en lugar de eso le dijo a Jack:

—Id delante, chicos, yo me reuniré con vosotros enseguida. Voy a acompañar a Z a los establos.

—¡Buena idea! —lo felicitó Jack—. Te tendré las palomitas preparadas.

—Guárdame un sitio también, ¿quieres? —sonrió Damien.

Jack le devolvió la sonrisa y le dio un rápido pero dulce beso, diciendo:

—Siempre te guardaré un sitio.

Entonces Jack y las gemelas se marcharon en una dirección, y Damien y yo en la contraria. Por suerte aquel no era un presagio de los caminos que tomarían nuestras vidas.

—No hace falta que me acompañes a los establos, de verdad —dije yo—. No está tan lejos.

—¿No dijiste antes que algo te atacó y te hirió en la mano cuando ibas de los establos a la cafetería?

Yo alcé ambas cejas y lo miré.

—Creí que no me habías creído.

—Bueno, digamos que las visiones de Aphrodite me han convertido. Así que, si quieres, cuando termines de comunicarte con tu caballo, puedes llamarme por el móvil. Jack y yo fingiremos que somos más machos de lo que somos y vendremos a buscarte.

—¡Oh, por favor! Ninguno de los dos sois lo que yo llamaría afeminados; no tenéis pluma.

—Bueno, yo no, pero Jack sí.

Los dos nos echamos a reír. Yo estaba considerando la posibilidad de replantearle el asunto de que alguien tenía que escoltarme a todas partes cuando una corneja comenzó a grajear. En realidad, y ya que en ese momento estaba más despierta y escuchaba con más atención, me di cuenta de que más que como un grajeo sonaba como un extraño graznido, pero no por eso resultaba menos desagradable.

No, quizá la palabra «desagradable» no fuera la más adecuada para describir el ruido. Espeluznante. Sí, espeluznante era la palabra justa.

—Has oído eso, ¿verdad? —pregunté yo.

—¿Al cuervo? Sí.

—¿Cuervo? Yo creí que era una corneja.

—No, no lo creo. Si no recuerdo mal, las cornejas grajean, pero el sonido de los cuervos es más como un graznido —explicó Damien, que hizo una pausa durante la

cual el animal volvió a emitir el ruido dos veces. Sonó más cerca de nosotros, y su horrible voz me puso los pelos de punta—. Sí, definitivamente es un cuervo.

—No me gusta. ¿Y por qué tiene que ser tan ruidoso? Es invierno, no es época de apareamiento, ¿no? Además, es de noche, ¿no debería de estar durmiendo?

Mientras hablaba, traté de atisbar algo en medio de la oscuridad, pero no vi a ninguno de esos escandalosos pájaros, lo cual no era de extrañar. Quiero decir que son negros y era de noche. Sin embargo ese cuervo en particular parecía llenar todo el cielo a mi alrededor, y algo en su seco graznido me estremecía.

—La verdad es que yo no sé mucho acerca de sus costumbres —dijo Damien, que hizo una pausa y me miró atentamente—. ¿Qué es lo que te molesta tanto?

—He oído ese batir de alas antes, cuando esa cosa, fuera lo que fuera, se acercó a mí. Y lo encuentro sencillamente espeluznante. ¿No te da esa sensación a ti?

—No.

Yo suspiré y pensé que Damien iba a decirme que procurara calmarme y controlar mi imaginación, pero me sorprendió cuando añadió:

—Pero tú eres más intuitiva que yo, así que si tú dices que algo anda mal con ese pájaro, yo te creo.

—¿En serio?

Estábamos a unos pocos pasos del establo, y yo me detuve y me giré hacia él.

La sonrisa de Damien fue tan cálida como siempre.

—Por supuesto que sí. Yo creo en ti, Zoey.

—¿Todavía?

—Todavía —repitió él con convicción—. Y te apoyo.

Y así, sin más, el cuervo dejó de graznar y yo dejé de sentir el espeluznante estremecimiento.

Tuve que aclararme la garganta y apretar los párpados con fuerza varias veces para poder decir:

—Gracias, Damien.

Entonces la voz de vieja cascarrabias de *Nala* comenzó con su habitual *miauff*, y de pronto la gatita gorda y naranja salió de la oscuridad y comenzó a enroscarse alrededor de la pierna de Damien.

—¡Eh, hola, chica! —dijo él, que enseguida la rascó por debajo de la barbilla—. Parece que has venido a hacer la guardia en la tarea de vigilancia de Zoey.

—Sí, me parece que acabas de ser sustituido —dije yo.

—Si me necesitas para volver, llámame. De verdad que no me importa —dijo Damien, que me abrazó con fuerza.

—Gracias —repetí yo.

—De nada, Z —respondió Damien, que sonrió una vez más en mi dirección y se marchó, tarareando la canción *Seasons of Love*, de Rent.

Abrí la puerta lateral que da al vestíbulo y que separa la zona de los establos del campo de deportes con una sonrisa en los labios. Entre el dulce olor del heno y de los caballos, procedente de los establos a mi derecha, y la felicidad de saber que había hecho las paces con mis amigos, sentí que comenzaba a relajarme. ¡Jesús, qué estrés! Debería hacer yoga o algo así (mejor «algo así» que yoga). Porque de seguir con aquella tensión, probablemente acabaría por desarrollar una úlcera. O peor aún, arrugas.

Acababa de girar hacia los establos y tenía ya la mano sobre el picaporte de la puerta cuando oí un extraño «¡zas!» seguido de un «*clonc*» amortiguado. Los ruidos provenían de mi izquierda. Dirigí la vista allí y vi que la puerta del campo de deportes estaba abierta. Los siguientes «zas» y «*clonc*» me picaron la curiosidad y, como es típico en mí, en lugar de demostrar un poco de sensatez y seguir mi camino a los establos, tal y como era mi intención, entré en el campo de deportes.

Bueno, en realidad el campo de deportes es como un campo de rugby cubierto, solo que no es únicamente para rugby, y además tiene una pista alrededor. Allí los chicos juegan al fútbol y corren por la pista. (Yo en realidad no hago ninguna de las dos cosas, pero en teoría sé para qué sirve). Está cubierto para que los iniciados no tengan que soportar la luz del sol, que podría dañarles los ojos, y por eso se encienden las lámparas de gas alineadas a lo largo de las paredes. Aquella noche la mayoría de las lámparas estaban apagadas, así que fue el siguiente «*clonc*», y no mi vista, lo que llamó mi atención hacia el otro extremo del campo.

Stark estaba de pie de espaldas a mí, con el arco en la mano, frente a una de esas dianas de distintos colores concéntricos que sirven para puntuar. Había una flecha extrañamente gorda en el centro exacto de la diana, que era rojo. Yo entrecerré los ojos, pero no pude discernir bien lo que era debido a la escasa luz y, además, la diana estaba realmente lejos de Stark, o sea que estaba lejísimos de mí.

Nala soltó un grave y débil gruñido, y yo me di cuenta de que la bola de pelo rubio que había junto a Stark era *Duchess*, que estaba tirada a sus pies y, según parecía, dormida.

—Y luego dicen que es un perro guardián —le dije yo a *Nala*.

Stark se pasó el dorso de la mano por la frente como si quisiera limpiarse el sudor. Luego movió los hombros en círculos para soltarlos. Incluso a la distancia a la que me encontraba, él daba la sensación de ser una persona confiada y fuerte. Parecía mucho más vital que otros chicos de la Casa de la Noche. Demonios, era mucho más vital que cualquier adolescente humano en general, y yo no podía evitar que eso me intrigara. Seguí ahí de pie, tratando de buscar una escala de chicos sexis con la que compararlo, cuando él sacó otra flecha del carcaj a sus pies, se giró, alzó el arco y, con un único y rápido movimiento, soltó el aire retenido y «¡zas!», lanzó otra flecha que navegó como una bala directa al lejano objetivo. «¡*Clonc!*».

Solté un débil grito al comprender por qué la flecha del centro de la diana tenía ese aspecto tan extrañamente gordo. No se trataba de una sola flecha: eran un montón de flechas, que habían ido a parar la una encima de la otra. Cada una de las flechas que Stark había lanzado había dado justo en el centro mismo de la diana. Perpleja, dirigí la vista de nuevo hacia Stark, que seguía en posición de lanzar. Y entonces me di cuenta del tipo de escala que necesitaba para comparar a aquel chico: la escala del chico sexi y travieso.

¡Ah, no! ¡Como si a estas alturas yo necesitara que me intrigara un chico malo! ¡Demonios, en aquel preciso momento no me hacía falta que me intrigaran chicos de ningún tipo! Había renunciado a los chicos. Absolutamente. Me había dado la vuelta de puntillas para salir del campo de deportes cuando su voz me detuvo.

—¡Sé que estás ahí! —dijo Stark sin mirarme.

Como si la voz fuera para ella una señal, *Duchess* se puso en pie, bostezó y vino trotando feliz hacia mí, ofreciéndome un amistoso ladrido a modo de saludo perruno y sin dejar de mover la cola. *Nala* arqueó la espalda, pero no siseó ni escupió, y de hecho le permitió al labrador olerla un poco para después estornudar directamente encima de su hocico.

—Hola —les dije yo a los dos mientras acariciaba las orejas de *Duchess*.

Stark se giró hacia mí. Esbozaba esa sonrisa impertinente y apenas perceptible que yo ya había visto. Comencé a pensar que quizá esa expresión fuera habitual en él. Noté que estaba más pálido que a la hora de la cena. Ser el chico nuevo era duro, y al final siempre se acababa notando aunque uno fuera un chico malo sexi.

—Iba a los establos y oí ruido aquí. No pretendía interrumpirte.

Él se encogió de hombros y abrió la boca para decir algo, pero no le quedó más remedio que aclararse primero la garganta; era como si llevara mucho tiempo sin pronunciar palabra. Tosió a medias, un poco ronco, y finalmente dijo:

—No importa. De hecho, me alegro de que estés aquí. Así no tengo que ir a buscarte.

—Ah, ¿es que necesitas algo para *Duchess*?

—No, ella está bien. Le traje un montón de cosas cuando vine. En realidad, con quien quería hablar es contigo.

No. No me volví absolutamente loca de curiosidad ni me hice ilusiones por el hecho de que me dijera que quería hablar conmigo. Con perfecta calma y toda naturalidad le contesté:

—Vale, ¿de qué querías hablar?

Pero en lugar de responder, él me hizo a mí otra pregunta:

—Esas marcas especiales que tienes, ¿de verdad significan que tienes afinidad por los cinco elementos?

—Sí.

Traté de no apretar los dientes. Realmente me molestaba que los chicos nuevos me preguntaran por mis dones. Solían tratarme o bien como si fuera una heroína a la que debían adorar, o bien como a una bomba que podía estallarles en la cara en cualquier momento. Y cualquiera de las dos alternativas me resultaba profundamente incómoda y en absoluto interesante o halagadora.

—Había una sacerdotisa en mi antigua Casa de la Noche de Chicago que tenía afinidad por el fuego. De hecho, podía hacer que las cosas ardieran. ¿Tú puedes utilizar así los cinco elementos?

—No puedo conseguir que al agua arda o cosas raras como esa —dije yo, evitando contestar directamente a la pregunta.

Él frunció el ceño, sacudió la cabeza y por último volvió a limpiarse el sudor de la frente. Yo traté de no darle importancia al hecho de que, de algún modo, me resultara sexi su forma de sudar.

—No te estoy preguntando si puedes manipular los elementos. Solo quiero saber si eres lo suficientemente poderosa como para controlarlos.

Por fin la pregunta captó mi atención y me hizo olvidar lo mono que era Stark.

—Vale, mira, ya sé que eres nuevo, pero eso no es asunto tuyo.

—Lo cual significa que eres lo bastante poderosa.

Yo lo miré y fruncí el ceño.

—Te lo repito: no es asunto tuyo. Si me necesitas para algo que sí sea asunto tuyo, como pedirme ayuda para encontrar comida para el perro, ven a buscarme. Aparte de eso, haz como si no estuviera aquí.

—¡Espera! —exclamó él, dando un paso hacia mí—. Puede que te parezca un estúpido al preguntarlo, pero tengo una buena razón para hacerlo.

Stark ya no esbozaba su media sonrisa sarcástica, y tampoco me miraba como si fuera un obseso, empeñado en saber hasta qué punto era yo rara. Más bien parecía un chico nuevo, pálido y mono, que necesitaba de verdad saber algo.

—Bueno, sí, soy bastante poderosa.

—¿Y puedes controlar realmente los elementos? Por ejemplo, si pasara algo malo, ¿podrías conseguir que os protegieran a ti y a la gente que te importa?

—Vale, ya está bien —dije yo—. ¿Es que nos estás amenazando a mí y a mis amigos?

—¡Oh, no, mierda, no! —se apresuró a exclamar él, alzando la palma de una mano como si se estuviera rindiendo.

Por supuesto, era difícil olvidar que en la otra mano llevaba el arco con el que siempre daba en el blanco. Stark captó la mirada que dirigí al arco y, lentamente, se inclinó y lo dejó en el suelo, a sus pies.

—No pretendía amenazar a nadie —continuó Stark—. Simplemente es que se me da mal explicarme. Escucha: quiero que conozcas mi don.

Parecía tan incómodo al mencionar la palabra «don» que yo alcé las cejas y repetí:

—¿Tu don?

—Sí, así es como se llama o, al menos, es como lo llama la gente. Es la razón por la que soy tan bueno con esto —explicó, con un gesto de la barbilla en dirección al arco, a sus pies.

Yo no dije nada, pero alcé las cejas de nuevo, esperando impacientemente a que él continuara.

—Mi don es que no puedo fallar —dijo él al fin.

—¿No puedes fallar? ¿Y qué? ¿Qué tiene eso que ver conmigo o con mi afinidad por los cinco elementos?

Él sacudió una vez más la cabeza.

—No comprendes. Siempre doy en el blanco, pero eso no significa que mi objetivo sea siempre el blanco.

—Lo que dices no tiene sentido, Stark.

—Lo sé, lo sé. Ya te he dicho que esto no se me daba bien —dijo él. De nuevo se pasó la mano por los cabellos, con lo cual se los dejó levantados como la cola de un pato—. La mejor forma de explicártelo es ponerte un ejemplo. ¿Has oído hablar alguna vez del vampiro William Chidsey?

Yo sacudí la cabeza antes de contestar:

—No, pero no te extrañe. Hace solo unos pocos meses que fui marcada. No estoy muy metida precisamente en la política de los vampiros.

—Él tampoco estaba metido en política. Era arquero. Fue, sin discusión, el campeón de arco de todos los vampiros durante casi doscientos años.

—Lo cual significa que fue el campeón del mundo, porque los vampiros son los mejores arqueros del mundo —dije yo.

—Exacto —asintió Stark—. Pues eso: Will había hecho morder el polvo a todo el mundo durante casi dos siglos. Al menos hasta hace seis meses.

Yo me quedé pensativa por un momento.

—Hace seis meses era verano. Fue entonces cuando se celebró la versión vampírica de los Juegos Olímpicos, ¿no?

—Sí, los llaman los Juegos de Verano —contestó Stark.

—Vale, así que ese tipo, Will, es más que nada un buen arquero. Pero parece que tú también. ¿Lo conoces, entonces?

—Lo conocía. Está muerto. Pero sí, lo conocía bastante bien —dijo Stark, que hizo una pausa y añadió—: Él era mi mentor y mi mejor amigo.

—¡Ah, lo siento! —contesté yo con torpeza.

—Y yo. Fui yo quien lo mató.



—¿Has dicho que tú lo mataste?

Estaba convencida de que lo había oído mal.

—Sí, eso es lo que he dicho. Fue por mi don.

Stark hablaba con un tono de voz indiferente, como si no le importara lo que estaba diciendo, pero sus ojos expresaban algo muy distinto. El dolor que había en ellos era tan evidente que tuve que apartar la vista. Debió de resultarle también evidente a la labradora, porque trotó de mi lado al de su amo, se sentó junto a él, se apoyó pesadamente en sus piernas y lo miró con una expresión de adoración mientras movía suavemente la cola. Automáticamente, Stark se inclinó y comenzó a acariciarle la cabeza mientras hablaba.

—Ocurrió durante los Juegos de Verano, justo antes de las finales. Will y yo íbamos en cabeza, así que era seguro que íbamos a llevarnos las medallas de oro y de plata.

Stark no me miró mientras hablaba. Miraba al arco, y no dejaba de acariciar la cabeza de la perra. Fue extraño, pero *Nala* se acercó sigilosamente hasta él y comenzó a restregarse contra su pierna (contra la pierna sobre la que no estaba apoyada *Duchess*), sin dejar de ronronear como una máquina cortacésped. Stark sencillamente siguió hablando sin parar.

—Estábamos calentándonos en el campo de tiro para prácticas, que tenía esas largas y estrechas calles dibujadas con líneas divisorias blancas. Will estaba de pie a mi derecha. Recuerdo que saqué el arco y que estaba más concentrado que nunca en toda mi vida. Tenía verdaderos deseos de ganar —dijo Stark, que hizo otra pausa y sacudió la cabeza. Entonces torció la boca con un gesto de desprecio hacia sí mismo—. Eso era lo que más me importaba: la medalla de oro. Así que saqué el arco y pensé: «*Pase lo que pase, quiero darle al blanco y vencer a Will*». Disparé la flecha. Estaba viendo la diana, pero en realidad en mi mente lo que me imaginaba era que vencía a Will —confesó Stark, que en ese momento bajó la cabeza y suspiró profundamente—. La flecha voló directa al blanco que tenía en mente. Le dio a Will en el corazón y lo mató al instante.

Yo sacudí la cabeza involuntariamente.

—Pero ¿cómo pudo ocurrir una cosa así?, ¿es que él estaba cerca de la diana?

—No estaba en absoluto cerca de la diana. Estaba de pie, a menos de diez pasos de mí, a mi derecha. Entre él y yo no había más que la lona blanca de separación. Yo estaba mirando hacia delante cuando apunté y disparé, pero eso no importa. La flecha se dirigió a su pecho —dijo Stark, que hizo una mueca de dolor al recordarlo—. Fue

tan rápido que todo se me nubló. Luego vi su sangre manchar la lona blanca que nos separaba, y después estaba muerto.

—Pero Stark, puede que no fueras tú. Puede que fuera algún tipo de magia extraña.

—Eso fue lo que pensé yo al principio o, al menos, lo que esperaba que fuera. Así que puse a prueba mi don.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Mataste a alguien más?

—¡No! Probé con cosas que no estaban vivas, como un tren de mercancías que solía pasar por delante de la escuela todos los días a la misma hora. Ya sabes, uno de esos trenes antiguos con locomotora negra y furgón de cola. Aún los siguen utilizando en Chicago. Hice un dibujo del furgón de cola y lo coloqué sobre una diana en el jardín de la escuela. Se me ocurrió apuntar al furgón de cola y disparar.

—¿Y? —pregunté yo al ver que él no decía nada más.

—La flecha desapareció. Pero solo temporalmente. La encontré al día siguiente, cuando fui a esperar junto a la vía del tren. Estaba clavada al furgón de cola de un tren real.

—¡Joder! —exclamé yo.

—Ahora me comprendes.

Stark dio unos cuantos pasos hacia mí, de modo que quedamos muy cerca el uno del otro. Clavó los ojos a los míos con esa mirada fija e intensa tan propia de él, y dijo:

—Por eso es por lo que tenía que hablarte de mí, y por eso también necesitaba saber si eres lo suficientemente fuerte como para proteger a las personas que están a tu alrededor.

Mi estómago, ya de por sí agarrotado, dio un vuelco.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Nada! —gritó él, provocando tal sobresalto en la perra que esta se puso a aullar. *Nala* dejó de ronronear y restregarse contra él para alzar la vista y mirarlo. Stark se aclaró la garganta, haciendo un claro esfuerzo por controlarse, y continuó—: No pretendo hacer nada, pero tampoco pretendía matar a Will, y sin embargo lo maté.

—Pero entonces no conocías tu poder, y ahora sí.

—Lo sospechaba —dijo él en voz baja.

—¡Ah!

Eso fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Sí —confirmó él que, acto seguido, apretó con fuerza los labios—. Sí, yo sabía que ocurría algo raro con mi don. Debí haber escuchado mi instinto. Debí haber tenido más cuidado. Pero no lo escuché, no tuve cuidado, y Will murió. Por eso quiero que sepas lo que ocurre conmigo, por si acaso la vuelvo a liar.

—¡Espera un momento! Si he entendido bien lo que dices, solo tú puedes saber adónde apuntas de verdad, porque todo ocurre en tu cabeza.

Stark soltó un bufido sarcástico.

—Eso parece, ¿verdad? Pero no funciona así. Una vez fui a hacer prácticas de tiro. Me pareció que era seguro y que no tendría problemas. Fui a un parque que estaba cerca de la Casa de la Noche. Me aseguré bien de que no hubiera nadie cerca que pudiera distraerme. Busqué un roble viejo y grande y le coloqué la diana en donde me pareció que estaba el centro.

Stark me miraba como si estuviera esperando una respuesta, así que asentí.

—Quieres decir en el centro del tronco, ¿no?

—¡Exacto! Ahí era donde creía que apuntaba: al lugar que creía que era el centro del árbol. Pero ¿sabes a qué llaman a veces el centro de un árbol?

—No, la verdad es que no sé mucho de árboles —admití yo.

—Ni yo. Tuve que buscarlo después. Los antiguos vampiros, los que tenían afinidad con la tierra, llamaban «corazón» al centro del árbol. Creían que a veces los animales o incluso las personas podían representar al corazón de un árbol en particular. Así que disparé, pensando que iba a darle al centro o al corazón del árbol.

Stark no dijo nada más: simplemente se quedó mirando para abajo, hacia el arco.

—¿A quién mataste? —le pregunté yo en voz baja.

Sin pensar realmente en ello, alcé la mano y la posé sobre su hombro. Ni siquiera ahora estoy segura de porqué lo hice. Puede que porque él parecía necesitado del contacto con otra persona. O puede que a pesar del peligro que representaba y él mismo admitía, yo siguiera sintiéndome atraída hacia él.

Él puso la mano sobre la mía y dejó caer los hombros.

—Maté a un búho —confesó él con voz rota—. La flecha salió disparada contra su pecho. Estaba posado sobre una de las ramas interiores de más arriba del árbol. Gritó hasta que cayó al suelo.

—El búho era el corazón del árbol —susurré yo, al tiempo que luchaba contra el loco impulso de abrazarlo y consolarlo.

—Sí, y lo maté.

Él alzó los ojos y nuestras miradas se encontraron. Yo pensé que jamás había visto ninguna expresión tan intensamente atormentada por el arrepentimiento como la suya. Los dos animales siguieron reconfortándolo a sus pies y, al menos *Nala*, se comportaba con él de un modo más intuitivo de lo que era habitual en ella. Entonces a mí se me pasó por la cabeza la idea de que quizá Stark tuviera más dones que el de dar siempre en el blanco, pero haciendo uso del sentido común decidí callarme y no decir nada. ¿Es que acaso Stark necesitaba más dones de los que preocuparse? Stark siguió hablando:

—¿Comprendes? Soy peligroso incluso aún cuando no lo pretendo.

—Creo que comprendo —dije yo con prudencia, tratando de tranquilizarlo con el contacto—. Quizá sea mejor que dejes el arco y las flechas, al menos hasta que sepas manejar verdaderamente tu habilidad.

—Sí, es lo que debería hacer. Lo sé. Pero si no practico... si dejo de disparar y trato de olvidarme del arco... es como si parte de mí se rasgara. Siento como si algo dentro de mí muriera —explicó Stark, que apartó la mano que tenía sobre la mía y dio un paso atrás, de modo que no seguimos en contacto—. Tú deberías saber a qué me refiero. En realidad no soy más que un cobarde, porque no puedo soportar el dolor que me causa.

—El hecho de que trates de evitar el dolor no significa que seas un cobarde —me apresuré yo a decir, repitiendo lo que decía la vocecilla del interior de mi cabeza—. Simplemente te hace humano.

—Los iniciados no son humanos —dijo él.

—En realidad yo no estoy muy segura de eso. Creo que la mejor parte de todo el mundo es la humana, ya sea un iniciado o un vampiro.

—¿Eres siempre tan optimista?

—¡Oh, demonios, no! —reí yo.

En esa ocasión su sonrisa fue menos sarcástica y más abierta.

—No pareces una aguafiestas, aunque la verdad es que apenas te conozco.

Yo hice una mueca antes de contestar:

—No soy tan pesimista, o al menos antes no solía serlo. Aunque la verdad es que últimamente no he estado todo lo animada que suelo estar —añadí con una mueca.

—¿Por qué?, ¿qué te ha pasado?

—Más cosas de las que podría contarte —contesté yo, al tiempo que sacudía la cabeza.

Stark me miró a los ojos, y a mí me sorprendió descubrir en ellos hasta qué punto me comprendía. Pero luego Stark me sorprendió mucho más, cuando dio un paso hacia mí, me retiró un mechón de pelo de la cara y añadió:

—Si necesitas hablar con alguien, yo sé escuchar. A veces es bueno oír la opinión de un extraño que puede ver las cosas desde fuera.

—¿Preferirías no ser un extraño? —pregunté entonces yo.

Trataba de no dejarme desconcertar por la proximidad de su cuerpo y por la facilidad y sencillez con la que él se me acercaba e incluso se me metía obsesivamente en la cabeza.

Stark se encogió de hombros y su sonrisa se tornó sarcástica otra vez.

—Siempre es más fácil así. Esa es una de las razones por las que no me cabré cuando me trasladaron de Casa de la Noche.

—Quería preguntarte precisamente acerca de eso —dije yo.

Hice una pausa, fingí que necesitaba caminar para reflexionar y me aparté un

poco de él mientras mi mente saltaba de un tema a otro: de la atracción que sentía hacia él a cómo hacerle varias preguntas sin inducirle a pensar lo que no debía pensar, sobre todo acerca de Neferet.

—Entonces, ¿no te importa que te haga algunas preguntas acerca del traslado aquí?

—Puedes preguntarme lo que quieras, Zoey.

Yo alcé la vista y tropecé con su mirada de ojos castaños, mucho más expresivos que esas sencillas palabras.

—Vale. Bien, ¿te trasladaron por lo que ocurrió con Will?

—Creo que sí. Pero no lo sé seguro. Lo único que decían todos los vampiros de mi antigua escuela es que la alta sacerdotisa de esta Casa de la Noche había pedido mi traslado aquí. A veces ocurre, cuando una escuela necesita o quiere tener los dones especiales que tienen los iniciados —explicó Stark, soltando una carcajada sin ningún humor—. Sé de buena fe que nuestra Casa de la Noche ha estado tratando de robaros a vuestro gran actor, ¿cómo se llama?, ¿Erik Night?

—Sí, se llama Erik Night. Pero ya no es un iniciado. Ha terminado el cambio.

En serio: no quería pensar en Erik Night cuando me sentía tan atraída por Stark.

—Ah, pues el caso es que vuestra Casa de la Noche no quería deshacerse de él, y él tampoco quería marcharse. Mi Casa, en cambio, no luchó por retenerme. Y yo no tenía ninguna razón para quedarme allí. Así que cuando descubrí que me querían en Tulsa, les dije que pasara lo que pasara, yo jamás volvería a competir. Pero no pareció que eso les importara, porque siguieron queriendo que viniera, así que aquí estoy —dijo Stark, cuyo sarcasmo se desvaneció y, por un segundo, fue todo dulzura y en cierto modo inseguridad—. Y empiezo a alegrarme de verdad de que Tulsa insistiera tanto en que viniera.

—Sí —sonreí yo, que me sentía completamente confusa ante la forma en que había conectado con él, que no tenía nada que ver con la sangre—. Yo también empiezo a alegrarme de verdad de que Tulsa insistiera tanto en que vinieras.

De pronto mi mente registró todo lo que él había dicho, y tuve una terrible premonición. Tuve que aclararme la garganta antes de hacerle la siguiente pregunta.

—¿Sabén todos los vampiros cómo murió Will?

Sus ojos se llenaron de pena por un instante, y yo lamenté haber tenido que hacerle esa pregunta.

—Es probable. Lo sabían todos los vampiros de mi escuela, y ya sabes cómo son... es difícil ocultarles nada.

—Sí, ya sé cómo son —contesté yo en voz baja.

—Eh, me pareció captar una extraña vibración entre Neferet y tú, ¿es cierto?

Yo parpadeé sorprendida.

—Pues... ¿a qué te refieres?

—Bueno, simplemente capté tensión entre las dos. ¿Hay algo que deba saber acerca de ella?

—Es poderosa —dije yo con diplomacia.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta. Pero todas las altas sacerdotisas son poderosas.

Yo hice una pausa antes de continuar:

—Si te digo que no es exactamente lo que parece y que tengas cuidado con ella, ¿te parece bien que lo dejemos ahí de momento? ¡Ah!, y que es muy intuitiva: prácticamente te lee el pensamiento.

—Es bueno saberlo. Tendré cuidado.

Decidí tocar una retirada precipitada ante aquel chico nuevo que, por un lado, parecía todo vitalidad y confianza en sí mismo y, por el otro, era sin duda una persona muy vulnerable; un chico que me tenía absolutamente fascinada y que me estaba haciendo olvidar mi promesa de apartarme del sexo. ¿He dicho del sexo? Quería decir de los chicos. Yo había jurado apartarme de los chicos. Y del sexo. Del sexo con los chicos. ¡Demonios!

—Será mejor que me vaya. Mi caballo me está esperando para que lo acicale —dije yo.

—No es bueno hacer esperar a los animales. A veces pueden ser muy exigentes —comentó él, que bajó la vista hacia *Duchess* con una sonrisa y le acarició las orejas.

Yo me di la vuelta para marcharme, pero entonces él me agarró de la muñeca y después dejó que su mano se deslizara hacia abajo hasta entrelazar sus dedos con los míos.

—¡Eh! —añadió él en voz baja—. Gracias por no salir despavorida de miedo por lo que te he contado.

Yo sonreí y lo miré.

—Es triste tener que admitirlo, pero después de la semana que llevo, tu extraño don casi me parece normal.

—Es triste, pero me alegro de oírlo —contestó él.

Y entonces Stark alzó mi mano y la besó. Así, sin más. Como si besara las manos de las chicas todos los días. Yo no supe qué decir. ¿Cuál es el protocolo cuando un chico te besa la mano?, ¿hay que darle las gracias? En cierto sentido yo quería devolverle el beso. Pensaba en que no debería estar pensando en eso mientras lo miraba a los ojos castaños cuando él dijo:

—¿Vas a contarle a alguien lo mío?

—¿Quieres que lo haga?

—No, a menos que tengas que hacerlo.

—Entonces no lo haré a menos que tenga que hacerlo —dije yo.

—Gracias, Zoey —dijo él.

Stark me apretó la mano, sonrió y luego me soltó.

Yo me quedé ahí unos segundos, observando cómo recogía el arco y volvía al lugar donde había dejado el carcaj de piel con las flechas. Sin volver la vista atrás para mirarme, Stark tomó una flecha del carcaj, apuntó y dejó que la flecha volara libremente otra vez hacia el centro exacto de la diana. En serio: aquel chico era total, completa y misteriosamente sexi, así que tenía que largarme de allí a toda pastilla. Me giré, repitiéndome a mí misma en silencio que era imprescindible que controlara mis hormonas, y casi había atravesado el umbral de la puerta cuando le oí toser la primera vez. Me quedé helada: esperaba que después de un segundo él se aclarase la garganta igual que antes y, acto seguido, volver a oír el sonido de la flecha al clavarse en la diana.

Pero en lugar de eso, Stark volvió a toser otra vez. En esa ocasión pude oír el horrible líquido al pasar por su garganta. Y entonces lo olí: el bello, terrible olor de la sangre fresca. Apreté los dientes para reprimir mi desagradable deseo.

No quería darme la vuelta. Quería salir corriendo del edificio, llamar a alguien para que lo ayudara y no volver nunca más. No quería ser testigo de lo que yo sabía que iba a ocurrir.

—¡Zoey!

Mi nombre resonó en su boca lleno de líquido y de miedo.

Yo hice un esfuerzo por darme la vuelta.

Stark había caído de rodillas al suelo. Se doblaba por la cintura, y pude ver que escupía sangre fresca sobre la lisa y dorada arena del suelo del campo de deportes. *Duchess* aullaba de un modo terrible, así que Stark alargó una mano para acariciarle el lomo a pesar de estar atragantándose con la sangre. Le oí susurrarle entre tos y tos que todo saldría bien.

Yo corrí hacia él.

Al llegar yo, él calló al suelo, pero pude sujetarlo y sostenerlo en mi regazo. Tiré de su sudadera, se la desgarré por el centro de modo que se quedara solo con los vaqueros y la camiseta. Utilicé la prenda para limpiarle la sangre que le salía de los ojos, la nariz y la boca.

—¡No! ¡No quiero que ocurra esto ahora! —exclamó él. Hizo una pausa para volver a toser, y yo seguí limpiándolo—. Ahora que acabo de encontrarte... no quiero abandonarte tan pronto.

—Estoy aquí contigo, no estás solo.

Traté de aparentar calma y de serenarlo, pero me estaba desgarrando por dentro. *¡Por favor, no te lo lledes! ¡Por favor, sálvalo!*, gritaba mi mente.

—Bien —jadeó él, que volvió a toser, sacando hilillos de sangre nuevos por la nariz y la boca—. Me alegro de que seas tú. Si tenía que suceder, me alegro de que seas tú quien esté conmigo.

—¡Ssssh! —dije yo—. Pediré ayuda.

Cerré los ojos e hice lo primero que me vino a la mente: llamé a Damien. Me concentré en el aire y el viento y en la dulce y preciosa brisa de verano, y de pronto sentí un cálido e inquisitivo viento contra mi rostro. ¡*Trae a Damien aquí y dile que venga con ayuda!*, le ordené al viento. El viento giró a mi alrededor como un tornado una sola vez, y se fue de golpe.

—¡Zoey! —gritó Stark, que volvió a toser una y otra vez.

—No hables. Reserva tus fuerzas —dije yo, abrazándolo con ímpetu con una mano mientras con la otra le apartaba el pelo mojado de la cara húmeda.

—Estás llorando —dijo él—. No llores.

—No... no puedo evitarlo —dije yo.

—Debería haberte besado algo más que la mano... pero pensé que tendría tiempo —susurró él entre jadeos y toses— ...y ahora ya es demasiado tarde.

Yo lo miré a los ojos y me olvidé por completo del resto del mundo. En ese momento solo sabía que estrechaba a Stark entre mis brazos y que iba a perderlo muy, muy pronto.

—No es demasiado tarde —le dije yo.

Me incliné y presioné los labios contra los suyos. Stark me rodeó con los brazos y me estrechó con fuerza. Mis lágrimas se mezclaron con su sangre. El beso fue absolutamente maravilloso y terrible al mismo tiempo, pero también demasiado corto.

Él apartó los labios de mí, giró la cabeza y escupió la esencia de su vida sobre la tierra.

—¡Ssssh! —lo calmé yo. Las lágrimas corrían por mis mejillas. Lo sostuve cerca de mí y murmuré—: Estoy aquí, no estás solo.

Duchess aulló lastimeramente y se tumbó junto a su amo. No dejaba de observar con evidente miedo el rostro de Stark, lleno de sangre.

—Zoey, escúchame antes de que me vaya.

—De acuerdo, no te preocupes. Te escucho.

—Prométeme dos cosas —dijo él con voz débil.

Stark tosió y tuvo que inclinarse hacia delante, lejos de mí. Yo lo sujeté por los hombros. Cuando volvió a reclinarsse en mis brazos estaba temblando y tan pálido, que casi parecía transparente.

—Sí, lo que quieras —dije yo.

Él alzó una mano manchada de sangre y tocó mi mejilla.

—Prométeme que no me olvidarás.

—Te lo prometo —dije yo, girando la mejilla hacia su mano. Él trató de enjugar mis lágrimas con un dedo, pero el gesto me hizo llorar más aún—. No podría olvidarte.

—Y prométeme que cuidarás de *Duchess*.

—¿De una perra? Pero yo...

—¡Prométemelo! —gritó Stark, cuya voz de pronto sonaba llena de fuerza—. No dejes que la manden con extraños. Al menos a ti te conoce y sabe que me importas.

—¡Está bien! Sí, te lo prometo. Tranquilo —accedí yo.

Stark pareció desplomarse con aquella última promesa.

—Gracias. Ojalá hubiéramos...

Su voz se desvaneció. Stark cerró los ojos. Giró la cabeza en mi regazo y puso un brazo alrededor de mi cintura. Lágrimas rojas rodaban silenciosamente por su rostro, hasta que se quedó completamente inmóvil. Lo único que se movía en él era el pecho, que se agitaba arriba y abajo, tratando de respirar, a pesar de la sangre que inundaba sus pulmones.

Entonces yo me acordé, y albergué una esperanza. Aunque estuviera mal, Stark tenía que saberlo.

—¡Stark, escúchame!

Él no dio ninguna muestra de oírme, así que lo sacudí por los hombros.

—¡Stark!

Él abrió un poco los párpados.

—¿Me oyes?

Él asintió de un modo casi imperceptible. Sus labios sanguinolentos se curvaron ligeramente hacia arriba en un gesto fantasmal, como si estuvieran imitando su sonrisa sarcástica e impertinente.

—Bésame otra vez, Zoey —susurró él.

—Tienes que escucharme —dije yo. Incliné la cabeza para poder hablarle al oído—. Puede que este no sea el final para ti. En esta Casa de la Noche, los iniciados mueren y luego renacen a un nuevo tipo de cambio.

Él abrió algo más los ojos.

—¿Puede que no... que no muera?

—Pero no para bien. Los iniciados han estado volviendo. Mi mejor amiga volvió.

—Protege a *Duch* por mí. Si puedo, volveré a por ella y a por ti...

Aquellas palabras brotaron de su boca junto con un río de sangre; ríos que le brotaban también de la nariz, de los ojos y de las orejas.

Stark no pudo decir nada más. Y yo no pude hacer otra cosa sino sostenerlo en mis brazos mientras se le iba la vida. Justo cuando tomaba su último y jadeante aliento, Damien, seguido por Dragon Lankford, Aphrodite y las gemelas, entraron bruscamente en el campo de deportes.



Aphrodite llegó a mi lado la primera. Me ayudó a ponerme en pie. El cuerpo de Stark se deslizó pesadamente de mi regazo.

—Tienes sangre en la boca —me susurró.

Inmediatamente sacó un pañuelo de papel del bolso y me lo tendió.

Yo me limpié los labios y los ojos justo antes de que Damien llegara corriendo a nuestro lado.

—Ven con nosotros. Te llevaremos de vuelta a la residencia para que puedas cambiarte de ropa —dijo Damien.

Se acercó a mi lado y me agarró con fuerza de un codo. Aphrodite me había agarrado con idéntica fuerza del otro. Las gemelas se abrazaban la una a la otra por la cintura y se reprimían para no llorar.

Algunos de los Hijos de Érebo que habían acudido al campo de deportes habían traído una estrecha camilla y una sábana. Aphrodite y Damien trataban de tirar de mí para sacarme del edificio, pero yo me resistía. Observaba la escena y lloraba en silencio mientras los guerreros levantaban el cuerpo bañado en sangre de Stark del suelo y lo ponían sobre la camilla. Luego lo cubrieron con la sábana y le taparon la cara.

Y fue entonces cuando *Duchess* alzó el hocico al cielo y comenzó a aullar.

Era un sonido horrible. *Duchess* llenó aquella noche empapada en sangre de pesar, soledad y pérdida. Las gemelas rompieron a llorar. Yo oí a Aphrodite decir:

—¡Oh, diosas, esto es terrible!

—¡Pobre perra...! —susurró Damien que, de pronto, también se puso a llorar.

Nala se había hecho un ovillo junto a la destrozada perra, y la observaba con enormes y tristes ojos, como si no supiera muy bien qué hacer.

Yo tampoco sabía qué hacer. Me sentía extrañamente entumecida, pero a pesar de ello y de que no podía dejar de llorar, estaba a punto de soltarme de mis amigos y correr hacia *Duchess*, dispuesta a arreglar algo imposible de arreglar cuando, de pronto, Jack entró en el campo de deportes. Se detuvo. Abrió la boca, atónito. Se llevó una mano al cuello y se tapó la boca con la otra, tratando de ahogar inútilmente un grito de horror. Se quedó mirando primero el cuerpo cubierto por la sábana, en la camilla, después la sangre en la arena y, por último, a la afligida perra. Damien se sorbió la nariz, me apretó el brazo y me soltó para ir en busca de su novio justo cuando Jack, haciendo caso omiso de todos y de todo, corrió hacia *Duchess* y se dejó caer de rodillas a su lado.

—¡Oh, preciosa! ¡Se me rompe el corazón de verte así! —le dijo a la perra.

Duchess bajó el hocico y se quedó mirando tranquila y largamente a Jack. Yo no sabía que los perros pudieran llorar, pero juro que *Duchess* lloró. Le caían lágrimas por las húmedas y negras esquinas de los ojos; lágrimas que le corrían por la cara y el hocico.

Jack también estaba llorando, pero su voz sonó cariñosa y serena cuando le dijo a *Duchess*:

—Si vienes conmigo, yo nunca te dejaré sola.

La enorme labradora rubia dio un paso adelante muy despacio, igual que si hubiera envejecido décadas en los últimos minutos, y posó la cabeza sobre el hombro de Jack.

A pesar de las lágrimas, yo vi a Dragon Lankford tocar con suavidad la espalda de Jack.

—Llévatela a tu habitación. Yo llamaré al veterinario y le conseguiré algo que la ayude a dormir. Y quédate con ella: está tan afligida como un gato cuando pierde a su vampiro. Es una chica muy leal. Va a ser una gran pérdida para ella —terminó Dragon.

—Sí, yo... yo me quedaré con ella —dijo Jack, que se limpió la cara con una mano y acarició a *Duchess* con la otra.

Jack abrazó a la enorme perra por el cuello con ambos brazos mientras los guerreros sacaban la camilla con el cuerpo de Stark del campo de deportes.

Solo entonces, mientras se lo llevaban, apareció Neferet. Parecía ruborizada y sin aliento.

—¡Oh, no! ¿Quién es?

—Es el iniciado nuevo, James Stark —contestó Dragon.

Neferet se acercó a la camilla y retiró un poco la sábana. Todo el mundo dirigió la vista entonces a Stark, pero yo me sentía incapaz de contemplar su rostro muerto, así que no aparté los ojos de Neferet. Fui la única que vio el rápido gesto de triunfo y de pura y manifiesta felicidad que irradió de su rostro. Luego respiró hondo y volvió a su papel de alta sacerdotisa, preocupada y triste por la muerte de un iniciado.

Creí que iba a vomitar.

—Llévalo a la morgue. Yo me ocuparé de que sea debidamente atendido —dijo Neferet. Y luego, sin mirarme, añadió—: Zoey, asegúrate de que alguien se ocupa de la perra.

Entonces hizo un gesto a los guerreros para que salieran del campo de deportes, y luego los siguió.

Por un segundo no pude pronunciar palabra. La dureza del corazón de Neferet y la muerte de Stark me habían destrozado. Supongo que una pequeña parte de mí, sobre todo en un momento como aquel en el que había ocurrido algo terrible, seguía deseando que Neferet fuera la mujer que yo había creído que era al conocerla: la

madre que siempre me querría tal y como yo era.

Contemplé a los guerreros llevarse el cuerpo de Stark y me limpié los ojos con el dorso de la mano. Había personas que me necesitaban. Personas a las que yo había hecho promesas. Ya era hora de que me enfrentara al hecho de que Neferet se había vuelto malévola; tenía que dejar de ser tan débil.

Me volví hacia Damien.

—Quédate con Jack esta noche. Él te necesita más que yo.

—¿Seguro que estarás bien? —me preguntó Damien.

—Yo cuidaré de ella —le contestó Aphrodite.

—Y nosotras —añadieron las gemelas.

Damien asintió, me abrazó con fuerza y se marchó con Jack. Se agachó junto a su novio y a la perra y, primero un tanto vacilante y luego con más confianza y cariño, comenzó a acariciar a *Duchess*.

—Estás cubierta de sangre, ¿lo sabías? —dijo Aphrodite.

Yo desvié la vista de la tierna escena que formaban Damien y Jack tratando de consolar a la perra de Stark, y miré para abajo. Después de besar a Stark había dejado de oler la sangre. Había apartado esa sensación de mi mente para que su dulce seducción no me volviera loca, de modo que me sorprendió ver que tenía toda la ropa manchada y pegajosa con su esencia vital.

—Tengo que quitarme esta ropa —dije con una voz más trémula de la que yo pretendía que me saliera—. Necesito darme una ducha.

—Vamos, te dejaré que pruebes mi *spa* —dijo Aphrodite.

—¿*Spa*? —repetí yo, incapaz de comprender de qué estaba hablando.

Stark acababa de morir en mis brazos, ¿y ella quería que fuéramos a un centro de *spa*?

—¿Es que no sabías que hice obra en mi baño?

—Puede que Z prefiera ducharse en su propio baño —sugirió Shaunee.

—Sí, puede que prefiera estar rodeada de sus propias cosas —añadió Erin.

—Sí, bueno, o puede que no quiera recordar que la última vez que tomó una ducha en su baño para limpiarse la sangre fue cuando su mejor amiga murió en sus brazos —dijo Aphrodite, que luego añadió con aires de suficiencia—: Además, estoy convencida de que ella no tiene una ducha de Vichy de mármol en su baño, porque la mía es la única que hay en todo el campus.

—¿Tienes una ducha de Vichy? —pregunté yo, que me sentía como si estuviera viviendo una pesadilla.

Shaunee suspiró y dijo:

—Es como tener un pedacito de cielo en tu habitación.

Erin le lanzó a Aphrodite una mirada apreciativa y añadió:

—¿De verdad tienes una en tu baño?

—Es uno de los privilegios de ser obscenamente rica y estar muy, pero que muy mimada —contestó Aphrodite.

—¡Vaya, Z! —exclamó Erin despacio, mirándonos alternativamente a Aphrodite y a mí—. Puede que sea mejor que vayas a su *spa*. Las duchas de Vichy son estupendas para relajar el estrés.

Shaunee se limpió los ojos y se enjugó la última lágrima antes de añadir:

—Y todos sabemos que esta noche te has llevado tu buena porción de estrés.

—Vale, bien. Iré a la habitación de Aphrodite a ducharme —accedí yo.

Abrí la puerta con movimientos torpes y rígidos y todas salimos en dirección a la residencia. Yo caminaba en medio, entre Aphrodite y las gemelas.

Sentí el beso de Stark en mis labios durante todo el trayecto de vuelta mientras el graznido surrealista de los cuervos llenaba la noche.

La ducha de Vichy resultó ser un conjunto de cuatro alcachofas enormes (dos en el techo y dos a los lados de la ducha de mármol), de las que salían muy suavemente miles de litros de agua caliente que bañaban todo mi cuerpo. Me quedé allí de pie, dejando que corriera y lavase la sangre de Stark. Contemplé cómo el agua iba cambiando de color: de rojo a rosa y, por último, transparente. Y, por alguna razón, esa ausencia final de sangre me hizo romper a llorar otra vez.

Parecía ridículo, porque yo apenas lo había conocido más que unos instantes en realidad, pero sentía la ausencia de Stark como un hueco en mi corazón. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía echarlo tanto de menos cuando casi no lo conocía? O puede que sí lo conociera; puede que entre dos personas ocurra algo a un nivel que va más allá de la medida del tiempo y de lo que la sociedad considera apropiado. Puede que lo que ocurriera entre Stark y yo en esos pocos minutos en el campo de deportes fuera suficiente como para que nuestras almas se reconocieran la una a la otra.

¿Almas gemelas? ¿Es que eso era posible?

Cuando al fin me dolió la cabeza de tanto llorar y se me acabaron las lágrimas, salí cansada de la ducha. Aphrodite tenía un enorme albornoz blanco colgado de la puerta del baño. Me lo puse y salí a su habitación amueblada al estilo del Ritz. Las gemelas se habían marchado, por supuesto.

—Toma, bébete esto —dijo Aphrodite, tendiéndome un vaso de vino tinto.

Yo sacudí la cabeza.

—Gracias, pero la verdad es que no me gusta el alcohol.

—Tú bébetelo. Es algo más que vino.

—¡Ah...!

Lo cogí y comencé a dar sorbos poco a poco, como si estuviera convencida de que iba a estallar. Y así fue: estalló dentro de mi cuerpo.

—Tiene sangre.

No lo dije en un tono acusador. Yo sabía de sobra qué había querido decir Aphrodite con ese comentario acerca de que era «algo más que vino».

—Te ayudará a sentirte mejor —dijo Aphrodite—. Y eso también.

Aphrodite me señaló la mesita que había junto al diván. Encima había una caja abierta de comida para llevar con una hamburguesa de queso de Goldie's y un paquete grande de patatas fritas y, al lado, una botella de refresco de cola con toda su cafeína y su azúcar.

Me bebí el último sorbo de vino con sangre y comencé a tragarme la hamburguesa como si fuera un lobo, sorprendiéndome yo misma de lo hambrienta que estaba.

—¿Cómo sabías que me encantan las hamburguesas de Goldie's?

—A todo el mundo le encantan las hamburguesas de Goldie's. Son geniales, así que me imaginé que te gustaría tomar una ahora.

—Gracias —dije yo con la boca llena.

Aphrodite hizo una mueca, sacó delicadamente una patata frita de la caja y se dejó caer sobre la cama. Me dejó comer durante un rato y luego, con una voz vacilante que no le pegaba nada, me preguntó:

—Entonces, ¿lo besaste antes de morir?

Yo no pude mirarla, y además, de pronto la hamburguesa me pareció como si fuera de cartón.

—Sí, lo besé.

—¿Estás bien?

—No —negué yo en voz baja—. Ocurrió algo entre él y yo que...

Mi voz se desvaneció; no pude encontrar las palabras.

—¿Qué vas a hacer con él?

Entonces sí que alcé la vista hacia ella.

—Está muerto. No hay nada...

De pronto me interrumpí. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Por supuesto que el hecho de que Stark estuviera muerto no era necesariamente el fin; al menos no lo era en nuestra Casa de la Noche, últimamente. Y entonces me acordé del resto.

—Se lo dije.

—¿Le dijiste el qué?

—Le dije que quizá no fuera el fin para él. Antes de marcharse, le dije que durante los últimos tiempos los iniciados que habían muerto habían regresado de la muerte para afrontar un nuevo tipo de cambio.

—Lo cual significa que si vuelve, una de las cosas en las que pensará primero será en ti y en que le dijiste que quizá la muerte no fuera el fin. Esperemos que Neferet no esté allí para oírlo.

El estómago me dio un vuelco, en parte por la esperanza y en parte por el miedo.

—Bueno, ¿qué habrías hecho tú? ¿Le habrías dejado morir sin decirle nada?

Aphrodite suspiró y contestó:

—No lo sé. No, probablemente no. Ese chico te gustaba, ¿verdad?

—Sí, me gustaba. Aunque no entiendo porqué. Quiero decir que claro que es... eh... que era un chico muy sexi, pero me dijo algunas cosas antes de morir que... no sé, conectamos.

Yo traté de recordar exactamente lo que me había contado Stark, pero estaba todo muy confuso con el beso y el hecho de verlo sangrar hasta morir en mis brazos. Me estremecí y di un largo trago del refresco.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con respecto a él? —insistió en preguntar Aphrodite.

—¡Aphrodite, no lo sé! ¿Es que crees que debo de ir hasta la morgue para pedirles a los Hijos de Érebo que me dejen entrar y así poder sentarme a su lado a ver si revive?

Mientras lo decía, me di cuenta de que eso era exactamente lo que quería hacer.

—No creo que sea una buena idea —dijo ella.

—No sabemos qué pasa con exactitud, cuánto se tarda ni si ocurrirá de verdad o no —dije yo. Hice una pausa para reflexionar—. Espera, tú dijiste que habías visto a Stark en una de las visiones de mi muerte, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué tenía en la frente: una luna creciente azul, una roja, o un tatuaje rojo coloreado?

Aphrodite vaciló.

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo? Dijiste que lo habías reconocido por tu visión.

—Y así es. Recuerdo sus ojos y esos labios sexis y maliciosos.

—No hables así de él —dije yo.

Aphrodite pareció sentirse realmente culpable.

—Lo siento, no pretendía molestarte. Te ha calado hondo, ¿eh?

—Sí, me ha calado hondo. Así que intenta recordar cómo estaba en tu visión.

Aphrodite se mordió el labio.

—Casi no me acuerdo de nada. Solo lo vi un momento, de pasada.

El corazón me latía con fuerza, y estaba casi mareada ante la repentina esperanza que se abría ante mí.

—En todo caso, eso significa que él no está realmente muerto. O, al menos, no está muerto del todo. Tú lo viste en una visión del futuro, así que tiene que estar aquí en el futuro. ¡Va a volver!

—No necesariamente —dijo Aphrodite con amabilidad—. Zoey, el futuro es algo inseguro, siempre está cambiando. Quiero decir que yo te vi morir dos veces. En una

ocasión, sola, porque te habían abandonado tus amigos. Pero bueno, ahora ya están de vuelta: ya tienes a tus tres estúpidos mosqueteros —dijo Aphrodite, que hizo una pausa y añadió—: Lo siento. Sé que esta noche lo has pasado mal. No pretendía ser tan antipática. Pero escucha: como los lerdos... como ya no estás sola, la visión en la que te asesinan sola probablemente ya sea nula. ¿Comprendes? El futuro ha cambiado. Puede que cuando tuve la visión en la que salía Stark, él fuera a vivir. Y puede que eso ahora haya cambiado.

—Pero no necesariamente, ¿no?

—No, no necesariamente —convino Aphrodite conmigo de mala gana—. Pero no te hagas ilusiones. Además, yo solo soy la chica de las visiones, no soy una experta en asuntos como el regreso de los iniciados vivos.

—Entonces lo que necesitamos es a un experto en todo este asunto de los muertos/no muertos.

Esperaba no sonar demasiado ingenua y esperanzada, pero por la lástima que había en la mirada de Aphrodite, creo que tuve demasiado éxito.

—Sí, lamento tener que decírtelo, pero tienes razón. Tienes que hablar con Stevie Rae.

—Iré a mi habitación, la llamaré y le diré que nos veremos mañana en el centro de Street Cats. ¿Crees que podrás mantener ocupado a Darius mientras yo hablo con ella?

—¡Oh, por favor! Haré algo más que mantenerlo ocupado. Lo mantendré completamente ocupado —dijo Aphrodite, ronroneando las palabras.

—¡Puaj! Tú sabrás. Pero yo prefiero no oírlo. Ni verlo.

Aprovechando la ola de optimismo, agarré mi refresco de cola para llevármelo.

—Tranquila, yo también prefiero mantenerlo en privado.

—¡Aj otra vez! —repetí yo de camino a la puerta—. Eh, ¿cómo te has librado de las gemelas esta noche? ¿Crees que tendré que ocuparme mañana de los daños colaterales?

—Fácil. Les dije que si se quedaban, nos haríamos la pedicura en el *spa* las unas a otras, y que yo me pedía la primera.

—Ya, comprendo que salieran disparadas.

De pronto Aphrodite se puso seria.

—Zoey, lo digo en serio. No te hagas ilusiones con Stark. Tú sabes que incluso aunque vuelva, lo más fácil es que no sea el mismo. Stevie Rae dice que los iniciados rojos son mejores ahora. Y es cierto, pero no son normales. Ni ella tampoco.

—Eso ya lo sé, Aphrodite, pero yo sigo diciendo que Stevie Rae está bien.

—Y yo sigo diciendo que no estamos de acuerdo en eso. Solo quiero que tengas cuidado. Stark no es...

—¡No! —exclamé yo al tiempo que alzaba la mano para que no siguiera hablando

—. Deja que conserve una pequeña esperanza. Quiero creer que puede haber una oportunidad para él.

Aphrodite asintió muy despacio.

—Ya sé que lo crees, y eso es lo que me preocupa.

—Estoy demasiado cansada como para seguir hablando de esto —dije yo.

—Vale, lo comprendo. Pero piensa en lo que te he dicho —contestó Aphrodite. Yo abrí la puerta, y entonces ella añadió—: ¿Quieres quedarte aquí esta noche? Lo digo para que no estés sola.

—No, pero gracias. En realidad, en una residencia llena de iniciadas no estoy sola —dije yo. Con el picaporte en la mano, miré por encima de mi hombro y añadí—: Gracias por cuidar de mí. Ya me siento mejor. Mucho mejor.

Aphrodite hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia, pero yo noté que se sentía violenta. Luego, con una respuesta típicamente suya, añadió:

—De nada. Ya sabes: me debes un favor para cuando seas reina.

Stevie Rae no contestó al teléfono. Me pasaron directamente con la animada y provinciana voz de su buzón de voz. No le dejé ningún mensaje. Al fin y al cabo, ¿qué iba a decirle? «Hola, Stevie Rae. Soy Zoey. ¡Eh!, esta noche un iniciado se ha desangrado hasta la muerte en mis brazos, y quiero saber qué le va a ocurrir. ¿Va a regresar como monstruo chupasangre muerto no muerto, va a ser solo un poco raro, como dices que son ahora tus iniciados, o se va a quedar muerto para siempre? Me gustaría mucho saberlo, porque aunque acabo de conocerlo, ese chico me importa de verdad. Bueno, llámame». No. No funcionaría.

Me senté pesadamente sobre la cama y me acordé de *Nala*. Y justo entonces se abrió la puertecilla de la gata y apareció mi chica gruñona con su «*miauff*». Cruzó la habitación, se subió a la cama, se hizo un ovillo sobre mi pecho y apretó la cara contra mi cuello sin dejar de ronronear como una loca.

—Me alegro mucho, pero que mucho de volver a verte —le dije yo mientras le acariciaba las orejas y le besaba la mancha blanca de la nariz—. ¿Qué tal está *Duchess*?

Nala parpadeó, estornudó y por último apretó la cabeza contra mí y ronroneó otro poco más. Yo me lo tomé como una respuesta positiva, y supuse que Jack y Damien estaban cuidando bien de la perra.

Me sentía mejor con *Nala*, mientras ella ejercía su mágico ronroneo sobre mí, así que traté de perderme en el libro que estaba leyendo, *Intercambio de tinta*, de mi autora vampira favorita, Melissa Marr. Pero ni siquiera sus historias picantes pudieron impedir que mi mente vagara de un sitio a otro.

¿En qué pensaba? En Stark, por supuesto. Me toqué los labios; aún sentía en ellos el beso. ¿Qué me estaba ocurriendo? ¿Por qué permitía que Stark me afectara tanto?

Cierto, sí, él había muerto en mis brazos y eso había sido terrible, verdaderamente terrible. Pero había algo más entre él y yo o, al menos, eso creía yo. Cerré los ojos y suspiré. No quería tener que preocuparme por otro chico. Aún no había superado ni lo de Erik ni lo de Heath.

Vale, la verdad es que ni siquiera había superado lo de Loren.

No, no estaba enamorada de Loren. Lo que no había superado era el dolor que él me había causado. Mi corazón aún sufría, y no estaba preparado para dejar que entrara otro chico en mi vida.

Recordé cómo Stark me había tomado de la mano, cómo había entrelazado sus dedos con los míos y lo que había sentido al rozar él los labios contra mi piel.

—¡Mierda! Nadie le había dicho a mi corazón que yo no estaba preparada para estar con otro chico —susurré.

¿Y si Stark volvía?

O peor: ¿y si no volvía?

Estaba harta de perder a la gente. Una lágrima resbaló por debajo de mi párpado cerrado. Me la enjuagué. Me acurruqué de lado en la cama y apreté la cara contra el suave cuerpo de *Nala*. Sencillamente, estaba cansada. Había sido un día terrible. Las cosas no me parecerían tan mal al día siguiente. Hablaría con Stevie Rae y ella me ayudaría a averiguar qué hacer con Stark y a encontrarle un sentido a lo sucedido.

Pero no pude dormir. Mi mente no dejaba de dar vueltas y más vueltas; no podía dejar de pensar en los errores que había cometido y en las personas a las que había hecho daño. ¿Acaso Stark había muerto como castigo por lo mal que había tratado a Erik y a Heath, a causa de todo el daño que yo les había hecho?

No, me contestaba mi mente racional. Eso era ridículo. Nyx no hacía las cosas así. Pero mi sentido de la culpabilidad me susurraba cosas más tenebrosas. Como por ejemplo que no podía hacer tanto daño a Erik y a Heath sin obtener a cambio un justo castigo.

Basta, me dije a mí misma. Además, Erik no parecía estar tan desesperado. En realidad no parecía más que un estúpido, y no una persona con el corazón destrozado.

Pero no, eso tampoco era cierto. Erik y yo habíamos estado a punto de enamorarnos cuando yo lo lié todo con Loren. ¿Qué esperaba yo que hiciera Erik, que se paseara por ahí llorando y rogándome que volviera con él? ¡Demonios, no! Yo le había hecho daño, y él no era ningún estúpido; simplemente trataba de proteger su corazón de mí.

No necesitaba ver a Heath para saber que a él también le había roto el corazón. Lo conocía demasiado bien: sabía hasta qué punto le había lastimado. Él había formado parte de mi vida desde el momento en que nos conocimos por primera vez en el colegio y nos gustamos. Él siempre había estado ahí: había sido mi amor de la infancia, luego mi novio en la fase de secundaria, después habíamos salido juntos

durante el instituto y, por fin, recientemente, habíamos establecido una conexión al succionarle yo la sangre y todo lo demás. Eso después de todo es una forma bonita de decir que la conexión que produce beber sangre humana dispara los receptores sexuales en los cerebros del iniciado y del humano, así que yo había estado pensando en hacer más cosas con Heath que simplemente chuparle la sangre. Sí, ya sé que suena fatal, pero al menos soy sincera conmigo misma.

Así que Heath y yo teníamos una conexión, pero entonces yo había tenido sexo con Loren y había conectado con él durante el acto sexual (todavía me parece raro pensar que ya no soy virgen; raro en el sentido de perturbador y hasta aterrador de algún modo), lo cual había roto mi conexión con Heath. Había sido una ruptura dolorosa y terrible para Heath, si es que lo que me había dicho Loren era cierto. Porque yo no había vuelto a hablar con Heath desde entonces.

¿Y Stark creía que él era un cobarde solo porque quería evitar el dolor? Comparado conmigo, yo tenía que concluir que nada más lejos de la realidad. Me preguntaba si la conexión natural que habíamos sentido Stark y yo habría durado de haber conocido él mi pasado. Quiero decir que él se había sincerado bastante conmigo, pero yo no le había contado una mierda acerca de mí.

Y había mucha mierda que contar. Por no mencionar los muchos cabos sueltos que tenía que atar.

Había estado evitando a Heath porque sabía que le había hecho daño. Y, ya que estaba siendo sincera conmigo misma, tenía que admitir que otra de las razones por las cuales había estado evitándolo era porque me daba miedo pensar en cómo iba a reaccionar.

Más que nada, Heath era para mí esa persona con la que uno siempre puede contar. Podía contar con que él estaba loco por mí. Podía contar con que él seguiría siendo mi novio (a veces, lo quisiera yo o no) desde que estaba en tercero. Podía contar con que él siempre estaría ahí cuando lo necesitara.

De pronto me di cuenta de que necesitaba a Heath. Aquella noche me sentía dolida, abatida y confusa, y necesitaba saber que no había perdido a todo el mundo... que al menos una persona seguía queriéndome de verdad, aunque yo no me lo mereciera.

El móvil se estaba cargando encima de la mesilla. Lo abrí y le escribí a todo correr un mensaje de texto antes de que pudiera echarme atrás.

«¿Qué estás?»

Era un simple comienzo; un mensaje sencillo. Cuando contestara, si es que me contestaba, me serviría de punto de partida.

Me acurruqué junto a *Nala* y traté de dormir.

Después de lo que me pareció una eternidad, comprobé la hora. Eran casi las ocho

y media de la mañana. Bien, Heath estaría durmiendo. Él seguía con sus vacaciones de invierno, así que, si no tenía que asistir a clase, no se levantaría hasta el mediodía. Literalmente hablando. Debía estar durmiendo, me repetí en silencio, con cabezonería.

Y eso jamás antes habría importado, me respondió inmediatamente mi mente. Antes, él me habría respondido con otro mensaje de texto en cuestión de segundos, rogándome que nos viéramos en cualquier parte. Heath jamás se habría quedado durmiendo si yo le escribía un mensaje de texto.

Quizá debiera llamarlo, me dije.

¿Para que me dijera que no quería volver a verme nunca más? Me mordí el labio y sentí deseos de vomitar. No. No, no podía hacer eso. No después de lo ocurrido esa misma noche. No habría podido soportar oírle decirme cosas horribles. Me bastaba con leerlas; eso ya sería terrible.

Si es que me contestaba.

Me abracé a *Nala* y traté de concentrarme en su ronroneo, tan parecido al sonido de un motor; dejé que sus ruidos ahogaran el silencio del móvil.

Mañana, me dije vagamente, mientras iba cayendo en un sueño poco reparador. Si no me llamaba él, lo llamaría yo.

Justo antes de caer completamente dormida, juro que oí el espeluznante ruido del cuervo, pegado a mi ventana.



No me habría hecho falta poner el despertador a las cinco en punto aquel atardecer (que para mí en realidad es por la mañana, porque recordad que para los iniciados el día y la noche están cambiados y que nuestra hora de clase comienza a las ocho de la tarde y termina a las tres de la madrugada). Yacía en la cama completamente despierta, acariciando a *Nala* y tratando de no pensar ni en Stark, ni en Heath ni en Erik, cuando sonó el despertador.

Medio grogui, me tambaleé por la habitación y me puse un par de vaqueros y un jersey negro. Me quedé mirándome al espejo. Vale, tenía una pinta asquerosa. Necesitaba dormir un poco aquella noche: tenía unas ojeras considerables debajo de los ojos.

Nala arqueó la espalda y silbó en dirección a la puerta cuando alguien llamó.

—¡Zoey! ¿Quieres darte prisa, demonios?

Abrí la puerta y me encontré con *Aphrodite*, que parecía muy enfadada. Iba vestida con una falda muy corta (y muy bonita) de lana negra, un jersey morado y unas botas negras de morirse. Daba golpecitos nerviosamente, cabreada, con una de las botas en el suelo.

—¿Qué? —pregunté yo.

—Ya sé que ya te lo había dicho, pero eres más lenta que una vaca con muletas.

—*Aphrodite*, eres mala. Y ya sé que yo también te lo había dicho —contesté yo. Traté de desperezarme; de abrir bien los ojos y de pensar con la cabeza—. Y no soy lenta, ya estoy lista —añadí al fin.

—No, no estás lista. No te has tapado la marca.

—¡Ah, jolín! Se me olvidaba...

Desvié automáticamente la vista hacia la frente de *Aphrodite*, que estaba perfectamente limpia de tatuajes.

—Sí, una de las pocas ventajas de tener que fingir que soy una iniciada es que no tengo que preocuparme por taparme la marca cuando salgo del campus —aseguró *Aphrodite* con ligereza, aunque yo pude ver por la expresión de sus ojos que seguía dolida.

—¡Eh!, acuérdate de lo que dijo *Nyx*. Sigues siendo especial para ella.

Aphrodite puso los ojos en blanco.

—Sí, especial. ¿Quieres, por favor, darte prisa? *Darius* está esperando, y todavía tienes que ir a decirle a *Shekinah* que soy yo quien va a acompañarte.

—Y tengo que tomarme un tazón de cereales —añadí yo mientras me extendía el maquillaje por encima del intrincado tatuaje.

—No hay tiempo para eso —dijo Aphrodite, que se dirigía ya hacia las escaleras a toda prisa—. Tenemos que llegar a Street Cats antes de que los humanos cierren la tienda y salgan disparados hacia sus ridículas casas de clase media.

—Tú sí que eres una ridícula humana —susurré yo.

—Yo soy una humana especial —me corrigió ella. Y luego, con el mismo tono de voz bajo, añadió—: ¿A qué hora has quedado con Stevie Rae? No le importará si llegamos un poco tarde, ¿verdad?

—¡Ah, demonios! —maldije yo con un murmullo—. Anoche no pude hablar con ella.

—No me sorprende. Apenas hay cobertura en esos túneles. Le pondré una excusa a Darius de por qué llegas tarde. Llámala otra vez. Y espero que en esta ocasión puedas hablar con ella.

—Sí, ya sé, ya sé.

—¡Eh, Z! —me llamó Shaunee al pasar yo con Aphrodite por la cocina de la residencia.

—¿Qué tal estás esta mañana?, ¿mejor? —preguntó Erin.

—Bueno, estoy. Gracias, chicas —contesté yo, dedicándoles una sonrisa.

La capacidad de recuperación de las gemelas era increíble. Hacía falta más de un roce con la muerte para asustarlas durante una buena temporada.

—Excelente. Tenemos aquí tu caja de Conde Chócula —dijo Erin.

—¡Eh!, gemelerdas, ¿queréis venir a hacerme la pedicura esta noche? Podríamos formar una superpandilla de lerdos en torno al asqueroso callo de mi pie derecho —sugirió Aphrodite al tiempo que levantaba la bota de tacón de aguja y fingía que iba a quitársela.

—También tenemos listo tu desayuno, Aphrodite —contestó Erin.

—Sí, te hemos preparado un tazón de Conde Pútola —añadió Shaunee.

—No sois tan graciosas. Zoey, me voy a buscar a Darius. Nos encontraremos en el aparcamiento. Date prisa.

Aphrodite sacudió la melena y desapareció.

—La odiamos —dijeron Erin y Shaunee al mismo tiempo.

—Lo sé —contesté yo con un suspiro—, pero anoche se portó realmente bien conmigo.

—Probablemente porque tiene un grave trastorno de la personalidad —sugirió Erin.

—Sí, creo que es una de esas personas con la personalidad dividida —confirmó Shaunee—. ¡Eh!, a lo mejor la meten en un psiquiátrico, con un poco de suerte.

—¡Sí, qué buena idea, gemela! Me encanta que siempre sepas ver el lado positivo de la vida —dijo Erin.

—Toma, Z. Tómate unos cereales —sugirió Shaunee.

Yo suspiré mientras contemplaba la tentadora caja de mis cereales favoritos.

—No tengo tiempo para desayunar. Tengo que llegar a Street Cats y organizar nuestro futuro trabajo voluntario para la comunidad.

—Deberías convencerlos para organizar un rastrillo —sugirió Erin.

—Sí, tenemos que hacer limpieza en el armario para prepararnos para la nueva temporada, y no nos vendría mal vender lo viejo para hacer sitio a lo nuevo —confirmó Shaunee.

—Pues no es mala idea, la verdad. Además, Street Cats podría poner el mercadillo en el interior. Así no nos molestaría el sol —añadí yo.

—Gemela, vamos a revisar los zapatos —dijo Shaunee.

—Sin falta, gemela —accedió Erin—. He oído decir que la temporada que viene se llevan los colores metálicos.

Salí de la residencia envuelta por la diatriba de las gemelas a propósito de su próxima compra de zapatos.

El guerrero Hijo de Érebo situado en la puerta de la residencia no era Darius, pero era igual de grande y resultaba igual de amenazador, y me despidió con un rápido y respetuoso saludo. Yo me despedí de él y me apresuré por la acera hacia el edificio principal de la escuela. Saludé y asentí en dirección a todos los iniciados que me encontré por el camino. Abrí mi teléfono y marqué el número del móvil de usar y tirar que le había dado a Stevie Rae unos cuantos días antes. Por suerte esa vez ella contestó al primer timbrado.

—Hola, Zoey.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamé yo. No dije su nombre, pero a pesar de todo hablé en voz baja—. Te he llamado antes, pero no he conseguido hablar contigo.

—Lo siento, Z. La cobertura aquí abajo en los túneles es un asco.

Yo suspiré. Tendríamos que hacer algo al respecto, pero en ese preciso momento no tenía tiempo para pensar en una solución.

—Bueno, dejemos eso ahora. ¿Puedes venir a verme a Street Cats dentro de un rato? Es importante.

—¿Street Cats?, ¿dónde está eso?

—Está en la calle Sexta, esquina con la calle Sheridan, en un bonito edificio pequeñito de ladrillo. Ese que está detrás del Charlie's Chicken. ¿Puedes ir allí?

—Sí, supongo. Tengo que coger el autobús, así que puede que tarde un poco. Espera, ¿puedes venir a buscarme?

Yo abrí la boca con la intención de explicarle porqué no podía ir a buscarla y porqué era tan importante que hablara con ella ese mismo día, pero entonces oí un grito seguido de una risa verdaderamente aterradora al otro lado de la línea.

—Eh... Zoey, tengo que colgar —dijo Stevie Rae.

—Stevie Rae, ¿qué está pasando?

—Nada —contestó ella con demasiada rapidez.

—Stevie Rae... —comencé yo a decir, pero ella me interrumpió.

—No se están comiendo a nadie. En serio. Pero tengo que asegurarme de que el chico de la pizza no se acuerde mucho de esta entrega en particular. Te veo en Street Cats. ¡Hasta luego!

Stevie Rae colgó. Yo cerré el teléfono (y deseé poder cerrar los ojos, acurrucarme en posición fetal y volverme a la cama a dormir). Pero en lugar de eso atravesé las enormes puertas de madera del edificio principal de la Casa de la Noche, semejantes a las de un castillo. Nosotros no tenemos lo que vosotros llamaríais una secretaria, pero sí tenemos una zona atendida por una atractiva vampira llamada señorita Taylor. En realidad no es una secretaria, sino una acólita de Nyx. Damien me ha explicado que parte de su preparación como sacerdotisa consiste en servir a una Casa de la Noche, y por eso siempre está ocupada contestando al teléfono, haciendo copias y recados para los profesores o preparando la capilla para los rituales o lo que sea.

—Hola, Zoey —me saludó con una cariñosa sonrisa.

—Hola, señorita Taylor. Se supone que tengo que decirle a Shekinah quién va a acompañarme a Street Cats, pero no tengo ni idea de dónde está.

—Bueno, ha organizado su despacho en la sala de reuniones del Consejo, así que cuando no está dando clase, está allí. Y como aún no ha comenzado la primera hora, ahora mismo tiene que estar allí.

—Gracias —grité yo mientras me apresuraba a salir al pasillo y giraba a mano izquierda para subir después por las escaleras circulares que daban a la biblioteca y a la sala de reuniones, justo enfrente.

No estaba muy segura de si debía entrar o no, así que alzaba ya la mano para llamar a la puerta cuando la nítida voz de Shekinah exclamó:

—Puedes entrar, Zoey.

Demonios, los vampiros resultaban aterradores con eso de saber con antelación quién iba a llamar a la puerta antes de hacerlo. Enderecé los hombros y entré.

Shekinah llevaba un vestido negro que parecía hecho de terciopelo, con la insignia de Nyx bordada en hilo de plata sobre el pecho: la silueta de una mujer con los brazos levantados, sosteniendo la luna. Me sonreía, y yo quedé nuevamente sorprendida ante su exótica belleza y el aire de digna y sabia madurez.

—Feliz encuentro, Zoey.

—Feliz encuentro —contesté yo automáticamente.

—¿Qué tal estás hoy? He oído decir que uno de nuestros jóvenes iniciados murió anoche y que tú fuiste testigo de su tránsito.

Yo tragué.

—Sí, yo estaba con Stark cuando murió. Y hoy estoy todo lo bien que podría estar.

—¿Te sientes con fuerzas como para ir a Street Cats? Tú sabes que el primer encuentro puede resultar difícil.

—Lo sé, pero a pesar de todo quiero ir. Mantenerme ocupada me ayudará.

—Muy bien. Tú te conoces mejor a ti misma que nadie.

—Me gustaría llevarme a Aphrodite, si te parece bien.

—Es la iniciada que tiene la afinidad con la tierra, ¿verdad?

Yo moví rápida y nerviosamente la cabeza, asintiendo, y dije:

—Nyx le concedió la afinidad por la tierra.

Bien, técnicamente no era una mentira.

—La tierra es una influencia relajante. Por lo general, aquellos que tienen afinidad por ella son personas equilibradas, sensatas y de fiar. Has hecho una excelente elección en cuanto a la persona que debe acompañarte hoy, joven sacerdotisa.

Yo traté de no esbozar una expresión de culpabilidad. ¿Aphrodite equilibrada, sensata y de fiar? Como dirían las gemelas, ¡venga ya, por favor!

—Bueno, ella y Darius me están esperando, así que será mejor que me marche.

—Un momento —dijo Shekinah, observando una hoja de papel que sostenía en la mano y que me tendió—. Aquí tienes tu nuevo horario. Neferet te ha cambiado de clase, con mi aprobación, del primer nivel de sociología vampírica al tercero, es decir, a la clase de sexto.

Shekinah señaló mi inusual tatuaje, ya coloreado a pesar de ser yo solo una iniciada. Y, por supuesto, ningún vampiro o iniciado ha tenido nunca el tatuaje tan extendido como lo tengo yo por el cuello, los hombros, la espalda y la cintura. Shekinah no podía ver esas partes, pero su sabia mirada expresaba que era perfectamente consciente de su existencia.

—Tu marca está desarrollada de una forma muy poco habitual; no puedes quedarte en un nivel de sociología tan simple. Tengo la sensación, y tu alta sacerdotisa está de acuerdo conmigo, de que muy pronto vas a necesitar conocer ciertos detalles de la vida de un vampiro que un iniciado normal de tercero no necesita saber.

—Sí, señora —fue todo lo que yo pude responder.

—Al ponerte en una clase más avanzada he tenido que alterar el resto de tu horario. Me he asegurado de que hoy quedes excusada de asistir a las clases hasta después de comer. Asegúrate de que llegas para entonces y de que asistes a las clases de después.

—Muy bien, lo haré. ¡Ah!, ¿podrías excusar también a Aphrodite de ir a clase?

—Eso ya está arreglado —dijo ella.

Yo tragué con fuerza.

—Bueno, vale. Quiero decir que gracias —contesté yo. Como siempre, los

poderes adivinatorios de los vampiros me ponían extremadamente nerviosa—. Eh... estaba pensando en proponerles a los de Street Cats montar un mercadillo. Lo montaríamos las Hijas Oscuras, pero el dinero sería para ellos. ¿Te parece bien?

—Me parece una idea encantadora. Estoy segura de que las Hijas y los Hijos Oscuros tienen unas cuantas cosas interesantes que vender.

Yo pensé en los montones de zapatos de diseño de las gemelas, en la colección de figuritas de acción de *La guerra de las galaxias* de Erik (quién sabía si aún las quería, después de convertirse en un vampiro «adulto») y en la obsesión de Damien por los asfixiantes collares de fibra de caña trenzada; no tuve más remedio que estar de acuerdo con Shekinah.

—Sí, «interesante» es la palabra más adecuada para describirlo.

—Voy a darte autonomía para que decidas cómo quieres proceder con tu trabajo de caridad. Estoy de acuerdo contigo en que el intercambio con la gente del lugar es una buena idea. La segregación no produce más que ignorancia, y la ignorancia solo produce miedo. Yo ya he comenzado a trabajar con la policía local a propósito de los asesinatos, y estoy de acuerdo con ellos en que parece el trabajo de un grupo muy pequeño de humanos muy perturbados. Tengo mis dudas acerca del hecho de dejar que mantengas relaciones con los humanos ahora mismo, pero creo que tu idea es tan buena, que merece la pena arriesgarse.

—Eso pienso yo.

—Y además estarás protegida y acompañada por Darius.

—Sí, me recuerda a una montaña —dije yo sin pensar.

Inmediatamente me ruboricé ante lo estúpido de mi comentario. Pero Shekinah sonrió.

—Así es, verdaderamente. Le recuerda a uno a una montaña.

—Bueno, bien, te haré saber cómo van las cosas con Street Cats.

—Si, por favor, ven a contármelo mañana. Y hablando de mañana, he decidido convocar un Ritual de Año Nuevo centrado especialmente en purificar a la escuela de toda energía negativa. Después de la muerte de dos profesores y ahora de ese pobre iniciado, la escuela necesita un ritual de purificación a fondo y en profundidad. He oído decir que estás familiarizada con los rituales de purificación, que te criaste siendo muy consciente de tu herencia nativa americana.

—¡Sí! —exclamé yo, sin poder reprimir la sorpresa en mi tono de voz—. Mi abuela aún continúa practicando las costumbres cheroquis.

—Bien, entonces cuento contigo y con tu grupo de compañeros tan bien dotados para llevar a cabo el ritual de purificación. Mañana es Nochevieja, así que no estaría mal comenzar el ritual a medianoche. Daremos la bienvenida al año nuevo con un rito de purificación para toda la escuela junto al muro este.

—¿El muro este? Pero allí es donde...

Mi voz se desvaneció, sentí ganas de vomitar.

—Sí, allí es donde abandonaron el cuerpo de la profesora Nolan. Pero también es un lugar de gran poder, y por tanto debe ser el foco principal de nuestra purificación.

—¿Pero no es eso lo que hizo Neferet cuando llevó a cabo allí su ritual?

Neferet había realizado una especie de servicio funerario para la profesora Nolan en el lugar en el que se había encontrado su cuerpo. También entonces la alta sacerdotisa había levantado un potente hechizo alrededor de la escuela que le permitía saber en todo momento cuándo entraba o salía alguien del recinto de la Casa de la Noche.

—Purificar y proteger son dos cosas diferentes, Zoey. Neferet estuvo todo el tiempo centrada en el tema de la protección, y esa fue una respuesta muy valiosa dada la tragedia del momento. Pero ahora nuestras mentes han tenido tiempo de aclararse, y ya es hora de mirar hacia el futuro. Y para eso, tenemos que purificar el pasado. ¿Comprendes?

—Creo que sí —dije yo.

—Espero ardientemente que invoques tu círculo —añadió ella.

—Yo también —mentí yo.

—Procura mantenerte vigilante y mostrarte sabia durante el día de hoy, Zoey.

—Lo haré lo mejor que pueda —contesté yo.

Incliné la cabeza en un respetuoso saludo y me marché.

Así que tenía que dirigir un ritual de purificación para toda la escuela al día siguiente, sin el elemento tierra, aunque todo el mundo creyera que Aphrodite seguía teniendo afinidad por ella. Bueno, también todo el mundo seguía creyendo que Aphrodite era una iniciada. ¡Jopé!, tenía un problema grave. Otra vez.



Traté de no volverme loca por culpa de lo del ritual de purificación y leí mi nuevo horario mientras corría hacia el aparcamiento. Bueno, Shekinah tenía razón: cambiarme a la clase de sociología vampírica dos niveles por encima había liado todo mi horario. Las cuatro primeras clases estaban revueltas, y la de teatro había pasado de la segunda hora a la quinta, justo delante de la única clase que seguía igual: la de estudios ecuestres.

—Genial —musité para mí misma—. Así que además de un ritual que va a ser una porquería, encima hoy tengo clase con Erik.

Trataba de evitar que mi estómago se volviera del revés cuando vi a Aphrodite y a Darius de pie junto a un elegante Lexus negro. Vale, en realidad lo que vi fue a Darius y su musculoso cuerpo. Aphrodite estaba de pie en su sombra, parpadeando coquetamente.

—Lamento haber tardado tanto —dije mientras subía al asiento trasero.

Aphrodite, que se subió con elegancia al asiento del copiloto, contestó:

—Tranquila, no te estreses por eso.

Yo giré los ojos en las órbitas. ¿Así que ya no importaba si llegaba tarde? ¡Jolines, sí que era transparente la chica!

—Eh... Aphrodite —dije yo dulcemente, mientras Darius arrancaba el coche y nos sacaba con toda suavidad de los terrenos del colegio— asegúrate de que marcas la fecha de mañana a media noche en tu calendario.

—¿Qué?

Aphrodite me lanzó una miradita como diciendo claramente que hubiera preferido que me disolviera de algún modo en la tapicería de cuero para quedarse a solas con Darius.

—Mañana, a medianoche, Damien, las gemelas, tú y yo tenemos que invocar un gran círculo para un ritual de purificación delante de toda la escuela.

Aphrodite abrió los ojos azules como platos y me miró atónita.

—Eso va a ser... —comenzó a decir, medio histérica y sin aliento.

—¡Muy divertido! —exclamé yo, interrumpiéndola, antes de que ella pudiera terminar la frase y decir que iba a ser un desastre.

—Estoy deseando verlo —dijo Darius, que sonrió cálidamente en dirección a Aphrodite—. Vuestro círculo tiene un poder único.

Vi cómo Aphrodite trataba de calmarse antes de girarse hacia Darius y sonreírle; quería volver a parecer la chica ligona y un poco puta de siempre al contestar:

—Bueno, desde luego decir que es único es una buena manera de describirlo.

—Yo jamás había conocido tantos iniciados juntos con tantos dones —añadió Darius.

—Tío, no tienes ni idea de los dones que tengo yo —le contestó Aphrodite, inclinándose hacia él y riéndose.

No, pensé yo, sentada en el asiento de atrás, mordiéndome el carrillo por dentro de pura preocupación, mientras Aphrodite seguía ligando abierta y un tanto nauseabundamente con Darius. No, ni Darius ni nadie más, a excepción de Aphrodite, de Stevie Rae y de mí, tenía realmente idea de lo que nos estaba pasando. Aunque ¡demonios!, tampoco ninguna de nosotras tres sabía exactamente lo que estaba pasando, y mucho menos sabíamos qué íbamos a hacer cuando tuviéramos que invocar un círculo sin uno de los cinco elementos. Recordé lo que había ocurrido cuando Aphrodite trató de invocar a la tierra en su dormitorio, y comprendí que sería evidente para todos que ella ya no tenía esa afinidad. ¿Cómo íbamos a explicarlo?

Probablemente Damien y las gemelas se cabrearían otra vez conmigo por no habérselo contado. Genial.

Necesitaba algo que pudiera distraer a la gente durante la invocación de modo que nadie notara el detalle de la falta de afinidad por la tierra. Bueno, no. Lo que realmente necesitaba eran unas vacaciones. O un analgésico Advil extrafuerte.

Revolví mi bolso buscando un Advil, pero no encontré ninguno. Por supuesto, a los iniciados jamás les han ido bien los medicamentos, de modo que es probable que, de todas maneras, no me hubiera quitado el dolor de cabeza. Y tampoco parecía que fuera a dar con la distracción que necesitaba. Lo que sí parecía que iba a encontrar era lo que encontraba yo siempre: más problemas y más estrés, y seguramente una buena dosis de diarrea galopante.

Darius no tuvo problemas para encontrar Street Cats. Se trataba de un edificio de ladrillo de aspecto acogedor, con grandes ventanales frontales abarrotados de cosas para gatos. Tomé nota mentalmente de comprarle algo a *Nala* en la tienda de regalos. Bastante cascarrabias era ya mi gata, para que encima pensara que la había engañado (traducción: yo olería a miles de otros gatos) y que ni siquiera me había acordado de llevarle un regalo.

Darius abrió la puerta y la sostuvo para Aphrodite y para mí, y los tres entramos en la zona del edificio que correspondía a la tienda, brillantemente iluminada. Sí, los tres llevábamos gafas de sol pero, a pesar de todo, la luz nos hacía daño en los ojos. Yo miré a Aphrodite, que había vuelto a tornarse humana recientemente. Bueno, al menos la luz nos hacía daño a dos de nosotros.

—Bienvenidos a Street Cats. ¿Es esta vuestra primera visita?

Yo desvié la vista de Aphrodite a la...

¡¿Monja?!

Parpadeé sorprendida y sentí la urgente necesidad de restregarme los ojos. La monja simplemente sonrió sin moverse de detrás del mostrador frontal, donde estaba sentada. Sus penetrantes ojos marrones tenían un aspecto muy vivo y brillante. Su rostro, pálido y ya mayor, era sin embargo sorprendentemente liso, y lo llevaba enmarcado por esa especie de tocado blanco y negro que llevan muchas monjas.

—¿Jovencita? —repitió ella sin dejar de sonreír.

—¡Ah!, eh... bueno. Quiero decir que sí, que es la primera vez que vengo a Street Cats —contesté yo por fin, haciendo escaso uso de mi inteligencia.

Mi mente se puso en marcha. ¿Qué estaba haciendo esa monja allí? Entonces, por el perímetro de la visión, atisé otra figura envuelta en ropa negra revoloteando por ahí, y me di cuenta de que había más monjas por la tienda de regalos. ¿Monjas? ¿Qué hacía todo aquel rebaño de monjas allí? ¿Se asustarían cuando descubrieran que unos vampiros iniciados querían trabajar como voluntarios para Street Cats?

—Bien, excelente. Siempre les damos la bienvenida a los visitantes que vienen por primera vez. ¿Qué puede hacer Street Cats por vosotros?

—No sabía que las monjas benedictinas estuvieran relacionadas con Street Cats —dijo entonces Aphrodite, quien me sorprendió con el comentario.

—¿No? Pues sí. Dirigimos Street Cats desde hace dos años. Los gatos son unas criaturas muy espirituales, ¿no te parece?

Aphrodite bufó.

—¿Espirituales? Han sido sistemáticamente asesinados por su amistad con las brujas y por aliarse con el mal. Si un gato negro se cruza en tu camino, la gente piensa que traerá mala suerte. ¿Es a eso a lo que se refiere usted cuando dice que son espirituales?

Le habría dado un manotazo por hablarle de una manera tan impertinente, pero la monja no pareció alterarse en absoluto.

—¿Y no te parece a ti que eso es porque los gatos siempre han estado muy ligados a las mujeres? Sobre todo a las mujeres consideradas sabias por la gente en general. Así que, naturalmente, en una sociedad gobernada más que nada por los hombres, ciertas personas tenían necesariamente que ver algo siniestro en los gatos.

Capté el sobresalto que produjo esa respuesta en Aphrodite.

—Sí, eso es exactamente lo que pienso. Pero me sorprende que usted piense lo mismo —contestó Aphrodite con sinceridad.

Noté que Darius había dejado de fingir que curioseaba por la tienda y escuchaba la conversación con evidente interés.

—Jovencita, el hecho de que lleve toca en la cabeza no significa que no pueda pensar por mi cuenta o que no tenga mis propias opiniones. Y te garantizo que he tenido muchos más altercados por culpa de la dominación masculina de los que hayas podido tener tú —dijo la monja con una sonrisa que hizo que sus palabras sonaran

mucho menos duras de lo que hubieran podido sonar.

—¡Toca! ¡Así es como se llama! —oí que salía de mi estúpida boca para, instantes después, ponerme colorada y sentir que me ardían las mejillas.

—Sí, así es exactamente como se llama.

—Lo siento, es que... no había visto nunca antes a ninguna monja —me expliqué yo, poniéndome aún más colorada.

—No me sorprende. No quedamos muchas. Soy la hermana Mary Angela, madre superiora de nuestro pequeño convento y directora de Street Cats —se presentó la monja, que se giró entonces hacia Aphrodite—. ¿Has reconocido nuestra orden porque eres católica, niña?

Aphrodite soltó una pequeña carcajada.

—No, no soy católica. Soy la hija de Charles LaFont.

La hermana Mary Angela asintió, dando a entender con ello que comprendía.

—¡Ah!, la hija del alcalde. Entonces, por supuesto, estarás familiarizada con la obra de caridad a la que se dedica nuestra orden —comentó la hermana, que entonces alzó las cejas como si de pronto se diera cuenta de qué otra cosa más significaba el hecho de que Aphrodite fuera la hija del alcalde de Tulsa—. Eres una vampira iniciada.

La monja no pareció terriblemente asustada por la conclusión a la que había llegado, así que yo decidí que era el momento de hacerle saber que Satán estaba en casa. Respiré hondo y alargué la mano para estrechársela, diciendo:

—Sí, Aphrodite es una iniciada, y yo soy Zoey Redbird, vampira iniciada y líder de las Hijas Oscuras.

Entonces esperé a que estallara la explosión que, finalmente, no se produjo.

La hermana Mary Angela se tomó su tiempo antes de responder y de estrechar mi mano con firmeza con la suya, caliente.

—Bienvenida, Zoey Redbird —saludó, desviando la vista con prudencia de mí a Aphrodite y finalmente a Darius. Entonces alzó una ceja castaña y añadió—: Pero tú pareces demasiado mayor como para ser otro iniciado.

Darius asintió con la cabeza y la inclinó en señal de respeto.

—Es usted muy observadora, sacerdotisa. Soy un vampiro adulto, un Hijo de Érebo.

Bien, estupendo. La había llamado «sacerdotisa». Una vez más esperé el estallido, que no se produjo.

—¡Ah!, comprendo. Tú eres la escolta de las iniciadas —declaró la hermana, que entonces volvió la atención de nuevo hacia mí—. Lo cual significa que vosotras dos debéis de ser unas jovencitas muy importantes, cuando merecéis tal atención.

—Bueno, como ya he dicho, yo soy la líder de las Hijas Oscuras y...

—Sí, somos importantes —confirmó Aphrodite, interrumpiéndome otra vez—,

pero esa no es la razón por la que Darius nos acompaña. En estos dos últimos días han asesinado a dos vampiros, y nuestra alta sacerdotisa no quiere que abandonemos el campus sin protección.

Yo le lancé a Aphrodite una mirada como diciendo: «¿Qué coño estás haciendo, hablando más de la cuenta?». No era en absoluto propio de ella sufrir esa diarrea verbal.

—¿Han asesinado a dos vampiros? Yo solo he oído hablar de un asesinato.

—Asesinaron a nuestro poeta laureado hace tres días —dije yo, incapaz de pronunciar su nombre.

La hermana Mary Angela pareció disgustarse.

—Son noticias terribles. Lo añadiré a mi lista de personas por las que rezar.

—¿Va usted a rezar por un vampiro?

La pregunta pareció escapar de mi boca sin previo aviso, y yo sentí que mis mejillas volvían a arder.

—Por supuesto, lo mismo que el resto de mis hermanas.

—Lo siento. No pretendo ser maleducada pero ¿es que no cree usted que todos los vampiros estamos condenados al infierno porque veneramos a una diosa pagana? —pregunté yo.

—Niña, lo que yo creo que es vuestra Nyx es simplemente otra encarnación de nuestra santa madre María. Y también creo devotamente en las palabras de Mateo 7:1, que dicen: «No juzgues, y no serás juzgado».

—Lástima que las Gentes de Fe no piensen como usted —dije yo.

—Algunos de ellos sí piensan como yo, mi niña. No se juzga a toda la manada por un solo borrego. Y eso de no juzgar vale tanto para ellos como para ti. Pero, vamos a ver, ¿qué puede hacer Street Cats por la Casa de la Noche?

Me costaba hacerme a la idea de que esa monja no tuviera ningún prejuicio con los vampiros, pero sacudí la cabeza y traté de centrarme para contestar:

—Como líder de las Hijas Oscuras, he pensado que sería una buena idea que colaboráramos con una organización de caridad.

La hermana Mary Angela sonrió cálidamente en respuesta y dijo:

—Y, naturalmente, habías pensado en el rescate de gatos.

Yo le devolví la sonrisa.

—¡Sí! Bueno, la verdad es que no llevo mucho tiempo marcada, pero me parece raro que nuestra escuela esté plantada en medio de Tulsa y, sin embargo, esté por completo aislada del resto de la ciudad. La verdad, no me parece bien —dije yo. Resultaba realmente fácil hablar con esa monja así que, sin darme cuenta, continué —: Eso es precisamente lo que me ha traído aquí...

Entonces vi cómo me miraba Aphrodite, con el ceño fruncido, y me apresuré a añadir:

—Quiero decir que eso es lo que nos ha traído aquí. Hemos pensado que estaría bien presentarnos voluntarias para ayudar con los gatos y para sacar dinero para Street Cats. Por ejemplo, montando un mercadillo y entregándoos el dinero que saquemos.

—Siempre nos vienen bien el dinero y los voluntarios con experiencia. ¿Tienes gato, Zoey?

Mi sonrisa se amplió al contestar:

—De hecho es *Nala* quien me tiene a mí. Ella misma se lo diría si estuviera aquí.

—Entonces sí que tienes un gato de verdad —confirmó la monja—. ¿Y tú, guerrero?

—*Nefertiti*, la más bella gata de colores del mundo, me eligió hace escasamente seis años —contestó Darius.

—¿Y tú?

Aphrodite parecía nerviosa, y yo me di cuenta de pronto de que jamás la había visto con ningún gato.

—No, yo no tengo ninguno —contestó Aphrodite. Los tres nos quedamos mirándola, y ella se encogió de hombros, incómoda, y añadió—: No sé porqué, pero ningún gato me ha elegido nunca.

—¿Es que no te gustan? —preguntó la monja.

—Sí me gustan. Vamos, que no me parecen mal. Es solo que yo no les gusto a ellos —admitió Aphrodite.

—¡Vaya! —dije yo, casi sin poder contener la risa.

Aphrodite me miró.

—Bueno, no importa —dijo la hermana Mary Angela—. De todos modos necesitamos voluntarios.

¡Jolines! La monja no hablaba en broma cuando dijo que iba a ponernos a los tres a trabajar. Yo le dije que disponíamos de un par de horas o así de sobra antes de tener que volver a la escuela, y ella sacó el látigo. Al instante Aphrodite se emparejó con Darius para disfrutar a sus anchas de esa parte del plan según el cual ella debía distraer al guerrero mientras yo me reunía con Stevie Rae (que, por cierto, no había aparecido). Así que la hermana Mary Angela los mandó a los dos a la sala en donde estaban los gatos para limpiar las cajas en donde hacían sus necesidades y para cepillarlos junto con otras dos monjas, la hermana Bianca y la hermana Fátima, que estaban allí en ese momento y que nos presentó a los tres como si nada; como si lo normal fuera que los vampiros y los iniciados se presentaran allí voluntarios para trabajar (con los tatuajes tapados). Yo no soy especialmente lenta a la hora de aprender, así que a esas alturas ya no esperaba que ninguna monja se asustara por nada sino que, por el contrario, me había dado cuenta de que aquellas devotas

mujeres creían en una religión por completo distinta de la de mi horrible padrastro, el perdedor, y esos obsequiosos de las Gentes de Fe. (Sí, es cierto; debo darle las gracias a Damien por el incremento de palabras de mi vocabulario).

Por desgracia, a mí la hermana Mary Angela me mandó a inventariar el infierno. Según parecía, las monjas acababan de recibir un cargamento de juguetes diversos para gatos; un cargamento grande o, más bien, una caja enorme con más de doscientos juguetitos maliciosos con forma de ratón o con plumas, y la hermana Mary Angela me pidió que registrara cada alegre y molesto chisme en el ordenador. ¡Ah!, y también me enseñó a todo correr a usar el programa del ordenador que servía de caja registradora «último modelo» (como lo llamaban las monjas) y me dijo que ese día trabajaríamos hasta tarde y que me dejaba a cargo de la tienda. Después se marchó a la oficina contigua a la tienda, la que queda en el lado contrario del pasillo de la sala en la que viven los gatos a la espera de adopción.

Bueno, vale, en realidad no se marchó y me dejó «al mando». Yo podía ver a la hermana Mary Angela a través del enorme cristal que separa la oficina de la tienda y que ocupa casi media pared, lo cual significaba que ella también podía verme a mí. Sí, ella estaba muy ocupada haciendo llamadas y realizando otras tareas importantes, pero yo sentía sus ojos fijos en mí con mucha frecuencia.

Aun así, tengo que admitir que me pareció guay que la hermana Mary Angela, una mujer supuestamente casada con Dios, fuera tan tolerante con nosotros. Me hizo preguntarme si yo no me habría creado una imagen equivocada de la gente religiosa, por decirlo con palabras de las monja (excepto de los seguidores religiosos de Nyx, por supuesto). Admitir mi errores no es algo que me entusiasme particularmente, sobre todo porque en los últimos tiempos he tenido que hacerlo demasiado a menudo, pero aquellas mujeres con toca sin duda me habían dado en qué pensar.

Así que ahí estaba yo, haciéndome más preguntas religiosas de las que tenía por costumbre, metida hasta el cuello entre juguetes de gato, literalmente hablando, cuando de pronto sonó la alegre campanilla de la puerta y entró Stevie Rae.

Las dos sonreímos. Es imposible expresar lo increíble que es ver que tu mejor amiga no está muerta. Ya ni siquiera está no muerta. Tenía el aspecto de la Stevie Rae de siempre, con el pelo corto rubio y rizado, los hoyuelos, los vaqueros Roper y la camisa abrochada hasta el último botón, tristemente metida por dentro de los pantalones. Sí, yo adoro a esa chica. No, no tiene muy buen gusto. Y no, no iba a permitir que Aphrodite, con su habitual mala leche, me hiciera dudar de quién era mi mejor amiga.

—¡Z, *ohdiosmío*, te he echado tanto de menos! ¡Eh!, ¿has oído las noticias? —se apresuró a preguntar Stevie Rae con su adorable acento *okie* de siempre.

—¿Las noticias?

—Sí, sobre el...

El golpe seco de la hermana Mary Angela sobre el cristal que separaba la tienda de la oficina la interrumpió. La monja alzó las cejas en un gesto inquisitivo. Yo señalé a Stevie Rae y pronuncié las palabras «mi amiga». La monja se dibujó una luna creciente con el dedo en medio de la frente, y luego señaló a Stevie Rae (que la miraba con la boca abierta, como una boba). Yo asentí con vigor. La madre asintió rápidamente, sonrió, saludó con la mano a Stevie Rae y, por último, volvió a su trabajo al teléfono.

—¡Zoey! —exclamó Stevie Rae con un susurro—, ¡es una monja!

—Sí —confirmé yo en un tono de voz normal—. Ya lo sé. La hermana Mary Angela dirige este sitio. Y hay otras dos monjas más en la sala en donde están los gatos, con Aphrodite y el Hijo de Érebo al que ella mantiene ocupado con un ligoteo verdaderamente desagradable.

—¡Aj! Aphrodite ligando es apestosa. Pero vamos a lo importante. ¿Monjas? —repitió Stevie Rae, parpadeando confusa—. ¿Y además saben que somos iniciadas y todo eso?

Supongo que con lo de «y todo eso» se refería a sí misma, así que asentí. (Aunque bueno, yo desde luego no iba a intentar explicarles a las monjas lo de los iniciados rojos).

—Sí. Pero, según parece, no tienen ningún problema con nosotras, porque piensan que «Nyx es simplemente otra encarnación de la virgen María». Y además parece que estas monjas no juzgan a los demás.

—Vale, me gusta eso de no juzgar pero ¿Nyx, una encarnación de la virgen María? ¡*Ohdiosmío*, es lo más extraño que he oído en mucho tiempo!

—Pues entonces sí que debe de ser extraño, porque después de haber estado muerta y luego no muerta, supongo que habrás oído cosas pero que muy extrañas —dije yo.

Stevie Rae asintió con solemnidad y contestó:

—He oído cosas tan extrañas que, como diría mi padre, te caerías de espaldas.

Yo sacudí la cabeza, sonreí y abrí los brazos para estrecharla.

—¡Stevie Rae, cabecita loca, cuánto te he echado de menos!



Una cascada de molestas risitas sofocadas interrumpió nuestro gran abrazo. Evidentemente, todas eran de Aphrodite y todas fluían desde la sala donde viven los gatos, al otro lado del pasillo, hasta nosotras. Stevie Rae y yo pusimos los ojos en blanco al mismo tiempo.

—¿Qué es lo que has dicho que estaba haciendo Aphrodite allí, y con quién?

Yo suspiré antes de contestar:

—Solo nos dejan abandonar el campus por parejas si salimos escoltadas por un Hijo de Érebo, así que es un guerrero y se llama Darius...

—Pues debe de estar bueno, cuando Aphrodite monta todo ese escándalo por él.

—Sí, está bien bueno. Pero, de todos modos, Darius dijo que nos escoltaría a las dos, solo que Aphrodite me prometió que lo mantendría ocupado para que tú y yo pudiéramos hablar.

—Sin duda es un trabajo muy duro para ella —comentó Stevie Rae con sarcasmo.

—Por favor... todos sabemos que a veces la chica es un poco desagradable —dije yo.

—¿Un poco?

—Estoy tratando de ser amable.

—¡Ah!, vale. Bien. Entonces yo también seré amable. Así que está tratando de mantener ocupado a ese guerrero buenorro para que tú y yo podamos hablar.

—Sí, y...

La hermana Mary Angela dio dos golpes más en la ventana que separaba la tienda de la oficina, y Stevie Rae y yo volvimos la vista.

—¡Menos charla y más trabajo! —gritó la hermana con una voz lo suficientemente alta como para que la oyéramos a través del cristal.

Stevie Rae y yo asentimos deprisa y corriendo como si la monja nos tuviera aterradas. (¿Y quién no tiene miedo de las monjas?).

—Tú ve sacando todos los ratoncitos grises y rosas de lunares de la caja, los que están rellenos de menta, y me los vas pasando. Yo los iré inventariando en el ordenador —dije yo, alzando el extraño aparato en forma de pistola que me había enseñado a manejar la monja—. Hablaremos mientras cuento los juguetes.

—¡Mola! —contestó Stevie Rae, que enseguida se puso a rebuscar por la enorme caja de cartón marrón.

—Bueno, ¿y qué me contabas de no sé qué noticia? —pregunté yo, disparándole al ratón que me había dado Stevie Rae como si fuera la ganadora del premio al tiro de una de esas ferias antiguas.

—¡Ah, sí! ¡No te lo vas a creer! ¡Kenny Chesney va a venir a dar un concierto al nuevo auditorio BOK Arena!

Yo la miré sin decir nada. Y seguí mirándola un rato. Y otro rato más. Sin pronunciar palabra.

—¿Qué? Ya sabes que me encanta Kenny Chesney.

—Stevie Rae —dije yo al fin—, con todo lo que se está cociendo, no sé cómo es que tienes tiempo para obsesionarte con ese músico *country* hortera.

—Retira eso, Z. Kenny Chesney no es ningún hortera.

—Bien. Lo retiro. Tú eres la hortera.

—Vale —accedió Stevie Rae—, pero cuando descubra el modo de acceder a Internet desde los túneles para conseguir entradas por la red, no me pidas una.

Yo sacudí la cabeza.

—¿Ordenadores?, ¿abajo, en los túneles?

—¿Monjas?, ¿en Street Cats? —contraatacó ella.

Yo respiré hondo.

—Está bien, ya lo he captado. Ahora mismo las cosas están un poco raras. Comencemos otra vez. ¿Qué tal has estado? Te he echado de menos.

Inmediatamente Stevie Rae dejó de fruncir el ceño y esbozó una sonrisa. Se le formaron hoyuelos.

—He estado bien. ¿Y tú? ¡Ah, y te he echado de menos una barbaridad!

—Yo he estado muy confusa y estresada —dije yo—. Pásame unos pocos muñequitos de esos morados con plumas. Creo que ya hemos terminado con los ratones de lunares grises y rosas.

—Bueno, hay muchos morados con plumas, así que tenemos para rato —contestó Stevie Rae, que comenzó a pasarme las figuritas grandes de aspecto *friki* (sin lugar a dudas, no sería de esos de los que le llevaría a *Nala*; lo más probable es que la gata lo lanzara volando por los aires como si fuera un pez globo)—. Bueno, y, ¿a qué clase de confusión y de estrés te refieres? ¿A los de siempre, o a uno de un tipo nuevo y mejorado?

—A uno nuevo y mejorado, por supuesto —contesté yo. Alce la vista y nos miramos a los ojos, y entonces yo añadí en voz muy baja—: Anoche murió en mis brazos un iniciado que se llamaba Stark.

Hice una pausa. Stevie Rae se estremeció como si lo que yo acababa de decirle le hubiera hecho daño. Pero yo continué:

—¿Tienes idea de si va a volver?

Stevie Rae se quedó callada durante un rato, y yo le concedí un tiempo para que se calmara mientras iba tendiéndome los juguetes. Finalmente ella alzó la vista y me miró otra vez a los ojos.

—Ojalá pudiera decirte que va a volver, que se va a poner bien. Pero,

sencillamente, no lo sé.

—¿Cuánto se tarda en saber?

Ella sacudió la cabeza. Parecía sentirse realmente frustrada.

—¡No lo sé! No puedo recordarlo. Por aquel entonces los días no significaban absolutamente nada para mí.

—¿De qué te acuerdas? —pregunté yo con amabilidad.

—Recuerdo que caminaba y que tenía mucha hambre. ¡Tenía tanta hambre, Zoey! Era terrible. Necesitaba sangre. Ella estaba ahí, y me la daba —dijo Stevie Rae con una mueca al recordar—. La suya. Cuando me desperté, lo primero que hice fue beber de su sangre.

—¿La de Neferet? —susurré yo.

Stevie Rae asintió.

—¿Dónde estabas?

—En esa horrible sala, en la morgue. Ya sabes, está a un lado de la escuela, junto al muro sur y los pinos. Tiene la cosa esa para la cremación.

Yo me estremecí. Sabía lo de la cosa de la cremación. Todos los chicos lo sabían. Era allí supuestamente donde había desaparecido el cuerpo de Stevie Rae.

—Y luego, ¿qué pasó? Quiero decir después de beber.

—Me llevó a los túneles junto con el resto de chicos. Solía ir a visitarnos mucho. A veces incluso nos llevaba a mendigos de la calle para que nos los comiéramos.

Stevie Rae apartó la vista, pero antes de hacerlo yo pude captar el dolor y la culpabilidad en la expresión de sus ojos. La suya era un alma tan dulce y cándida, era tan buena chica, que recordar cómo había perdido su humanidad le resultaba terrible.

—Para mí es muy duro recordarlo, Zoey. Y más duro aún tener que hablar de ello.

—Lo sé, y lo siento, pero esto es importante. Tengo que saber qué va a ocurrir si Stark vuelve.

Stevie Rae me miró directamente a los ojos, y de pronto su voz fue la de una extraña.

—¡No sé qué va a ocurrir! A veces ni siquiera sé qué me va a ocurrir a mí.

—Pero ahora tú eres diferente. Tú has cambiado.

Su expresión mudó, y de pronto vi ira en los ojos de Stevie Rae.

—Sí, he cambiado, pero ese cambio no es tan sencillo como el que les ocurre a los vampiros normales y corrientes. Yo aún tengo que elegir ser humana, y a veces esa elección no es tan fácil como tú te crees, como elegir entre blanco y negro —dijo Stevie Rae, cuya mirada se hizo más penetrante—. ¿Has dicho que ese chico se llamaba Stark? No recuerdo a nadie en la escuela con ese nombre.

—Era nuevo. Acababan de trasladarlo de la Casa de la Noche de Chicago.

—¿Y cómo era antes de morir?

—Stark era un buen chico —dije yo automáticamente.

Pero de inmediato hice una pausa y comprendí que en realidad no sabía qué clase de chico era. Y por primera vez me pregunté si la atracción que sentía hacia él no habría teñido la imagen que me había hecho de él. Stark había admitido que había matado a su mentor; ¿cómo había podido pasar por alto algo así?

—Zoey, ¿qué ocurre?

—Él comenzaba a gustarme. A gustarme en serio, pero no lo conocía muy bien —expliqué yo al fin.

De pronto me sentía reacia a contarle a Stevie Rae todo lo que sabía de Stark.

La expresión de su rostro se suavizó, y una vez más volvió a parecer mi amiga del alma de siempre.

—Si ese chico te importa, tendrás que ir a la morgue y sacarlo de allí. Escóndelo en alguna parte durante unos cuantos días, y espera a ver si revive. Y si revive, probablemente cuando vuelva en sí estará hambriento y se volverá un poco loco. Y tendrás que darle de comer, Zoey.

Yo me pasé una mano trémula por la frente y me aparté el pelo de la cara.

—Vale... vale... ya veré cómo lo hago. Tendré que inventarme algo.

—Si se despierta, llévamelo a mí. Puede quedarse con nosotros —se ofreció Stevie Rae.

—Vale —repetí yo, que me sentía por completo abrumada—. Es que ahora mismo están pasando tantas cosas en la Casa de la Noche... Está muy distinta de antes.

—¿Distinta, en qué sentido? Cuéntame. Quizá se me ocurra a mí algo.

—Bueno, para empezar, de pronto se ha presentado Shekinah.

—Ese nombre me resulta familiar. Es una mujer importante o algo así, ¿no?

—Sí, es una mujer muy importante, es la líder de todas las altas sacerdotisas. Y le echó una buena bronca a Neferet delante de todo el Consejo.

—¡Jopé!, ojalá hubiera estado allí.

—Sí, fue estupendo, pero también daba miedo. Quiero decir que si Shekinah tiene el suficiente poder como para poner a Neferet en su sitio... pues imagínate si no da miedo.

Stevie Rae asintió.

—Bueno, y, ¿qué dijo Shekinah?

—Ya sabes que Neferet había cerrado la escuela y que incluso había suspendido las vacaciones de invierno y había obligado a todo el mundo a volver.

—Sí —contestó Stevie Rae, asintiendo otra vez.

—Shekinah la ha vuelto a abrir —dije yo. Luego me incliné hacia Stevie Rae y bajé la voz otro poco más, a pesar de que era solo un susurro, antes de continuar—: Y ha desconvocado la guerra.

—¡Aaaaaah! Eso ha tenido que enfadar mucho a Neferet —susurró Stevie Rae.

—Muchísimo. Shekinah es maja, o al menos lo parece pero ¿comprendes ahora por qué te decía que da miedo?

—Sí, pero también puede que ahora tengas a alguien de tu parte y con más poder que Neferet. Para empezar ha detenido la guerra, y eso es bueno.

—Es bueno, pero además Shekinah quiere celebrar un ritual de purificación para toda la escuela. Seré yo quien lo realice. Yo con todo mi grupo de iniciados cargaditos de dones. Ya sabes: las gemelas, el agua y el fuego; Damien, que es el señor Aire; y, para terminar, Aphrodite, que representa a la tierra, por supuesto.

—¡Oh, oh! —exclamó Stevie Rae—. *Mmm...* Z, ¿Aphrodite sigue teniendo afinidad con la tierra?

—Absolutamente ninguna —contesté yo.

—¿Pero puede fingirla?

—No, en absoluto.

—¿Lo ha intentado?

—Sí. La vela verde salió pitando de su mano. No es que no tenga afinidad con la tierra, es que prácticamente la repele.

—Eso es un problema —convino Stevie Rae.

—Sí. Y estoy convencida de que Neferet retorcerá el problema de tal modo que dirá que ha ocurrido porque hay algo malo en mí. O peor aún, dirá que hay algo malo en Aphrodite, en Damien y en las gemelas.

—¡Jopé!, ahora sí que la hemos hecho buena. Ojalá pudiera ayudar —dijo Stevie Rae. De pronto su rostro se iluminó—. ¡Eh! ¡A lo mejor puedo! ¿Y si me cuelo en el ritual y me escondo detrás de Aphrodite? Apuesto a que si te concentras en mí cuando invoques a la tierra, y yo me concentro en la tierra, la vela se encenderá y todo parecerá prácticamente normal.

Yo abrí la boca para darle las gracias y rechazar el ofrecimiento, todo al mismo tiempo: sería la mar de fácil que la pillaran y que todo el mundo la descubriera. Pero de pronto cerré la boca. Porque, exactamente, ¿qué tenía de malo el hecho de que la descubrieran? No el hecho de que la descubrieran colándose y escondiéndose para formar parte del ritual, sino simplemente el hecho de que descubrieran su existencia. Un presentimiento cálido y ya familiar en mi interior me dijo que, (para variar), quizá acabara de dar con el camino correcto.

—Puede que algo así funcionara.

—¿En serio?, ¿quieres que me esconda? ¡Guay! Tú dime cuándo y dónde.

—¿Y si no te escondes? ¿Y si en lugar de eso sales del armario?

—Zoey, yo quiero mucho a Damien y todo eso, pero no soy gay. Quiero decir que aunque no he tenido novio oficial en mucho tiempo, todavía más o menos me excito y me entran hormigueos cuando pienso en lo mono que era Drew Partain. ¿Te acuerdas de cuánto le gustaba yo antes de morirme y volverme loca?

—Vale, lo primero: sí, recuerdo cuánto le gustabas a Drew. Lo segundo: ya no estás ni muerta ni loca, así que probablemente le sigues gustando. Es decir, le gustarías si supiera que sigues viva. Lo cual me lleva al tercer punto: cuando digo que podrías salir, no me refiero exactamente a salir del armario, sino a salir a la luz tal y como eres.

Entonces hice un gesto hacia los tatuajes coloreados en rojo de su rostro, que ella ocultaba cuidadosamente antes de salir a la calle.

Stevie Rae abrió la boca y se quedó mirándome un rato, con aspecto de estar verdaderamente sorprendida. Cuando por fin habló, casi se atraganta.

—¡Pero nadie debe saber nada acerca de mí!

—¿Por qué no? —pregunté yo con calma.

—Porque si me descubrieran, descubrirían al resto de chicos.

—¿Y?

—¡Y eso sería horrible! —dijo ella.

—¿Por qué?

—Zoey, ya te lo he dicho antes: no son iniciados normales.

—Stevie Rae, ¿y qué importa eso?

Ella me miró y parpadeó incrédula.

—Tú no comprendes. No son normales, y yo tampoco soy normal.

Yo me quedé mirándola durante un rato largo, reflexionando sobre lo que sabía acerca de Stevie Rae: que había recuperado su humanidad pero que, a pesar de ello, según sospechaba yo a medias aunque no quería admitirlo, seguía teniendo rincones oscuros en su interior que yo no podía comprender.

Sabía que tenía que tomar una decisión. O confiaba en Stevie Rae, o no confiaba en ella. Y cuando se me planteó la decisión en esos términos, me resultó realmente fácil elegir.

—Sé que tú no eres exactamente la misma de antes, pero yo confío en ti. Creo en tu humanidad, y siempre creeré en ti.

Stevie Rae pareció a punto de echarse a llorar.

—¿Estás segura?

—Por completo.

Ella respiró hondo y dijo:

—Bien, entonces, ¿cuál es el plan?

—Bueno, no lo he pensado a fondo, pero a mí me parece que los vampiros y el resto de los iniciados deberían saber de ti y de los otros chicos, sobre todo ahora que ha muerto otro iniciado. No sabemos todo lo que nos gustaría saber acerca de ti, pero estamos bastante seguros de que Neferet os creó de algún modo o, al menos, abrió algún tipo de extraña puerta de manera que pudierais ser creados, ¿no es eso?

—Eso creo yo. La verdad es que todavía me preocupa el hecho de que ella pueda

controlar a los chicos o, al menos, influir sobre ellos, a pesar de que ahora ellos estén distintos y de que ella nos haya dejado solos.

—Pero entonces, ¿no te parece que no tiene ningún sentido que Neferet sea la única vampira adulta que conozca vuestra existencia? Sobre todo cuando es posible que mantenga todavía cierto tipo de control sobre vosotros, y más aún ahora, que puede que haya otro iniciado rojo a punto de despertar —dije yo. Y de pronto se me ocurrió otra idea—. Stark tenía un don especial. Jamás erraba cuando apuntaba con el arco y la flecha. Me refiero a nunca jamás.

—Sin duda ella quería utilizar ese don —aseguró Stevie Rae—. Antes de que ocurriera mi cambio, no me cabe duda de que utilizaba a los otros o, al menos, lo intentaba —dijo mi amiga, encogiéndose de hombros con un gesto de arrepentimiento—. Lamento de veras no poder acordarme de nada de lo que ocurrió antes del cambio, y el resto de los chicos dicen que tampoco tienen memoria de esa época. Solo puedo imaginarme lo que sucedió.

—Bueno pero, por lo poco que vi, era evidente que Neferet no estaba haciendo nada bueno.

—Lo cual no es ninguna sorpresa, Z.

—Lo sé. Y eso nos lleva de vuelta al tema de que otros vampiros sepan de vuestra existencia. Si salís a la luz, es evidente que a Neferet le costará trabajo utilizaros para sus propios e insólitos planes de hacerse dueña del mundo.

—¿Tiene un plan para eso?

—No lo sé, pero a mí me da que algo planea, ¿no crees?

—Cierto —confirmó Stevie Rae.

—¿Y bien?, ¿tú qué dices?

Stevie Rae se quedó callada durante un rato, y yo cerré la boca y la dejé pensar. Aquel asunto era gordo. Por lo que cualquiera de las dos sabíamos, Stevie Rae y los iniciados rojos eran un tipo de criaturas que no habían existido nunca antes. Si Stark no se moría, si se despertaba como iniciado rojo, Stevie Rae sería la primera de un nuevo tipo de vampiros, y ser la primera de algo era una gran responsabilidad. Eso lo sabía yo muy bien.

—Puede que tengas razón —dijo Stevie Rae al fin con una voz solo un poco más alta que un susurro—. Pero tengo miedo. ¿Y si los vampiros normales piensan que somos unos monstruos?

—No sois monstruos —negué yo con mucha más convicción de la que sentía en realidad—. No voy a permitir que te ocurra nada ni a ti, ni a los demás.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Además, es el momento ideal. Shekinah es mucho más poderosa que Neferet, y tenemos una tonelada de guerreros Hijos de Érebo en la escuela.

—¿Y en qué me beneficia eso a mí?

—Si Neferet pierde la cabeza, ellos podrán manejarla.

—Zoey, no quiero que utilices esto como una excusa para atacar abiertamente a Neferet —advirtió Stevie Rae, que de pronto se puso pálida.

Sus palabras me produjeron un fuerte sobresalto.

—¡No es eso! —me defendí yo con un tono de voz demasiado alto, y luego continué, bajando la voz—: Yo jamás te usaría así.

—No pretendía decir que hubieras planeado todo esto a propósito para atacar a Neferet. Solo digo que no creo que sea inteligente por tu parte, ni por parte de nadie en realidad, ponerte en su contra abiertamente. Y no creo que el hecho de que Shekinah o los Hijos de Érebo estén aquí sea tan importante. Ocurre algo extraño con Neferet; algo más, aparte de su locura normal de siempre. Lo presiento muy dentro de mí. No puedo recordar lo que sé, pero ella es peligrosa. Realmente peligrosa. Algo muy básico ha cambiado en su interior, y ese cambio no es bueno.

—Ojalá pudieras recordar lo que te ocurrió —dije yo.

Stevie Rae hizo una mueca.

—Sí, a veces yo también lo deseo. Otras, en cambio, me alegro muchísimo de no recordar nada. Lo que me ocurrió no fue nada bueno, Zoey.

—Lo sé —dije yo solemnemente.

Contamos juguetes en silencio durante un rato, perdidas las dos en pensamientos acerca de la muerte y la oscuridad. Yo no podía dejar de pensar en lo horrible que había sido que Stevie Rae muriera en mis brazos y después, en la pesadilla que había seguido a continuación, cuando ella estaba no muerta y tuvo que luchar para no dejar escapar por completo su humanidad. La miré y vi que se mordía el labio nerviosamente mientras buscaba muñecos morados con plumas en la caja. Parecía joven y asustada y, a pesar de sus nuevos poderes y responsabilidades, también muy vulnerable.

—¡Eh! —dije yo en voz baja—, todo va a salir bien. Te lo prometo. Nyx tendrá que estar en medio de todo esto.

—¿Y crees que la diosa estará de nuestro lado?

—¡Exacto! Así que mañana a medianoche llevaremos a cabo el ritual de purificación junto al lado este del muro —dije yo. No hacía falta que añadiera que era un lugar de poder y al mismo tiempo un lugar de muerte—. ¿Crees que podrás colarte en el campus y esconderte por allí hasta que invoque a la tierra al círculo?

—Sí —contestó Stevie Rae un poco de mala gana, ya que era evidente que aún no estaba al cien por cien de acuerdo conmigo—. Entonces, si voy, ¿crees que debo llevar a los otros chicos conmigo?

—Eso decídelo tú. Si crees que es mejor llevarlos, yo estoy contigo.

—Tengo que pensarlo. Y tendré que hablar con ellos.

—Muy bien, como tú quieras. Yo confío en tu juicio: tú decides tanto si vienes,

como si traes a los otros iniciados.

Stevie Rae me sonrió.

—Me alegra mucho oírte decir eso, Z.

—Lo digo en serio, de veras.

Y entonces, al ver que a pesar de sonreírme, Stevie Rae seguía estando preocupada e indecisa a propósito de qué hacer, yo cambié de tema por un momento para dejarla reflexionar sobre el asunto.

—¡Eh!, ¿quieres saber algo más de mi nuevo y mejorado estrés?

—Pues claro.

—Cuando acabemos aquí aún tengo que asistir a clase, y como me han cambiado el horario este semestre, hoy tengo que ir a clase de teatro, que ahora la da el más popular, el que más me odia, el profesor más nuevo de la Casa de la Noche: ¡Erik Night!

—¡Oh, oh! —exclamó Stevie Rae.

—Exacto, no creo que me ponga una A^[2].

—Pero sí hay un modo de que te la ponga —dijo ella con una sonrisa maliciosa.

—¡Ni se te ocurra sugerirlo! He terminado con el sexo. Fin. Se acabó. He aprendido la lección de sobra. Además, es repugnante por tu parte decir que yo accedería a tener sexo con él a cambio de un sobresaliente.

—No, Z, no estaba hablando de que Erik te pusiera una A a cambio de sexo. Estaba hablando de que él te concediera una enorme A en conducta, bordada en escarlata, para ponértela en la camisa.

—¿Cómo? —pregunté yo que, como siempre, no tenía ni idea de qué hablaba.

Stevie Rae suspiró antes de contestar.

—Como en *La letra escarlata*. La heroína tiene que llevarla en la camisa porque lo ha liado todo y ha cometido adulterio. Deberías de leer más, Zoey.

—Ah, sí. Y gracias por la encantadora analogía. Me hace sentirme infinitamente mejor.

—No te enfades —contestó Stevie Rae, arrojándome un juguete con plumas—. Solo era una broma.

Yo seguía frunciendo el ceño cuando sonó su teléfono móvil. Stevie Rae miró el número y suspiró. Luego echó un rápido vistazo a la hermana Mary Angela, que miraba de frente a la pantalla del ordenador, y por fin contestó a propósito con mucha animación:

—Hola, Venus, ¿qué ocurre?

Hubo una pausa durante la cual Stevie Rae estuvo escuchando y toda esa animación se desvaneció.

—¡No! Te dije que volvería pronto y que entonces todos comeríamos algo.

Otra pausa. Otra vez Stevie Rae frunció el ceño. Y entonces dijo, medio

volviéndose de espaldas a mí y bajando la voz:

—¡No, te he dicho que todos comeríamos algo, no a alguien! Tenéis que portaros todos bien. Voy de camino para allá dentro de un momento. ¡Adiós!

Stevie Rae se giró hacia mí con una sonrisa falsa plantada en el rostro que expresaba preocupación.

—Bueno, ¿de qué estábamos hablando?

—Por favor, Stevie Rae, dime que esos chicos no se están comiendo a nadie.



—¡Por supuesto que no se están comiendo a nadie! —exclamó Stevie Rae, poniendo en la voz la cantidad justa de sobresalto requerida.

Tanto fue así que la toca de la hermana Mary Angela se alzó por encima de la pantalla del ordenador para mirarnos con el ceño fruncido.

Las dos alzamos una mano con un juguete de gato, la sacudimos y sonreímos. Ella nos dedicó una larga mirada, pero enseguida la expresión de su rostro se suavizó y sonrió con amabilidad para volver la atención poco después hacia la pantalla del ordenador.

—Stevie Rae, ¿qué es lo que está pasando realmente con esos chicos? —pregunté yo con un susurro mientras inventariaba más monstruosidades moradas con plumas.

Ella se encogió de hombros con demasiada naturalidad.

—Solo que tienen bastante hambre. Nada más. Ya sabes cómo son los chicos; siempre están muertos de hambre.

—¿Lo cual significa que consiguen la cena de...?

—En general, de los chicos que reparten pizza —contestó ella.

—¿Se comen a los chicos que reparten pizza? —susurré yo, medio histérica.

—¡No! Llamamos por el móvil y damos la dirección de uno de los edificios del centro de la ciudad que están cerca de la estación y de nuestra entrada a los túneles. Por lo general, solemos decir que estamos haciendo horas extras en el Comité de Acción Política o que vivimos en uno de los *lofts* del edificio Tribune Lofts, y luego esperamos a que llegue el chico del reparto.

Stevie Rae vaciló.

—¿Y? —pregunté yo con impaciencia.

—Y entonces nos encontramos con el chico del reparto de camino al edificio, nos llevamos las pizzas, yo le hago olvidar que nos ha visto y él sigue con lo suyo. Y nos comemos las pizzas, pero no al chico —explicó Stevie Rae a todo correr.

—¿Estáis robando pizzas?

—Sí, bueno, pero es mejor que comerse al chico de los recados, ¿no?

—¡Desde luego! —dije yo, poniendo los ojos en blanco—. ¿Y además estáis robando sangre del banco de sangre del centro de la ciudad?

—Te lo repito: mejor eso que comernos al chico del reparto.

—¿Lo ves? No son sino más razones para que salgáis a la luz.

—¿Solo porque estamos robando pizza y sangre? ¿En serio tenemos que contárselo a los vampiros? Quiero decir que ya tenemos bastantes problemas a los que enfrentarnos sin tener que mencionarles esas indiscreciones de menor

importancia.

—No, no porque estéis robando, sino porque no tenéis un modo legal de sobrevivir —dije yo, mirándola severamente.

—¡Ojalá Aphrodite volviera conmigo! ¡Ella sí que tenía dinero y más de una tarjeta oro de crédito! —musitó Stevie Rae.

—Pero entonces tendrías que soportarla —alegué yo.

Stevie Rae frunció el ceño.

—Desearía poder meterme en su cabeza como hago con los repartidores de pizza. Le metería una buena dosis de «chica amable», y todos seríamos felices para siempre.

—Stevie Rae, en serio, no puedes seguir viviendo en esos túneles.

—¡Me gustan los túneles! —insistió ella con cabezonería.

—Son asquerosos, están húmedos y sucios —dije yo.

—Ahora están mucho mejor que la última vez que tú los viste, y podrían estar mejor aún si los arregláramos otro poco más.

Yo me quedé mirándola.

—Bueno, vale, quizá habría que arreglarlos bastante todavía.

—Eso da igual: lo importante es que necesitas el dinero, el poder, la protección y el respaldo de la escuela.

Stevie Rae me miró a los ojos fijamente, y de pronto me pareció más mayor y más madura de lo que me había parecido jamás.

—El dinero, el poder, la protección y el respaldo de la escuela no les sirvieron de nada ni a la profesora Nolan, ni a Loren Blake. Ni siquiera a ese chico, Stark.

Yo no supe qué decir. Ella tenía razón, pero en lo más hondo de mi ser seguía teniendo el presentimiento de que la gente, y en concreto los vampiros, tenían que saber que existían ella y los iniciados rojos. Suspiré.

—De acuerdo, ya sé que no es un plan perfecto al cien por cien pero, sinceramente, creo que la gente tiene que saber que existís.

—¿Con eso de «sinceramente» te refieres a que es uno de esos presentimientos con los que Nyx te hace saber lo que tienes que hacer?

—Sí —contesté yo.

El suspiro que Stevie Rae soltó entonces fue mucho más profundo que el mío, y estaba cargado con mucha más preocupación y estrés. (Jolines, ¿quién lo hubiera dicho?).

—Vale, está bien. Nos veremos allí mañana. Cuento contigo para que todo salga bien, Zoey.

—Saldrá bien.

Entonces yo le mandé una escueta plegaria en silencio a Nyx: *Cuento contigo igual que ella cuenta conmigo para...*

Stevie Rae y yo terminamos el inventario de juguetes para gatos, aparentemente infinito, más o menos cuando alcé la vista hacia el reloj y me di cuenta de que llegaríamos tarde a la escuela si no corríamos como locos. Y, por supuesto, Stevie Rae tenía que volver con su grupo de iniciados antes de que cometieran algo más que un robo de pizzas. Así que nos despedimos a toda prisa y yo le repetí que nos veríamos al día siguiente para su aparición pública. Ella estaba un poco pálida, pero me dio un abrazo y me prometió que estaría allí. Entonces yo asomé la cabeza en el despacho de la hermana Mary Angela.

—Disculpe, señora.

No sabía muy bien cómo debe uno dirigirse a una monja cuando quiere ser extremadamente respetuoso pero necesita que le preste toda su atención en un momento en el que la monja está concentrada en un mensaje instantáneo en el ordenador.

Lo de «señora» pareció funcionar, porque ella alzó la vista con una amable sonrisa.

—¿Has terminado el inventario, Zoey?

—Sí, y tenemos que volver a la escuela.

La hermana Mary Angela alzó la vista hacia el reloj y abrió los ojos enormemente, sorprendida.

—¡Dios mío! No tenía ni idea de que fuera tan tarde. Y además había olvidado que vuestros días están del revés.

Yo asentí.

—Sí, a ustedes les debe de parecer que tenemos unos horarios muy raros.

—Bueno, solo pienso que sois noctámbulos; igual que nuestros encantadores gatitos. Ya sabes que ellos también prefieren la noche. Lo cual me recuerda, ¿qué te parece si ampliamos el horario los sábados por la noche, de modo que sea ese vuestro día de trabajo voluntario?

—Me parece estupendo. Se lo diré a mi sacerdotisa para asegurarme, y luego la llamaré a usted. ¡Ah!, y, otra cosa: ¿quiere que siga adelante con la idea del mercadillo?

—Sí. He llamado a los directores del Consejo de la Iglesia, y después de una pequeña discusión, están de acuerdo en que la idea es buena.

Yo noté que su voz sonaba más dura y que su espalda, ya antes recta, estaba aún más rígida.

—No todos están conformes con el voluntariado de los iniciados, ¿eh? —pregunté yo.

La fría mirada de la monja se suavizó.

—Tú no tienes porqué preocuparte por eso, Zoey. A menudo he tenido que inventar mi propio camino, así que estoy acostumbrada a usar el machete para cortar

las malas hierbas y derribar otras barreras inoportunas.

Noté que se me abrían los ojos como platos, y no dudé ni por un instante de que esa dura monja no estaba hablando solo en sentido figurado. Y entonces, debido a lo que ella misma había dicho, tuve que preguntar:

—Cuando dice que ha tenido que consultarlo con los directores del Consejo de la Iglesia, ¿se refiere a su iglesia, o a otras iglesias?

—No son de nuestro convento, que no constituye propiamente una iglesia porque nuestra congregación está formada solo por las hermanas benedictinas. El Consejo de la Iglesia con el que he hablado está constituido por muchos de los líderes de las iglesias locales.

—¿Incluyendo a las Gentes de Fe?

La monja frunció el ceño antes de contestar:

—Sí. Las Gentes de Fe tienen una gran representación en el Consejo, que refleja el tamaño de su congregación.

—Apuesto a que esas eran las malas hierbas que tenía que cortar —musité yo.

—¿Cómo dices, Zoey? No te he oído bien —contestó la monja, que entreabrió los ojos con un gesto pícaro, tratando en vano de disimular una sonrisa.

—No, nada. Solo estaba pensando en voz alta.

—Esa es una mala costumbre, y te puede traer graves problemas como no tengas cuidado —dijo la monja, sonriendo ya abiertamente.

—Como si no lo supiera. Entonces, ¿seguro que podemos hacer lo del mercadillo? Porque si es mucho follón, podemos pensar en alguna otra forma de...

La hermana Mary Angela alzó una mano para hacerme callar y dijo:

—Habla con tu alta sacerdotisa a ver qué día del mes que viene le parece bien para montar el mercadillo. Nosotros nos amoldaremos a la fecha que vosotros elijáis.

—Vale, bien —dije yo. Me sentía orgullosa de lo bien que estaba saliendo mi idea de serle útil a la comunidad—. Ahora me voy a buscar a Aphrodite para marcharnos. Tenemos que volver a la escuela, porque solo estábamos dispensadas de faltar a las primeras clases.

—Creo que tus amigos terminaron la tarea hace ya rato, pero me parece que han estado bastante... distraídos —terminó la monja tras una breve pausa casi al final de la frase, con un brillo peculiar en los ojos.

—¿Sí?

Yo estaba un tanto sorprendida. Era guay que la hermana Mary Angela no se asustara con los iniciados ni los vampiros en general, pero que encima la divirtiera la grosera forma de ligar de Aphrodite con Darius era ya demasiado liberal incluso para mí.

Sin duda la monja debió de adivinar lo que pensaba por la cara que puse, porque se echó a reír, me agarró por los hombros, me hizo darme la vuelta y, con un

empujoncito en dirección a la sala donde convivían los gatos, me sacó del despacho, diciendo:

—Ve, y verás a lo que me refiero.

Confusa, recorrí el corto pasillo hasta la sala en la que estaban los gatos listos para la adopción. No quedaba ninguna monja por allí, pero Aphrodite y Darius estaban sentados en el rincón reservado para los juegos de los gatos, acurrucaditos los dos como amantes de espaldas a mí. Hacían algo (¡aj!) con las manos. De hecho, parecía como si estuvieran haciendo muchas cosas con las manos (¡doble aj!). Yo carraspeé con exageración. Pero en lugar de pegar un salto llenos de culpabilidad como deberían, Darius me miró por encima del hombro y sonrió, y Aphrodite (la muy...) ni siquiera se dio la vuelta para ver quién había entrado. ¡Jolín!, bien podía haber sido yo una monja o la madre de alguien.

—Eh... detesto tener que interrumpir esta escena tan íntima, pero tenemos que marcharnos —dije yo con sarcasmo.

Aphrodite soltó un enorme suspiro y por fin se dio la vuelta.

—Bien, vámonos. Pero me la llevo conmigo.

Entonces yo vi lo que ellos dos habían estado haciendo con las manos.

—¡Es un gato! —exclamé yo.

Aphrodite giró los ojos en sus órbitas.

—¿No?, ¿en serio? ¡Figúrate... hay un gato en Street Cats!

—Es un gato muy feo —añadí yo.

—¡No digas eso! —exclamó Aphrodite, poniéndose inmediatamente a la defensiva y tratando de levantarse sin soltar a la enorme gata blanca que llevaba abrazada. Darius la sujetó del codo para evitar que se cayera hacia atrás, de culo—. No es fea. Es única, y estoy segura de que es muy cara.

—Es de Street Cats —alegué yo—, así que no creo que cueste más que la cuota de adopción, igual que el resto de gatos de aquí.

Aphrodite acarició a la gata con la mente ausente, y esta cerró los ojitos con un semblante angelical y comenzó a ronronear. Soltaba hipos de vez en cuando, lo cual significaba que debía de tener el estómago lleno de bolas de pelo. Pero Aphrodite no hizo caso de los hipos y sonrió. Contemplaba la cara de torta de la gata con adoración.

—Evidentemente, *Maléfica* es una gata persa de pura raza que ha acabado aquí, en estas terribles circunstancias, porque resultó ser la única superviviente de una tragedia horrible —aseguró Aphrodite, que arrugó su perfecta nariz y después miró altivamente hacia el resto de jaulas limpias, llenas de gatos de distintos tamaños y pelajes—. Está claro que este sitio es demasiado ordinario para ella.

—¿Has dicho *Maléfica*? ¿No es ese el nombre de la bruja mala de *La Bella Durmiente*?

—Sí, pero desde luego era un personaje mucho más interesante que esa empalagosa princesa Aurora. Además, a mí me gusta el nombre. Es poderoso.

Yo alargué la mano vacilante para acariciar a la enorme gata, que no era sino un bola gigante de pelo blanco. *Maléfica* abrió los ojos un poco, formando dos ranuras, y me gruñó amenazadoramente.

—La raíz de la palabra «maléfica» es «malevolencia» —dije yo al mismo tiempo que apartaba rápidamente la mano del alcance de la garra de la gata.

—Sí, y «malevolencia» es una palabra poderosa —insistió Aphrodite, soltando sonoros besos al aire en dirección a la gata.

—¿Le han cortado las uñas? —pregunté yo.

—No —contestó Aphrodite contenta—. Podría sacarte un ojo con esas uñas tuyas.

—Encantadora —añadí yo.

—Yo creo que es tan única y bella como su nueva ama —dijo Darius.

Yo noté que cuando él acariciaba a *Maléfica*, la gata entrecerraba los ojos y no le gruñía.

—Pues yo lo que creo es que tu juicio está trastornado. Pero da igual. Nos vamos. Me muero de hambre. No he desayunado nada, y ya nos hemos perdido también la comida, así que tendremos que pillar cualquier cosa por el camino de vuelta a la escuela.

—Iré a por las cosas de *Maléfica* —se ofreció Darius, que se dirigió a un lado de la misma sala, en donde había un montón de preciosas bolsitas con un encantador letrero escrito a mano en el que decía: «Para tu nuevo gatito».

—¿La has pagado? —pregunté yo.

—Por supuesto que sí —dijo entonces la hermana Mary Angela desde el umbral de la puerta. Yo noté que daba la vuelta a la sala a distancia y que se mantenía bien lejos del alcance de las garras de *Maléfica*—. Es maravilloso que las dos, ama y gata, se hayan encontrado de este modo.

—¿Quiere decir que la gata no dejaba que nadie la tocara? —pregunté yo.

—Ni una sola persona —contestó la hermana Mary Angela con una enorme sonrisa—. Al menos hasta que la encantadora Aphrodite ha traspasado las puertas de esta sala. La hermana Bianca y la hermana Fátima dicen que ha sido una especie de milagro cómo *Maléfica* ha adoptado a Aphrodite de inmediato.

La sonrisa de Aphrodite era auténtica al cien por cien, y eso la hacía parecer más joven y arrebatadoramente guapa.

—Me estaba esperando —dijo Aphrodite.

—Sí, desde luego que te estaba esperando. Hacéis una buena pareja —corroboró la monja. Entonces nos miró a mí y a Darius, y nos incluyó a todos en sus siguientes palabras—. Y creo que Street Cats y la Casa de la Noche también hacen una buena

pareja. Presiento grandes cosas para todos nosotros en el futuro. Y ahora marchaos bajo la atenta mirada de nuestra Madre Bendita.

Los tres le dimos las gracias a la hermana Mary Angela. Yo tuve el extraño impulso de abrazarla, pero entre la toca y la túnica/vestido negro, lo del abrazo no parecía muy oportuno. Así que en lugar de ello sonreí mucho durante un largo rato y me despedí con la mano mientras abandonábamos el edificio.

—Sonreías y te despedías como una tonta —me dijo Aphrodite mientras esperaba a que Darius le abriera la puerta delantera del Lexus y la ayudara a subir con la gata de cara de torta y cola inquieta en los brazos.

—Solo pretendía ser amable. Además, esa monja me gusta —contesté yo mientras abría la puerta trasera del coche.

Subí al asiento de atrás y, después de abrocharme el cinturón, alcé la vista y vi los brillantes ojos de *Maléfica*, que se estiraba por encima del pecho de Aphrodite y sobre su hombro, de modo que colgaba por encima del asiento y me miraba a mí.

—¡Eh!... Aphrodite, ¿no deberías de llevar a la gata en una bolsa especial de transporte o algo así?

—¡Dios mío! ¿Pero es que eres mala y odiosa, o qué? Por supuesto que no le hace falta ninguna bolsa de viaje.

Aphrodite acarició a la bestia, que comenzó a soltar pelo blanco. El coche parecía una desagradable ducha de pelusa blanca.

—Bueno, no importa. Te lo decía por la seguridad del gato —mentí yo.

En realidad estaba pensando en mi propia seguridad. *Maléfica* parecía más que dispuesta a darme un buen bocado para cenar. Lo cual me recordó a otra cosa.

—¡Eh, tengo hambre! —exclamé en dirección a Darius, que en ese momento arrancaba el coche—. Tenemos que parar en cualquier sitio de comida rápida para que pueda tomar algo.

—Por mí bien. ¿Dónde quieres parar? —preguntó él.

Miré la hora en el reloj del salpicadero del coche. Parecía increíble, pero pasaban de las once de la noche.

—Bueno, con la hora que es quedarán pocos lugares abiertos —dije yo.

Le oí a Aphrodite susurrarle a *Maléfica* algo acerca de lo estúpidos que eran los humanos, que se iban a la cama tan pronto. Pero no hice caso. Miré a mi alrededor, tratando de recordar qué sitios de comida rápida decente quedaban cerca (es decir, si había por allí un Taco Bueno o un Arby's, no un McDonald's o un Wendy). Y entonces, por las rendijas de las ventanillas del Lexus, me llegó un aroma encantador que me resultó muy familiar. Mi boca había comenzado ya a hacerse agua cuando vi por fin el enorme cartel amarillo y rojo junto a la puerta.

—¡Oh, *uau!* ¡Vamos al Charlie's Chicken!

—Es asquerosamente grasiento —dijo Aphrodite.

—Esa es una de las razones por las que es tan delicioso. Heath y yo solíamos ir a comer allí continuamente. Tiene todos los grupos alimenticios importantes: grasas, puré de patatas y refrescos de cola.

—Eres asquerosa —dijo Aphrodite.

—Yo pago —anuncié yo.

—Entonces trato hecho —dijo ella.



Darius se ofreció voluntario para quedarse en el coche y cuidar de *Maléfica* mientras Aphrodite y yo salíamos a comer algo, lo cual, según mi parecer, estaba más allá de su deber.

—Es demasiado bueno para ti —le dije yo a Aphrodite.

Charlie's Chicken estaba abarrotado para la hora que era, y además parecían todos una manada de borregos. Nos abrimos paso entre la manada y finalmente nos pusimos a la cola, detrás de una mujer gorda, con unos dientes horribles, y un tipo calvo al que le olían los pies.

—Claro que es demasiado bueno para mí —dijo Aphrodite.

Yo parpadeé sorprendida y pregunté:

—¿Cómo dices? No es posible que te haya oído bien.

Aphrodite bufó.

—¿Crees que no sé que soy horrible con mis novios? ¡Por favor! Soy egoísta, no estúpida. Darius probablemente se hartará de mi mierda en un par de meses. Le daré la patada justo antes de que él me la de a mí, pero para entonces me lo habré pasado bien.

—¿Y no se te ha ocurrido nunca portarte bien y no ser lo cerda que eres siempre?

Aphrodite me miró a los ojos.

—Pues en realidad he estado pensando en ello precisamente, y puede que reconsidere el asunto y cambie las cosas con Darius —contestó Aphrodite. Hizo una pausa y luego añadió—: Ella me eligió.

—¿Quién?

—*Maléfica*.

—Bueno, sí, ella te eligió. Es tu gata. Igual que *Nala* me eligió a mí y la gata de Darius lo eligió a él, sea cual sea su nombre... eh...

—*Nefertiti* —dijo Aphrodite.

—Sí, eso, *Nefertiti*. *Nefertiti* lo eligió a él. ¿Y qué? Ocurre todo el tiempo. Los gatos eligen a los iniciados o, a veces, a los vampiros. Casi todos los vampiros tienen un gato antes o después y...

Y de pronto me di cuenta de porqué el hecho de que la gata la hubiera elegido había provocado en ella un impacto tan fuerte.

—Eso quiere decir que todavía pertenezco al grupo —dijo Aphrodite en voz baja—. De algún modo, todavía formo parte de ese todo... —Aphrodite hizo una pausa. Hablaba en voz tan baja, que yo tuve que inclinarme para oírla—. Todavía formo parte del grupo de los vampiros. Significa que no soy una completa extraña.

—Tú jamás podrías ser una completa extraña —susurré yo—. Formas parte de las Hijas Oscuras, de la escuela. Y lo más importante de todo, formas parte de Nyx.

—Pero desde que ocurrió esto —Aphrodite se tocó la frente, en la que no tenía ninguna marca que ocultar con maquillaje—, desde entonces, no he sentido realmente que formara parte de nada. Y ahora *Maléfica* ha cambiado eso.

—Ya.

Yo estaba más que conmovida ante la sinceridad de Aphrodite.

Pero entonces ella se estremeció, se encogió de hombros y, adoptando la actitud de siempre que todos conocemos y que nadie soporta, añadió:

—Bueno, lo que sea. Mi vida aún es un asco. Y después de comerme esta asquerosa mierda grasienta contigo, probablemente estallaré.

—¡Eh!, que un poco de grasa es buena para el pelo y las uñas. Es un poco como la vitamina E —comenté yo, golpeándola hombro con hombro—. Yo pediré por ti.

—¿Puedo pedir algo bajo en calorías?

—¡Por favor! En Charlie's no tienen nada bajo en calorías.

—Tienen refrescos sin azúcar —dijo ella.

Yo bajé la vista con desprecio hacia su cuerpo perfecto de la talla 38 y dije:

—Para ti no.

Como era un sitio de comida realmente rápida no nos costó mucho pedir, y luego Aphrodite y yo encontramos una mesa medio limpia y empezamos a zamparnos grasientos trozos de pollo frito y de patatas untadas en ketchup. Pero no me interpretéis mal. A pesar de estar engullendo el pollo y las patatas porque teníamos que volver a la escuela y era de mala educación quedarnos mucho tiempo mientras Darius cuidaba de la gata de Aphrodite, yo saboreé cada bocado. Quiero decir que, después de un par de meses de la excelente y nutritiva comida de la cafetería de la Casa de la Noche, mis papilas gustativas necesitaban una dosis de la asquerosamente deliciosa comida mala para la salud. ¡*Mmmm!* ¡En serio!

—Bueno, pues —dije yo entre bocado y bocado—, he hablado con Stevie Rae.

—Sí, me pareció oír su acento desde la otra sala —contestó Aphrodite, que cogió delicadamente un muslo de pollo y arrugó la nariz al ver que yo le añadía sal a las patatas, ya saladas de por sí—. Vas a hincharte como un pez muerto.

—Si me hincho, me pondré solo sudaderas hasta que lo suelte todo haciendo pis —sonreí yo, sosteniendo en alto un enorme trozo de pollo.

Aphrodite se estremeció.

—Eres grosera. No puedo creer que seamos amigas, lo cual me demuestra que estoy en medio de una crisis personal. Bueno, ¿y qué pasa con Stevie Rae y su zoo de animalitos?

—Pues la verdad es que no hablamos mucho ni de ella, ni de los otros chicos —contesté yo, poco dispuesta a contarle que Stevie Rae admitía no ser la de siempre.

—Entonces, si no hablasteis de los locos, hablaríais de Stark, digo yo.

—Sí, pero nada bueno.

—Bueno, claro. El chico está muerto. O es posible que esté no muerto. Ninguna de las dos cosas es buena. ¿Cuánto tiempo te dijo Stevie Rae que se tardaba en regresar? ¿O es que tenemos que esperar a que apeste y entonces figurarnos que es que no va a volver?

—¡No hables de él así!

—Perdona, se me olvidaba que sentías algo por él. ¿Qué te dijo Stevie Rae?

—Por desgracia, no pudo decirme nada en concreto. Sus recuerdos acerca de todo lo que pasó antes del cambio completo son muy imprecisos. Me aconsejó que robara el cuerpo y esperara a ver si despertaba. Y si despierta, dice que habrá que alimentarlo de inmediato.

—¿Alimentarlo? ¿Te refieres a una hamburguesa con patatas, o a abrirse las venas?

—Me temo que a lo segundo.

—¡Ah, *puaj!* Ya sé que tú estás muy metida en eso de chupar sangre y todo eso, pero a mí aún me da de todo.

—A mí también me da de todo, pero no se puede negar que es algo muy poderoso —admití yo, incómoda.

Aphrodite me observó durante un buen rato.

—En el libro de sociología pone que se parece mucho al sexo. Incluso que es mejor.

Yo me encogí de hombros.

—Vas a tener que explicarme algo más. Quiero detalles.

—Vale. Sí, es muy parecido al sexo.

—¿Y es bueno? —siguió preguntando Aphrodite con los ojos como platos.

—Sí, pero lo que ocurre por su causa no siempre es bueno —contesté yo. Pensé en Heath, y decidí que había llegado el momento de cambiar de tema de conversación—. De todos modos, tengo que encontrar el modo de hacerme con el cuerpo de Stark, que con toda probabilidad estará solo temporalmente muerto, y esconderlo en algún sitio en el que, en teoría, podamos vigilarlo para ver si se despierta. Y si se despierta, alimentarlo...

—¡Eh!, querrás decir que tú vas a alimentarlo, ¿no? Porque yo no quiero tener nada que ver con ese chico cuando tenga ganas de arrearme un mordisco.

—Sí, eso es lo que quería decir, yo lo alimentaré —convine yo. Cosa que me resultaba más que ligeramente atractiva, aunque no iba a hablar de ese asunto con Aphrodite—. Pero no tengo ni idea de cómo robar su cuerpo ni de dónde esconderlo.

—Bueno, será difícil trasladarlo, sobre todo porque supongo que Neferet no le quitará el ojo de encima.

—Supones bien. O, al menos, eso mismo dice Stevie Rae.

Yo di un largo sorbo de mi burbujeante refresco de cola.

—Creo que lo que tú necesitas es una cámara oculta —dijo ella.

—¿Cómo?

—Ya sabes, una de esas cámaras ocultas que usan las madres ricas para vigilar a sus preciosos bebés cuando se van al club de campo a tomar unos Martinis a las once de la mañana.

—Aphrodite, creo que eres de otro mundo.

—Gracias —contestó ella—. Pero, en serio, la cámara oculta te podría servir en este caso. Yo podría comprar una en RadioShack. A ese chico, Jack, se le da bien la electrónica, ¿no?

—Sí.

—Podría instalártela en la morgue, y tú podrías tener el monitor en tu habitación. ¡Demonios!, si incluso podría comprar una de esas que vienen con un monitor portátil, de modo que podrías llevártelo contigo de un lado para otro.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio.

—¡Eso sería excelente! Porque eso de meter a Stark en mi armario me estaba asustando más de lo que te puedas imaginar.

—¡Aj, qué asco! —exclamó Aphrodite, que masticó contenta por un rato y enseguida añadió—: Bueno, ¿y qué más te dijo la paleta?

—Pues la verdad es que hablamos de ti —dije yo con aires de suficiencia.

—¿De mí? —repitió Aphrodite, entrecerrando los ojos.

—Bueno, sinceramente, de ti hablamos muy poco. En realidad hablamos más de que ella podría ocupar la posición de la tierra durante el ritual de purificación de mañana.

—¿Te refieres a que se esconda detrás de mí y a que yo trate de fingir que soy quien invoca a la tierra, cuando en realidad será ella?

—Pues no. No exactamente. Me refiero a que tú des un paso a un lado y dejes que Stevie Rae ocupe tu puesto en el círculo.

—¿Delante de todo el mundo?

—Sí.

—¡Estás de guasa!, ¿no?

—No.

—Pero ella no lo va a hacer, ¿no?

—Sí —afirmé yo, poniendo en ello mucha más confianza de la que sentía.

Aphrodite masticó en silencio durante un rato, y después asintió despacio.

—Está bien, ya lo pillo. Cuentas con que Shekinah te salve el culo.

—Cuento con que nos salve el culo a todos, en realidad. Lo cual te incluye a ti, a

Stevie Rae, a los iniciados rojos y a Stark, si es que está no muerto. He pensado que si todo el mundo sabe de su existencia, a Neferet le resultará mucho más difícil utilizarlos para sus malévolos fines.

—Suenan a película de serie B.

—Puede que suene a película mala, pero no es un mal plan. Te estoy hablando muy en serio. Y más vale que todos nos lo tomemos en serio. Neferet tiene miedo. Ha tratado de iniciar una guerra contra los humanos, y no creo que se haya dado por vencida. Además —añadí yo, vacilante—, tengo un mal presentimiento.

—¡Mierda! ¿Qué tipo de mal presentimiento?

—Bueno, sinceramente, hasta ahora no he querido hacerle caso, pero tengo un mal presentimiento con relación a Neferet desde que se nos apareció Nyx.

—Zoey, vamos a hablar en serio. Hace meses que tienes un sentimiento negativo hacia Neferet.

Yo sacudí la cabeza.

—No como este. Esto es diferente. Es peor. Y Stevie Rae también ha sentido algo —expliqué yo, que volví a vacilar un momento y por fin añadí—: Y desde que ayer algo saltó sobre mí, le tengo miedo a la noche; me asusta.

—¿La noche?

—Sí, la noche —repetí yo.

—Zoey, somos criaturas de la noche. ¿Cómo puede asustarte la noche?

—¡No lo sé! Yo lo único que sé es que hay algo ahí fuera que me vigila. ¿Qué sientes tú?

—¿Acerca de qué? —preguntó Aphrodite tras soltar un suspiro.

—¡Acerca de la noche o de Neferet o de lo que sea! Tú dime si has notado vibraciones negativas nuevas.

—No lo sé. Últimamente no he estado pensando en vibraciones ni en cosas de esas. He estado ocupada con mis cosas.

Yo mantuve las manos ocupadas con el pollo y las patatas, tratando de evitar que se me escaparan y la estrangulara.

—Bueno, ¿y por qué no te ocupas ahora un ratito de ese asunto? Quiero decir que la cosa tiene cierta importancia —dije yo, sarcástica. Bajé la voz, a pesar de que todo el mundo estaba muy ocupado comiendo, y añadí—: Tú tuviste esas visiones mías en las que me asesinaban. Dos visiones, y al menos en una de ellas Neferet estaba implicada.

—Sí, y eso podría explicar tu «mal presentimiento» acerca de ella —contestó Aphrodite, que no dijo en voz alta las palabras «mal presentimiento», sino que solo las pronunció en silencio—. Y el hecho de que te contara que vi tu muerte podría explicar el miedo.

—Pues a mí me parece que hay algo más, aparte de eso. Durante los últimos dos

meses me han pasado muchas cosas, pero no he empezado a tener miedo hasta el otro día. Me refiero a miedo de verdad, a miedo auténtico, a tener ganas de gritar. Yo...

De pronto me interrumpí al oír una risa que me resultó familiar y que me hizo alzar la vista hacia la entrada del comedor. Sentí repentinamente como si me quedara sin aliento, como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

Él llevaba una bandeja repleta con su plato combinado favorito (el número tres, con patatas fritas extralargas) y un menú infantil. Ya sabes: uno de esos que piden las chicas cuando tienen una cita y quieren aparentar que comen poco, pero luego, cuando llegan a casa, se zampan la nevera entera. La chica que iba con él no llevaba nada, pero le iba metiendo la mano en el bolsillo delantero del pantalón (¡el bolsillo delantero!), tratando en broma de guardarle un fajo de billetes. Yo sé que él tiene muchas cosquillas, y por eso es por lo que, aunque estaba más pálido de lo normal y tenía grandes bolsas oscuras bajo los ojos, se estaba riendo como un bobo mientras ella lo miraba y esbozaba una sonrisa coqueta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aphrodite.

Al ver que yo me quedaba ahí sentada y sin poder articular palabra, Aphrodite se dio la vuelta para ver qué era lo que miraba con la boca abierta.

—¡Eh!, ¿no es ese...?, ¿cómo se llama?, ¿tu antiguo novio humano?

—Heath —dije yo, apenas capaz de susurrar el nombre.

Debería de haber sido absolutamente imposible. Nosotras estábamos en el extremo opuesto del restaurante, y no había forma de que él pudiera oírme. Pero en el momento en el que su nombre salió de mis labios, él alzó la cabeza y sus ojos me encontraron al instante. Vi morir la risa en su rostro. Su cuerpo se estremeció: se estremeció literalmente, como si verme por primera vez le causara una sacudida de dolor que necesariamente tuviera que traspasarle. La chica que iba a su lado dejó de jugar con su bolsillo. Siguió la dirección en la que él miraba, me vio, y abrió inmensamente los ojos. Heath apartó rápidamente la vista de mí para mirarla a ella, y yo vi, más que oírle cómo le decía:

—Tengo que hablar con ella.

La chica asintió con solemnidad, le cogió la bandeja y se marchó a la mesa más alejada de la mía que pudo encontrar. Entonces Heath caminó lentamente hacia mí.

—Hola, Zoey —dijo con una voz tan tensa que más bien parecía un extraño.

—Hola —contesté yo.

Mis labios parecieron quedarse helados, y el rostro parecía arderme y quedárase helado al mismo tiempo.

—Entonces ¿estás bien? ¿No estás herida ni nada de eso? —preguntó con una serena intensidad que le hizo parecer mucho más mayor de dieciocho años.

—Estoy bien —conseguí decir yo.

Él resopló con fuerza como si llevara días conteniendo el aliento, apartó la vista

de mí y se quedó mirando en la distancia, como si no pudiera soportar verme. Pero enseguida pareció controlarse y se giró de nuevo hacia mí.

—La otra noche ocurrió algo... —comenzó a decir, pero entonces se interrumpió y apartó la vista de mí para mirar significativamente a Aphrodite.

—¡Ah, eh, Heath, esta es mi... eh... mi amiga de... de... eh... de la Casa de la Noche, Aphrodite! —tartamudeé yo, que apenas era capaz de hablar.

Heath apartó la vista de Aphrodite y me miró inquisitivamente.

Al ver que yo no decía nada, Aphrodite suspiró y, con su habitual tono sarcástico y de suficiencia, dijo:

—Lo que Zoey quiere decir es que sí, que puedes hablar de la conexión y de ese tipo de cosas delante de mí. —Aphrodite hizo una pausa y me miró, alzando las cejas. Entonces, al ver que yo seguía sin decir nada, soltó—: Él puede hablar delante de mí, ¿no es así, Zoey? —Pero yo seguía sin poder pronunciar palabra, así que ella se encogió de hombros y añadió—: A menos que quieras hablar con él a solas. Por mí no hay problema. Te espero en el coche...

—¡No! Puedes quedarte. Heath, puedes hablar delante de Aphrodite —dije yo, que al fin logré romper el nudo de palabras que el dolor había formado en mi garganta.

Heath asintió y apartó rápidamente la vista de mí, pero a mí me dio tiempo a ver antes un destello de dolor y de desilusión nublar sus ojos marrones.

Vale, yo sabía que él quería hablar a solas conmigo.

Pero no podía consentirlo. No podía quedarme a solas con él y sus sentimientos heridos. Aún no. No tan pronto, después de haber perdido a Loren, a Erik y a Stark. No habría podido soportar oírle decirme cuánto me odiaba y cuánto sentía el hecho de haber salido conmigo. Pero él no me diría nada de eso delante de Aphrodite. Yo conocía a Heath. Sí, él rompería conmigo, pero (a diferencia de Erik), no me insultaría en público ni provocaría ninguna escena. Porque su madre y su padre lo habían educado bien. Era un caballero de la cabeza a los pies, y siempre lo sería.

Cuando volvió la vista hacia mí, su expresión estaba cuidadosamente en blanco.

—Está bien. Como te iba diciendo, la otra noche ocurrió algo. Creo que la conexión entre nosotros se ha roto.

Yo conseguí asentir.

—Entonces ¿se ha roto de verdad?

—Sí. De verdad.

—¿Cómo? —preguntó él.

Yo respiré hondo y contesté:

—Se rompió cuando establecí una conexión con otra persona.

Él había estado inclinando la cabeza ligeramente hacia abajo, hacia mí, pero al comenzar a hablar yo, la alzó como si le hubiera dado una bofetada.

—¿Estuviste con otro humano?

—¡No!

Heath apretó la mandíbula y la soltó para decir:

—Entonces, ¿estuviste con ese iniciado del que me hablaste?, ¿ese tal Erik?

—No —negué yo en voz baja.

En esa ocasión él no apartó la vista. Tampoco hizo ningún esfuerzo por ocultar el dolor que había en sus ojos y en su voz.

—¿Hay alguien más? ¿Alguien aparte de ese chico del que me hablaste?

Yo abrí la boca para decirle que había habido alguien más, pero que ya no lo había y que todo había sido un tremendo error, pero él no me dejó hablar.

—Lo hiciste con él.

Heath no lo había dicho en tono de pregunta, pero aun así yo asentí. En realidad él ya lo sabía; tenía que saberlo. Nuestra conexión había sido fuerte, y aunque él no hubiera adivinado exactamente lo que sucedía entre Loren y yo, tenía que figurarse que se trataba de algo lo suficientemente importante como para romper el lazo que nos unía.

—¿Cómo has podido, Zo? ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo has podido hacérselo a los dos?

—Lo siento, Heath. No pretendía hacerte daño. Solo...

—¡No! —negó él, levantando la mano como si con ese gesto pudiera parar mis palabras—. Eso de «No pretendía hacerte daño» es una tontería. Te quiero desde que estábamos en el colegio. El hecho de que estés con otro me hace daño. Es imposible que no me lo haga.

—Tú estás con otra esta noche.

Las frías palabras de Aphrodite parecieron cortar el aire entre los tres.

Heath se giró hacia ella en redondo con los ojos soltando chispas.

—He dejado que una amiga me convenciera para salir de casa por primera vez después de muchos días. Una amiga —repitió Heath. Entonces se volvió hacia mí y yo me di cuenta otra vez de lo pálido que estaba y de lo enfermizo que parecía—. Es Casey Young. ¿Te acuerdas de ella? Antes era amiga tuya también.

Yo miré hacia la mesa en la que Casey estaba sentada sola. Parecía muy incómoda. No me había dado cuenta de que era ella al verlos entrar en el comedor, pero de pronto reconocí su espeso cabello castaño, sus preciosos ojos del color de la miel y su rostro lleno de pecas. Heath tenía razón: ella había sido amiga mía. No tan amiga como Kayla, pero sí habíamos salido juntas alguna vez. Heath la había tratado siempre como a una hermanita pequeña. Ella estaba loca por él, pero yo jamás había sentido por su parte malas vibraciones del tipo «Voy a robarte a tu novio», como las que había sentido tantas veces con mi supuesta mejor amiga, Kayla. Casey vio que la miraba y, vacilante, alzó una mano y me saludó con tristeza. Yo le devolví el saludo.

—¿Sabes qué le ocurre a un humano cuando se rompe la conexión?

Las palabras de Heath reclamaron de nuevo mi atención. Él no se mostraba ya ni desapasionado, ni triste. Su voz sonaba dura: como si estuviera desgarrando cada palabra de su propia alma.

—Le... le produce dolor —dije yo.

—¿Dolor? Eso es un eufemismo. Zoey. Al principio creí que habías muerto. Y deseé morir yo también. Creo que parte de mí murió en ese momento.

—Heath. —Susurré su nombre totalmente horrorizada por lo que le había hecho—. Lo siento tanto...

Pero él no había terminado de hablar.

—Pero luego comprendí que no estabas muerta, porque pude sentir parte de lo que te estaba ocurriendo a ti —continuó Heath, haciendo una mueca—. Sentí algo de lo que él te hizo sentir. Y luego ya no supe nada más, excepto que mi alma tenía un agujero en el lugar en el que habías estado tú. Aún siento como si me faltara una parte. Una parte muy grande. Y me duele todo el tiempo. Todos los días —dijo Heath, que cerró los ojos para tratar de olvidar el dolor y sacudió la cabeza—. Ni siquiera me llamaste por teléfono.

—Quería llamarte —me defendí yo, a la desesperada.

—¡Ah, bueno, espera! Esta mañana me has puesto un mensaje de texto. Muchas gracias por el detalle —añadió él, sarcástico.

—Heath, yo quería hablar contigo, pero... sencillamente no pude. Estaba...

Entonces hice una pausa para buscar el modo de explicarle lo de Loren en pocas palabras. Pero no había modo de explicárselo. No así. No allí. Así que, en lugar de tratar de explicarme, solo dije:

—Cometí un error, lo siento.

Él volvió a sacudir la cabeza.

—No basta con decir lo siento, Zo. Esta vez no. No con algo así. ¿Te acuerdas de que tú siempre me decías que yo solo te quería y te deseaba a causa de la conexión?

—Sí.

Me preparé para escuchar la verdad: que él jamás me había querido ni me había deseado en realidad, y que se alegraba de haberse librado de mí y de mi dolorosa conexión.

—Cada vez que tú me decías eso, yo te decía que te equivocabas. Y sigues estando equivocada. Me enamoré de ti cuando estaba en tercero. Te quiero desde entonces. Te quiero y te deseo ahora, y probablemente te querré siempre —confesó Heath con los ojos brillantes, llenos de lágrimas—. Pero no quiero volver a verte nunca más. Amarte es demasiado doloroso, Zoey.

Heath volvió lentamente hacia la mesa de Casey. Al llegar a su lado ella le dijo algo en una voz tan baja, que yo no pude oírlo. Él asintió, Casey entrelazó el brazo

con el de él y, sin volver la vista hacia mí, los dos salieron, dejando la bandeja de comida sin tocar encima de la mesa. Y de ese modo Heath desapareció de mi vida.



Aphrodite me agarró del brazo, tiró de mí hasta ponerme en pie y me arrastró hasta la puerta del Charlie's Chicken. Yo no dije nada. Darius salió del coche en un nanosegundo, nada más echarnos un vistazo.

—¿Dónde está el peligro? —preguntó él a toda prisa.

Aphrodite sacudió la cabeza.

—No se trata de ningún peligro; Zoey ha vivido un drama con su ex novio. Sácanos de aquí.

Darius soltó una especie de gruñido y volvió al coche. Aphrodite me empujó al asiento de atrás. Yo no supe que estaba llorando hasta que ella, haciendo malabarismos con *Maléfica*, la gruñona, consiguió pasarme un clínex por encima del asiento.

—Suénate los mocos. Y te advierto que se te está corriendo todo el maquillaje —dijo Aphrodite.

—Gracias —musité yo que, inmediatamente, me soné la nariz.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Darius mientras me echaba un vistazo a través del espejo retrovisor.

—Se pondrá bien. Por lo general estas historias con los ex novios dan asco. Pero lo que acaba de ocurrir ahí dentro es que no es normal, así que da el doble de asco.

—No hables de mí como si no estuviera presente —dije yo, sorbiéndome los mocos y limpiándome los ojos.

—Entonces, ¿te vas a poner bien? —repitió Darius la pregunta, dirigiéndose hacia mí en esa ocasión.

—Si dice que no, ¿darás la vuelta y matarás a ese chico? —preguntó entonces Aphrodite.

Una pequeña carcajada escapó de mis labios. Me sorprendió la broma.

—No quiero que lo mate, así que sí, me voy a poner bien.

—Como tú prefieras, pero yo creo que ese chico se merece la muerte —dijo Aphrodite, al tiempo que se encogía de hombros. Luego se agarró al brazo de Darius y señaló los comercios en hilera a los que nos estábamos acercando—. Cariño, ¿te importaría parar ahí un momento, delante del RadioShack? Se me ha estropeado el iPod Touch, y quiero comprarme otro nuevo.

—¿Te parece bien a ti? —me preguntó a mí Darius.

—Sí. No me vendría mal esperar un rato antes de volver a la escuela. Pero... eh... ¿te importa quedarte en el coche conmigo?

—Por supuesto, sacerdotisa —contestó Darius con una amable sonrisa que vi a

través del espejo retrovisor y que me hizo sentirme culpable.

—Vuelvo en dos segundos. Cuidad de *Maléfica* por mí —dijo Aphrodite, que arrojó la gata en brazos de Darius y después salió prácticamente corriendo hacia el RadioShack.

Tras acomodarse confortablemente a la bestia bufadora de Aphrodite, Darius me miró por encima del asiento delantero.

—Si quieres, yo puedo hablar con ese chico.

—No, pero gracias —contesté yo. Volví a sonarme la nariz y a limpiarme las lágrimas de la cara—. Tiene todo el derecho a estar cabreado. Soy yo quien lo fastidió todo.

—Los humanos que se involucran con vampiros pueden ser excesivamente sensibles —dijo Darius que, sin duda, elegía las palabras con mucho cuidado—. Ser el consorte humano de un vampiro, y especialmente de una poderosa alta sacerdotisa, puede ser difícil.

—Yo no soy ni un vampiro, ni una alta sacerdotisa —contesté yo, que estaba abatida por completo—. Solo soy una iniciada.

Darius vaciló: sin duda se preguntaba hasta qué punto debía decirme nada. Una vez que Aphrodite volvió al coche, aferrada a la falsa caja del iPod Touch nuevo, él finalmente habló:

—Zoey, deberías tener siempre presente que una alta sacerdotisa no se hace de la noche a la mañana. Nacen cuando no son más que iniciadas. Sus poderes se forman pronto. Tu poder se está formando, sacerdotisa. Estás lejos de ser una simple iniciada, y jamás lo serás. Así que tus acciones tendrán la capacidad de afectar profundamente a los demás.

—¿Sabes?, acababa de comenzar a manejarme con eso de «Vaya, soy diferente», pero ahora, de repente, siento que me estoy hundiendo.

Aphrodite cogió a *Maléfica* para llevársela a su regazo y luego se giró para mirarme a los ojos.

—Sí, ser extraespecial no es tan fantástico como te habías imaginado que sería, ¿eh?

Esperaba que me soltara un sarcástico y malévolo «Ya te lo dije», acompañado de una de sus sonrisas socarronas, pero en lugar de ello vi los ojos de Aphrodite llenos de comprensión.

—Te estás portando realmente bien conmigo —dije yo.

—Eso es porque ejerces una mala influencia sobre mí —contestó ella—. Pero mira el lado positivo.

—¿El lado positivo?

—El lado positivo es que casi todo el mundo sigue pensando que soy una bruja del infierno —aclaró Aphrodite, sonriendo llena de felicidad mientras acariciaba a la

gata.

—Pues yo creo que eres espectacular —dijo Darius, que alargó una mano para acariciar él también a la gata, que inmediatamente se puso a ronronear.

—Y tienes toda la razón —dijo Aphrodite.

Aphrodite se inclinó hacia Darius y, aplastando a la gata, que no dejó de quejarse, lo besó sonoramente en la mejilla.

Yo hice como que me atragantaba y fingí que vomitaba en mi bola de pañuelo de papel, pero sonreí al ver que Aphrodite me guiñaba un ojo y, sinceramente, me sentí un poquito mejor. Al menos todo había terminado, me dije. Erik me odiaba. Stark estaba muerto y, aunque regresara, yo solo iba a ayudarlo a poner los pies en la tierra de los no muertos. Eso era todo. Así que después de aquel horrible enfrentamiento con Heath, definitivamente había terminado con los asuntos de los novios por una buena temporada.

Naturalmente, llegué tarde a clase de teatro. Con el cambio de horario me habían puesto en una clase de teatro superior, lo cual estaba realmente bien. Yo cursaba teatro II en el instituto South Intermediate High School en el momento de ser marcada, y me gustaba el drama (el que hacíamos en escena, no fuera de escena). Cierto, eso no quería decir que yo fuera una actriz particularmente buena, pero al menos lo intentaba. Por supuesto, al haberme cambiado, la gente de clase era nueva para mí. Así que me quedé en el umbral de la puerta, pensando en dónde sentarme porque, además, de ningún modo quería interrumpir a Erik (¿al profesor Night?) en medio de su lección acerca del teatro de Shakespeare.

—Siéntate en cualquier parte, Zoey —dijo Erik sin mirar siquiera en mi dirección.

Su voz sonó enérgica y profesional, e incluso un poco aburrida. En otras palabras: sonaba exactamente como suena la voz de un profesor. No, no tengo ni idea de cómo sabía que yo estaba al acecho en el pasillo.

Entré rápidamente en la clase y me senté en la primera mesa libre que encontré. Por desgracia, fue en la fila de delante. Asentí en dirección a Becca Adams, que estaba sentada justo a mi derecha. Ella me devolvió el saludo, pero distraída. Era evidente que no podía apartar la vista de Erik. En realidad yo no conocía a Becca muy bien. Era rubia y mona: lo habitual entre las iniciadas de la Casa de la Noche, (donde siempre parecía haber cinco rubias por cada chica «normal»), y acababa de unirse a las Hijas Oscuras. Creía recordar haberla visto por ahí con un par de las antiguas amigas de Aphrodite, pero la verdad era que no tenía de ella ninguna opinión en particular. Aunque, por supuesto, su forma de estirar el cuello para evitarme y contemplar a Erik mientras se le caía la baba no me resultaba precisamente encantadora.

Pero no, me dije. Erik ya no era mi novio. No podía cabrearme cada vez que otra chica lo perseguía. Tenía que hacer caso omiso. Quizá incluso poner empeño en hacerme amiga suya para demostrarle a todo el mundo que había superado lo de Erik. Sí, me...

—¡Hola, Z!

Cole Clifton, el chico superrubio, supermono y superalto que en ese momento salía con Shaunee (lo cual quería decir que también era valiente), me saludó muy animado pero en susurros, interrumpiendo mi cháchara interior.

—Hola —dije yo con una enorme sonrisa.

—¡Ah!, bien, estupendo. Gracias por presentarte voluntaria, Zoey.

—¿Cómo? —pregunté yo sin dejar de parpadear, mirando a Erik.

Su sonrisa era fría. Sus ojos eran de un azul helado.

—Estabas hablando, así que supongo que eso significa que te presentas voluntaria para leer frente a mí en la improvisación de Shakespeare.

Yo tragué saliva.

—¡Ah! Bueno, yo...

Iba a comenzar a rogarle que me permitiera no hacer la endiablada improvisación de Shakespeare que fuera, pero al ver que su fría mirada se convertía en una burla, como si hubiera estado esperando ansiosamente a que yo me acobardara como una completa boba, cambié de opinión. Erik Night no iba ni a ponerme violenta, ni a burlarse de mí durante todo el semestre. Así que me aclaré la garganta, me enderecé en el asiento y contesté:

—Claro, me encanta presentarme voluntaria.

La instantánea expresión de sorpresa que por un segundo abrió inmensamente aquellos preciosos ojos azules me produjo un sentimiento de suficiencia. Pero se evaporó al instante al contestar él:

—Bien. Entonces ven aquí y tráete tu ejemplar a escena.

¡Oh, mierda, mierda, mierda!

—Muy bien —continuó Erik. Él y yo estábamos subidos al escenario frente a la clase—. Tal y como estaba explicando antes de que Zoey llegara tarde y me interrumpiera, la improvisación de Shakespeare es una forma estupenda de ejercitar vuestra habilidad de caracterización. Es poco habitual, sí, porque a Shakespeare no se le suele improvisar. Los actores suelen interpretarlo literalmente al pie de la letra, y por eso precisamente puede ser tan interesante cambiar escenas famosas —dijo Erik, que entonces señaló el corto guión que yo sostenía nerviosamente en mi sudorosa mano—. Ese es el comienzo de la escena entre Otelo y Desdémona...

—¿Estamos interpretando *Otelo*? —grité yo.

Mi estómago se hizo un nudo de pronto, estaba a punto de vomitar. Era el mismo monólogo de Otelo que Erik me había recitado con los ojos y la voz inundados de

amor delante de toda la escuela.

—Sí —contestó él, mirándome a los ojos—. ¿Algún problema?

¡Sí!

—No —mentí yo—. Era solo una pregunta, nada más.

¡Oh, Dios! ¿Iba a obligarme a improvisar una de las escenas de amor de Otelo? Yo no sabía si sentía cada vez más ganas de vomitar porque quería interpretarla o porque no quería interpretarla.

—Bien, entonces, conoces la trama de la obra, ¿verdad?

Yo asentí. Por supuesto que la conocía. Otelo, el moro (alias «el tipo moreno»), se casa con Desdémona (una chica extremadamente pálida). Los dos viven profundamente enamorados hasta que Yago, un tipo asqueroso que está celoso de Otelo, decide montar una farsa para que parezca que Desdémona ha engañado a Otelo. Otelo acaba estrangulando a Desdémona. Hasta matarla.

¡Oh, mierda!

—Bien —repitió Erik—. Así que la escena que estamos improvisando está al final de la obra. Otelo se enfrenta a Desdémona. Empezaremos por leer las frases reales. Os las he copiado en el guión. Cuando te pregunte si has rezado, esa será tu señal para empezar a improvisar. Trata de mantenerte fiel a la trama, pero procura que funcione con un lenguaje actual. ¿De acuerdo?

Por desgracia, yo tuve que contestar con un:

—Sí.

—Muy bien. Comencemos.

Y entonces, tal y como yo lo había visto hacer miles de veces antes, Erik dio un paso y se metió en otro personaje, se convirtió en otra persona. Y lo hizo hasta tal punto, que ni siquiera siguió mirándome mientras recitaba los párrafos de Otelo. Yo noté que había dejado caer el guión y que recitaba de memoria:

¡He ahí la causa! ¡He ahí la causa, alma mía!...

¡Permitidme que no la nombre ante vosotras, castas estrellas...!

¡He ahí la causa...! Sin embargo, no quiero verter su sangre;
ni desgarrar su piel, más blanca que la nieve...

Juro que él cambió físicamente y que yo pude apreciar su increíble talento a pesar de lo nerviosa y lo perturbada que estaba porque sabía que aquella iba a ser una escena pública y muy violenta.

Erik se giró hacia mí y me agarró por los hombros, y yo apenas pude pensar a causa de los fuertes latidos de mi corazón.

... no sé dónde está aquel fuego de Prometeo

que volviera a encender tu luz. Cuando haya arrancado tu rosa,
no podré darle de nuevo tu potencia vital.
Necesariamente habrá de marchitarse. ¡Quiero aspirarla en el tallo!

Y entonces, sorprendiéndome por completo, Erik se inclinó y me besó en los labios. Su beso fue brusco y tierno, apasionado y lleno de ira y de traición, y sin embargo pareció como si no quisiera apartar sus labios de los míos. Me dejó sin aliento, mareada. La cabeza me daba vueltas.

¡Deseaba tanto ser su novia otra vez!

Recuperé el control mientras él terminaba de recitar su párrafo, antes de dar pie al mío:

¡Fuerza es que llore!... Pero son lágrimas crueles...
¡Este dolor es celestial; hierre allí donde ama! ¡Se despierta!

—¿Quién anda ahí?, ¿Otelo?

Yo alcé la vista del papel hacia Erik y parpadeé, fingiendo que había sido el beso lo que me había despertado.

—Sí, Desdémona.

¡Oh, jopé! No podía creer lo que decían las siguientes líneas que tenía que leer. Tragué, y eso hizo que pareciera que estaba sin aliento.

—¿Quieres venir al lecho, mi señor?

—¿Habéis rezado esta noche, Desdémona?

El bello rostro de Erik estaba completamente tenso en ese momento, daba miedo, y juro que no me costó gran cosa aparentar que estaba asustada.

—Sí, mi señor —leí yo las últimas líneas de mi guión a toda prisa.

—Bien. ¡Porque necesitarás tener el alma pura para lo que va a ocurrirte esta noche! —improvisó él, aún con el aspecto del Otelo que se había vuelto loco de celos.

—¿Qué ocurre? No tengo ni idea de qué estás hablando.

Improvisar esa frase no me resultó tan difícil. Me olvidé de la clase y de todos los ojos que nos observaban. Solo veía a Erik en el papel de Otelo, y conocía el miedo y la desolación de Desdémona ante la idea de perderlo.

—¡Pues piénsalo mejor! —dijo él con severidad, con la mandíbula apretada—. Si hay algo de lo que te arrepientas, es el momento de pedir perdón. Porque nada volverá a ser igual para ti después de lo que va a ocurrir esta noche.

Erik me clavaba los dedos en los hombros con tanta fuerza que sabía que iba a dejarme un moratón pero, aun así, no vacilé ni un instante. Seguí mirándolo fijamente a aquellos ojos que conocía tan bien, tratando de encontrar en ellos al Erik al que yo

esperaba seguir importándole. El guión se me cayó de las manos entumecidas.

—¡Pero es que yo no sé qué es lo que quieres que te diga! —grité mientras trataba de recordar que yo no era Desdémona.

Ella no había sido culpable de nada.

—¡La verdad! —soltó él enfurecido, con los ojos de un loco—. ¡Quiero que admitas hasta qué punto me traicionaste!

—¡Yo no te he traicionado! —exclamé yo, que sentí cómo comenzaban a escocerme las lágrimas en los ojos—. No te he traicionado en mi corazón. Jamás te he traicionado en mi corazón.

El Oteló de Erik lo borró todo de mi mundo: Heath, Stark, Loren. Estábamos solos él y yo y mi necesidad de hacerle comprender que yo jamás había querido traicionarlo; que seguía sin querer traicionarlo.

—Entonces tu corazón es algo negro y marchito, porque sé positivamente que sí me traicionaste.

Sus manos comenzaron a deslizarse hacia arriba, de mis hombros a mi cuello, y yo supe que él podía sentir mi pulso, latiendo acelerado como un pájaro que no dejara de aletear.

—¡No! ¡Todo lo que hice fue un error! ¡Rompí mi propio corazón, y no solo una vez, sino tres veces!

—Entonces, ¿ibas a romper mi corazón también, junto con el tuyo?

Él cerró la mano alrededor de mi cuello, y yo pude ver que en sus ojos también había lágrimas.

—No, mi señor —dije yo, tratando de mantenerme fiel en parte al papel de Desdémona—. Solo quiero que me perdones y...

—¡Perdonarte! —gritó él, interrumpiéndome—. ¿Y cómo se supone que voy a hacer eso? Yo te amaba, y tú me traicionaste con otro tipo.

Yo sacudí la cabeza al tiempo que decía:

—¡Fue todo una mentira!

—¿Admites que no hiciste otra cosa más que mentirme? —preguntó él, apretándome más el cuello.

Yo jadeé.

—¡No! ¡No es eso lo que he querido decir! Me has malinterpretado. Es lo que había entre él y yo lo que era una mentira. Él era una mentira. Tú tenías razón acerca de él desde el principio.

—Demasiado tarde —dijo él en un tono íntimo—. Te has dado cuenta demasiado tarde.

—No tiene porqué ser demasiado tarde. Perdóname y dame otra oportunidad. No dejes que lo nuestro termine así.

Yo observé diversas emociones cruzar el rostro de Erik. Fácilmente distinguí la

ira e incluso el odio, pero también cierta tristeza y quizá, aunque solo quizá, algo que me pareció esperanza, arrinconada calladamente en lo más recóndito del cálido cielo azul de verano de sus ojos.

Pero de pronto la tristeza y la esperanza desaparecieron de su expresión.

—¡No! ¡Te comportaste como una puta, así que ahora vas a recibir el castigo de una puta!

Con una expresión de verdadero loco en los ojos, Erik pareció crecer y crecer hasta asemejarse a una torre ante mí. Se acercó y apartó una de las manos de mi cuello para estrecharme con fuerza contra sí. Con la otra, que era lo suficientemente grande, casi alcanzaba a agarrarme todo el cuello. Nuestros cuerpos estaban pegados el uno al otro mientras él me apretaba la garganta, y yo sentí el salvaje arrebató del candente deseo por él. Sabía que era un error. Sabía que era extraño, pero mi corazón latía con algo más que el puro miedo o los nervios. Lo miré a los ojos, sintiendo el terror de Desdémona junto con mi propia pasión, y supe por la dureza de su cuerpo que él estaba sintiendo exactamente lo mismo. Él era Otelo, estaba loco de celos y de ira; pero también era Erik, el chico que se había enamorado de mí y que se había sentido terriblemente herido al encontrarme con otro.

Tenía el rostro tan cerca del mío, que podía sentir su aliento sobre mi piel. Conocía bien su fragancia, y el hecho de que no me resultara extraña fue lo que me decidió. En lugar de apartarme de él o de continuar con la improvisación, «desmayándome» en sus brazos y fingiendo que estaba muerta, lo estreché con los brazos y lo atraje hacia mí, cruzando la escasa distancia que quedaba entre los dos.

Lo besé con toda mi alma. Puse en aquel beso todo el dolor, toda la pena, la pasión y el amor que sentía por él, y él abrió la boca bajo la mía, correspondiéndome pasión por pasión, dolor por dolor y amor por amor.

Y entonces sonó la estúpida campana.



¡Oh! ¡Dios! ¡Mío! El sonido del timbre me pareció como una alarma contra incendios. Erik se apartó de mí, y toda la clase estalló en aclamaciones y en un coro de «¡Uuuu!» y «¡Caliente, caliente!» al estilo *okie*. Yo me habría desmayado de no haberme agarrado Erik de la mano.

—Inclínate —dijo él en susurros—. Sonríe.

Yo hice lo que me decía. De alguna manera conseguí inclinarme, y me esforcé por sonreír como si mi mundo no acabara de estallar en pedazos. Mientras los chicos iban saliendo, Erik les habló otra vez con su voz de profesor.

—Muy bien, acordaos de echarle un vistazo a *Julio César*. Mañana vamos a improvisar a partir de esa obra. Hoy habéis hecho un buen trabajo.

Cuando el último chico salió por la puerta, yo dije:

—Erik, tenemos que hablar.

Él me soltó la mano como si la mía le quemara.

—Será mejor que te marches. No querrás llegar tarde también a tu próxima clase, ¿verdad?

Entonces se dio la vuelta, se dirigió al despacho del profesor de teatro y cerró la puerta con un portazo.

Yo me mordí el labio para evitar romper a llorar y salí de la clase de teatro. El rostro me ardía de pura humillación. ¿Qué demonios acababa de ocurrir? Bueno, al menos sabía una cosa con seguridad, aunque solo fuera una: Erik Night seguía interesado en mí. Aunque quizá su interés se basara más que nada en un profundo deseo de estrangularme. Pero aun así. Al menos no era ni tan maduro, ni tan indiferente, ni tan seguro de sí mismo como pretendía ante mí. Me picaban los labios después de esos besos tan apasionados. Alcé una mano y me rocé suavemente el inferior con un dedo.

Eché a caminar sin mirar a los iniciados que pasaban de camino a sus clases y sin prestar verdadera atención al lugar adonde iba hasta que oí el graznido de un cuervo, posado sobre una de las ramas del árbol que había junto a la acera.

Me estremecí, me detuve bruscamente y alcé la vista hacia el árbol negro. Mientras lo observaba, la noche pareció titubear y venirse abajo como la cera que cae gota a gota de una vela negra. Había algo... algo en lo que fuera que hubiera en ese árbol, que hizo que mis rodillas flojearan y mi estómago se revolviere.

¿Desde cuándo me había convertido en una víctima, en una niña pequeña y asustada?

—¿Quién eres? —le grité a la noche—. ¿Qué es lo que quieres?

Enderecé los hombros: decidí que estaba harta de tanto jugar al escondite con un fantasma como una idiota. Puede que tuviera el corazón roto por Heath y que estuviera confusa por lo de Stark; y puede que no pudiera hacer nada por arreglar el lío que había montado con Erik, pero sí podía hacer algo con respecto a ese asunto. Así que iba a encaminarme a esos árboles y a invocar al viento para que sacudiera lo que fuera que hubiera allí, vigilándome, y así poder darle una patada en el culo. Estaba harta de sentirme extraña y atemorizada y por completo fuera de mí misma y...

Pero antes de que pudiera dar un paso fuera de la acera, Darius pareció materializarse a mi lado. ¡Jolines!, para ser un chico tan grande, sabía moverse increíblemente deprisa y en silencio.

—Zoey, tienes que venir conmigo —dijo él.

—¿Qué pasa?

—Es Aphrodite.

El estómago se me agarrotó de tal modo que creí que iba a vomitar.

—No se estará muriendo, ¿verdad?

—No, pero te necesita. Ahora.

Darius no necesitó decirme nada más. La tensión de su rostro y la tremenda seriedad de su voz lo decían todo. Aphrodite no se estaba muriendo, así que debía de estar teniendo una visión.

—Muy bien, ya voy.

Eché a correr en dirección a la residencia de chicas, tratando de mantener el paso de Darius.

El guerrero se detuvo un instante y me lanzó una mirada tan intensa y penetrante, que sentí como si mi cuerpo quisiera retorcerse.

—¿Confías en mí? —preguntó él bruscamente.

Yo asentí.

—Entonces relájate y confía en que estarás a salvo conmigo.

—Bien.

Yo no tenía ni idea de qué estaba hablando, pero tampoco protesté cuando me agarró de la mano.

—Recuerda, relájate —dijo él.

Abrí la boca para repetirle que me parecía bien (y quizá también poner los ojos en blanco), y entonces, al explotar Darius hacia delante llevándome de algún modo con él, sentí como si me sacaran todo el aire de los pulmones. Era la cosa más extraña que yo había experimentado jamás, lo cual es decir bastante, porque durante el último par de meses había tenido experiencias de lo más estrafalarias. Pero esto era como ir por una de esas pasarelas móviles del aeropuerto, solo que la pasarela era el aura de Darius, y el movimiento era tan rápido que el mundo a nuestro alrededor pareció

convertirse en una enorme neblina.

Estuvimos frente a la residencia de las chicas en un par de segundos, y no estoy exagerando.

—¡Maldita sea! ¿Cómo has hecho eso?

Yo jadeaba un poco, y en cuanto él me soltó el brazo comencé a apartarme frenéticamente el pelo de la cara. Era como si acabara de hacer un viaje supersónico en una Harley.

—Los Hijos de Érebo somos poderosos guerreros con grandes habilidades —dijo él enigmáticamente.

—¿En serio?

Yo iba a decir que además hubieran debido de salir en la película *El señor de los Anillos*, pero al final no quise ser maleducada y me callé.

—Aphrodite está en su habitación —dijo él, medio empujándome escaleras arriba para que entrara en la residencia. Luego me adelantó y me abrió la puerta—. Me dijo que te trajera y que entraras directamente.

—Bueno, y es lo que has hecho —contesté yo por encima del hombro—. ¡Ah!, ¿te importaría ir a buscar a Lenobia y explicarle por qué no voy a clase?

—Por supuesto, sacerdotisa —dijo él.

Y de nuevo volvió a desaparecer. ¡Jolines! Yo me apresuré a entrar en la residencia a pesar de sentirme exhausta. El salón principal estaba vacío: todo el mundo estaba en clase (excepto Aphrodite y yo), así que pude correr escaleras arriba hasta su dormitorio sin tener que responder a un montón de preguntas de chicas excesivamente curiosas. Llamé dos veces a la puerta del dormitorio de Aphrodite antes de abrir.

En la habitación solo había encendida una pequeña vela. Aphrodite estaba sentada sobre la cama con las rodillas dobladas y levantadas hacia el pecho, descansando los codos encima y con la cara enterrada en las manos. *Maléfica* estaba acurrucada a su lado, hecha una bola de pelo blanco. La gata alzó la vista para mirarme al entrar en la habitación y me gruñó débilmente.

—¡Eh!, ¿te encuentras bien? —pregunté yo.

El cuerpo de Aphrodite se estremeció. Era evidente que le costaba un gran esfuerzo levantar la cabeza y abrir los ojos.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha ocurrido?

Corrí a su lado y encendí la lámpara Tiffany que había sobre la mesilla. *Maléfica* se estiró y comenzó a sisear en tono de advertencia hacia mí, y entonces yo le dije a la bestia:

—Inténtalo, y te tiro por la ventana e invoco a la lluvia para que te empape de arriba abajo.

—*Maléfica*, no pasa nada. Zoey es odiosa, pero no va a hacerme daño —añadió

Aphrodite con cansancio.

La gata me gruñó otra vez, pero se calmó y volvió a hacerse un ovillo. Yo me volví hacia Aphrodite. Tenía los ojos completamente inyectados en sangre; tanto, que el blanco de los ojos lo tenía completamente rojo. No rosa e hinchado, como si fuera alérgica al polen y acabara de dar un paseo por el campo. Lo tenía rojo. Rojo sangre. Como si tuviera las cuencas de los ojos llenas de sangre y esa sangre se lo hubiera teñido de rojo.

—Esta sí que ha sido horrorosa —dijo Aphrodite. Su voz sonó horrible, trémula, y su rostro estaba atterradoramente pálido—. ¿P... puedes traerme una botella de agua Fiji de la nevera?

Corrí a la mininevera y saqué la botella de agua. Pero luego decidí pasar por el baño, de donde cogí una toallita con letras bordadas con hilo de oro. (¡Jolines, esa chica era endiabladamente rica!). Rocié rápidamente la toallita con un poco de agua fría antes de volver corriendo a su lado.

—Bebe un poco de esto, y luego cierra los ojos y ponte esto en la cara.

—Tengo un aspecto terrible, ¿verdad?

—Sí.

Aphrodite dio unos cuantos tragos largos de la botella de Fiji como si estuviera muerta de sed, se puso la toalla mojada encima de los ojos y se reclinó hacia atrás contra la montaña de almohadas de diseño, soltando un suspiro. Mientras tanto, *Maléfica* no dejó de observarme con sus malévolos ojos medio cerrados, como ranuras, a los que yo no hice ni caso.

—¿Te había pasado eso en los ojos antes?

—¿Te refieres a que me dolieran a rabiar?

Yo vacilé antes de decidirme a decirle la verdad. No era propio de Aphrodite evitar los espejos. Antes o después, acabaría por mirarse.

—Me refiero a que se te han puesto de un rojo brillante como la sangre.

Noté la sacudida de su cuerpo, producto del sobresalto. Aphrodite alargó una mano para quitarse la toalla, pero luego se detuvo, se dejó caer de nuevo sobre la cama y relajó los hombros.

—No es de extrañar que Darius se asustara y saliera corriendo a buscarte como si los jodidos sabuesos del infierno lo persiguieran.

—Estoy convencida de que se te pasará. Probablemente deberías mantener los ojos cerrados durante un rato.

Aphrodite suspiró con exageración.

—Me voy a cabrear de verdad como estas condenadas visiones empiecen a ponerme fea.

—Aphrodite —dije yo, tratando de reprimir la risa para que ella no me la notara en la voz—, eres demasiado guapa como para ponerte fea. O, al menos, eso es lo que

tú nos has dicho miles de veces.

—Tienes razón. Incluso con los ojos rojos soy mucho más guapa que las demás. Gracias por recordármelo. Eso demuestra hasta qué punto me estresa la chorrada esta de tener visiones, que incluso he llegado a preocuparme por una cosa así.

—Y hablando de la tontuna esta de las visiones, ¿te importaría contarme esta última?

—¿Sabes? No vas a derretirte ni nada por el estilo por decir un par de palabrotas de vez en cuando. ¡Dios mío!, eso de la «tontuna» es increíblemente malo.

—¿Quieres, por favor, ceñirte al asunto?

—Bien. Pero luego no me echas la culpa cuando la gente te diga que eres una cursi y una aburrída. Coge ese trozo de papel de allí, encima de mi mesa. Es un poema. ¿Lo ves?

Yo me acerqué a la carísima mesa tocador. Allí, sobre la brillante madera, yacía una única hoja de papel. La cogí.

—La veo.

—Bien. Pues ahora se supone que tienes que leerla, y espero que entiendas lo que diablos signifique. Yo jamás he comprendido la poesía. Es una mierda muy aburrída.

Aphrodite enfatizó lo de «mierda». Yo no le hice caso. Me concentré en el poema. Nada más echarle el primer vistazo, comencé a sentir un hormigueo en la piel y a notar que se me ponía la carne de gallina en los brazos como si soplara un fuerte viento sobre mí.

—¿Has escrito tú esto?

—¡Sí, seguro, solo me faltaba! Ni siquiera me gustaba el poeta Dr. Seuss cuando era pequeña. ¡Pues claro que no lo he escrito yo!

—No me refería a si lo habías compuesto tú. Me refería a si lo habías escrito tú físicamente en este papel.

—¿Te has vuelto tonta, o qué? Sí, Zoey. Yo he escrito el poema que he visto en mi horrible y dolorosísima visión. Pero no, no lo he compuesto yo. Lo he copiado. ¿Satisfecha?

Yo la observé, reclinada sobre los almohadones en medio de una cama de lujo con dosel, con la toallita bordada con hilo de oro sobre la cara, acariciando con una mano a la horrible gata. No puede evitar sacudir la cabeza llena de irritación. Su aspecto era, al cien por cien, el de una gran diva hija de puta.

—¿Sabes? Podría perfectamente asfixiarte con tu propia almohada y nadie te echaría de menos. Para cuando te encontraran, esa odiosa gata se habría comido toda evidencia del crimen.

—*Maléfica* jamás me comería. Al contrario: te comería a ti si intentaras hacer una tontería. Además, Darius sí que me echaría de menos. Tú lee el poema y dime qué significa.

—Tú eres la chica visionaria. Se supone que eres tú la que sabe lo que significan tus visiones.

Yo dirigí de nuevo la atención hacia el poema. ¿Qué era lo que tenía esa letra que me hacía sentirme tan extraña?

—Exacto, yo tengo la visión. Pero no interpreto. Solo soy el atractivo oráculo. Tú eres la alta sacerdotisa en período de preparación, ¿no te acuerdas? Así que adivínalo tú.

—Muy bien, muy bien. Deja que lo lea en voz alta. A veces oír un poema ayuda a comprenderlo.

—Lo que tú digas. Pero interprétalo.

Yo me aclaré la garganta y comencé la lectura.

Resurgir quiere aquel que desde antaño dormita.
El poder de la tierra deberá sangrar de un rojo sagrado,
para que la marca se haga realidad, tal y como la reina *tsi sgili*
imagina.
Cuando él de su lecho de ultratumba sea izado.

Él será libre a través de la mano de los fallecidos.
Terrible belleza, monstruoso panorama.
De nuevo serán regidos,
y ante este oscuro poder se arrodillarán las damas.

Dulce suena la canción de Kalona
mientras masacramos con gélido calor.

Al terminar hice una pausa, tratando de comprender qué significaba y por qué me asustaba tanto.

—Da miedo, ¿verdad? —dijo Aphrodite—. Quiero decir que, desde luego, no habla de amor y de rosas y de finales felices.

—No, desde luego que no habla de eso. Bueno, vamos a ver. ¿Cuál es el poder de la tierra, y cuándo sangra rojo púrpura?

—No tengo ni la menor idea.

—*Mmm* —musité yo, mordiéndome el carrillo por dentro y reflexionando—. Bueno, la tierra podría parecer que sangra cuando algo es asesinado y su sangre gotea al suelo. Y quizá el poder provenga de eso que muere, sea lo que sea. Como por ejemplo una persona poderosa.

—O un vampiro poderoso. Es como cuando encontré el cuerpo de la profesora Nolan —dijo Aphrodite. La fuerza del recuerdo me hizo olvidar su voz de sabihonda—. En ese momento a mí me pareció como si la tierra estuviera sangrando.

—Sí, tienes razón. Así que puede que tenga que ver con esta reina *tsi sgili* que muere o que es asesinada, porque sin duda una reina es una persona muy poderosa.

—¿Quién diablos es la reina *tsi loquesea*?

—Me suena. Parece un nombre cheroqui. Me pregunto si podría...

Interrumpí mis palabras y solté un grito al comprender de pronto porqué la letra me producía esa sensación tan extraña.

—¿Qué? —preguntó Aphrodite al tiempo que se incorporaba en la cama y se retiraba la toallita de la cara para mirarme con los ojos entreabiertos—. ¿Qué pasa?

—La letra —dije yo. De pronto yo tenía los labios tensos y helados—. Es la letra de mi abuela.



—¿La letra de tu abuela? —repitió Aphrodite—. ¿Estás segura?

—Absolutamente.

—Pero eso es imposible. Yo misma acabo de escribirlo hace unos minutos.

—Escucha, Darius prácticamente me ha teletransportado aquí, y eso debería ser imposible, pero te aseguro que lo ha hecho.

—No, so *friki*, porque *Star Trek* no existe.

—Pues si sabes a qué me refiero con lo del teletransporte, es que tú también eres una *friki* —contesté yo.

—No, yo solamente cargo con unos amigos lerdos.

—Escucha, estoy absolutamente segura de que esta es la letra de mi abuela, pero espera. Tengo una carta suya en mi habitación. Iré a por ella. Quizá tengas tú razón...

—dije yo, que acto seguido alcé las cejas y añadí—: Para variar. Puede que simplemente me recuerde a su letra.

Eché a caminar a toda prisa hacia mi habitación, pero luego, pensándolo mejor, me detuve, le enseñé el papel con el poema a Aphrodite, y le pregunté:

—¿Es esta tu letra de siempre?

Ella me quitó el papel y parpadeó varias veces para enfocar mejor. Vi una expresión de susto atravesar su rostro y supe qué me iba a contestar antes de que hablara.

—¡Vaya, mierda! Desde luego que esta no es mi letra.

—Vuelvo enseguida.

Traté de no darle vueltas a lo que estaba pasando mientras corría por el pasillo hacia mi habitación y abría la puerta. *Nala* me saludó con su «*miauff*» de siempre, mostrando su desagrado y su sorpresa por el hecho de que interrumpiera su siesta.

Tardé solo un segundo en recoger la última tarjeta que me había mandado la abuela. La tenía encima de la mesa (una mesa que era mucho más barata que la de la habitación de Aphrodite). La tarjeta tenía por delante una foto de tres monjas con caras severas (¡monjas!). En el pie de foto ponía «La buena noticia es que ellas rezan por ti». Dentro de la tarjeta había otra frase: «La mala noticia es que solo quedan tres». De nuevo volví a echarme a reír sofocadamente, aunque solo durante un momento, mientras corría de vuelta a la habitación de Aphrodite, a pesar de que iba preguntándome si la hermana Mary Angela la encontraría divertida o insultante. Apostaba a que ella también se echaría a reír, así que tomé nota mentalmente de acordarme de preguntarle.

Aphrodite alargaba una mano cuando yo entré en la habitación.

—Vale, déjame que lo compruebe.

Yo le di la tarjeta. Aphrodite la abrió y yo observé con ella la letra de la breve nota de mi abuela. Luego ella sujetó el papel en el que había escrito el poema justo al lado, y las dos observamos alternativamente uno y otro, comparando la escritura de ambos.

—¡Esto es terriblemente extraño! —exclamó Aphrodite, que no dejaba de sacudir la cabeza ante la similitud de la escritura—. Te juro que yo escribí este poema hace cinco minutos, pero desde luego la letra es de tu abuela, no mía.

Aphrodite alzó la cabeza para mirarme. Su rostro estaba ultrapálido en comparación con el horrible color rojo de sus ojos.

—Será mejor que la llames.

—Sí, eso es lo que voy a hacer. Pero primero quiero saber todo lo que recuerdes de esa visión.

—Vale pero ¿te importa que cierre los ojos y me ponga otra vez la toalla en la cara mientras hablamos?

—No, incluso te mojaré la toalla con agua fresca. Y hablando de agua, ¿quieres beber un poco más de esa botella? Tienes un aspecto... bueno, bastante malo.

—No me extraña. Me siento fatal.

Aphrodite se tragó lo que quedaba de la botella de agua Fiji mientras yo volvía a empapar la toalla. La doblé y se la di, y ella se la puso encima de los ojos y se reclinó de nuevo sobre las almohadas. Inmediatamente comenzó a acariciar a *Maléfica* con la mente ausente y sin darse cuenta siquiera.

—Ojalá supiera de qué va todo esto —dijo ella.

—Creo que yo sí lo sé.

—¿En serio? ¿Es que has interpretado el poema?

—No, no me refería exactamente a eso, sino a que creo que todo esto tiene relación con ese mal presentimiento que hemos tenido Stevie Rae y yo acerca de Neferet. Está tramando algo; algo peor de lo que suele tramar. Y sea lo que sea, creo que el trabajo le ha salido bordado ahora que han asesinado a Loren.

—No me sorprendería que tuvieras razón, pero tengo que advertirte que Neferet no aparecía en mi visión.

—Bueno, explícamela.

—Bien, fue corta y muy clara para lo que suelen ser mis visiones últimamente. Era un bonito día de verano. Había una mujer, aunque no sé quién era, sentada en medio del campo o, mejor dicho, en medio de una pradera o algo así. No demasiado lejos había un pequeño acantilado, y se podía oír el agua de un arroyo o de un río cercano. Sea como sea, la mujer estaba sentada sobre un enorme edredón blanco. Recuerdo que pensé que no era muy inteligente por su parte sacar un edredón blanco y extenderlo así en la pradera, porque se iba a manchar todo de verde.

—No se mancha —dije yo. De nuevo tenía los labios entumecidos y fríos—. Es de algodón, y se lava muy fácilmente.

—Entonces, ¿sabes qué es lo que estoy describiendo?

—Es el edredón de mi abuela.

—Pues entonces debe de ser tu abuela la que sujetaba el poema. No vi su rostro. De hecho, no vi gran cosa de ella. Estaba sentada con las piernas cruzadas, y era como si yo estuviera de pie detrás de ella, asomando la cabeza por encima de su hombro. Solo que, una vez que vi el poema, todo lo demás desapareció de mi visión y solo pude concentrarme en el papel.

—¿Por qué lo copiaste?

Aphrodite se encogió de hombros antes de contestar:

—No lo sé, la verdad. Tenía que hacerlo, no sé porqué. Así que lo escribí mientras lo veía. Luego salí de la visión, vi a Darius, le dije que fuera a buscarte y entonces creo que me desmayé.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué más quieres? ¡Copié el maldito poema entero!

—Pero tus visiones suelen ser advertencias acerca de cosas importantes y malas que están a punto de ocurrir. ¿Dónde está aquí el aviso?

—No había ninguno. De hecho, ni siquiera tuve malos presentimientos. Solo vi el poema. La pradera era realmente bonita; para ser el campo, quiero decir. Ya te lo he dicho: era un precioso día de verano. Todo iba de maravilla hasta que salí de la visión y empezaron a dolerme la cabeza y los ojos a rabiar.

—Bueno, ya tengo yo bastante mal presentimiento por las dos —dije yo.

Saqué el móvil del bolso. Miré la hora. Eran casi las tres de la madrugada. ¡Mierda! La abuela estaría profundamente dormida. También me di cuenta de que ese día iba a perderme todas las clases excepto la de teatro, en la que había montado una escena en público con Erik. Estupendo. Solté un profundo suspiro. Yo sabía que la abuela lo comprendería. Solo esperaba que los profesores también lo comprendieran.

La abuela contestó al teléfono nada más sonar el primer timbre.

—¡Oh, Zoeybird! ¡Me alegro tanto de que hayas llamado!

—Abuela, lamento llamarte tan tarde. Sé que a estas horas estás durmiendo, y no me gusta despertarte —dije yo.

—No, *u-we-tsi-a-ge-ya*, no estaba durmiendo. Me desperté hace horas, después de tener un sueño en el que salías tú, y desde entonces estoy rezando.

El hecho de que me llamara «hija» en cheroqui, como siempre, me hizo sentirme querida y a salvo, y de pronto deseé ardientemente que la granja de lavanda de la abuela no estuviera a las afueras de Tulsa, a una hora y media de camino. Deseé poder ir a verla en ese mismo instante; que me abrazara, que me dijera que todo saldría bien como hacía siempre cuando era niña y me quedaba en su casa, después

de que mi madre se casara con el perdedor de mi padrastro y se convirtiera en la versión ultrareligiosa de la esposa perfecta, sumisa y sin cerebro.

Pero yo ya no era una niña pequeña, y la abuela no podía solucionar mis problemas con un abrazo. Me estaba convirtiendo en una alta sacerdotisa, y había gente que dependía de mí. Nyx me había elegido, y yo tenía que aprender a ser fuerte.

—¡Nena! ¿Qué te pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—No pasa nada, abuela. Estoy bien —me apresuré a asegurarle. Notaba por su tono de voz que estaba preocupada, y eso no me gustaba—. Es solo que Aphrodite ha tenido otra visión, y tiene relación contigo.

—¿Otra vez estoy en peligro?

No pude evitar sonreír. Se preocupaba y se alteraba cuando creía que podía pasarme algo malo a mí, pero cuando era ella la que podía estar en peligro, entonces era fuerte y estaba preparada para enfrentarse al mundo entero. ¡Cuánto la quería!

—No, esta vez no lo creo —dije yo.

—Yo tampoco —añadió Aphrodite.

—Aphrodite dice que no estás en peligro. Al menos en este preciso momento.

—Bueno, eso está bien —dijo la abuela como si tal cosa.

—Sí, está pero que muy bien. Pero, abuela, el asunto es que en esta ocasión no comprendemos la visión de Aphrodite. Por lo general, sus visiones suelen ser advertencias de un gran peligro que queda muy claro. Pero esta vez solo te ha visto a ti sujetando un papel en el que había un poema, y enseguida ha sentido la necesidad de copiarlo —expliqué yo. No mencioné que Aphrodite lo había copiado con la letra de mi abuela. Eso habría sonado demasiado raro dentro de una visión ya rara de por sí—. Así que lo copió, pero el poema no tiene ningún sentido ni significa nada para ninguna de las dos.

—Bueno, pues leédmelo. Puede que yo lo conozca.

—Sí, eso es lo que había pensado yo también. Vale, ahí va.

A ciegas, Aphrodite me pasó el papel con el poema. Yo lo cogí y comencé a leer:

Resurgir quiere aquel que desde antaño dormita.

El poder de la tierra deberá sangrar de un rojo sagrado,

para que la marca se haga realidad, tal y como la reina *tsi sgili*
imagina.

Al llegar a esa palabra la abuela me interrumpió.

—Se pronuncia *t-si s-gi-li* —dijo, haciendo especial énfasis en la última palabra.

Su voz sonó tensa, y hablaba casi en susurros.

—¿Te encuentras bien, abuela?

—Sigue leyendo, *u-we-tsi-a-ge-ya* —ordenó la abuela, con una voz más parecida

ya a la de siempre.

Yo seguí leyendo, y repetí la última línea pronunciando correctamente la palabra:

para que la marca se haga realidad, tal y como la reina *tsi sgili* imagina.

Cuando él de su lecho de ultratumba sea izado.

Él será libre a través de la mano de los fallecidos.

Terrible belleza, monstruoso panorama.

De nuevo serán regidos,

y ante este oscuro poder se arrodillarán las damas.

Dulce suena la canción de Kalona

mientras masacramos con gélido calor.

La abuela soltó un alarido y gritó.

—¡Oh, el Gran Espíritu nos proteja!

—¡Abuela!, ¿qué significa?

—Primero la *tsi sgili*, y luego Kalona. Esto es malo, Zoey. Muy, muy malo.

Era tan evidente por su voz que mi abuela tenía miedo, que me estaba asustando.

—¿Qué es una *tsi sgili* y quién es Kalona?, ¿por qué es tan malo?

—¿Conoce el poema? —preguntó Aphrodite, irguiéndose en la cama y quitándose la toalla de la cara.

Yo noté que sus ojos empezaban a tener un color más normal y que su rostro había recuperado en parte el tono.

—Abuela, ¿te importa si te pongo por el altavoz?

—Por supuesto que no, Zoeybird.

Yo apreté el botón del móvil y me fui a sentar en la cama junto a Aphrodite.

—Muy bien, ahora estás hablando por el altavoz, abuela. Estamos solas yo y Aphrodite.

—Aphrodite y yo —me corrigió la abuela automáticamente.

Yo hice aspavientos.

—Vale, lo siento, abuela, Aphrodite y yo.

—Señora Redbird, ¿conoce usted el poema? —preguntó Aphrodite.

—Preciosa, llámame abuela. Pero no, no lo conozco; no lo había leído nunca antes. Sin embargo he oído hablar de él o, al menos, he oído contar el mito, que ha ido pasando de generación en generación entre mi gente.

—¿Por qué te asusta tanto esa parte acerca de *tsi sgili* y de Kalona? —pregunté.

—Hay demonios cheroquis; espíritus oscuros de la peor clase —explicó la abuela. Vaciló, y yo pude oír un ruido de fondo, como si estuviera moviendo algo—. Zoey,

voy a encender el cuenco de purificación antes de seguir hablando de esas criaturas. Voy a utilizar salvia y lavanda. Abanicaré el humo con la pluma de una paloma mientras hablamos. Zoeybird, te sugiero que hagas lo mismo.

Yo me asusté y me sorprendí mucho. Durante siglos, los cheroquis habían utilizado la purificación en sus rituales sobre todo cuando necesitaban limpiar, purificar o proteger algo. La abuela se purificaba y limpiaba con regularidad; yo había crecido creyendo que era simplemente una forma de hacer honor al Gran Espíritu y de mantener limpio su propio espíritu. Pero jamás en la vida la abuela había sentido la necesidad de purificarse solo por mencionar nada ni a nadie.

—Zoey, deberías hacerlo ya —repitió con dureza la abuela.



Como siempre que la abuela me decía algo, yo obedecí.

—Muy bien, sí. Ya voy. Tengo un palito de purificación en mi habitación. Voy corriendo a por él.

Miré a Aphrodite, que asintió y me despidió con un meneo de la mano en dirección a la puerta.

—¿De qué hierbas? —preguntó la abuela.

—De salvia blanca y lavanda. Lo tengo en el cajón de las camisetas.

—Bien, bien. Eso está bien. Es personal, pero aún no ha liberado su magia. Bien.

Enseguida corrí de vuelta a la habitación de Aphrodite, que en ese momento decía:

—Yo tengo un cuenco.

Aphrodite me tendió un cuenco de color lavanda, decorado con uvas en tres dimensiones y con una vid que se enrollaba toda alrededor. Era absolutamente precioso y parecía antiguo y muy caro. Me miró, se encogió de hombros y comentó.

—Sí, es caro.

Puse los ojos en blanco.

—Vale, ya tengo el cuenco, abuela.

—¿Tienes una pluma? Tiene que ser de un pájaro pacífico como la paloma, o un pájaro protector como el halcón o el águila. Eso sería lo mejor.

—Eh, pues no, abuela. No tengo ninguna pluma.

Yo miré inquisitivamente a Aphrodite.

—Yo tampoco tengo plumas —dijo ella.

—No importa, de todos modos puede funcionar. ¿Estás preparada, Zoeybird?

Yo sacudí la pequeña varita de hierbas secas prensadas hasta que se apagó el fuego y comenzó a salir el humo lentamente. Entonces la dejé sobre el cuenco de color púrpura que coloqué en medio, entre Aphrodite y yo.

—Estoy lista. El humo sale despacio.

—Abanica el humo a tu alrededor. Chicas, las dos, tenéis que concentraros en los espíritus positivos y de protección. Pensad en vuestra diosa y en cuánto os quiere.

Las dos hicimos lo que nos pidió la abuela. Las dos abanicamos el humo despacio a nuestro alrededor con las manos y lo inhalamos poco a poco.

Maléfica estornudó, gruñó y saltó de la cama para desaparecer en el baño de Aphrodite. Yo no puedo decir que lamentara perderla de vista.

—Y ahora mantened el cuenco cerca mientras escucháis con cuidado lo que os voy a decir —dijo la abuela. Yo la oí inhalar profundamente tres veces el humo de la

purificación antes de comenzar—. Para empezar, debéis saber que las *tsi sgili* son brujas cheroquis, solo que no debéis dejaros engañar por el nombre de «bruja». No siguen los preciosos senderos de paz de la wicca; no son las sabias sacerdotisas que vosotras conocéis y a las que respetáis, seguidoras de Nyx. Una *tsi sgili* vive marginada, separada de la tribu. Son el mal puro, de la cabeza a los pies. Disfrutaban matando; se deleitan con la muerte. Tienen poderes mágicos, que se les conceden a través del miedo y del dolor de sus víctimas. Se alimentan de muerte. Pueden torturar y matar con el *ane li sgi*.

—No sé lo que significa eso, abuela.

—Quiere decir que son poderosas adivinas y que pueden matar con la mente.

Aphrodite alzó la vista hacia mí. Nuestras miradas se encontraron y yo comprendí que estábamos pensando lo mismo: Neferet era una poderosa adivina.

—¿Quién es esa reina de la que habla el poema? —preguntó Aphrodite.

—Yo no conozco a ninguna reina *tsi sgili*. Son seres solitarios y no tienen jerarquía. Aunque, la verdad, yo tampoco soy ninguna experta en ellas.

—Entonces, ¿Kalona es una de esas *tsi sgili*? —pregunté yo.

—No. Kalona es peor. Mucho peor. Las *tsi sgili* son el mal y son peligrosas, pero son humanas y uno puede enfrentarse a ellas como a cualquier otro humano.

La abuela hizo una pausa. Yo oí que aspiraba otras tres veces el humo purificador. Cuando comenzó a hablar de nuevo, lo hizo en susurros como si le preocupara que alguien la oyera. No parecía exactamente asustada; más bien precavida. Precavida y muy, muy seria.

—Kalona era el padre de los cuervos del escarnio, y no era humano. A él y a sus retorcidos retoños los llamábamos demonios pero, para ser exactos, no lo eran. Supongo que la mejor manera de describir a Kalona sería decir que es un ángel.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo cuando mi abuela pronunció las palabras «cuervos del escarnio»; entonces caí en la cuenta de la otra cosa que había dicho, y parpadeé sorprendida.

—¿Un ángel?, ¿como en la Biblia?

—¿Pero no se supone que los ángeles son buenos? —preguntó a su vez Aphrodite.

—Sí, se supone que son buenos. Pero tened en cuenta que, según la tradición cristiana, aunque Lucifer era el más brillante y el más bello de todos los ángeles, cayó.

—Es verdad, se me había olvidado —dijo Aphrodite—. ¿Así que ese Kalona era un ángel que cayó y se convirtió en malo?

—En cierto sentido. En los tiempos antiguos, los ángeles caminaban sobre la tierra y se apareaban con los humanos. Muchos pueblos tienen historias que describen esos tiempos. La Biblia los llamaba «nefilim». Los griegos y los romanos los

llamaban «dioses del Olimpo». Pero los llamaran como los llamaran, todas las historias que hablan de esos seres coinciden en dos cosas: primero, en que eran bellos y poderosos, y segundo, en que se apareaban con los humanos.

—Tiene sentido —dijo Aphrodite—. Si de verdad eran tan sexis, es natural que las mujeres quisieran estar con ellos.

—Bueno, eran seres excepcionales. Los cheroquis hablan de un ángel en particular, incomparablemente bello. Tenía alas del color de la noche, y podía cambiar de forma y convertirse en una criatura que parecía un enorme cuervo. Al principio nuestra gente le dio la bienvenida como a un dios que estuviera de visita. Le cantamos canciones y bailamos para él. Nuestras cosechas prosperaron. Nuestras mujeres eran fértiles.

»Pero poco a poco todo fue cambiando. En realidad no sé porqué. Son leyendas antiguas. Muchas de ellas se han perdido con el tiempo. Me imagino que, sencillamente, es difícil vivir cerca de un dios, por bello que sea.

»Recuerdo que mi abuela cantaba una canción en la que se contaba que Kalona empezó a cambiar cuando comenzó a yacer con las doncellas de la tribu. Según cuenta la historia, después de acostarse por primera vez con una doncella se obsesionó. Tenía que poseer a las mujeres; sentía deseos constantes, pero al mismo tiempo las detestaba por provocarle esa lujuria y esa necesidad.

Aphrodite soltó un bufido.

—Apuesto a que era él el que sentía ese deseo constante, no ellas. Nadie desea a un tipo que no se dedica a otra cosa, por muy sexi que sea.

—Tienes razón, Aphrodite. La canción de mi abuela contaba que las doncellas le dieron la espalda, y que fue entonces cuando se convirtió en un monstruo. Usaba su poder divino para gobernar a nuestros hombres mientras profanaba a nuestras mujeres. Y mientras tanto, su odio por las mujeres crecía con una intensidad que resultaba tanto más aterradora por cuanto que se debía a su obsesión por poseerlas. Una vez oí decir a una anciana sabia que las mujeres cheroqui eran para Kalona como el agua, el aire y la comida; como su misma vida, por mucho que a él le pesara.

La abuela hizo una pausa, y a mí no me costó nada imaginarme la expresión de indignación que tendría en ese momento su rostro, similar a la indignación que se reflejaba en su tono de voz.

—Las mujeres a las que violaba se quedaban embarazadas, pero la mayor parte de ellas solo daban a luz a engendros muertos, imposibles de reconocer como bebés de ninguna especie. Sin embargo, de vez en cuando, uno de esos retoños sobrevivía, aunque evidentemente no era humano. Las historias cuentan que los hijos de Kalona eran cuervos con los ojos y los miembros de un hombre.

—¡*Puaaaaj!*, ¿el cuerpo de un cuervo y las piernas y los ojos de un hombre? ¡Eso es asqueroso! —exclamó Aphrodite.

Yo sentí un escalofrío recorrerme.

—Últimamente he estado oyendo a cuervos, a muchos cuervos. Creo que uno de ellos trató de atacarme. Yo le di un golpe, y él me arañó la mano.

—¿Cómo?, ¿cuándo? —preguntó la abuela, muy nerviosa.

—Los he oído de noche. Pensé que era extraño que hicieran tanto ruido. Y... y luego, anoche, algo se agitó a mi alrededor aunque realmente no pude verlo, era como un asqueroso pájaro invisible. Lo golpeé, corrí a entrar en la escuela e invoqué al fuego para que se llevara el frío que ese pájaro traía consigo.

—¿Y funcionó?, ¿el fuego lo echó? —preguntó la abuela.

—Sí, pero desde entonces siento como si unos ojos me vigilaran.

—¡Los cuervos del escarnio! —afirmó la abuela con una voz dura como el acero—. Has estado enfrentándote a los espíritus de los demonios de los hijos de Kalona.

—Yo también los he oído —dijo entonces Aphrodite, que volvió a ponerse pálida—. De hecho, llevo tiempo pensando en lo molestos que se están poniendo últimamente por la noche.

—Desde que asesinaron a la profesora Nolan —añadí yo.

—Sí, creo que fue entonces cuando comencé yo también a oírlos —confirmó Aphrodite.

—¡*Ohdiosmío*, abuela! ¿Es posible que ellos hayan tenido relación con las muertes de la profesora Nolan y de Loren?

—No, no lo creo. Los cuervos del escarnio perdieron su forma física. Solo les queda el espíritu, y poco daño pueden hacer excepto a aquellos que son viejos y están muy cerca de la muerte. ¿Qué te hicieron exactamente en la mano, mi niña?

Yo bajé automáticamente la vista hacia mi mano, en donde no me quedaba ni rastro.

—Poca cosa. La herida desapareció en unos pocos minutos.

La abuela vaciló antes de decir:

—Jamás había oído decir que un cuervo del escarnio pudiera herir realmente a una persona joven y vital. Hacen diabluras; son espíritus ocultos que sienten placer molestando a los seres vivos y atormentando a aquellos que se encuentran en la encrucijada de la muerte. No creo que puedan causar la muerte de un vampiro sano, pero el asesinato de esos vampiros sí puede haberlos atraído hacia la Casa de la Noche y puede que, de alguna manera, se hayan hecho más fuertes a causa de esas muertes. Tened cuidado. Son criaturas terribles, y su presencia es siempre un mal presagio.

Mientras la abuela hablaba, mis ojos se habían desviado otra vez hacia el poema. Una y otra vez leía la línea que decía: «A través de la mano de la muerte él es libre».

—¿Qué le pasó a Kalona? —pregunté yo de pronto.

—Fue el insaciable deseo de mujeres lo que finalmente lo destruyó. Los guerreros

de las tribus trataron de vencerlo durante años pero, sencillamente, no pudieron. Era una criatura mítica, mágica, y solo el mito y la magia podían derrotarlo.

—Y entonces, ¿qué pasó? —preguntó Aphrodite.

—La *ghigua* convocó un concilio secreto de mujeres sabias de todas las tribus.

—¿Qué es una *ghigua*? —pregunté yo.

—Es el nombre cheroqui por el que conocemos a nuestra «adorada mujer» de la tribu. Es una mujer sabia con dones, una diplomática, una persona que a menudo está muy cerca del Gran Espíritu. Cada tribu elige a una, y ella sirve en un concilio de mujeres.

—¿Más o menos como las altas sacerdotisas? —pregunté yo.

—Sí, es una buena forma de describirla. Así que la *ghigua* convocó a las mujeres sabias, y se reunieron todas en secreto en el único lugar en el que Kalona no podría oírlas: en una cueva en lo más profundo de la tierra.

—¿Y por qué él no podía oírlas en una cueva? —preguntó Aphrodite.

—Kalona siente aversión por la tierra. Era una criatura de los cielos, y es allí adonde pertenece.

—Bueno, ¿y por qué el Gran Espíritu o quien fuera que lo creara no lo llevó de vuelta allí, adonde pertenecía? —pregunté entonces yo.

—Libertad —contestó la abuela—. Kalona era libre para elegir su camino, exactamente igual que tú y que Aphrodite sois libres de elegir los vuestros.

—¡A veces la libertad es un asco! —exclamé yo.

La abuela se echó a reír, y ese sonido tan agradable y tan familiar me hizo relajarme un poco.

—Es verdad, *u-we-tsi-a-ge-ya*. Pero en este caso, la libertad de las mujeres *ghigua* fue lo que salvó a nuestra gente.

—¿Qué hicieron? —preguntó Aphrodite.

—Utilizaron la magia de las mujeres para crear a una doncella tan bella que Kalona sería incapaz de resistirse.

—¿Crear a una chica? ¿Quieres decir que hicieron magia y transformaron el aspecto de alguien?

—No, *u-we-tsi-a-ge-ya*, quiero decir que crearon a una doncella. La *ghigua* más dotada para la alfarería creó el cuerpo de una doncella en barro y le pintó una cara que, para ella, era incomparablemente bella. La *ghigua* que mejor trenzaba de todas las tribus le hizo un cabello largo y negro que caía haciendo ondas alrededor de su estrecha cintura. La *ghigua* que tejía ropa creó para ella un vestido blanco con la luna llena, y todas las mujeres lo decoraron con conchas, abalorios y plumas. La *ghigua* que tenía los pies más ligeros formó sus piernas y le concedió velocidad. Y la *ghigua* conocida como la que tenía más talento para cantar de todas las tribus le susurró dulces y suaves palabras, concediéndole la más encantadora de las voces.

»Cada una de las *ghigua* se hizo un corte en la palma de la mano y usó su propia sangre como tinta para dibujar sobre el cuerpo de la doncella los siete símbolos del poder que representan a los siete elementos sagrados: norte, sur, este, oeste, arriba, abajo y espíritu. Luego unieron las manos alrededor de la figura de barro y, usando el poder combinado de todas ellas juntas, le insuflaron vida.

—¡Debes de estar de broma, abuela! ¿Esas mujeres le dieron vida a una muñeca? —exclamé yo.

—Eso es lo que dice la historia —contestó ella—. Jovencita, ¿por qué te resulta tan difícil de creer, cuando una niña tiene la habilidad de invocar a los cinco elementos?

—Ehhh... sí, supongo que tienes razón —dije yo, que sentí como mis mejillas ardían ante la pequeña regañina.

—Desde luego que tiene razón. Y ahora cállate y deja que termine el resto de la historia —dijo Aphrodite.

—Lo siento, abuela —musité yo.

—Tienes que recordar que la magia es real, Zoeybird —dijo la abuela—. Olvidarlo es muy peligroso.

—Lo recordaré —le aseguré, pensando en lo irónico que era que yo pudiera dudar del poder de la magia.

—Así que —continuó la abuela, que atrajo de nuevo mi atención hacia la historia —, las mujeres *ghigua* insuflaron vida y un propósito a esa mujer, a la que llamaron A-ya.

—¡Eh!, yo conozco esa palabra. Significa «yo» —dije.

—Muy bien, *u-we-tsi-a-ge-ya*. La llamaron A-ya porque, en su interior, tenía un pedacito de cada una de las mujeres *ghigua*: era, para cada una de ellas, «yo».

—Eso está muy guay —dijo Aphrodite.

—Las *ghigua* no le contaron a nadie lo de A-ya: ni a sus maridos, ni a sus hijas, ni a sus hijos, ni a sus padres. Al amanecer del día siguiente, la sacaron de la cueva y la llevaron a un lugar cerca de un riachuelo en el que Kalona solía bañarse todas las mañanas, y por el camino le iban susurrando lo que tenía que hacer.

»Así que ahí estaba, sentada en un pedacito de terreno donde daba la luz del sol, peinándose los cabellos y cantando una canción, cuando Kalona la vio y, tal y como las mujeres adivinaron que haría, se obsesionó al instante por poseerla. Entonces A-ya hizo aquello para lo que había sido creada: huyó de Kalona con su velocidad mágica. Kalona la siguió. Su deseo de ella era tan salvaje, que apenas vaciló a la entrada de la cueva por la que A-ya desapareció, y tampoco se fijó en las mujeres *ghigua* que lo siguieron ni oyó sus cánticos mágicos.

»Kalona atrapó a A-ya en lo más profundo de las entrañas de la tierra. Pero en lugar de gritar y de luchar contra él, esta doncella, la más bella entre todas, lo recibió

con los brazos abiertos y con su cuerpo seductor. Sin embargo, en el instante en el que él la penetró, ese suave e invitador cuerpo volvió a transformarse en lo que había sido una vez: en tierra y en el espíritu de la mujer. Sus brazos y sus piernas se convirtieron en el barro que sujetó a Kalona, su espíritu en las arenas movedizas que lo atraparon, y el cántico de las mujeres *ghigua*, invocando a la madre tierra para sellar la cueva, atrapó a Kalona en el eterno abrazo de A-ya. Y allí sigue aún, sujeto firmemente al pecho de la Tierra.

Yo parpadeé como si acabara de salir a la superficie después de un largo paseo buceando bajo las aguas. Mis ojos de pronto estaban fijos sobre el poema que estaba encima de la cama, junto al cuenco de lavanda.

—Pero ¿y el poema?

—Bueno, el enterramiento de Kalona no fue el final de la historia. Nada más sellar la tumba de Kalona sus hijos, los terribles cuervos del escarnio, comenzaron a cantar con voz humana una canción que prometía que un día él volvería, y describía la horrible venganza que se tomaría sobre los seres humanos y, en particular, sobre las mujeres. Hoy en día los detalles de esa canción que cantaban los cuervos del escarnio se han perdido. Incluso mi abuela no conocía más que algunos trozos de lo que decía, y eso solo porque su abuela le había susurrado algunas palabras. Poca gente quería recordar esa canción. Pensaban que traía mala suerte hablar de semejantes horrores, aunque sí se ha conservado lo suficiente, que ha pasado de madres a hijas, y puedo decirte que hablaba de la *tsi sgili*, de la tierra sangrante y de cómo la terrible belleza de su padre renacería de nuevo.

La abuela vaciló y Aphrodite y yo miramos horrorizadas el poema. Por fin ella añadió:

—Me temo que el poema de vuestra visión es la canción que cantaban los cuervos del escarnio. Y creo que es una advertencia de que Kalona está a punto de volver.



—Es una advertencia —dijo Aphrodite con solemnidad—. Todas mis visiones son advertencias de tragedias que pueden suceder. Y esta no es diferente.

—Creo que tienes razón —les dije yo a Aphrodite y a mi abuela.

—¿Pero las visiones de Aphrodite no son advertencias de peligros que se pueden prevenir siempre y cuando se les preste la debida atención? —preguntó la abuela.

Aphrodite pareció dudar, así que yo contesté por ella y procuré que mi voz sonara mucho más segura de lo que en realidad me sentía:

—Sí, así es. Su visión te salvó, abuela.

—Y a mucha otra gente que también habría muerto en el puente ese día —agregó la abuela.

—En aquella ocasión lo que hicimos fue evitar que ocurriera el accidente tal y como ella lo había visto, así que ahora tenemos que hacer exactamente lo mismo —dije yo.

—Estoy de acuerdo, Zoey. Aphrodite es el canal, el medio que usa Nyx para comunicarse contigo. Está claro que quiere advertirte de un peligro.

—Pues también está claro que quiere que tú nos ayudes, porque fue a ti a quien vi leyendo el poema en mi visión —añadió Aphrodite, quien vaciló y luego alzó la vista hacia mí. Yo asentí, comprendiendo de inmediato lo que ella quería decirle a mi abuela—. Cuando copié el poema, me salió tu letra.

Yo oí el grito de sorpresa de mi abuela.

—¿Estás segura de eso?

—Sí —confirmé yo—. Incluso he traído una de las cartas que me mandaste para asegurarme. No cabe duda, es tu letra.

—Entonces tengo que estar de acuerdo en que Nyx quiere que yo juegue un papel en esto —dijo la abuela.

—No es de extrañar —dije yo—. Tú eres la única mujer *ghigua* que conocemos.

—¡Oh, cariño! Yo no soy una mujer *ghigua*. Para eso hace falta que te vote una tribu entera y, además, hace ya generaciones que no hay ninguna mujer *ghigua* oficial.

—Vale, pues cuenta con mi voto —se apresuró a decir Aphrodite.

—Y con el mío —añadí yo—. Y apuesto a que también tienes los de Damien y las gemelas. Y además, nosotros formamos nuestra propia tribu.

La abuela se echó a reír y luego contestó:

—Bueno, a mí jamás se me ocurriría ir en contra de la voluntad de la tribu.

—Deberías de venir aquí —dijo de pronto Aphrodite.

Yo alcé la vista hacia Aphrodite sorprendida, y ella comenzó a asentir poco a poco con la cabeza, pero terriblemente seria. Escuché lo que me decía el instinto, y supe con un penetrante latido de mi corazón que Aphrodite tenía razón.

—¡Oh!, Aphrodite, gracias, pero no. De verdad que no me gusta nada abandonar mi granja de lavanda. Hablaremos por teléfono o nos pondremos mensajes las unas a las otras hasta que resolvamos esto.

—Abuela, ¿confías en mí? —pregunté yo entonces.

—Por supuesto que confío en ti, hija —contestó ella al instante.

—Tienes que venir aquí —dije yo simplemente.

Por un momento se hizo el silencio, y yo casi pude oír a la abuela pensar.

—Apenas necesitaré llevar más que un par de cosas —dijo ella al fin.

—Tráete unas pocas plumas —aconsejó Aphrodite—. Apuesto a que vamos a tener que hacer más purificaciones.

—Lo haré, mi niña —contestó la abuela.

—Vente ya, abuela —insistí yo, a pesar de que detestaba ese sentimiento de urgencia que me invadía.

—¿Esta noche, Zoeybird? ¿No puedo siquiera esperar unas cuantas horas a que se haga de día?

—Esta noche.

Como si quisiera dar énfasis a mi ruego, Aphrodite y yo oímos el escalofriante y penetrante grito de un cuervo a través del teléfono. Sonó tan fuerte que bien podía haber estado el animal en el cálido y ordenado salón de la casa de mi abuela.

—¡Abuela! ¿Estás bien?

—Son solo espíritus, *u-we-tsi-a-ge-ya*. No podrían hacerme daño más que si estuviera cerca de la muerte, y te garantizo que no estoy en absoluto cerca de la muerte —aseguró la abuela con firmeza.

Yo recordé el paralizante y helador miedo que producían esos cuervos y la dolorosa herida que había aparecido en mi mano, y dudé de que mi abuela estuviera cien por cien en lo cierto.

—Bueno, pero date mucha prisa, abuela. Me sentiré mucho mejor cuando estés aquí —dije yo.

—Y yo también —añadió Aphrodite.

—Llegaré allí dentro de dos horas. Te quiero, Zoeybird.

—Yo también te quiero, abuela.

Estaba a punto cerrar el móvil cuando la abuela añadió:

—Y a ti también te quiero, Aphrodite. Puede que esta sea la segunda vez que me salvas la vida.

—Adiós, hasta pronto —dijo Aphrodite.

Al cerrar el teléfono me sorprendió ver que los ojos de Aphrodite, que casi se

habían aclarado del todo y eran de nuevo de un azul transparente, estaban llenos de lágrimas. Además tenía las mejillas sonrosadas. Ella notó que la miraba, encogió un hombro y se enjugó los ojos. Parecía muy incómoda.

—¿Qué? ¿Qué pasa si me gusta tu abuela? ¿Es que es un crimen?

—¿Sabes? Empiezo a creer que en algún lugar dentro de ti se esconde una Aphrodite amable.

—Bueno, pues no te pongas pegajosa porque en cuanto la encuentre, pienso ahogarla en la bañera.

Yo me eché a reír.

—¿No crees que deberías ponerte en marcha? Tienes mucho que hacer —añadió ella.

—¿Qué tengo que hacer?

Aphrodite suspiró.

—Tienes que reunir a la panda de lerdos, darles instrucciones acerca del poema y todo lo demás, y buscar un sitio para que se quede tu abuela, lo cual significa que tendrás que hablar con Shekinah, porque supongo que no querrás tener una agradable conversación frente a frente con Neferet. Y además todavía queda el asunto de la cámara oculta, así que tendrás que decirle a Jack que la instale en la morgue. ¡Buena suerte con tus empresas!

—¡Mierda, tienes razón! Y mientras yo hago todo eso, ¿qué vas a hacer tú?

—Voy a descansar, a ver si así consigo estar despejada y lista para resolver el rompecabezas del poema con los impresionantes y sorprendentes poderes de mi mente.

—O sea, que te vas a echar una siesta, ¿no?

—Básicamente. ¡Pero anímate! Hemos conseguido saltarnos un día entero de clase —dijo Aphrodite.

—Tú has conseguido saltarte un día entero de clase. Yo he conseguido llegar justo a tiempo para asistir a la clase de mi ex novio y montar con él delante de todo el mundo una escena improvisada realmente incómoda y violenta.

—¡Jo, jo, jo! ¡Esa historia quiero oírla!

—Pues no contengas el aliento —contesté yo por encima del hombro mientras salía por la puerta.

No fue difícil encontrar a Damien y a las gemelas. Estaban abajo, en el salón principal de la residencia de chicas, tragando bolsas de galletitas saladas y patatas asadas (¡Aj! Es asqueroso que los vampiros nos obliguen a comer comida sana). Al notar que nada más verme todo el mundo se callaba e instantes después todos se ponían a murmurar, resultó evidente que estaban cotilleando acerca de mí.

—¡Eh!, colega, acabamos de oír lo de la clase de teatro con Erik —dijo Damien,

al tiempo que me daba un amable golpecito en el brazo.

—Sí, pero no nos hemos enterado del todo bien —dijo Shaunee.

—Queremos conocer los detalles de primera mano —añadió Erin.

—Sí, y tú eres nuestra fuente principal —terminó Shaunee.

Yo suspiré.

—Interpretamos una escena improvisada. Él me besó. La clase se volvió loca. Todo el mundo se marchó cuando sonó la campana. Yo me quedé. Pero él no me hizo caso. Fin.

—¡Ah, no, no! ¡No vas a escaparte solo con eso! —exclamó Erin.

—No, Becca nos ha contado una historia mucho más picante. ¿Sabes?, gemela, creo que a esa chica le gusta nuestro Erik —dijo Shaunee.

—¿En serio, gemela? ¿Y crees que deberíamos de sacarle los ojos de parte de Z? —preguntó Erin—. Hace años que no hago un buen trabajo con las uñas.

—Sois las dos unas superficiales —dijo Damien—. Erik y Zoey cortaron, ¿o es que no os acordáis?

—Sí, bueno, y tu vocabulario es un superasco —dijo Erin.

—Superexacto —convino Shaunee.

—¡Maldita sea! ¿Queréis dejar ya de discutir? Tenemos un asunto importante entre manos, ante el cual mi patética vida amorosa resulta aún más ridícula de lo que ya es. Me voy a la cocina a por un refresco de cola y a por una bolsa de patatas fritas de verdad. Mientras tanto, moved esos culos y subid las escaleras. Nos vemos en el cuarto de Aphrodite. Tenemos un asunto que resolver.

—¿Un asunto? —repitió Damien—. ¿Qué clase de asunto?

—Pues la clase de asunto tenebroso, apocalíptico y de vida o muerte al que ya estamos acostumbrados —dije yo.

Damien y las gemelas se me quedaron mirando y parpadeando durante unos cuantos segundos. Y luego, los tres juntos, contestaron:

—¡Vale, estupendo! Nosotros también queremos participar.

—¡Ah!, y, Damien —añadí yo—. Trae a Jack. Él también forma parte de esto.

Damien pareció sorprendido, luego feliz y finalmente triste.

—Z, ¿te importa si él trae a *Duchess*? La perra no consiente perderlo de vista.

—Sí, ella también puede venir. Pero adviértele a Jack que Aphrodite tiene una gata nueva, y además es un clon de su excéntrica ama, solo que con mucho más pelo.

—¡Ah, Dios! —exclamaron las gemelas.

Yo sacudí la cabeza y desaparecí en dirección a la cocina, decidida a no permitir que nadie me provocara dolor de cabeza.

—¡Ohdiosmío, creo que me voy a desmayar! —exclamó Jack sin dejar de abanicarse.

Estaba realmente pálido, y no dejaba de lanzar miraditas hacia la ventana,

cubierta con una pesada cortina drapeada. *Duchess*, que estaba apretujada en medio de todos nosotros en la habitación de Aphrodite junto con la gata, se apoyó encima de él y aulló. Jack había sido el primero en abrir la boca después del largo silencio que había seguido a la explicación de Aphrodite y mía a propósito de su visión, del poema, y de la historia de mi abuela sobre la *tsi sgili*, los cuervos del escarnio y Kalona.

—Vale, es la historia más tenebrosa que he oído en siglos —comentó Shaunee, prácticamente sin aliento—. Juro que es más espeluznante que todas las películas de *Saw* juntas.

—¡*Ohdiosmío*, gemela! ¡Si *Saw IV* me puso los pelos de punta! —dijo Erin—. Pero tienes razón. Ese asunto de Kalona es incluso peor. Y creo que ha sido una buena idea que le dijeras a tu abuela que viniera aquí, Z.

—Lo mismo digo, gemela —coincidió Shaunee.

—¡Oh, Z! —exclamó Jack mientras acariciaba frenéticamente las orejas de *Duchess*—. ¡Solo de pensar en esos desagradables cuervos graznándole a tu abuela, allí sentada en la granjita de lavanda del quinto pino, me da de todo!

—Estupendo —dijo Aphrodite—. Como si Zoey no estuviera ya asustada, para que encima vengáis los tres a clavarle el puñal y retorcérselo bien dentro.

—¡Ay, jopé, lo siento, Zoey! —se disculpó Jack al instante, aferrándose a Damien con una mano y sin dejar de acariciar a *Duchess* con la otra.

Parecía a punto de llorar.

Yo esperaba que las gemelas soltaran un bufido e hicieran un gesto de mal humor en dirección a Aphrodite como era habitual, pero en lugar de ello se miraron la una a la otra y luego se giraron hacia mí.

—Lo siento, Z —dijo Erin.

—Sí, la bruja... quiero decir, Aphrodite tiene razón. No deberíamos asustarte más por tu abuela —dijo Shaunee.

—¡Demonios! ¿Acaso las gemelerdas acaban de decir que tengo razón? —preguntó Aphrodite mientras se presionaba el dorso de la mano contra la frente, fingiendo que estaba a punto de desmayarse.

—Si eso te hace sentirte mejor... —dijo Shaunee.

—Pero todavía te odiamos —dijo Erin, terminando la frase.

—¡Eh!... ¿Os importaría, por favor, tener en cuenta que *Duchess* acaba de pasar por un montón de caca de vaca? —pregunté yo. Me agaché delante de la enorme labradora rubia y tomé su rostro entre las manos. Sus ojos parecían serenos y sabios, como si hubiera comprendido ya muchas más cosas de las que jamás comprenderíamos nosotros—. Tú eres mucho mejor chica que todas nosotras, ¿a que sí?

Duchess me lamió la cara, y yo sonreí. La perra me recordaba a Stark: al Stark

vivo, al que respiraba, al Stark seguro de sí mismo. Y de pronto me asaltó la esperanza de que quizá él regresara a por la perra (y a por mí). A pesar de que eso solo añadiría otro poco más de complejidad a mi vida, de alguna manera me hacía sentir también que quizá las cosas no fueran tan terribles como me parecían. Pero entonces Damien hizo añicos mi sueño.

—Déjame que vea el poema.

Típico del señor Estudioso: ir directo al grano, saltándose una buena parte del drama.

Me sentía completamente aliviada, sin embargo, de poder contar con otro cerebro para solucionar el problema, así que me puse en pie y se lo tendí.

—Para empezar, sabes que llamarlo poema es inadecuado —dijo Damien.

—La abuela lo llamó canción —dije yo.

—En realidad tampoco es una canción. O, al menos en mi opinión, no lo es.

Yo tengo mucho respeto por las opiniones de Damien, sobre todo en cualquier cosa que sea vagamente académica, así que contesté:

—Si no es ni un poema ni una canción, entonces, ¿qué es?

—Es una profecía —dijo él.

—¡Vaya, mierda! Pues tiene razón —dijo Aphrodite.

—Es una lástima, pero tengo que estar de acuerdo —dijo Shaunee.

—Desgraciadamente la jodida lengua es confusa. Pero sí, definitivamente es una profecía —dijo Erin.

—¿Una profecía como la del regreso del rey en *El señor de los anillos*? —preguntó Jack.

Damien le sonrió antes de contestar:

—Sí, exactamente.

Entonces todos me miraron.

—A mí me parece bien —dije yo sin mucha convicción.

—Vale, pues vamos a descifrarla —dijo Damien mientras la examinaba—. Muy bien, así que está escrita con un esquema rítmico del tipo «abab cdcd», en tres estrofas.

—¿Eso es importante? —pregunté yo—. Quiero decir que ahora lo llamamos profecía en lugar de poema, así que, ¿qué nos importa eso del «abab»?

—Bueno, no estoy seguro al cien por cien, pero está escrito en forma poética, así que me imagino que deberíamos utilizar reglas poéticas para descifrarlo.

—Bueno, parece lógico —convine yo.

—Las estrofas poéticas vienen a ser, por decirlo de alguna manera, como los párrafos en la prosa: cada uno es independiente y tiene su propio tema, aunque todos tienen que encajar juntos como un todo.

—¡Este es mi chico! —exclamó Jack, sonriendo y abrazando a *Duchess*.

—Sí que es listo el chico, sí —convino Shaunee.

—No puede dejar de darle al cerebro —dijo Erin.

—Solo de verlo me produce dolor de cabeza —añadió Aphrodite.

—Y eso significa que, para empezar, tenemos que ir examinando las estrofas por separado, ¿no? —pregunté yo.

—Tampoco va a hacernos daño —repuso Damien.

—Léelas en voz alta —dijo Aphrodite—. Resultaba más fácil comprenderlo cuando Zoey lo leyó en voz alta.

Damien se aclaró la garganta y leyó la primera estrofa con su excelente tono de lector:

Resurgir quiere aquel que desde antaño dormita.

El poder de la tierra deberá sangrar de un rojo sagrado,

para que la marca se haga realidad, tal y como la reina *tsi sgili* imagina.

Cuando él de su lecho de ultratumba sea izado.

—Bueno, es evidente que con lo de «aquel que desde antaño dormita» se refiere a Kalona —dijo Damien.

—Y Aphrodite y yo hemos pensado que lo de que la tierra debe sangrar puede referirse a cuando asesinan a alguien, como a la profesora Nolan —añadí yo, tragando.

Hubiera debido de añadir el nombre de Loren, pero me sentía incapaz de pronunciarlo.

—Cuando la encontré, había... había tanta sangre sobre la hierba, alrededor, que... que el suelo no había podido absorber, que realmente parecía como si la tierra hubiera sangrado —explicó Aphrodite con voz trémula por el recuerdo.

—Sí, sin duda podría describirse diciendo que la tierra sangraba —convine yo—. Y si la persona o vampiro que fue asesinada era poderosa, eso encajaría con lo que se dice del poder.

—Vale, eso funciona, sobre todo cuando se añaden las dos líneas siguientes. Es evidente que es la reina *tsi sgili* la que se lo imagina todo —dijo Damien, que de pronto se calló y arrugó la frente—. ¿Sabéis?, aquí podría haber una trampa. La *tsi sgili* se imagina o concibe o provoca lo que ocurre, pero es su poderosa sangre la que hace que la tierra sangre y lo saca a él de su tumba.

—¡*Puaj*, qué asco! —exclamó Shaunee.

—Pero ¿quién es la reina de las *tsi sgili*? —preguntó Erin.

—No estamos seguras. Mi abuela no tiene ni idea. De hecho, ella no sabe gran cosa acerca de las *tsi sgili*, excepto que son peligrosas y que se alimentan de los

muertos —dije yo.

—Bien, entonces tenemos que tener los ojos bien abiertos ante cualquier reina potencial —dijo Damien.

—¿Aunque no tengamos ni siquiera una pista acerca de quién pueda ser? —preguntó Shaunee.

—Sí tenemos una pista —dijo Erin—. La abuela de Zoey dijo que las *tsi sgili* se alimentan de los muertos, así que tiene que ser alguien que se hace más fuerte cada vez que alguien muere.

—Y también la abuela de Zoey dijo que a menudo las *tsi sgili* tienen esa cosa que se llama... eh... *ane li*... ¿cómo era, Zoey? —preguntó Aphrodite.

—*Ane li sgi* —dije yo—. Quiere decir que son grandes adivinas —añadí, respirando hondo y lanzándome—. Creo que todos conocemos a una vampira en particular que puede encajar con esa descripción.

—Neferet —susurró Damien.

—Está bien, sabemos que ella no es lo que parece —dijo Erin.

—Pero ¿significa eso que es tan mala como parece que debe serlo una *tsi sgili*? —preguntó Shaunee.

Aphrodite y yo nos miramos por un momento. Yo tomé una decisión y asentí.

—Ella ha elegido un camino diferente del de Nyx —dijo Aphrodite.

Las gemelas soltaron un grito y se quedaron boquiabiertas. Jack abrazó a *Duchess*, y juro que la perra también soltó un ladrido de sorpresa.

—¿Eso lo sabes seguro? —preguntó Damien con voz trémula.

—Sí. Lo sabemos con seguridad —dije yo.

—Entonces lo más probable es que ella sea la reina a la que se refiere la profecía. Sentí que mi estómago se revolvía al ir encajando más piezas del puzzle.

—Neferet ha estado distinta desde las muertes de la profesora Nolan y de Loren.

—¡Oh, por la diosa! ¿Estás diciendo que ella tuvo algo que ver con esas horribles muertes? —preguntó Jack boquiabierto.

—No sé si tuvo algo que ver o si simplemente se aprovecha de sus efectos —dije yo.

Y entonces recordé la escena de la que había sido testigo entre Loren y Neferet, poco antes de que él fuera asesinado. Ellos dos eran amantes; eso era evidente. Y él estaba enamorado de ella, pero ella lo había utilizado para llegar hasta mí; había utilizado a su amante para seducirme y establecer una conexión conmigo. ¿Cómo podía amarlo realmente y enviarlo a realizar una tarea así?

Pero ¿y si su visión del amor era tan retorcida como ella misma? ¿Significaba eso que podía asesinar aquello que decía amar?

—Pero todos pensábamos que eran las Gentes de Fe las que estaban implicadas en esos asesinatos —dijo Shaunee.

—Quizá fuera eso lo que la reina de las *tsi sgili* quería que pensáramos —dijo Damien, evitando mencionar el nombre de Neferet, cosa que yo encontré muy inteligente.

—Tienes razón. Primero esos asesinatos, después Aphrodite tiene esas dos horribles visiones en las que me asesinan, en una de las cuales al menos con seguridad está implicada Neferet, y por último esta tercera visión con una profecía. Son demasiadas coincidencias. Puede que esos crímenes tuvieran supuestamente que parecer fruto de la intolerancia religiosa —dije yo.

Pensaba en las maravillosas monjas que acaba de conocer y que tanto me habían hecho cavilar acerca de lo que yo creía indiscutible estupidez y estrechez de miras de los cristianos, capaces de cualquier cosa contra cualquiera que tuviera distintas creencias.

—Cuando en realidad eran crímenes por poder. —Aphrodite terminó la frase por mí—. Porque Neferet quiere que Kalona resurja.

—Bueno, dejémoslo por ahora en la reina, ¿de acuerdo? —me apresuré a decir yo.

Todo el mundo asintió. Aphrodite se encogió de hombros y dijo:

—Por mí, bien.

—Pero espera, la profecía podría significar que la muerte de la reina hace posible el resurgir de Kalona. Digamos por ahora que puede que conozcamos a esa reina, porque si es quien creemos que es, yo de ninguna manera la veo sacrificándose a sí misma para que alguien tome el poder —dijo Damien.

—Quizá ella conozca solo parte de la profecía. Quiero decir que la abuela dijo que nadie había tomado nota por escrito del canto de los cuervos del escarnio, que solo se recuerdan trozos sueltos, así que, en resumidas cuentas, lleva perdido millones de años.

—¡Oh, oh! —exclamó Aphrodite.

Todos la miramos.

—¿Qué? —pregunté yo.

—Vale, puede que me equivoque, pero ¿y si Kalona está llegando hasta nosotros de alguna manera desde su tumba, o como quieras llamarlo? Él lleva allí mucho tiempo pero ¿y si la tierra que ha estado sujetándolo estuviera perdiendo el agarre? Él es inmortal. Quizá pueda alcanzar a la gente desde donde está y meterse en sus mentes. Nyx puede hacerlo. Ella puede susurrarnos cosas. ¿Y si él también puede?

—¡Susurrar! ¡Eso es lo que dijo Nyx: que Neferet estaba escuchando los susurros de otra persona! —exclamé yo, que inmediatamente sentí un escalofrío al presentir en mis entrañas que habíamos dado en el clavo.

—Lo lógico sería que las personas cuyas mentes están abiertas a la muerte y al mal fueran las más fáciles de alcanzar para él —dijo Damien.

—Como las *tsi sgili* —dijo Erin.
—Y más aún su reina —añadió Shaunee.
—¡Aj, mierda!



—Vale, vamos a analizar la siguiente estrofa —dijo Damien que, inmediatamente, se puso a leer:

Él será libre a través de la mano de los fallecidos.
Terrible belleza, monstruoso panorama.
De nuevo serán regidos,
y ante este oscuro poder se arrodillarán las damas.

—Y, por supuesto, los últimos dos versos ponen fin al poema —dijo Damien, que terminó leyéndolos:

Dulce suena la canción de Kalona
mientras masacramos con gélido calor.

—Lástima que el resto no sea tan difícil de interpretar como para no adivinarlo —comentó Erin. Todos la miramos boquiabiertos—. Bueno, lo admito: aunque ha sido bajo coacción, no me ha quedado más remedio que aprender algo en el último trimestre en clase de poesía. Así que ya podéis regañarme. Pero bueno, excepto por la primera línea, simplemente dice que en cuanto Kalona sea libre, va a ponerse a violar a la mujeres otra vez.

—Sí, pero en la primera línea se dice cómo va a liberarse —dijo Damien—: a través de la mano de los muertos. Y si recordamos la primera estrofa, esa mano va a provocar algo tan sangriento y desagradable que hará que la tierra sangre.

—Sí, pero en la primera estrofa parece que la persona que va a provocar que la tierra sangre es la reina *tsi sgili*. Y si ella es quien creemos, eso no encaja aquí. Porque ella no está muerta —dije yo.

—¿Y no podría ser simplemente un simbolismo? Porque, ¿cómo puede algo que ya está muerto provocar que otra cosa sangre? No tiene sentido, y por esa razón jamás me ha gustado la poesía —dijo Aphrodite—. Además, digamos que está todo revuelto en una sola persona y que esta *tsi sgili* está muerta y que sangra... ¡La gente muerta no sangra! O, al menos, deja de sangrar poco después de morir.

—¡Oh! ¡Oh, no!

De pronto yo comprendí lo que significaba la profecía. Las rodillas se me doblaron y me dejé caer sobre la cama.

—¡Zoey! ¿Qué te pasa? —preguntó Damien, abanicándome con el trozo de papel.

—¡Como eches la pota en mi cama, te mato! —advirtió Aphrodite.

Yo hice caso omiso del comentario de Aphrodite y me aferré al brazo de Damien.

—Es Stevie Rae: ella estaba muerta, y ahora está no muerta. Sangra. Sangra mucho. Y además tiene poderes adivinatorios, junto con otros poderes importantes de la tierra. ¿Y si ella es la reina?

—Y ella tiene un tatuaje rojo. Justo igual que en la historia sobre la chica que las mujeres *ghigua* fabricaron para Kalona —dijo Erin.

—Eso desde luego podría ser —dijo Shaunee.

—¡Stevie Rae! ¡*Ohdiosmío!* ¡Stevie Rae! —exclamó Jack, que estaba aún más pálido que yo.

—Lo sé, cariño, lo sé. Es demasiado y demasiado de golpe —dijo Damien.

Aphrodite me miró a los ojos.

—Tengo que estar de acuerdo con la teoría de que puede que sea Stevie Rae.

—¡Pero no! ¡Stevie Rae estaba horrorizada cuando perdió su humanidad! —exclamó Damien lentamente, en voz alta, mientras lo iba pensando—. Y ahora ha cambiado y ha vuelto a ser la misma otra vez. No creo que ella pueda ser la reina *tsi sgili*, porque sin duda Stevie Rae no es mala.

Aphrodite me lanzó una mirada dura, y entonces dijo:

—Escuchad, Stevie Rae ya no es la que solía ser.

—Lo cual es lógico, porque le han pasado muchas cosas —me apresuré yo a decir. Pasara lo que pasara, yo no estaba dispuesta a creer que Stevie Rae fuera mala. Diferente sí. Mala, de ninguna manera. Entonces se me ocurrió otra idea—. ¿Sabéis? La verdad es que tendría mucho más sentido que cualquiera de esos otros chicos asquerosos fuera *tsi sgili*. Quiero decir que incluso tú misma has dicho que ellos seguían...

De pronto me interrumpí, comprendiendo al fin por qué Aphrodite me hacía la señal de cortar con dos dedos mientras Damien y las gemelas se me quedaban mirando boquiabiertos.

—Eso es, sí. ¿Te acuerdas ya de que no todos aquí saben de la existencia de los otros chicos? —preguntó Aphrodite que, inmediatamente, puso los ojos en blanco al ver las caras de tontos de mis amigos—. ¡Vaya, *ups!* Vale, dejaré que Zoey se encargue de la situación. Adelante, explícales a los lerdos lo de los monstruos, Z.

¡Ah, mierda! Había olvidado que ellos no sabían nada de los iniciados rojos.

Pero decidí mantenerme firme. Contarles toda la verdad y nada más que la verdad y terminar de una vez. Y si todo lo demás fallaba, rompería a llorar.

—Vale. ¿Os acordáis de todos los otros chicos que murieron?

Mis amigos asintieron un tanto rígidamente, sin dejar de mirarme.

—Del desagradable Elliot y de Elizabeth sin apellido y... bueno, había más, ¿os

acordáis?

Ellos volvieron a asentir.

—Pues no murieron. Les pasó lo que a Stevie Rae solo que, bueno, diferente. Es un poco complicado de explicar —dije yo, vacilando y tratando de encontrar las palabras correctas—. Pero, en líneas generales, están vivos y sus medias lunas azules ahora son rojas y viven en túneles con Stevie Rae.

Por extraño que parezca, fue el dulce Jack el que me salvó:

—¿Quieres decir que había más cosas que no podías contarnos porque no querías que nos pusiéramos casualmente a pensar en ello delante de Neferet, que en realidad no es de los buenos, para que ella no escuchara nuestras mentes y descubriera lo que tú sabes?

—¡Jack, eres un encanto! —exclamé yo.

Jack se rió sofocadamente, sin dejar de acariciar las orejas de *Duchess*.

Entonces yo miré al resto de mis amigos. ¿Serían capaces Damien y las gemelas de perdonar otro aluvión de mentiras tan fácilmente? Vi cómo los tres intercambiaban una larga mirada.

Damien habló el primero.

—Neferet está detrás de las muertes no muertes de esos chicos, ¿verdad?

Yo vacilé. Quería protegerlos de la verdad cuanto fuera posible.

—Sí —dijo Aphrodite, que tomó la decisión por mí—. No cabe duda de que Neferet está detrás de esas muertes. Por eso es por lo que Zoey no quiso contaros lo de esos chicos. Neferet es peligrosa, y Zoey quería protegeros del peligro —dijo Aphrodite, que hizo una pausa y me miró—. Pero ahora ya es demasiado tarde. Tienen que saberlo.

—Sí —dije yo despacio—, todos tenéis que saberlo.

—Bien —dijo entonces Damien, resuelto. Alargó una mano y tomó la mano libre de Jack, con la que no acariciaba a *Duchess*—. Ya es hora de que lo sepamos todo. Estamos preparados y no tenemos miedo.

—Bueno, no tenemos demasiado miedo —lo corrigió Jack.

—Sí, ya sabes cuánto nos gustan los buenos cotilleos —dijo Erin.

—Y estos son cotilleos buenos de primera —dijo Shaunee.

—Gemelerdas, no podéis contar nada de esto a nadie —advirtió Aphrodite con evidente indignación.

—¡Oh, por favor!, eso ya lo sabemos —dijo Shaunee.

—Sí, sabemos que no podemos contarle nada a nadie ahora, pero en el futuro esto seguirá siendo un cotilleo alucinante —dijo Erin.

—Muy bien —las interrumpió Damien—. Cuéntanoslo, Zoey.

Yo respiré hondo y se lo conté todo. Les conté todo lo ocurrido la primera vez que creí ver «fantasmas», que al final acabaron siendo aquel chico asqueroso, Elliot, y

Elizabeth sin apellido (a quien yo había tenido que atacar con fuego y matar de verdad para sacar a Heath de los túneles), cuando ya estaban no muertos. Les conté lo de Stevie Rae: se lo conté todo. Incluso les conté que quizá Stark regresara como no muerto.

Cuando terminé, mis amigos se quedaron callados y atónitos durante un largo rato.

—¡Vaya! —exclamó Jack, que enseguida miró a Aphrodite—. ¿Así que tú eras la única persona a la que Zoey podía contarle todo esto porque, por la razón que sea, los vampiros no pueden leerle la mente?

—Sí —dijo ella.

Yo vi a Aphrodite erguirse y esbozar esa expresión altanera que significaba que se estaba preparando para que le dieran la espalda; para que le dijeran que, como por fin ellos lo sabían todo, ella ya no era necesaria.

—Debe de haber sido muy duro para ti, sobre todo al ver que nosotros nos portábamos mal contigo —añadió Jack.

Aphrodite parpadeó sorprendida.

—Sí —dijo Damien—. Lamento algunas de las cosas que te dije. Tú entonces te estabas portando como una buena amiga para Zoey, y eso a pesar de que nosotros no.

—Lo mismo digo —dijo Shaunee.

—Es triste, pero yo también digo lo mismo —añadió Erin.

Aphrodite estaba completamente atónita. Yo sonreí y le guiñé un ojo a escondidas. No lo dije en voz alta, pero definitivamente parecía como si ella estuviera convirtiéndose en una más de nuestra pandilla de lerdos.

—Bueno, pues ahora que ya lo sabéis todo, tenemos mucho trabajo que hacer —continué yo. Todo el mundo me prestó atención—. Como decía Stevie Rae, tenemos que estar seguros de que Neferet no está delante en el momento en el que Stark se despierte, si es que se despierta, para que no haga de él uno más de sus lacayos.

—¡Aj! —exclamó Shaunee.

—¡Es tan asqueroso, sobre todo porque el chico era tan majo! —dijo Erin.

—Puede que siga siendo majo —dijo Jack, que de repente soltó un grito y le tapó las orejas a *Duchess*—. Y si vamos a seguir hablando de él, creo que lo mejor sería llamarlo «él» o J. S. o deletrear su nombre. Por respeto a *Duchess*, más que nada.

Yo miré a los ojos marrones de *Duchess*. Por un momento me quedé atrapada ahí, y juro que vi dolor y pérdida y una profunda e ilimitada bondad.

—De acuerdo, usaremos simplemente las iniciales —dije yo.

En el fondo eso me aliviaba, porque al usar las iniciales ya no pensaría tanto en que era de él de quien estábamos hablando y, por eso mismo, no recordaría hasta qué punto habíamos conectado justo antes de morir él.

—Así que, en lugar de tratar de robar... eh... el cuerpo de J. S. y esconderlo en el

armario de Z o lo que sea, yo, por supuesto, he tenido una idea mucho mejor —dijo Aphrodite, que hizo una pausa para asegurarse de que todo el mundo le prestaba atención—. Tengo una cámara oculta.

—¡Ah, estupendo! —exclamó Jack—. Lo vi el otro día en el programa *Doctor Phil*. ¡Dios, fue sencillamente horrible! Pillaron a una niñera horrorosa y, con perdón, gorda y mal vestida, sacudiendo a un pobre niño pequeño.

—Entonces, ¿conoces esas cámaras? —preguntó Aphrodite.

—Sí —dijo él.

—Bien. Tienes que colarte en la morgue, instalar la cámara y traerle el monitor a Zoey. ¿Crees que podrás hacerlo? —preguntó Aphrodite.

Jack palideció.

—¿La morgue?, ¿quieres decir el lugar en el que guardan a los muertos?

—No pienses en ese lugar de ese modo —me apresuré yo a decir—. J. S. puede simplemente estar durmiendo, solo que sin respirar.

—¡Ah! —dijo Jack, que no parecía en absoluto convencido.

—¿Puedes hacerlo? —pregunté yo.

Me aliviaba inmensamente el hecho de no saber nada de electrónica y no poder hacer esa tarea.

—Sí, puedo hacerlo. Lo prometo —dijo Jack resuelto, agarrando a *Duchess* del cuello con un brazo.

—Bien, entonces ese problema está resuelto —dije yo.

Al menos hasta que Stark se despertara, si es que se despertaba. Sin embargo yo esperaba contar con un par de días antes de tener que enfrentarme a todas las posibles consecuencias de ese suceso. En realidad me resultaba duro pensar siquiera en Stark, así que cambié de tema precipitadamente.

—Tenemos que volver al asunto de la profecía. Me preocupa mucho que la línea que dice eso de «a través de la mano de los muertos» se refiera a Stevie Rae —dije yo.

—Y yo sigo sin creer que Stevie Rae pueda estar implicada en el surgimiento de este ángel caído —dijo Damien.

—Pero hay más de esa nueva clase de vampiros, ¿no? —preguntó Jack.

—Bueno, en realidad no hay más vampiros —expliqué yo—. Stevie Rae es la única que ha completado el cambio. Lo que hay son unos cuantos iniciados.

—Tiene mucho más sentido que sea uno de ellos —dijo Damien.

—Sí, desde luego Stevie Rae no va a mezclarse con un tipo malo —dijo Erin.

—No, imposible —convino Shaunee.

Aphrodite simplemente me miró, pero ninguna de las dos dijo nada.

—Pero Zoey ha dicho que los otros chicos son, bueno, asquerosos —dijo Jack.

—Lo son —afirmó Aphrodite—. Son como... —Aphrodite hizo una pausa, pero

enseguida sus ojos se iluminaron—. Son como obreros. ¡Puaj!

—Aphrodite, los obreros no tienen nada de malo —dije yo, por completo desesperada.

—¿Qué? Oigo lo que dices, pero no le encuentro sentido.

Yo puse los ojos en blanco antes de decir:

—Vale, puede que ahora mismo los iniciados rojos solo resulten desagradables en el extraño mundo de Aphrodite. Yo no he visto a ninguno de ellos desde que Stevie Rae completó el cambio, pero ella me ha dicho que los tiene bajo control y que han recuperado la humanidad, así que no tengo por qué seguir pensando que son asquerosos.

—Bueno, pero ya sean asquerosos, no lo sean o simplemente estén siendo estereotipados por la señorita Gossip Girl, creo que deberíamos vigilarlos —dijo Damien—. Tenemos que saber qué están haciendo. De qué están hablando. Qué están pensando. Si supiéramos todo eso, sabríamos también si ese tipo demoníaco está tratando de ponerse en contacto con alguno de ellos para utilizarlo para sus infames fines.

—Infa... ¿qué? —preguntó Shaunee.

—Fame... ¿quién? —preguntó Erin.

—Significa «malo en extremo» —explicó Jack en susurros a las gemelas.

—Bueno, entonces me alegro de que Stevie Rae y sus iniciados rojos vayan a venir al ritual de mañana —anuncié yo.

Mis amigos me miraron con la boca abierta.

Yo miré a Aphrodite. Ella suspiró.

—Ya no tengo afinidad con la tierra —admitió Aphrodite. Entonces alzó una mano y, con el dorso, se emborronó la frente con el tatuaje falso de la luna creciente de color zafiro que se había dibujado—. Ya no soy una iniciada. Vuelvo a ser humana otra vez.

—Bueno, Aphrodite no es una humana normal exactamente —añadí yo—. Todavía tiene visiones, como es evidente por la profecía que acaba de copiar para nosotros. Y además sigue siendo importante para Nyx —dije yo, mirándola y sonriendo—. Se lo he oído decir a la propia diosa.

—¡Vaya, eso sí que es de lo más raro! —dijo Jack.

—Es muy, muy rarito —convino Shaunee.

—Pero no rarito en plan «gay», no te lo tomes a mal —añadió Erin.

—Así que, igual que Stevie Rae y los iniciados rojos, Aphrodite es algo que nadie ha sido nunca jamás —dijo Damien, pensativo.

—Eso parece —dije yo.

—Las cosas están cambiando —añadió Damien lentamente—. El orden del mundo está cambiando para dar lugar a algo nuevo.

Yo sentí un escalofrío atravesarme.

—¿Y eso es bueno, o malo?

—No creo que podamos saberlo aún —dijo él—. Pero pronto nos enteraremos.

—¡Da miedo! —dijo Jack.

Yo miré a mis amigos. Todos parecían asustados e inseguros, y yo supe que eso no podía ser. Teníamos que ser fuertes. Teníamos que permanecer unidos y creer los unos en los otros.

—Yo no creo que dé miedo —dije yo. La primera vez que lo dije fue una gran mentira, pero cuanto más hablaba, más comenzaba a creerlo—. El cambio puede ser raro, incluso muy, muy rarito. —Sonreí en dirección a Damien y a Jack, y ellos me devolvieron una sonrisa vacilante—. Pero el cambio tiene que ocurrir para que las cosas crezcan, para que nosotros podamos crecer. ¡Eh!, si no fuera por este cambio, Stevie Rae estaría muerta. Yo trato de recordarlo cuando me siento abrumada por todo esto. Además —continué yo, haciendo una pausa para mirar a cada uno de ellos—, nos tenemos los unos a los otros. Y el cambio no es tan malo cuando no estás solo.

Sus miradas de creciente confianza me hicieron pensar que quizá, algún día, yo podría convertirme en una alta sacerdotisa medio decente.

—Bueno y, ¿cuál es el plan? —preguntó Damien.

—Bien, Jack y tú tenéis que instalar la cámara oculta en la morgue. ¿Creéis que podéis hacerlo sin que os pillen? —pregunté yo.

—Creo que podemos distraer la atención —contestó Jack lentamente, desviando la vista de *Duchess* a *Maléfica*, que se había pasado toda la reunión gruñéndole amenazadoramente a la perra desde la puerta del baño—. Bueno, eso si podemos contar con la ayuda de Aphrodite.

—Vale, pero si mi gata se come a esa perra, no quiero oír ni una sola palabra. Ni siquiera aunque S-t-a-r-k se despierte y se ponga a preguntar de mal humor quién le ha hecho jirones el hocico a su perra.

—Bueno, procurad que sea solo una maniobra de distracción, no un baño de sangre —dije yo.

—Trato hecho —conviniere Damien y Jack.

—Voy a ir a buscar a Shekinah para decirle que mi abuela viene de visita y que necesito que se quede en un cuarto de invitados —añadí yo.

—Pues nosotras vamos a quedarnos bien lejos de Neferet —dijo Erin.

—Eso digo yo —añadió Shaunee—. Y eso debería de valer para todos nosotros, excepto para Z y para Aphrodite.

Yo iba a abrir la boca para decir que estaba de acuerdo con ella cuando el grito de Aphrodite nos dejó a todos perplejos.

—¡No!

—¿Por qué no? Tenemos que mantenernos lejos de Neferet. Si ella empieza a escuchar nuestras mentes, averiguará que lo sabemos todo sobre Stevie Rae y los otros chicos. Y si de verdad es la reina *tsi sgili*, le servirá de aviso de lo que sabemos acerca de ella, de los cuervos del escarnio e incluso de Kalona —dijo Damien con evidente desesperación—. Espera un segundo. Dime por qué crees que no deben evitar a Neferet —le pedí yo a Aphrodite.

—Muy simple. Si la pandilla de lerdos la evita, sin duda Neferet empezará a escuchar nuestras mentes. Y nos escuchará largo y tendido, profundamente. Pero ¿y si Damien y Jack y las gemelerdas actúan como siempre, como si no tuvieran ni idea de nada? ¿Y si no la evitan, sino que incluso van a buscarla y le dicen hola, le hacen preguntas sobre las tareas de clase y se quejan de que la comida es demasiado sana?

—Eso no hace falta inventárselo —dijo Jack.

—Exacto, y mientras estáis cerca de Neferet, digamos que Jack no piensa más que en lo estresante que es andar con un perro que está todo el día tan triste. Damien piensa en las tareas de clase y en lo monos que son los ojos de Jack. Y las gemelas piensan en escaparse para las rebajas del final de la temporada de la zapatería Saks, que es la semana que viene, por cierto.

—¡Imposible! ¡Empiezan ya! —exclamó Shaunee.

—¡Lo sabía! Sabía que este año iban a empezar antes. Tienen que aumentar las ventas por culpa de esa horrible tormenta que tuvimos, así que eso echa por tierra todo el esquema tradicional de rebajas —concluyó Erin.

—¡Trágico, gemela, sencillamente trágico! —dijo Shaunee.

—¿Lo ves? Si los lerdos y los *frikis* actúan como si tuvieran la cabeza tan hueca como Neferet cree profundamente que la tienen, no mirará más allá —sentenció Aphrodite.

—¿De verdad crees que Neferet piensa que tenemos la cabeza hueca? —preguntó Damien.

—Neferet me subestima constantemente. Es lógico creer que también os subestima a vosotros, chicos —dije entonces yo.

—Si eso es verdad, entonces tenemos una gran ventaja —concluyó Damien.

—Hasta que ella se de cuenta de su error —advirtió Aphrodite.

—Bueno, esperemos que eso le lleve tiempo —dije yo—. Vale, me voy a buscar a Shekinah. De ahora en adelante, creo que deberíamos de estar juntos el mayor tiempo posible. Ya sé que mi abuela ha dicho que los cuervos del escarnio son solo espíritus, pero estoy casi cien por cien segura de que ayer me atacó uno. Y os aseguro que duele. Además, tengo un mal presentimiento con respecto a ellos. Mi abuela también nos ha dicho que solo pueden hacer daño a las personas mayores que están cerca de la muerte, pero si es cierto que Kalona se está haciendo fuerte, ¿no pueden hacerse fuertes ellos también? ¿Y si resulta que ahora ya pueden empezar a hacer daño a

personas que no son ni tan mayores, ni están tan cerca de la muerte?

—Me estás asustando —dijo Jack.

—Bien —contesté yo—. Así serás más prudente.

—Pero yo no quiero colarme así de asustado en la morgue —dijo Jack.

—Acuérdate de que es posible que esté solo durmiendo —dijo Damien mientras ponía un brazo alrededor de Jack—. Vamos a llevar a *Duchess* a mi habitación, y mientras nos inventaremos una táctica de distracción. Vienes con nosotros, ¿verdad? —añadió Damien en dirección a Aphrodite.

—Vais a necesitar a mi gata —dijo Aphrodite, soltando un suspiro.

No era una pregunta pero, a pesar de todo, los dos chicos asintieron y sonrieron.

—Bueno, entonces voy con vosotros. Dejaremos aquí a *Maléfica* hasta que tengamos listo el plan.

—Por supuesto —accedió Damien.

Yo miré a las gemelas.

—No necesito deciros, chicas, que permanezcáis juntas, ¿verdad?

—No —contestó Erin.

—¡Eh!, ¿y si recogemos más hierbas para los palitos de purificación? —propuso Shaunee.

—Buena idea. No vendrá mal purificar todas nuestras habitaciones —dije yo.

—¡Claro! —exclamó Shaunee.

—¡En seguida! —exclamó Erin.

—¡Pero esperad! —dijo entonces Jack—. Vosotras, chicas, también podéis ser útiles en nuestra maniobra de distracción.

—Pero tú ya sabes lo antipático que es *Belcebú* —dijo Shaunee.

Jack sonrió y asintió.

—Precisamente por eso resulta perfecto.

—¡Pobre *Duchess*! —exclamó Erin.

—¡Eh!, ¿qué vas a hacer tú, Z? —preguntó Jack.

—Ir a ver a Shekinah y preguntarle si mi abuela se puede quedar en la escuela —dije yo, que inmediatamente miré el reloj—. De hecho, debe de estar a punto de llegar.

—Vale, ya sabemos todos qué vamos a hacer. Así que, ¡adelante! —dijo Damien.

Todos nos dirigimos hacia la puerta, pero entonces Aphrodite se quedó retrasada y dijo:

—¡Eh!, nos veremos aquí dentro de un momento. Parece que tú y yo vamos a seguir juntas un ratito más.

Yo le sonreí.

—Esta vez te has metido en un lío, ¿no es eso?

Aphrodite giró los ojos en sus órbitas, se sacó un espejo del bolso y se dibujó

expertamente el tatuaje falso. Luego yo la seguí por el pasillo, escuchando la estela de lo que ella iba musitando:

—Sí... sí... sí... estúpidas visiones que me ponen los ojos colorados, amigos lerdos, un diablo antiguo... ¡Estoy impaciente por saber qué vendrá ahora!



Por el camino desde la residencia de chicas hasta el edificio principal de la escuela decidí que no sería inteligente ir a ver a Shekinah tan tensa y estresada, así que respiré profundamente varias veces el aire purificador para calmarme, ordené mis pensamientos y traté de relajarme y de disfrutar de la bella y cálida noche, impropia del tiempo en el que estábamos. Las luces de gas de las farolas creaban bonitas sombras contra los árboles invernales y los setos, y soplaba un suave viento que me traía el olor de la tierra y de las hojas del árbol de la canela que alfombraban el suelo. Grupos de chicos iban y venían de un edificio a otro de la escuela, pero en su mayor parte se dirigían a las residencias o al extremo de la escuela donde estaba la cafetería. Hablaban y reían. Muchos de ellos me gritaron «hola», y unos cuantos me saludaron respetuosamente. A pesar de los problemas a los que me enfrentaba, me daba cuenta de que me sentía optimista. No estaba sola. Mis amigos estaban conmigo y, por primera vez en mucho tiempo, lo sabían todo. Yo no estaba mintiéndoles ni evitándolos. Les decía la verdad, y estaba realmente muy, muy contenta de hacerlo.

Nala surgió de la oscuridad y vino en mi dirección con su «*miauff*» y su mirada repleta de reproches. En apenas unos segundos se abalanzó sobre mí y se subió a mis brazos, y yo tuve que ingeniármelas para agarrarla.

—¡Eh!, podías avisar, ¿sabes? —dije yo, que acabé de todos modos besándole la mancha blanca de la nariz y acariciándole las orejas.

Caminamos por la oscura acera. Nos apartábamos de la zona del campus repleta de chicos para internarnos en la sección donde estaba la biblioteca y, al final del todo, la sala de profesores. La noche era realmente bella, y el cielo de Oklahoma estaba repleto de brillantes estrellas. *Nala* metió la cabeza en mi hombro; ronroneaba contenta cuando de pronto sentí todo su cuerpo ponerse tenso.

—¡*Nala!*, ¿qué pasa...?

Y entonces lo oí. El graznar de un único cuervo que sonó tan cerca, que hubiera debido de verlo entre las sombras de los árboles que tenía más cerca. A ese primer graznido siguió otro, y luego otro, y luego otro. Era un sonido simple, y sin embargo aterrador. Comprendí porqué los llamaban los cuervos del escarnio porque, aunque era fácil confundirlos con un pájaro cualquiera, cuando uno escuchaba con más cuidado podía oír en su grito sospechosamente mundano el eco de la muerte, del miedo y de la locura. La brisa, que antes era cálida y dulce, de pronto se tornó en un aire vacío y helado, como si yo acabara de entrar en un mausoleo. Se me heló la sangre.

Nala siseó larga y amenazadoramente mientras miraba por encima de mi hombro

hacia la oscuridad que rodeaba los enormes y viejos robles que, por lo general, nos resultaban siempre tan familiares y agradables. No así esa noche. Esa noche albergaba monstruos. Automáticamente eché a caminar más deprisa, buscando por allí con desesperación a los chicos que, instantes antes, parecían andar por todas partes. Pero *Nala* y yo habíamos girado en una esquina, y estábamos completamente solas en medio de la oscuridad y de todo lo que ocultaba.

Los cuervos volvieron a graznar. El ruido me puso los pelos de punta tanto de los brazos como de la nuca. *Nala* gruñó en voz baja y volvió a sisear. Revoloteaban alas a mi alrededor, tan cerca que podía sentir el aire helado que desplazaban. Y entonces los olí. Apestaban a carne podrida y a pus. Era un olor que resultaba mortal, asquerosamente dulce. Saboreé la bilis del miedo en lo más hondo de mi boca.

Más y más cuervos graznaron hasta saturar la noche, y de pronto pude ver sombras dentro de las sombras de la vibrante oscuridad. Vislumbré momentáneamente algo afilado y picudo, volando. Si solo eran espíritus, ¿cómo podían tener picos que brillaban a la suave luz de las lámparas de gas?, ¿cómo podían los espíritus oler a muerte y a decadencia? Y si ya no eran solo espíritus, ¿qué eran, entonces?

Me detuve, sin saber si correr o volver atrás. Y mientras estaba ahí, bloqueada por el pánico y la indecisión, la negrura del árbol más cercano vibró y se lanzó sobre mí. Mi corazón martilleaba dolorosamente; estaba a punto de caer en un estado de pánico que iba a dejarme muda, entumecida y paralizada de miedo. Solo podía jadear de puro terror al verlo acercarse. Sus horribles alas desplazaban aire helado y pútrido; venía hacia mí. Yo podía verlo; podía ver los ojos del hombre dentro del pájaro mutante... y los brazos... los brazos de un hombre con las manos retorcidas, grotescamente levantadas con la forma de andrajosas y sucias garras. La criatura abrió el pico curvo y me chilló, y luego extendió la lengua en forma de horca.

—¡No! —grité yo, revolviéndome ante él y sujetando con fuerza a la gata, que no dejaba de sisear—. ¡Apártate!

Me giré y corrí.

Y entonces me atrapó. Sentí sus manos, horriblemente frías, al engancharme por los hombros. Grité y solté a *Nala*, que se agazapó a mis pies, gruñendo y mirando para arriba, hacia la criatura. Sus horrorosas alas se desplegaron a ambos lados de mí, manteniéndome inmóvil. Sentí cómo se inclinaba sobre mi espalda en una esperpéntica burla de abrazo. Estiraba la cabeza por encima de mi hombro para poder enganchar el pico alrededor de mi cuello, descansándolo sobre el punto en el que mi pulso golpeaba frenéticamente en la garganta. Y ahí se quedó, con el pico abierto lo justo como para sacar la lengua roja en forma de horca y saborear mi cuello, como si quisiera probarme antes de devorarme.

Yo estaba absolutamente paralizada por el miedo. Sabía que iba a cortarme el

cuello. La visión de Aphrodite iba a hacerse realidad, solo que era un demonio quien iba a matarme en lugar de Neferet. *¡No! ¡Oh, diosa, no!*, gritaba mi mente. *¡Espíritu! ¡Encuentra a alguien que pueda ayudarme!*

—¿Zoey?

De pronto la voz de Damien giraba a mi alrededor, traída por un viento inquisitivo.

—¿Damien, ayúdame...! —conseguí decir con un susurro roto.

—¡Salvad a Zoey! —gritó Damien.

Una violenta ráfaga de viento tiró a la criatura de donde estaba, a mi espalda. Sin embargo aquella cosa aún podía deslizar el pico por mi garganta. Me llevé la mano al dolorido cuello mientras caía de rodillas al suelo, esperando sentir cómo surgía la humedad de mi sangre vital, caliente y espesa. Pero no salió nada; solo una línea abierta que me dolía infernalmente.

El sonido de las alas, batiendo y reagrupándose detrás de mí, me hizo saltar y girar en redondo. Pero en esa ocasión el viento que soplaba suavemente contra mi rostro no estaba helado ni rancio por el hedor de la muerte. Era un viento que me resultaba familiar, pletórico con la fuerza de la amistad de Damien. El simple hecho de saber que no estaba sola, que mis amigos no me habían abandonado, rasgó la niebla paralizante del pánico que había nublado mis pensamientos como la espada vengadora de una diosa, y mi mente helada comenzó a funcionar otra vez. Espíritus, pájaros monstruosos o lacayos al servicio de los retorcidos deseos de Neferet; daba igual. Yo conocía un medio de acabar con todos ellos.

Me orienté rápidamente, me coloqué frente a la dirección que yo sabía que era el este. Alcé ambos brazos, cerré los ojos y borré de mi mente la malévolas burla de los horribles gritos de los pájaros.

—¡Viento! ¡Sopla firme, sopla fuerte, sopla sinceramente, y demuéstrole a estas criaturas qué significa atacar a alguien amado de la diosa!

Alargué las manos hacia las criaturas que habían tomado posesión de la noche. Vi cómo el temporal pillaba primero a la más cercana de ellas, a la que había tratado de cortarme el cuello. El viento la levantó, la arrojó lejos y la lanzó contra el muro de piedra que rodeaba los terrenos de la escuela. Se desplomó y, al instante, pareció disolverse en la tierra; desapareció por completo.

—¡A todas ellas! —grité yo. Mi miedo le otorgaba más poder y más urgencia a mi voz—. ¡Échalas a todas!

Arrojé las manos hacia ellas otra vez y me sentí muy complacida cuando los gritos de escarnio de las criaturas que acechaban en los árboles se convirtieron en alaridos de pánico y, por último, murieron por completo. Al ver que todas se habían ido, dejé caer los brazos trémulos a los lados.

—En nombre de la diosa, Nyx, yo te doy las gracias, viento. Te libero y, por

favor, dile a Damien que ahora estoy bien. Estoy bien.

Pero antes de abandonarme, el viento buscó mi rostro y lo acarició brevemente, y entonces yo noté que estaba pletórico con algo más que con la presencia de Damien. En la brisa que aún quedaba de pronto sentí una inconfundible calidez que me recordó a Shaunee, con su toque ardiente y chisporroteante; y capté la esencia del agua fresca y primaveral, que era como un sí a la vida, y que yo sabía que me enviaba Erin. Los tres elementos de mis amigos habían soplado unidos, y por último ese viento se convirtió en una brisa sanadora que sopló alrededor de mi cuello y me curó la herida punzante que me había dejado el cuervo del escarnio. Cuando el dolor del cuello cesó por completo, el viento se alejó poco a poco y volvieron la paz de la noche y el silencio.

Alcé una mano y me acaricié la garganta con los dedos. Nada. No me quedaba ningún arañazo. Cerré los ojos y le envié una plegaria silenciosa a Nyx para darle las gracias por concederme a mis amigos. Con su ayuda, había superado una de las visiones de mi muerte de Aphrodite. Una menos... pero quedaba otra que vencer...

Recogí a *Nala*, la sostuve muy cerca de mí y corrí por la acera para tratar de detener el tembleque que seguía estremeciéndome.

Aún estaba trémula y me sentía ultrasensible, de modo que enseguida comprendí en mis entrañas que no debía dejar que nadie me viera así. Invoqué al espíritu a mí, entré en el silencioso edificio de la escuela y lo atravesé cubierta de silencio y de sombras. Y así me moví, sin ser vista, por la mayor parte de las salas desiertas de la escuela. Era extraño por mi parte hacer una cosa así dentro del edificio de nuestra escuela, y me hacía sentir distante; como si yo estuviera ocultando no solo mi cuerpo, sino también mis pensamientos. De camino a la sala del Consejo, poco a poco, las sensaciones de miedo y de triunfo que me invadían se aquietaron, y pude comenzar a respirar con más facilidad.

Aunque Neferet no había tratado de cortarme el cuello con sus propias manos, yo sabía en lo más hondo de mi corazón que lo que acababa de evitar había sido en realidad mi muerte o, al menos, el presagio de mi muerte. De haber seguido Damien enfadado conmigo, no creo que hubiera podido superar el terror que me producían los cuervos del escarnio para invocar la protección de los elementos. Y aunque no hubiera sido Neferet quien hubiera sujetado un cuchillo contra mi garganta, yo no podía evitar pensar que ella estaba de algún modo detrás de todo lo que estaba pasando.

¿Que si seguía asustada? ¡Por supuesto!

Pero también seguía respirando y, más o menos, estaba de una sola pieza. (Vale, de hecho en ese momento era invisible, pero aun así). ¿Que si habría podido vencer a los cuervos del escarnio otra vez? En su estado actual, en parte espíritu, en parte

cuerpo, sí; con la ayuda de mis amigos y de los elementos, claro.

Pero ¿podría vencerlos una vez formados completamente y con todo su poder?
Me eché a temblar. Solo de pensarlo me moría de miedo.

Así que hice lo que toda chica razonable habría hecho: decidí pensar en ello más tarde. Entonces surgió en mi memoria un pedacito de una cita: «Bástenle a cada día sus propios problemas», y mientras buceaba profundamente por la dulce Tierra de la Negación, mantuve la mente ocupada, tratando de averiguar dónde había leído esa frase.

Subí flotando por las escaleras, sin hacer ruido, hasta la sala del Consejo, frente a la biblioteca, donde creí que encontraría a Shekinah. Había llegado ya al pasillo, junto a la puerta de la sala, cuando oí una voz que me resultó muy familiar, y entonces me sentí muy, muy contenta de haber seguido mi instinto y haberme ocultado.

—Entonces, ¿admites haberlo sentido tú también?, ¿sientes como si algo no anduviera bien?

—Sí, Neferet. No tengo ningún problema en admitir que siento que algo anda mal en esta escuela, pero por si no lo recuerdas, yo me opuse firmemente a la compra de este campus a los monjes de Cascia Hall hace cinco años.

—Necesitábamos una Casa de la Noche en esta parte del país —insistió Neferet.

—Sí, y ese fue el argumento que convenció al Consejo de comprar y abrir esta Casa de la Noche. Pero yo no estuve de acuerdo entonces, y sigo sin estar de acuerdo ahora. Y creo que las recientes muertes sencillamente vienen a demostrar que no deberíamos estar aquí.

—¡Precisamente lo que demuestran las recientes muertes es que tenemos que tener más presencia aquí y en todo el mundo! —soltó Neferet. Yo la oí respirar hondo, como si le costara verdadero trabajo controlarse a sí misma. Al volver a hablar, su voz sonó mucho más sumisa—. Ese mal sentimiento del que estábamos hablando... no tiene nada que ver con el hecho de mostrarse o no reticente acerca de abrir una escuela aquí. Es diferente, es más malévol, y en los últimos meses ha crecido y se ha hecho peor.

Hubo una larga pausa antes de que Shekinah le contestara.

—Siento una presencia malévol, pero no puedo ponerle nombre. Parece oculta, envuelta en algo que no me resulta familiar.

—Creo que yo sí puedo ponerle un nombre —dijo Neferet.

—¿Qué es lo que sospechas?

—He llegado a creer que se trata de un demonio oculto, envuelto bajo el aspecto de un crío, y por eso es por lo que va a resultar tan duro sacarlo a la luz —dijo Neferet.

—No entiendo lo que quieres decir, Neferet. ¿Estás diciendo que uno de los

iniciados es un demonio disfrazado?

—No quiero decirlo, pero estoy llegando a creerlo.

La voz de Neferet estaba llena de tristeza; como si lo que estuviera diciendo fuera tan difícil de admitir, que estuviera a punto de llorar.

Pero yo sabía absolutamente, sin lugar a dudas, que estaba actuando.

—Te lo preguntaré una vez más, ¿qué es lo que sospechas?

—No se trata de qué, sino de quién. Shekinah, hermana, me apena decirlo, pero el profundo mal que he estado sintiendo, que tú has sentido también, comenzó a crearse y a intensificarse con la entrada de una estudiante a esta Casa de la Noche —dijo Neferet, que hizo una pausa. Aunque yo sabía lo que iba a decir, lo cierto es que oírlo en voz alta fue para mí una conmoción—. Me temo que Zoey Redbird esconde un terrible secreto.

—¿Zoey! ¡Pero si es la iniciada con más dones de la historia! No solo ninguna otra iniciada ha obtenido jamás el poder de los cinco elementos, sino que ninguna otra iniciada ha estado rodeada jamás de tantos iguales con tantos dones. Cada uno de sus mejores amigos manifiesta uno de los elementos. ¿Cómo podría estar tan bien dotada y ocultar al mismo tiempo un demonio? —preguntó Shekinah.

—¡No lo sé! —contestó Neferet con la voz rota. Entonces yo comprendí que estaba llorando—. Yo soy su mentora. ¿Te imaginas lo que me duele pensar siquiera estas cosas, y no digamos ya decirlas en voz alta?

—¿Qué pruebas tienes de tu sospecha? —preguntó Shekinah, que no pareció particularmente convencida de que Neferet hubiera dado en el clavo, lo cual me alegró.

—Un adolescente que era su amante estuvo a punto de ser asesinado por los espíritus que ella conjuró pocos días después de ser marcada.

Yo parpadeé completamente atónita. ¿Heath y yo amantes? ¡De ningún modo! Neferet lo sabía. Y no era yo quien había conjurado esos espíritus, sino Aphrodite. Sí, habían estado a punto de comerse a Heath. Bueno, y también a Erik. Pero con la ayuda de Stevie Rae, de Damien y de las gemelas, yo los había detenido.

—Entonces, menos de un mes después, otros dos adolescentes, también humanos que, por decirlo de algún modo, eran amigos íntimos de ella, fueron secuestrados y asesinados brutalmente. Les sacaron toda la sangre. Un tercer chico, otro humano cercano a ella, también fue secuestrado. Toda la comunidad se volvió loca, y fue entonces cuando Zoey rescató al chico.

¡Oh! ¡Dios! ¡Mío! ¡Neferet lo estaba retorciendo todo, mentía para salvar su culo! ¡Eran sus asquerosos chicos muertos no muertos quienes habían asesinado a los dos jugadores de la Union, con quienes yo no había mantenido en absoluto relaciones! Sí, yo había salvado a Heath (suspiros, otra vez), pero lo había salvado de sus desagradables lacayos chupasangre (aunque no es que eso de ser chupasangre tenga

nada de malo).

—¿Qué más? —preguntó Shekinah.

Yo me alegré al oír que su voz permanecía serena y que no parecía muy convencida de que Neferet tuviera razón.

—Esto último es lo que más me cuesta admitir, pero Zoey era especial para Patricia Nolan. Pasó bastante tiempo con ella antes de ser asesinada.

La cabeza me dio vueltas. Por supuesto que me gustaba la profesora Nolan, y creo que yo también le gustaba a ella, pero desde luego jamás había sido especial para ella, ni tampoco había pasado conmigo más tiempo del estrictamente necesario.

Entonces comprendí de qué iba a acusarme a continuación, a pesar de que apenas podía creerlo.

—Y tengo razones para creer que Zoey se había convertido en la amante de Loren Blake justo antes de que él fuera asesinado también. De hecho, estoy segura de que ellos dos establecieron una conexión —dijo Neferet, que se interrumpió y comenzó a sollozar.

—¿Por qué no informaste de nada de esto al Consejo? —preguntó Shekinah con severidad.

—¿Y qué iba a decir?, ¿que creía que una iniciada, la más dotada de todas, se había aliado con el diablo? ¿Cómo podía acusar de semejante cargo a una joven sin más pruebas que una coincidencia, una suposición y un presentimiento?

Bueno, eso era exactamente lo que estaba haciendo Neferet en ese momento.

—Pero Neferet, si una iniciada entabla relaciones íntimas con un profesor, la labor de la alta sacerdotisa es ponerle fin e informar de ello al Consejo.

—¡Lo sé! —gritó Neferet, que seguía llorando—. Me equivoqué. Debí decir algo. Quizá, si lo hubiera hecho, habría podido evitar su muerte.

Hubo una larga pausa, y entonces Shekinah dijo:

—Loren y tú erais amantes, ¿no es así?

—¡Sí! —lloró Neferet.

—¿Te das cuenta de que tu relación con Loren podría estar nublando tu juicio acerca de Zoey?

—Me doy cuenta —contestó Neferet. La oí tratar valientemente (*¡puaf!*) de calmarse—. Y esa es otra de las razones por las que dudé a la hora de contarle mis sospechas a nadie.

—¿Has mirado en el interior de su mente? —preguntó Shekinah.

Yo me eché a temblar mientras esperaba la respuesta de Neferet.

—Lo he intentado. No puedo leer su mente.

—¿Y qué me dices de sus amigos, de los otros iniciados con afinidades especiales?

¡Mierda, mierda, mierda!

—He mirado en sus mentes con regularidad. Pero no he encontrado nada perturbador. Aún.

Yo oí el suspiro de Shekinah.

—Me alegro de quedarme aquí el resto del trimestre. Yo también observaré y escucharé a Zoey y a los otros iniciados. Siempre cabe la posibilidad, y en gran medida, de que Zoey parezca estar en medio de todos estos acontecimientos precisamente porque es, en verdad, una joven muy poderosa y bien dotada. Puede que ella no esté causando estos acontecimientos, sino que Nyx la haya puesto aquí para ayudar a impedir un mal del que no es responsable.

—Espero sinceramente que sea eso —dijo Neferet.

¡Qué mentirosa era!

—Las dos la observaremos. De cerca —añadió Shekinah.

—Cuidado con los favores que te pide —advirtió entonces Neferet.

¿Cómo?, ¿qué favores? ¡Yo jamás le había pedido ningún favor a Neferet! Y entonces di un brinco al darme cuenta de lo que pretendía Neferet. Estaba liándolo todo para que yo no pudiera pedirle a Shekinah que mi abuela viniera de visita y se quedara en el campus. ¡Zorra!

Caer en la cuenta de cuál era su estratagema me produjo un terrible pavor. ¿Cómo sabía Neferet que mi abuela venía de visita?

De repente se produjo un enorme barullo fuera que ahogó la respuesta de Shekinah. Yo estaba escuchando desde el pasillo, así que me resultó fácil acercarme a una de las ventanas de largas cortinas. Como era de noche, las cortinas estaban abiertas y pude mirar hacia el terreno delantero de la escuela. Lo que vi me dejó tan atónita que me tapé la boca con la mano.

Duchess ladraba y corría detrás de la bola blanca de *Maléfica*, que no dejaba de gruñir, bufar y maullar. *Aphrodite* perseguía a la perra, gritándole cosas como: «¡Ven! ¡Quieta! ¡Sé buena, maldita sea!». *Damien* le pisaba los talones; corría y agitaba los brazos, gritando: «¡*Duchess*, ven!». De pronto el gato de las gemelas, el enorme y engreído *Belcebú*, se unió a la persecución, solo que perseguía a la perra.

—¡*Ohdiosmío!* ¡*Belcebú!* ¡Cariño! —gritó Shaunee a pleno pulmón, que en ese momento entró en mi campo de visión.

—¡*Belcebú!* ¡*Duchess!* ¡Parad! —chilló Erin, corriendo justo detrás de su gemela.

Darius apareció en el pasillo súbitamente, y yo di un paso atrás y me escondí detrás de las cortinas. No sabía si él detectaría o no que yo estaba allí. Aparentemente no notó ni mi presencia ni nada, porque entró corriendo en la sala del Consejo. Yo asomé la cabeza por entre las cortinas y pude oír cómo le contaba a Neferet que se requería su presencia en los jardines debido a un «altercado». Entonces Neferet salió de la sala y corrió por el pasillo tras él en pos de la locura del perro ladrador, el gato aullador y los chicos que daban gritos.

Yo advertí que, en medio de todo aquel barullo, no le había visto el pelo a Jack.
¡Excelente maniobra de distracción!



De nuevo escuché mi instinto y, en lugar de deshacerme de mi espíritu de ocultación justo delante de la puerta de la sala del Consejo, recorrí el pasillo rápidamente y volví sobre mis pasos hasta llegar al pie de la escalera. Entonces levanté la ocultación, le di las gracias al espíritu y comencé a subir de nuevo de forma por completo visible mientras me decía a mí misma que tuviera calma, que debía comportarme con normalidad y que Neferet era una mentirosa, pero que Shekinah era muy, muy sabia...

Al llegar ante la puerta de la sala del Consejo, llamé dos veces.

—¡Puedes entrar, Zoey! —dijo Shekinah, levantando la voz.

Traté de no preguntarme si ella sabía que yo había estado fuera escuchando. Esbocé mi mejor sonrisa y entré en la sala. Cerré el puño sobre el pecho e incliné la cabeza respetuosamente.

—Feliz encuentro, Shekinah.

—Feliz encuentro, Zoey Redbird —contestó ella. Yo no noté nada extraño en su voz—. Bien, ¿qué tal ha ido tu visita a las damas de Street Cats?

Yo sonreí.

—¿Sabías que Street Cats lo dirigen las monjas benedictinas?

Ella me devolvió la sonrisa.

—No, pero sí esperaba que lo dirigieran mujeres. Las mujeres siempre han estado unidas a los gatos. Desde siempre. ¿Les pareció bien a las buenas hermanas que te presentaras voluntaria para trabajar?

—Sin duda. Fueron muy amables. ¡Ah!, y Aphrodite adoptó a una gata mientras estábamos allí, aunque no sé si es más correcto decir que *Maléfica* la adoptó a ella.

—¿*Maléfica*? ¡Qué nombre tan poco común!

—Sí, pero le pega. Todo ese ruido de ahí fuera... —añadí yo, ladeando la cabeza en dirección al pasillo y a los terrenos delanteros de la escuela. Las dos escuchamos, y aún se oía al perro ladrar, al gato maullar y a los chicos gritar—. Creo que al final se descubrirá que ha sido *Maléfica* la que lo ha comenzado todo.

—¿Así que lo que quieres decir es que las monjas tienen dos buenas razones para estar agradecidas: primero por vuestro trabajo voluntario, y segundo por librarlas de un felino difícil?

—Sí, eso es lo que digo. ¡Ah!, y la hermana Mary Angela me ha pedido que te pregunte qué día te viene bien para poner el mercadillo. Ella se acomodará a la fecha que le digamos. Y además van a cerrar más tarde los sábados por la noche para que podamos hacer nuestro trabajo voluntario una vez a la semana.

—Todo eso suena estupendo. Le preguntaré a Neferet qué fecha le conviene más a la escuela —contestó Shekinah, que hizo una breve pausa y enseguida añadió—: Zoey, Neferet es tu mentora, ¿verdad?

Yo oí campanas de advertencia dentro de mi cabeza, pero me esforcé por relajarme. Contestaría a cada una de las preguntas que me hiciera Shekinah tan sinceramente como pudiera. Al fin y al cabo, yo no había hecho nada malo.

—Sí. Neferet es mi mentora.

—¿Y te sientes muy unida a ella?

—Antes sí. Cuando vine aquí por primera vez estábamos muy unidas. De hecho, mi madre y yo llevábamos bastantes años un poco lejos la una de la otra, y de alguna manera yo sentía como si Neferet fuera la madre que habría deseado tener —dije con toda sinceridad.

—Pero eso, ¿ha cambiado? —preguntó ella amablemente.

—Sí.

—Y eso, ¿por qué?

Yo vacilé y decidí elegir las palabras con mucho cuidado. Quería contarle a Shekinah todo lo que me atreviera a contarle de la verdad, y por un instante consideré la posibilidad de decírselo absolutamente todo: la verdad acerca de Stevie Rae y de la profecía, y lo que nos temíamos que ocurriría mis amigos y yo. Pero mi instinto me dijo que no se lo revelara todo en ese momento. Shekinah conocería la verdad al día siguiente. Hasta entonces, Neferet no debía de tener ningún indicio de lo que iba a ocurrir: del hecho de que iba a tener que enfrentarse a lo que había hecho, a aquello en lo que se estaba convirtiendo.

—No estoy muy segura —dije yo.

—¿Pero qué es lo que crees?

—Bueno, creo que ella ha cambiado últimamente, pero no estoy segura de porqué. En parte puede ser por cierto asunto personal que ocurrió entre ella y yo. Pero preferiría no hablar de eso, si a ti no te importa.

—Por supuesto. Comprendo que tienes asuntos privados que quieres mantener en la intimidad. Pero, Zoey, debes saber que si necesitas venir a hablar conmigo, yo estoy aquí para eso. Aún recuerdo bien lo que era ser una poderosa iniciada, y sentir que tienes tantas responsabilidades que a veces el peso es casi insoportable.

—Sí —confirmé yo, luchando de pronto por retener las lágrimas—. Así es exactamente como me siento a veces.

Su mirada franca me resultó cálida y amable.

—Pero después todo mejora. Eso te lo prometo.

—Eso espero, de verdad —dije yo—. ¡Ah!, y hablando de mejorar las cosas, a mi abuela le gustaría venir a hacerme una corta visita. Ella y yo estamos muy unidas. Yo iba a ir a verla durante las vacaciones de invierno pero, bueno, al final se

suspendieron. Por eso mi abuela me dijo que le gustaría venir a pasar unos días conmigo. ¿Te parece bien que se quede en la escuela?

Shekinah me observó atentamente.

—Hay habitaciones de invitados en el edificio de profesores, pero creo que entre mi visita y la presencia de los Hijos de Érebo, están todas llenas.

—Entonces, ¿podría quedarse en mi habitación conmigo? Mi compañera de cuarto, Stevie Rae, murió el mes pasado, y no tengo ninguna nueva, así que hay una cama vacía.

—No veo nada malo en ello. Si a tu abuela no le importa estar rodeada de iniciadas.

Yo sonreí.

—A mi abuela le gustan los jóvenes. Además, conoce a unos cuantos de mis amigos de aquí, y a ellos también les gusta ella.

—Entonces les diré a los Hijos de Érebo y a Neferet que tienes permiso para que venga tu abuela de visita y para que se quede en tu habitación. Pero, Zoey, tú sabes que pedir favores especiales no siempre es inteligente, ni siquiera aunque tengas habilidades especiales.

Yo miré a Shekinah a los ojos con calma.

—Este es el primer favor que pido desde que llegué a la Casa de la Noche —dije yo, seria. Entonces lo pensé por un segundo y me corregí—. No, espera. Es el segundo. El primero que pedí fue poder guardar algunas cosas de mi compañera de habitación después de que ella muriera.

Shekinah asintió despacio, y yo esperé con toda mi alma que me creyera. Quería gritar: «¡Pregúntale a los otros profesores!». Pero no podía decir nada que indujera a Shekinah a pensar que yo había oído su conversación con Neferet.

—Bueno, bien. Entonces ya has echado a andar por el camino correcto. Los dones de nuestra diosa no son privilegios: significan más bien responsabilidades.

—Eso lo comprendo —dije yo con firmeza.

—Sí, creo que sí —dijo ella—. Y ahora, estoy segura de que tienes tareas que hacer para ponerte al día, además de preparar el ritual de mañana, así que te doy las buenas noches y bendita seas.

—Bendita seas —la saludé yo con formalidad otra vez.

Me incliné ante ella y abandoné la sala.

Las cosas no habían salido tan mal. Por supuesto, Neferet mentía acerca de mí para salvar el culo y se portaba claramente como una zorra malévola, pero eso yo ya lo sabía. Shekinah no era una estúpida, y desde luego no iba a convertirse en el pelele de Neferet (como lo había sido Loren, me susurró mi mente). La abuela estaba de camino a la escuela, e iba a quedarse conmigo durante todo el tiempo que tardáramos en descifrar el asunto de la profecía. Por fin mis amigos lo sabían todo, así que yo no

tenía que andar inventándome excusas y evitándolos, y además me apoyaban, aunque a pesar de todo solo de pensar en los cuervos de escarnio me moría de miedo. Sin embargo yo podía soportar ese terror si tenía a mis amigos a mi lado. Y al día siguiente todo el mundo sabría de la existencia de Stevie Rae y de los iniciados rojos, y Neferet perdería el poder del secreto. Entonces quizá Stark no estuviera realmente muerto y regresara como él mismo. ¡Las cosas se estaban arreglando realmente! Abrí la puerta del edificio principal de la escuela, sonriendo como una boba, y entonces me tropecé con Erik.

—¡Ah, lo siento, no estaba mirando...! —comenzó a decir. Automáticamente alargó una mano para sujetarme antes de darse cuenta de que era a mí a quien casi había tirado—. ¡Ah!, eres tú —repitió, esa vez con un tono de voz mucho menos amable.

Yo aparté el brazo de él y di un paso atrás, y luego me retiré el pelo de la cara. Alzar la vista hacia sus congelados ojos azules era como lanzarse a un tanque de agua helada, y él ya me había salpicado suficiente agua helada en la cara.

—Escucha, tengo algo que decirte —dije yo mientras me ponía delante de él para bloquearle la entrada al edificio.

—Pues dilo.

—Hoy te ha gustado besarme. Te ha gustado mucho.

Su sonrisa era burlona y estaba muy bien ensayada.

—Sí, ¿y qué? Yo jamás he dicho que no me gustara besarte. El problema es que hay demasiados chicos a los que les gusta besarte.

Yo sentí que me ardía la cara.

—¡No te atrevas a hablarme así!

—¿Por qué no? Es la verdad. Besabas a tu novio humano. Me besabas a mí. Y besabas a Blake. Por lo que a mí respecta, son muchos chicos.

—¿Desde cuánto te has convertido en un idiota? Tú sabías lo de Heath. Jamás traté de ocultártelo. Sabías lo difícil que era para mí mantener una conexión con él y salir contigo al mismo tiempo.

—Sí, pero ¿y Blake? Explícame eso.

—¡Loren fue un error! —grité yo, traspasando por fin la línea del autocontrol. Estaba harta de que Erik me juzgara por algo por lo que yo misma me había dado de cabezazos más veces de las que podía contar—. Tenías razón. Él me estaba utilizando. Solo que no por el sexo; ese solo fue su modo de hacerme creer que me quería. Tú oíste la escena que tuvo lugar entre Neferet y yo. Y sabes que aquí hay más cosas en juego de las que piensa la gente. Neferet mandó a Loren, a su amante, a seducirme; a hacerme creer que me quería porque yo era especial —expliqué yo. Hice una pausa y, con un gesto de enfado, me enjuagué las lágrimas que, de alguna manera, resbalaban de mis ojos—. Pero en realidad solo iba detrás de mí para

conseguir que mis amigos se cabrearan conmigo y yo me quedara sola y estuviera distraída, de modo que mis poderes ya no significaran nada. Y habría funcionado, de no haber sido por Aphrodite, que permaneció a mi lado. Tú, en cambio, no te lo pensaste ni un segundo; no me diste ni una oportunidad de explicarme.

Erik se pasó una mano por el espeso y oscuro cabello.

—Le vi haciéndote el amor.

—¿Sabes lo que viste, Erik? Le viste utilizándome. Me viste cometiendo el mayor error de mi vida. Al menos hasta ahora. Eso es lo que viste.

—Me hiciste daño —dijo él en voz baja, ya sin asomo de enfado ni de estupidez.

—Lo sé, y lo siento. Aunque supongo que si tú y yo somos incapaces de perdonarnos el uno al otro por lo ocurrido, es que en realidad no había nada importante entre tú y yo.

—¿Es que crees que tú tienes que perdonarme?

De nuevo volvía a hablar como un estúpido. Y yo, definitivamente, estaba más que harta del estúpido Erik. Entrecerré los ojos y solté:

—¡Por supuesto que tengo que perdonarte, Erik! Decías que me querías, pero me llamaste puta. Me avergonzaste delante de todos mis amigos. Me has avergonzado delante de toda una clase. ¡Y todo porque tenías solo una parte de la historia! ¡Así que no, tú tampoco estás libre de pecado!

Erik parpadeó sorprendido ante mi estallido de ira.

—No sabía que solo tuviera parte de la historia.

—Quizá, la próxima vez, debes pensártelo mejor antes de ventilarlo todo sin saber la historia completa.

—Entonces, ¿ahora me odias? —preguntó él.

—No. No te odio. Te echo de menos.

Nos miramos el uno al otro, pero ninguno de los dos sabía qué hacer a partir de ese momento.

—Yo también te echo de menos —dijo él al fin.

Mi corazón se saltó un latido.

—Quizá podamos volver a hablarnos otra vez —dije yo—. Quiero decir sin gritar.

Él me miró durante mucho, mucho rato. Yo traté de interpretar la expresión de sus ojos, pero solo reflejaban mi propia confusión.

Entonces sonó mi móvil, y yo me lo saqué del bolsillo. Era la abuela.

—Ah, disculpa. Es mi abuela —le dije a Erik. Abrí el teléfono—. Hola, abuelita, ¿ya estás aquí? —pregunté. Asentí mientras ella me contaba que acababa de dejar el coche en el aparcamiento—. Muy bien, nos vemos allí en unos minutos. ¡Estoy ansiosa por verte! ¡Adiós!

—¿Tu abuela está aquí? —preguntó Erik.

—Sí —contesté yo, que seguía sonriendo—. Ha venido a quedarse unos días. Ya

sabes, con eso de que las vacaciones de invierno han quedado canceladas y tal, pues...

—Ah, sí. Ahora comprendo. Vale, bien, supongo que nos veremos por aquí.

—Eh... ¿quieres acompañarme al aparcamiento? La abuela dijo que se traería pocas cosas pero, o bien se ha traído una bolsa enorme, o bien se ha traído por lo menos diez bolsas pequeñas, así que no creo que nos venga mal la ayuda de un vampiro grande... ya que yo soy más bien una iniciada pequeña.

Contuve el aliento, pensando que había vuelto a estropearlo todo (otra vez), y que me había apresurado y había ido demasiado lejos. Y, por supuesto, él volvió a mirarme con mucha cautela.

Fue entonces exactamente cuando un vampiro con el uniforme de los Hijos de Érebo salió por la puerta del edificio principal, desde detrás de mí.

—Disculpa —le dijo Erik—. Esta es Zoey Redbird. Acaba de llegar una invitada suya. ¿Estás libre para ayudarla a cargar con el equipaje?

El guerrero me saludó respetuosamente.

—Soy Stephan, y es un placer ayudarte, joven sacerdotisa.

Yo me esforcé por sonreírle y le di las gracias. Miré a Erik.

—Bien, ¿nos vemos más tarde? —pregunté yo.

—Claro. Estás en mi clase.

Erik me saludó y entró en el edificio.

El aparcamiento estaba nada más dar la vuelta al edificio principal así que, por suerte, no tuve que caminar mucho en silencio, acompañada del guerrero. La abuela me saludó con la mano desde el centro del aparcamiento, que estaba abarrotado. Yo sacudí la mano a mi vez, y Stephan y yo nos dirigimos hacia ella.

—¡Vaya!, hay una tonelada de vampiros aquí —dije yo mientras contemplaba tanto coche.

—Han llamado a muchos Hijos de Érebo a esta Casa de la Noche —explicó Stephan.

Yo asentí, pensativa.

Podía sentir sus ojos clavados en mí.

—Sacerdotisa, no tienes nada que temer en cuanto a tu seguridad —añadió él con calma y autoridad.

Yo le sonreí. Si él supiera, pensé. Pero, por supuesto, no le dije nada.

—¡Zoey! ¡Oh, cariño! ¡Aquí estás! —exclamó la abuela mientras me envolvía en sus brazos y yo la estrechaba con fuerza y respiraba ese aroma familiar a lavanda y a hogar.

—¡Abuela, estoy tan contenta de que estés aquí!

—¡Y yo, cariño! ¡Y yo! —contestó ella, estrechándome con fuerza.

Stephan se inclinó respetuosamente ante la abuela antes de recoger su montaña de

equipaje.

—Abuela, ¿es que piensas quedarte un año? —le pregunté, echando un vistazo por encima del hombro y riéndome ante lo abultado de su equipo.

—Bueno, cariño, una tiene que estar siempre preparada para cualquier contingencia —contestó la abuela Redbird, enlazando un brazo alrededor del mío.

Las dos echamos a caminar por la acera en dirección a la residencia de chicas, con Stephan pisándonos los talones.

Enseguida ella ladeó la cabeza hacia mí y susurró:

—La escuela está completamente rodeada.

Yo sentí un chisporroteo de miedo.

—¿Rodeada de qué?

—De cuervos —dijo ella como si la palabra le dejara un mal sabor de boca—. Están por todo el límite de la escuela, pero ninguno se ha atrevido a traspasar el muro.

—Eso es porque yo les he echado fuera —dije yo.

—¿En serio? —susurró mi abuela—. ¡Bien hecho, Zoeybird!

—Me asustaron, abuela —susurré entonces yo—. Creo que están recuperando los cuerpos.

—Lo sé, cariño, ya lo sé.

Las dos nos apresuramos, trémulas y bien agarradas la una a la otra, a mi habitación. La noche pareció observarnos.



Naturalmente, todo el mundo entró y abarrotó mi dormitorio.

—¡Abuela Redbird! —gritó Damien, lanzándose a sus brazos.

Después se produjo una enorme avalancha cuando él le presentó a Jack, las gemelas entraron a saludar y, por último, Aphrodite, que parecía incómoda y al mismo tiempo encantada, recibió un abrazo muy fuerte y muy emotivo de mi abuela. Y durante todo el encuentro, Damien y las gemelas me dejaron a mí en un rincón.

—Z, ¿estás bien? —preguntó Damien en voz baja.

—Sí, estábamos preocupados —dijo Shaunee.

—Ha ocurrido algo asqueroso y aterrador —añadió Erin.

—Estoy bien —dije yo, lanzándole una mirada furtiva a Jack, que le susurraba algo a mi abuela acerca de cuánto le gustaba la lavanda—. Gracias a vuestra ayuda, estoy bien.

—Nosotros te apoyamos, Z. No estás sola en esto —dijo Damien.

—Lo mismo digo —dijeron las gemelas al unísono.

—Zoey, ¿eso es un perro?

Mi abuela acababa de darse cuenta de que el bulto de pelo rubio que había estirado sobre los pies de mi cama se había movido, provocando el siseo instantáneo de todos los gatos al mismo tiempo.

—Sí, abuela. Es una perra. Y es una larga historia.

—¿De quién es? —preguntó la abuela, acariciándole a tientas la cabeza.

—Bueno, digamos que es mía. Al menos temporalmente —dijo Jack.

—Quizá este sea un buen momento para explicarle a tu abuela lo de Stevie Rae y los demás —sugirió Aphrodite.

—¿Stevie Rae? ¡Oh, cariño! ¿Todavía estás triste por la pérdida de tu amiguita?

—No exactamente, abuela —dije yo despacio—. En realidad hay mucho que explicar.

—Pues entonces empieza cuanto antes. Algo me dice que estamos a punto de que se nos acabe el tiempo, y no podemos permitirnos ese lujo —dijo la abuela.

—Primero, quiero que sepas que no te lo había contado todo porque Neferet está implicada en esto... de la peor manera. Y ella es una gran adivina. De modo que ella puede sacar de tu mente cualquier cosa que yo te cuente, y eso no es bueno —dije yo.

La abuela reflexionó sobre lo que yo acababa de decirle mientras sacaba la silla de mi mesa de estudio y se ponía cómoda.

—Jack, cariño, me gustaría tomar un vaso de agua fría. ¿Crees que podrías traermelo uno?

—Yo tengo Fiji en la nevera de mi habitación —ofreció Aphrodite.

—Eso sería estupendo —dijo la abuela.

—Ve y tráela. ¡Pero no toques nada más! —dijo Aphrodite.

—Ni siquiera tu...

—Ni siquiera.

Jack hizo un puchero, pero corrió a traerle el vaso de agua a la abuela.

—Entonces, supongo que todos los demás estáis al día en relación a todo lo que va a contarme Zoey, ¿no es eso? —preguntó la abuela a todo el grupo en general, en cuanto volvió Jack.

Todos asintieron con los ojos bien abiertos y cierto aire inocente.

—¿Y cómo evitáis todos vosotros que Neferet saque nada de vuestras mentes?

—Bueno, de momento solo es una teoría, pero hemos pensado que si nos concentramos en cosas superficiales y tontas, en cosas de adolescentes... —explicó Damien.

—Como zapatos o cosas así —añadió Erin.

—Sí, y con cosas así nos referimos a chicos monos o al estrés de las tareas de clase —dijo Shaunee.

—Entonces ella no mirará más a fondo —terminé yo la frase—. Pero es que a nosotros Neferet nos subestima. Y no creo que cometa el mismo error contigo, abuela. Ella sabe que tú sigues la senda de los cheroqui; que estás en contacto con el espíritu de la tierra. Puede que mire más profundamente en tu mente, sea lo que sea lo que haya en la parte más superficial.

—Entonces tendré que despejar mi mente y practicar las técnicas de meditación que he estado utilizando desde niña —sonrió la abuela con confianza—. Ella no podrá entrar en mi mente por la fuerza; no si yo la bloqueo primero.

—¿Y si ella es la reina de las *tsi sgili*?

La sonrisa de la abuela se desvaneció.

—¿De verdad crees que puede serlo, *u-we-tsi-a-ge-ya*?

—Todos nosotros creemos que puede serlo —contesté yo.

—Entonces estamos todos en un gravísimo peligro. Tenéis que contármelo todo.

Y eso hice. Con la ayuda de Aphrodite, Damien, las gemelas y Jack, pusimos a mi abuela al día de todo, aunque admito que pasamos por alto el tema de que Stevie Rae no era por completo ella misma. Aphrodite me lanzó una miradita durante el relato de ese trozo, pero no dijo nada.

Mientras escuchaba, el rostro avejentado de mi abuela se puso cada vez más y más serio. También les conté a todos los detalles del último ataque del cuervo del escarnio. Y al final, yo terminé explicándole a mi abuela que la muerte de Stark quizá no fuera permanente, y que Stevie Rae, Aphrodite y yo habíamos decidido que, por morboso e inquietante que pareciera, teníamos que mantener vigilado su... bueno, su

cuerpo.

—Y por eso Jack tenía que instalar hoy una cámara oculta en la morgue —dije yo—. ¿La has instalado, Jack? He visto parte de vuestras tácticas de distracción.

Yo le sonreí a *Duchess* y le acaricié las orejas. La perra ladró suavemente y me lamió la cara. *Maléfica* y *Belcebú*, que estaban acurrucados juntos cerca de la puerta (aparentemente, los gatos odiosos se atraen, menuda sorpresa) levantaron las cabezas y sisearon al unísono. *Nala*, que estaba durmiendo sobre mi almohada, apenas abrió los ojos.

—¡Ah, sí!, con tanto alboroto, casi se me olvida —contestó Jack.

Jack se puso en pie de un salto y se dirigió hacia donde había dejado su bolso de hombre o «cartera», como le gustaba llamarla a él: en el suelo, junto a la puerta. La trajo hacia donde estaba yo y sacó de ella una extraña y diminuta máquina con un monitor de televisión. Jugó con unos cuantos botones y, con una sonrisa de victoria, me la tendió, diciendo:

—¡*Voilà!* Ya puedes ver a tu chico durmiente. Esperemos.

Todo el mundo se apelotonó a mi alrededor y miró por encima de mi hombro. Yo me preparé mentalmente y apreté el botón «on». La pantallita mostró una imagen en blanco y negro de una pequeña habitación con una cosa enorme que parecía un horno en un extremo, un grupo de estantes de metal alineados a lo largo de todas las paredes visibles, y una única mesa de metal (del tamaño de un cuerpo), sobre la cual yacía una silueta humana cubierta con una sábana.

—¡Qué desagradable! —exclamaron las gemelas.

—Sí, no es agradable —confirmó Aphrodite.

—Quizá deberíamos apagarlo mientras la p-e-r-r-a está aquí —sugirió Jack.

Yo estaba dispuesta a hacerlo y a girar el botón del «off»; no me gustaba la sensación de estar espiando a un muerto.

—¿Ese es el cuerpo del chico? —preguntó la abuela, que estaba un tanto pálida.

Jack asintió.

—Sí. Tuve que mirar debajo de la sábana para estar seguro.

Sus ojos se volvieron tristes, y enseguida comenzó a acariciar a *Duchess* con cierto nerviosismo. La enorme labradora apoyó la cabeza sobre su regazo y suspiró, lo cual pareció calmarlo porque entonces Jack también suspiró y abrazó a la perra, diciendo:

—Yo... fingí que estaba simplemente durmiendo, ¿sabéis?

—¿Parecía muerto? —tuve que preguntar yo.

Jack volvió a asentir. Apretó los labios, pero no dijo nada.

—Estás haciendo lo correcto —declaró firmemente mi abuela—. El poder de Neferet tiene mucho que ver con el secretismo. Ahora es considerada como una poderosa sacerdotisa de Nyx, una poderosa fuerza del bien. Se ha ocultado detrás de

esa fachada durante un tiempo, y eso le ha permitido tener libertad para cometer ciertos actos que, si tenéis razón acerca de ella, son atroces.

—¿Así que estás de acuerdo en que sacar a Stevie Rae y a los iniciados rojos a la luz y traerlos aquí mañana es lo correcto? —pregunté yo.

—Estoy de acuerdo. Si el secretismo es el aliado del mal, entonces vamos a romper esa alianza.

—¡Bien! —dije yo.

—¡Bien! —repicaron los demás.

Y entonces Jack bostezó.

—¡*Uuups!* Lo siento. No es que esté aburrido ni nada de eso —se disculpó Jack.

—Por supuesto que no, pero está a punto de amanecer. Habéis tenido un día agotador —dijo mi abuela—. ¿No deberíamos dormir todos un poco? Además, ¿no ha pasado ya el toque de queda, y no deberíais de haberos marchado los chicos de la residencia de las chicas?

—¡Oh, oh! Se nos había olvidado. ¡Solo nos hacía falta ahora una mierda de castigo, como si no tuviéramos nada de lo que preocuparnos! —exclamó Jack. Luego, con aspecto de estar avergonzado, añadió—: Lo siento, abuela. No quería decir «mierda».

La abuela le sonrió y le dio unas palmaditas en la mejilla.

—No pasa nada, cariño. Y ahora, ¡a la cama!

Naturalmente, todos respondimos al instante a la orden maternal de la abuela. Jack y Damien salieron del dormitorio arrastrando los pies, con *Duchess* pisándoles los talones.

—¡Eh! —los llamé yo justo antes de que salieran por la puerta—. No se metería *Duchess* en ningún lío gordo por hacer el papel principal de la táctica de distracción, ¿verdad?

Damien sacudió la cabeza.

—No. Le echamos la culpa a *Maléfica*, y como se estaba portando como una verdadera loca, a nadie se le ocurrió sospechar siquiera.

—¡Mi gata no está loca! —exclamó Aphrodite—. Simplemente es muy buena actriz.

Las gemelas salieron a continuación, después de darle un abrazo a mi abuela y de recoger a *Belcebú*, que estaba durmiendo.

—Nos vemos en el desayuno —gritaron ambas.

Entonces nos quedamos solas la abuela, Aphrodite, *Maléfica*, *Nala*, que estaba completamente dormida, y yo.

—Bueno, supongo que yo también debería irme —dijo Aphrodite—. Mañana va a ser un día muy importante.

—Puedes quedarte a dormir aquí esta noche —le dije yo.

Aphrodite alzó una ceja perfectamente rubia y le lanzó a las camas gemelas una mirada de desdén.

Yo giré los ojos en las órbitas.

—Eres una consentida. Puedes dormir en mi cama. Yo dormiré en un saco en el suelo.

—¿Se ha quedado Aphrodite en tu habitación alguna vez antes? —preguntó la abuela.

Aphrodite soltó un bufido.

—Nunca. Si vieras mi habitación, abuela, comprenderías porqué prefiero irme allí —dijo Aphrodite.

—Además Aphrodite tiene reputación de ser una bruja odiosa. Jamás duerme fuera de su habitación —añadí yo.

No mencioné el hecho de que era posible que a veces sí lo hiciese, aunque solo para dormir en el cuarto de alguien del sexo opuesto: definitivamente, eso habría sido demasiada información para mi abuela.

—Gracias —dijo Aphrodite.

—Entonces, si se queda en tu habitación, sobre todo ahora que supongo que Shekinah le ha contado a Neferet que estoy aquí, ¿no sería un comportamiento poco habitual?

—Sí —admití yo de mala gana.

—No solo sería poco habitual, sino muy raro —añadió Aphrodite.

—Entonces tienes que volver a tu habitación: no podemos darle motivos a Neferet para que nos examine más de cerca de lo que de hecho piensa hacerlo —dijo la abuela—. Pero tranquila, que no vas a dormir sin protección.

La abuela se levantó con cierta dificultad y se acercó al montón de bolsas de equipaje. Comenzó a rebuscar por una azul muy bonita a la que le gustaba llamar su bolsa de viaje.

Primero sacó un atrapasueños. Era un círculo de piel con tiras de color lavanda formando el dibujo de una tela de araña. En el centro tenía cosida una piedra turquesa muy suave al tacto, de un color azul cielo impresionante. Las plumas que sobresalían por los lados formando tres filas eran de color gris, como las de las palomas. La abuela le tendió el atrapasueños a Aphrodite.

—¡Es precioso! —dijo Aphrodite—. En serio. ¡Es absolutamente adorable!

—Me alegro de que te guste, niña. Sé que mucha gente cree que los atrapasueños no sirven más que para filtrar los buenos sueños, y a veces ni siquiera para eso. Últimamente he confeccionado unos cuantos, y mientras les cosía las turquesas protectoras del centro a cada uno de ellos, no hacía más que pensar en la necesidad de filtrar algo más que los malos sueños en nuestras vidas. Toma este y cuélgalo de tu ventana. Que su espíritu proteja a tu alma de todo mal mientras duermes.

—¡Gracias, abuela! —exclamó Aphrodite con sinceridad.

—Y una cosa más —añadió la abuela, que se volvió otra vez hacia la bolsa para seguir rebuscando. Entonces sacó una vela ancha de color marfil y dijo—: Pon esta vela en tu mesilla y enciéndela mientras duermes. Estuve a su lado, pronunciando palabras protectoras y dejando que los rayos de luz de la luna la bañaran durante toda la noche la última noche de luna llena.

—Últimamente has estado un poco obsesionada con eso de la protección, ¿no, abuela? —pregunté yo con una sonrisa.

Después de diecisiete años, estaba acostumbrada al extraño modo en que mi abuela adivinaba con antelación cosas que no podía saber como, por ejemplo, cuándo iban a presentarse invitados, cuándo iba a soplar un tornado (mucho antes de que se inventara el Doppler 8) o, en este caso, cuándo íbamos a necesitar protección.

—De sabios es ser prudente, *u-we-tsi-a-ge-ya* —contestó la abuela, que tomó el rostro de Aphrodite con ambas manos y la besó en la frente—. Que duermas bien, hijita, y que tengas atrapasueños.

Observé a Aphrodite parpadear con fuerza, y supe que estaba tratando de reprimir las lágrimas.

—Buenas noches —dijo Aphrodite a duras penas.

Sacudió la mano en dirección a mí y se apresuró a salir de la habitación.

La abuela se quedó callada durante un rato; simplemente se quedó mirando la puerta, pensativa. Y finalmente dijo:

—Creo que esa chica no ha conocido jamás el cariño de una madre.

—Otra vez tienes razón, abuela —dije yo—. Antes era tan antipática que nadie la soportaba. Y menos yo. Pero creo que era todo teatro. Y no es que sea perfecta. Más que nada es una niña consentida y superficial, y a veces puede llegar a ser realmente odiosa, pero es...

Hice una pausa, tratando de buscar la palabra que pudiera describir a Aphrodite.

—Es tu amiga. —La abuela terminó la frase por mí.

—¿Sabes? Tú sí que eres tan perfecta que resulta casi perturbador —le dije yo.

La abuela esbozó una sonrisa pícaro.

—Lo sé. Es de familia. Y ahora, ayúdame a colgar nuestro atrapasueños y a encender nuestra vela lunar. Y después, tú a dormir.

—¿Es que tú no vas a dormir? Te llamé en medio de la noche, y me dijiste que llevabas horas despierta.

—Bueno, yo dormiré un rato, pero tengo planes. No vengo a la ciudad con la frecuencia que debería, así que mientras mi familia de vampiros duerme, voy a ir a hacer unas compras y a regalarme una encantadora comida en el Chalkboard.

—¡Mmmm! ¡No he estado allí desde que fuimos juntas tú y yo la última vez!

—Bueno, dormilona, ya te contaré si sigue todo tan rico como siempre, y quizá

otro día, la próxima vez que llueva de verdad, volvamos las dos juntas.

—Entonces, ¿de verdad que solo vas a comer allí para ver si el restaurante no ha resbalado por la colina? —pregunté yo mientras arrastraba una silla hacia la ventana para buscar un lugar del que colgar el atrapasueños que me tendía la abuela.

—Exacto. Cariño, ¿qué quieres hacer con la cámara oculta?

La abuela sostuvo una de las diminutas pantallas. Lo hizo con mucho cuidado a pesar de que estaba apagada; como si fuera un artefacto explosivo.

Yo suspiré.

—Aphrodite me dijo que tiene sonido. ¿Ves el botón del sonido?

—Sí, creo que es este —dijo la abuela, que inmediatamente lo apretó. Se encendió una luz verde.

—Vale, bien. ¿Por qué no dejamos encendido el sonido, y apagado el vídeo? Lo pondré en mi mesilla. Así, si ocurre algo, lo oiré.

—Sí, mucho mejor que estar viendo al muerto toda la noche —comentó la abuela muy seria, mientras llevaba la pantalla a mi mesilla. Entonces alzó la vista hacia mí —. Cariño, ¿por qué no abres las cortinas un segundo para colgar el atrapasueños más cerca del cristal de la ventana? Tenemos que protegernos de lo que hay fuera, no de lo que hay dentro.

—¡Ah!, vale.

Levanté los brazos para separar las tupidas cortinas. Las abrí, y sentí una puñalada de puro terror al ver de frente la espantosa cara de un pájaro negro gigante con unos horribles ojos relucientes de forma humana. La criatura colgaba por fuera de la ventana, y tenía brazos y piernas humanas. Abría el peligroso pico negro en forma de gancho, y enseñaba una lengua roja bífida. Aquella cosa soltó un suave graznido que sonó aterrador y burlón al mismo tiempo.

No pude moverme. Me quedé paralizada ante sus ojos rojos de mutante, de forma humana, dentro de una cabeza de pájaro. Aquella criatura existía solo a causa de una violación y de un mal antiguos. Sentía zonas heladas en los hombros, allí donde una de esas criaturas se había aferrado a mí poco antes. Recordaba el contacto de su desagradable lengua y el punzante dolor que me había producido su pico al tratar de cortarme el cuello.

Nala comenzó a bufar y a maullar, y la abuela corrió a mi lado. Vi su reflejo en el oscuro cristal de la ventana.

—¡Invoca al viento, que venga a mí, Zoey! —me ordenó la abuela.

—¡Viento! ¡Ven a mí, mi abuela te necesita! —grité yo a pesar de seguir atrapada por la monstruosa mirada del cuervo del escarnio.

Sentí el viento soplar sin descanso a mi lado y por debajo de mí, donde estaba la abuela.

—¡*U-no-le!* —gritó la abuela—. ¡Llévate eso, con mi advertencia para la bestia!

Yo observé a mi abuela levantar los brazos y lanzar volando lo que tenía en las palmas de las manos, que fue a parar directamente hacia la criatura que se agazapaba al otro lado de la ventana.

—¡*Ahiya'a A-s-gi-na!*

El viento, al que yo había invocado pero al que dirigía mi abuela, la mujer *ghigua*, levantó el polvo azul brillante que ella había echado a volar y lo hizo pasar rápidamente por las diminutas grietas entre los paneles de los cristales biselados. Luego formó un remolino con ese polvo alrededor del cuervo del escarnio, de modo que la criatura quedara atrapada en el vórtice mismo del polvo azul reluciente. La bestia abrió inmensamente los ojos demasiado humanos al sentir las motitas rodearlo y luego, mientras el viento lo azotaba con furia, presionando el polvo contra su cuerpo, soltó un terrible alarido y comenzó a agitar las alas con frenesí hasta desaparecer.

—Puedes despedir al viento, *u-we-tsi-a-ge-ya* —dijo la abuela, que inmediatamente me cogió de la mano para que no perdiera el equilibrio.

—G... gracias, viento. Te libero —dije yo con voz trémula.

—Gracias, *u-no-le* —murmuró la abuela. Y luego añadió—: El atrapasueños. Asegúrate de colgarlo bien.

Lo enganché con manos trémulas en la barra de la cortina por la parte de fuera, y luego me apresuré a echarlas. Entonces la abuela me ayudó a bajarme de la silla. Cogí a *Nala* en brazos y las tres nos abrazamos y temblamos, nos abrazamos y temblamos.

—Ya se ha ido... ya pasó... —murmuraba continuamente la abuela.

Yo no me di cuenta de que las dos habíamos estado llorando hasta que la abuela me dio el último achuchón y luego fue a buscar pañuelos de papel. Me dejé caer sobre la cama sin soltar a *Nala*.

—Gracias —le dije mientras me limpiaba la cara y me sonaba la nariz—. ¿Quieres que llame a los otros?

—Si los llamas, ¿se asustarán mucho?

—Se quedarán aterrados —contesté yo.

—Entonces será mejor que llames otra vez al viento. ¿Podrías lanzarlo alrededor de las dos residencias con mucha fuerza, de modo que si hay algo por ahí fuera se lo lleve todo de golpe?

—Sí, pero primero debería dejar de temblar de miedo.

La abuela sonrió y me retiró el pelo de la cara.

—Lo has hecho muy bien, *u-we-tsi-a-ge-ya*.

—¡Pero si me he quedado aterrada y paralizada, exactamente igual que la otra vez!

—No, has sostenido la mirada del demonio sin parpadear y te las has arreglado para invocar al viento y ordenarle que me obedeciera —dijo ella.

—Solo porque tú me lo has pedido.

—Pero la próxima vez no será porque yo te lo pida. La próxima vez serás más fuerte y harás lo que tengas que hacer tú sola y por tu cuenta.

—¿Qué era ese polvo azul que le has echado encima?

—Turquesa machacada. Te daré una bolsa llena. Es una piedra protectora muy poderosa.

—¿Tienes más, para darles también a los otros?

—No, pero lo añadiré a mi lista de la compra. Puedo comprar unas pocas turquesas y un mortero con su maza para molerlas. Así tendré algo que hacer mientras tú duermes.

—¿Qué es lo que le has dicho? —pregunté yo.

—*Ahiya'a A-s-gi-na* significa «vete, demonio».

—Y *u-no-le* es «viento», ¿verdad?

—Sí, cariño.

—Abuela, ¿tenía forma física, o era solo un espíritu?

—Creo que es un poco de las dos cosas. Pero está muy cerca de alcanzar su forma física.

—Lo cual significa que Kalona debe de estar haciéndose fuerte —dije yo.

—Eso creo.

—Me da miedo, abuela.

La abuela me estrechó en sus brazos y me acarició la cabeza como cuando era pequeña.

—No tengas miedo, *u-we-tsi-a-ge-ya*. El padre de los demonios va a descubrir que las mujeres de hoy en día no son tan fáciles de someter como en otros tiempos.

—¡Le has dado una buena, abuela!

La abuela sonrió.

—Sí, hija, le hemos dado una buena.



Bajo la vigilante mirada y con la aprobación de la abuela, invoqué de nuevo al viento y le ordené azotar todo el campus, pero sobre todo los dos edificios de las residencias. Escuchamos con atención por si oíamos chillar a los demonios, pero solo oímos el reconfortante silbido del viento. Entonces, agotada, me puse el pijama y finalmente me fui a la cama. La abuela encendió una vela lunar protectora para nosotras y yo me acurruqué con *Nala*. Me gustaba oír los ruidos que hacía mi abuela al cepillarse el largo cabello plateado mientras realizaba uno a uno todos los rituales habituales de antes de acostarse.

Estaba a punto de caer dormida cuando oí su voz, hablándome en voz baja:

—*U-we-tsi-a-ge-ya*, quiero que me prometas una cosa.

—Vale, abuela —contesté yo medio dormida.

—Pase lo que pase, quiero que me prometas que te acordarás de que Kalona no debe alzarse. Nada ni nadie es más importante que eso.

Una ligera inquietud me hizo despertarme del todo.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho. No dejes que nada te distraiga de tu propósito.

—Hablas como si tú no fueras a estar ahí para guiarme —dije yo, que sentí una nueva conmoción en el pecho, producto del pánico.

La abuela se acercó a mí y se sentó al borde de la cama.

—Espero estar contigo durante una buena temporada, cariño, tú ya lo sabes. Pero a pesar de todo quiero que me lo prometas. Tómatelo como si así ayudaras a una vieja a conciliar mejor el sueño.

Yo fruncí el ceño.

—Tú no eres una vieja.

—Prométemelo —insistió ella.

—Te lo prometo. Y ahora prométeme tú a mí que no dejarás que te pase nada —dije yo.

—Haré todo lo que pueda, te lo prometo —contestó ella con una sonrisa—. Gira la cabeza, y te cepillaré el pelo mientras te duermes. Así tendrás mejores sueños.

Suspiré y rodé por la cama para ponerme de lado. Caí dormida con las adorables caricias de mi abuela, que me tarareaba una nana cheroqui en voz baja.

Al principio creí que las voces amortiguadas provenían de la cámara oculta, y aunque ni siquiera estaba del todo despierta, me incorporé en la cama, me senté, y cogí el

monitor de la mesilla. Contuve el aliento, le di al botón que encendía el vídeo y solté un enorme suspiro de alivio cuando apareció en pantalla la solitaria camilla con su ocupante inmóvil, envuelto en una sábana. Entonces apagué el vídeo y eché un vistazo en dirección a la cama de mi abuela, vacía y perfectamente hecha. Sonreí, mirando apenas a mi alrededor. De hecho, la abuela había estado recogiendo un poco antes de marcharse de compras y a comer fuera. Bajé la vista hacia *Nala*, que parpadeó en mi dirección, somnolienta.

—Lo siento. Ha debido de ser mi imaginación que está sobreexcitada, y me hace oír cosas.

La vela lunar seguía ardiendo, aunque por supuesto estaba mucho más pequeña que en el momento de quedarme dormida. Miré el reloj y sonreí. Eran solo las dos de la tarde. Tenía unas cuantas horas por delante antes de que llegara la hora de despertarme. Me recosté de nuevo y tiré del edredón hasta el cuello.

Entonces oí voces amortiguadas otra vez, en esa ocasión acompañadas de varios golpes suaves en la puerta que, definitivamente, no eran producto de mi imaginación. *Nala* refunfuñó con unos cuantos «*miauff*» somnolientos, con los cuales yo no pude evitar estar de acuerdo.

—Como sean las gemelas, que quieren escaparse para ir a las rebajas de zapatos, voy a estrangularlas —le dije a mi gata, que pareció alegrarse ante la perspectiva. Entonces me aclaré la garganta y grité—: ¡Sí, pasa!

Al abrirse la puerta, me sorprendió ver a Shekinah ahí de pie, junto con Aphrodite y Neferet. Aphrodite estaba llorando. Me incorporé de un brinco y me aparté el pelo revuelto de la cara.

—¿Qué ocurre?

Las tres entraron en mi habitación. Aphrodite se acercó a mí y se sentó al borde de mi cama. Yo la miré a ella, luego a Shekinah, y finalmente a Neferet. No vi otra cosa más que tristeza en los ojos de cada una de ellas, pero me quedé mirando a Neferet, deseando poder ver detrás de esa cuidada fachada; deseando que todo el mundo pudiera penetrarla.

—¿Qué ocurre? —repetí yo.

—Niña —comenzó a decir Shekinah con una voz amable y triste—, es tu abuela.

—¡La abuela! ¿Dónde está? —pregunté yo. Se me hizo un nudo en el estómago al ver que nadie me contestaba. Agarré la mano de Aphrodite—. ¡Dímelo!

—Ha tenido un accidente de coche. Grave. Perdió el control cuando iba por Main Street porque... porque un pájaro negro grande se le metió volando por la ventana. Se salió de la carretera hacia la izquierda, y se dio contra una farola de frente —explicó Aphrodite con voz firme, pero con lágrimas en los ojos—. Está en el hospital de St. John, en cuidados intensivos.

Durante unos segundos no pude pronunciar palabra. Simplemente me quedé

mirando la cama vacía de la abuela y el cojín relleno de lavanda que había colocado encima. La abuela siempre se rodeaba de esencia de lavanda.

—Iba a ir a comer al Chalkboard. Me lo dijo anoche justo antes de... —dije yo.

De pronto me interrumpí. Recordaba que la abuela y yo habíamos estado hablando de que ella iba a ir al Chalkboard a comer justo antes de que yo abriera las cortinas y me encontrara con el horrible cuervo del escarnio. El pájaro había estado escuchándonos, así que sabía exactamente adónde se dirigiría mi abuela. Por eso estaba allí, esperándola para sacarla de la carretera y provocarle el accidente.

—¿Justo antes de qué?

Para un observador mal informado, la pregunta y la voz de Neferet habrían sonado simplemente preocupadas; igual que podría sonar la de una amiga y una mentora. Cuando yo alcé la vista hacia sus ojos de color esmeralda, sin embargo, vi en ellos el frío cálculo de un enemigo.

—Justo antes de irnos a la cama —dije yo. Trataba por todos los medios de no demostrar el desagrado que me producía Neferet; de no delatar lo verdaderamente vil y retorcida que sabía que era—. Por eso sé por qué iba por esa calle. Me contó lo que iba a hacer durante el día de hoy mientras yo dormía —añadí yo, que enseguida aparté la vista de Neferet y me dirigí a Shekinah—. Tengo que ir a verla.

—Por supuesto, niña —dijo Shekinah—. Darius te está esperando con un coche.

—¿Puedo ir con ella? —preguntó Aphrodite.

—Ya te perdiste ayer todas las clases, y no creo que...

—¡Por favor! —rogué yo, interrumpiendo a Neferet y apelando directamente a Shekinah—. No quiero estar sola.

—¿No estás de acuerdo en que la familia es más importante que lo académico? —le preguntó entonces Shekinah a Neferet.

Neferet vaciló solo un segundo antes de contestar:

—Sí, por supuesto que estoy de acuerdo. Es que me preocupa que Aphrodite se quede retrasada en los estudios.

—Me llevaré las tareas al hospital. No me quedaré retrasada —dijo Aphrodite, esbozando una enorme y confiada sonrisa tan falsa en dirección a Neferet, como las tetas de Pamela Anderson.

—Entonces está decidido. Aphrodite acompañará a Zoey al hospital, y Darius cuidará de las dos. Tómame el tiempo que necesites, Zoey. Y no dudes en decírmelo si la escuela puede hacer algo por tu abuela —añadió Shekinah amablemente.

—Gracias.

Apenas miré a Neferet en el momento en el que las dos abandonaron mi habitación.

—¡Jodida zorra! —exclamó Aphrodite, que se quedó mirando la puerta cerrada—. ¡Como si le hubiera preocupado nunca que yo me quedara retrasada en algo!

¡Detesta que seamos amigas!

Vale... cierto. Tenía que pensar. Tenía que ir a ver a la abuela, pero primero tenía que pensar y asegurarme de que todo quedaba atado y bien atado en la escuela. Y tenía que recordar la promesa que le había hecho a mi abuela.

Me enjuagué las lágrimas de la cara con el dorso de la mano y corrí al armario. Saqué unos vaqueros y una sudadera.

—Neferet detesta que seamos amigas porque no puede meterse en nuestras mentes. Pero puede meterse en las mentes de Damien, Jack y las gemelas, y estoy convencida de que hoy se va a dedicar a husmear por allí.

—Tenemos que avisarlos —dijo Aphrodite.

Yo asentí.

—Sí, les avisaremos. La cámara oculta no tendrá alcance durante todo el trayecto hasta el hospital de St. John, ¿verdad?

—Probablemente no. Creo que tiene un alcance de solo unos pocos cientos de metros.

—Entonces llévasela a las gemelas mientras yo me visto. Cuéntales lo que ha pasado, y diles también que adviertan a Damien y a Jack acerca de Neferet —decidí yo. Después respiré hondo y añadí—: Anoche había un cuervo del escarnio colgando de mi ventana.

—¡Oh, Dios!

—Fue horrible —dije con un escalofrío—. La abuela le lanzó polvo de turquesa machacada, y yo invoqué al viento para que le ayudara a llevarla volando. Eso lo hizo desaparecer, pero no sé durante cuánto tiempo estuvo escuchándonos.

—Eso es lo que ibas a decir antes, cuando Neferet estaba delante: que el cuervo del escarnio sabía que tu abuela iba a ir al Chalkboard.

—Y provocó el accidente —dije yo.

—O él, o Neferet —señaló Aphrodite.

—O los dos juntos —añadí yo. Me dirigí a la mesilla y recogí el monitor de la cámara oculta—. Llévale esto a las gemelas. ¡Espera!

La detuve antes de que saliera por la puerta. Me acerqué a la bolsa de viaje azul de la abuela y rebusqué en el bolsillo pequeño que se abría con una cremallera y que ella había dejado abierto. Tal y como me figuraba, dentro había una bolsita de piel de ciervo. La abrí, comprobé bien lo que contenía y luego, satisfecha, se la tendí a Aphrodite.

—Esto es polvo de turquesa. Dile a las gemelas que se lo repartan entre ellas y Damien y Jack. Diles que es una poderosa protección, pero que no tenemos mucho más.

—Entendido —dijo Aphrodite, asintiendo.

—Date prisa. Estaré lista para marcharnos en cuanto vuelvas.

—Zoey, se pondrá bien. Han dicho que está en cuidados intensivos, pero tenía el cinturón de seguridad puesto, y aún sigue viva.

—Tiene que ponerse bien —le contesté yo a Aphrodite con los ojos otra vez llenos de lágrimas—. No sé qué haría yo sin ella.

Hicimos el corto trayecto hasta el hospital de St. John en silencio. Por supuesto, hacía un detestable día soleado. Por eso, a pesar de que llevábamos gafas de sol y de que el Lexus tenía los cristales tintados, fue muy incómodo para todos. (Bueno, me refiero a Darius y a mí, porque Aphrodite parecía estar pasando un mal rato por no poder sacar la cabeza por la ventanilla para disfrutar del sol). Darius nos dejó en la puerta de entrada de cuidados intensivos y nos dijo que se iba a aparcar y que nos veríamos dentro.

Aunque yo no había pasado nunca demasiado tiempo en un hospital, me pareció reconocer el olor que reinaba allí por un recuerdo innato, y desde luego no era un recuerdo positivo. Realmente detestaba la sensación de que el antiséptico enmascarara la enfermedad. Aphrodite y yo nos paramos en el mostrador de información, y una amable y anciana mujer con una bata de color salmón nos señaló el sala de cuidados intensivos.

Vale, cuidados intensivos era realmente escalofriante. Vacilamos: no sabíamos muy bien si atravesar o no las dobles puertas batientes, decoradas con las letras «Cuidados intensivos» en rojo, atravesadas en diagonal. Entonces yo recordé que mi abuela estaba allí, e inicié la marcha resuelta a través de las tenebrosas puertas para penetrar en Escalofrilandia.

—No mires —me susurró Aphrodite.

Yo había comenzado a tambalearme porque mis ojos se veían atraídos automáticamente hacia los cristales de las habitaciones de los pacientes. En serio. Las paredes de las habitaciones no eran paredes en absoluto. Eran cristales; de ese modo todo el mundo podía quedarse mirando con la boca abierta a los moribundos que usaban orinal y cosas de esas.

—Tú sigue caminando hasta el puesto de enfermeras. Allí nos dirán dónde está tu abuela.

—¿Cómo sabes tanto de estas cosas? —le pregunté yo a ella, también con un susurro.

—Mi padre tuvo dos sobredosis y acabó aquí.

Yo volví la cabeza hacia ella atónita.

—¿En serio?

—¿No te meterías tú una sobredosis si estuvieras casado con mi madre? —preguntó a su vez Aphrodite, tras encogerse de hombros.

Supongo que yo también lo haría, pero me pareció mejor no decirlo. Además,

estábamos llegando al puesto de enfermeras.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó una rubia con un cuerpo como un armario.

—He venido a ver a mi abuela, Sylvia Redbird.

—¿Y tú te llamas?

—Zoey Redbird.

La enfermera comprobó una lista y luego me sonrió.

—Sí, estás inscrita como el pariente más próximo. Espera un momento. El médico está ahora mismo con ella. Si no te importa esperar en la sala de espera para la familia, al final de ese pasillo, le diré que estás aquí.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto, pero primero el médico tiene que terminar el reconocimiento.

—Muy bien, esperaré —contesté yo. Di unos cuantos pasos, pero enseguida me detuve—. No estará sola, ¿verdad?

—No, por eso es por lo que las habitaciones tienen cristales en lugar de paredes. Ninguno de los pacientes de cuidados intensivos está nunca solo.

Sí, pero asomar la cabeza por el cristal no sería suficiente en el caso de la abuela.

—Por favor, me gustaría ver al médico cuanto antes.

—Por supuesto.

Aphrodite y yo nos dirigimos a la sala de espera, que era casi tan estéril y tenebrosa como el resto del ala.

—No me gusta.

No podía sentarme, así que caminé de un lado para otro delante de un sofá de dos plazas con un estampado azul realmente feo.

—Tu abuela necesita más protección que un simple vistazo de la enfermera por el cristal de vez en cuando —dijo Aphrodite.

—Incluso antes de lo que acababa de suceder, los cuervos del escarnio tenían ya la habilidad de enredar con las personas mayores cercanas a la muerte. La abuela es mayor, y ahora está... está... —Me atraganté con las palabras, incapaz de pronunciar la horrible verdad.

—Está herida —dijo Aphrodite con firmeza por mí—. Pero eso es todo. Solo está herida. Aunque tienes razón. Ahora es más vulnerable.

—¿Crees que me dejarían llamar a un curandero?

—¿Conoces a alguno?

—Bueno, más o menos. Conozco a un tipo mayor, John Whitehorse, que ha sido amigo de la abuela durante mucho tiempo. Ella me contó que es un anciano cheroqui. Probablemente mi abuela tenga su número en el móvil. Seguro que él conoce a un curandero.

—No vendría mal traer a uno —dijo Aphrodite.

—¿Cómo está? —preguntó Darius, que en ese momento entró en la sala de espera.

—Aún no lo sabemos. Estamos esperando al médico. Estábamos hablando de la posibilidad de llamar a un amigo de mi abuela para que él traiga a un curandero para que se quede con ella.

—¿Y no sería más fácil pedirle a Neferet que viniera? Ella es nuestra alta sacerdotisa, y también es una gran sanadora.

—¡No! —exclamamos Aphrodite y yo al mismo tiempo.

Darius frunció el ceño, pero entonces el médico entró en la sala de espera y ya no tuvimos que darle explicaciones al guerrero.

—¿Zoey Redbird?

Yo me giré hacia un hombre alto y delgado y alargué la mano.

—Yo soy Zoey.

Nos estrechamos las manos con solemnidad. Él me agarraba con firmeza; sus manos eran fuertes y a la vez suaves.

—Soy el doctor Ruffing, el médico de tu abuela.

—¿Cómo está?

Me sorprendió que mi voz sonara tan normal, porque tenía la garganta completamente obstruida por el miedo.

—Vamos a sentarnos allí —dijo él.

—Prefiero quedarme de pie —dije yo. Entonces intenté esbozar una sonrisa que me sirviera de disculpa—. Estoy demasiado nerviosa como para sentarme.

La sonrisa de él fue más satisfactoria que la mía, y me alegré de encontrar esa amabilidad en su rostro.

—Muy bien. Tu abuela ha tenido un accidente serio. Tiene contusiones en la cabeza, y el brazo roto por tres sitios. El cinturón de seguridad le ha arañado el pecho, y al desplegarse los *airbags* le han quemado la cara, pero entre los dos le han salvado la vida.

—Entonces, ¿se va a poner bien? —seguí preguntando yo.

Me costaba elevar la voz más allá de un simple murmullo.

—Hay muchas posibilidades, pero dentro de veinticuatro horas lo sabremos con más seguridad —dijo el doctor Ruffing.

—¿Está consciente?

—No. Le he inducido un coma para que...

—¡Un coma!

Sentí que me balanceaba. De pronto estaba ardiendo, sufría una conmoción y veía motitas brillantes en la periferia de la visión. Darius me sostuvo por el codo y me guió hasta un asiento.

—Respira despacio. Concéntrate en recuperar el aliento —dijo el doctor Ruffing,

agachado frente a mí, mientras me agarraba de la muñeca para tomarme el pulso.

—Lo siento, lo siento. Estoy bien —dije yo. Me limpié el sudor de la frente—. Es que eso del coma me ha sonado horrible.

—Pues de hecho no es tan malo. Le he inducido el coma para darle a su cerebro una oportunidad para que se recupere por sí solo —explicó el doctor Ruffing—. Esperamos poder controlar la inflamación de ese modo.

—¿Y si no se puede controlar la inflamación?

El médico me dio unos golpecitos en la rodilla antes de ponerse en pie.

—Vayamos paso a paso. Iremos resolviendo cada problema según se vaya presentando.

—¿Puedo verla?

—Sí, pero necesita silencio.

El médico echó a caminar para guiarme hasta la habitación.

—¿Puede venir Aphrodite conmigo?

—Por el momento es mejor que paséis de una en una —dijo él.

—No importa —dijo Aphrodite—. Estaremos aquí, esperándote. Y recuerda: no te asustes. Pase lo que pase, ella sigue siendo tu abuela.

Yo asentí y me mordí el carrillo por dentro para reprimir las lágrimas.

Seguí al doctor Ruffing hacia una habitación de cristal no lejos del puesto de enfermeras. Nos paramos un momento delante de la puerta. El médico me miró.

—Está enganchada a un montón de máquinas y tubos. Parece peor de lo que es.

—¿Respira por sí sola?

—Sí, y su ritmo cardíaco es bueno y regular. ¿Estás preparada?

Yo asentí, y él me abrió la puerta y me cedió el paso. Nada más entrar, oí claramente el aterrador ruido de alas de pájaros.

—¿Ha oído usted eso? —le pregunté al médico con un susurro.

—¿Oír qué?

Alcé la vista hacia sus ojos, completamente inocentes, y supe más allá de toda posible duda que él no había oído el ruido de las alas de los cuervos del escarnio.

—No, nada, lo siento.

Él puso una mano sobre mi hombro.

—Sé que es difícil de asumir, pero tu abuela es una persona saludable y fuerte. Tiene una oportunidad excelente de salir adelante.

Me acerqué despacio al borde de la cama. La abuela tenía un aspecto tan frágil y delicado que no pude evitar que se me saltaran las lágrimas y comenzaran a resbalar por mis mejillas. Tenía la cara terriblemente arañada y quemada; el labio partido y cosido con puntos; la barbilla también llena de puntos; la mayor parte de la cabeza cubierta de vendas y todo el brazo derecho escayolado con un espeso yeso del que sobresalían extraños tornillos metálicos.

—¿Tienes alguna pregunta más a la que pueda responder? —preguntó el doctor Ruffing en voz baja.

—Sí —contesté yo sin dudar y sin apartar la vista del rostro de la abuela—. Mi abuela es cheroqui, y sé que ella se sentiría mejor si yo llamara a un curandero. — Entonces sí que aparté la vista del rostro desencajado de mi abuela para mirar al médico—. No pretendo faltarle al respeto, y tampoco es por un tema médico estrictamente hablando. Más bien es un tema espiritual.

—Bueno, supongo que no hay ningún problema en que lo llames, pero solo después de que haya salido de cuidados intensivos.

Tuve que reprimir el deseo de gritarle que era precisamente mientras permanecía en cuidados intensivos cuando más lo necesitaba.

El doctor Ruffing siguió hablando en voz baja; parecía bastante sincero.

—Tienes que comprender que este es un hospital católico, y aquí solo admitimos a aquellos...

—¿Católico? —lo interrumpí yo, con gran alivio—. Entonces, ¿permitirían que viniera una monja a quedarse con ella?

—Bueno, sí, por supuesto. Las monjas y los curas visitan a nuestros pacientes muy a menudo.

Yo sonreí.

—Excelente. Conozco a la monja perfecta.

—Bien, bueno, ¿quieres hacerme alguna otra pregunta?

—Sí, ¿dónde hay una guía telefónica?



No sé cuántas horas pasaron. Mandé a Darius y a Aphrodite de vuelta a la escuela, a pesar de sus protestas. Aphrodite y yo sabíamos que, si queríamos estar seguras de que todo salía bien, ella tenía que estar allí. Era el único modo de que yo pudiera estar tranquila mientras me quedaba con la abuela, y ella lo sabía. Fue el único argumento que la convenció para marcharse. Además le prometí a Darius que no me iría del hospital sin avisarle primero para que viniera a buscarme, y eso a pesar de que la escuela estaba a menos de kilómetro y medio en la misma calle, y nada habría sido más fácil para mí que volver caminando.

El tiempo pasaba de un modo muy extraño en cuidados intensivos. No había ventanas al exterior y, a excepción de los ruidos rítmicos y futuristas de las máquinas del hospital, las habitaciones estaban a oscuras y en silencio. Me imaginé que aquel lugar era una especie de sala de espera de la muerte, lo cual me aterrorizó. Pero no podía dejar a la abuela. Y no la abandonaría, a menos que viniera alguien dispuesto a luchar contra los demonios en mi lugar. Así que me senté y esperé y vigilé su cuerpo adormilado mientras luchaba por curarse.

Y ahí estaba sentada, agarrándola de la mano y cantándole en voz baja una de las nanas cheroquis que a ella le gustaba cantarme a mí al irme a la cama, cuando por fin la hermana Mary Angela entró en la habitación.

Me miró, miró a mi abuela y por último abrió los brazos. Yo me lancé a ellos y reprimí el llanto, apretando la cara contra la suave tela de su hábito.

—¡*Shhh!*, basta ya. Bueno, ya está, niña. Ahora tu abuela está en manos de nuestra Señora —murmuró ella mientras me daba palmaditas en la espalda.

Cuando por fin pude hablar y alcé la vista hacia ella, pensé que jamás me había alegrado tanto en mi vida de ver a nadie.

—Muchas gracias por venir, hermana.

—Para mí es un honor que me hayas llamado, y lamento haber tardado tanto en llegar. Tenía muchos fuegos que apagar antes de salir del convento —contestó la hermana que, con un brazo alrededor de mis hombros, se acercó a la cama de la abuela.

—No importa. Me alegro de que esté aquí. Hermana Mary Angela, esta es mi abuela, Sylvia Redbird —dije yo con voz estrangulada—. Ella ha sido mi madre y mi padre, y yo la quiero mucho.

—Debe de ser una persona muy especial cuando se ha ganado la devoción de semejante nieta.

Yo alcé la vista rápidamente hacia la hermana Mary Angela.

—Aquí en el hospital nadie sabe que soy una iniciada.

—Ni a nadie debería importarle lo que seas —aseguró la monja con firmeza—. Si tú o tu familia necesitáis socorro o cuidados, su obligación es dároslos.

—Las cosas no siempre funcionan así —dije yo.

Sus ojos sabios me examinaron por unos segundos antes de contestar:

—Por desgracia, tengo que estar de acuerdo contigo.

—Entonces, ¿me ayudará y no les dirá quién soy?

—Lo haré —dijo ella.

—Bien, porque la abuela y yo necesitamos su ayuda.

—¿Qué puedo hacer por vosotras?

Yo desvié la vista hacia la abuela. Parecía descansar con la misma tranquilidad con la estaba desde el momento de llegar yo al hospital para sentarme a su lado. Yo no había vuelto a oír más aleteos de pájaros, ni tampoco presentía ningún mal. Y sin embargo sí me sentía reacia a dejarla sola, aunque no fuera más que por unos minutos.

—¿Zoey?

Miré en el interior de los ojos sabios y amables de aquella increíble monja, y le dije toda la verdad:

—Tengo que hablar con usted, pero no quiero hacerlo aquí, donde podrían oírnos o interrumpirnos, aunque por otro lado me da miedo dejar a la abuela sola y desprotegida.

Ella me observó con calma. No parecía en absoluto extrañada ante lo que le estaba diciendo. Entonces se metió la mano en uno de los bolsillos delanteros del voluminoso hábito negro y sacó una estatuilla pequeña pero muy detallada y muy bonita de la virgen María.

—¿Te tranquilizaría el hecho de saber que nuestra Señora se queda aquí con tu abuela mientras tú y yo salimos a hablar?

Yo asentí.

—Creo que sí, hermana.

Traté de no analizar porqué me sentía más segura con el icono de la madre de la cristiandad de una monja. Simplemente agradecí que mis entrañas me dijeran que podía confiar en la monja y en la «magia» que ella había traído consigo.

La hermana Mary Angela dejó la estatuilla de María sobre la mesilla de la abuela. Luego inclinó la cabeza y juntó ambas manos. Vi que movía los labios, pero pronunció las palabras con una voz tan baja, que no pude oír lo que decía. La hermana se santiguó, se besó los dedos y tocó muy levemente la estatua, y solo después de todo eso ella y yo abandonamos la habitación.

—¿Sigue siendo de día? —pregunté yo.

Ella me miró con sorpresa.

—Hace horas que ha anochecido, Zoey. Son las diez pasadas.

Yo me restregué la cara. Estaba completamente agotada.

—¿Le importa si paseamos un rato por aquí fuera? Tengo que contarle unas cuantas cosas un poco complicadas, y me será más fácil si puedo sentir el aire de la noche a mi alrededor.

—Hace una noche estupenda, me encanta la idea de pasear contigo.

Serpenteamos por el laberinto de edificios del St. John y finalmente salimos por el lado oeste a la calle Utica, justo delante de la preciosa fuente en la que el agua cae en cascada, en la esquina de la calle Veintiuno y Utica.

—¿Quiere que nos acerquemos andando hasta la fuente? —pregunté yo.

—Adonde tú quieras, Zoey, guíame tú —contestó la hermana Mary Angela con una sonrisa.

No hablamos mientras íbamos de camino. Yo miraba a nuestro alrededor: buscaba siluetas de pájaros retorcidos, ocultos en las sombras, e iba atenta a ver si oía el ruido de los cuervos del escarnio haciéndose pasar por cuervos normales. Pero no vi nada. Solo noté como si hubiera algo a nuestro alrededor esperando, pero no pude adivinar si era bueno o malo.

Había un banco cerca de la fuente. Estaba colocado frente a la estatua de mármol blanco de María, rodeada de corderos y de pastorcillos, que decoraba la esquina sudoeste del hospital. Había también otra estatua de María realmente bonita, a todo color, con su famoso chal azul, nada más entrar por la puerta de cuidados intensivos. Era extraño que nunca antes me hubiera dado cuenta de la cantidad de estatuas de María que había por los alrededores.

Llevábamos un rato sentadas en el banco, descansando en medio del fresco silencio de la noche, cuando yo respiré hondo y me giré para mirar a la hermana Mary Angela a la cara.

—Hermana, ¿cree en los demonios?

Había decidido ir al grano. No tenía sentido dar vueltas. Además, yo no tenía ni tiempo, ni paciencia.

Ella alzó ambas cejas.

—¿Los demonios? Bueno, sí, sí creo. El tema de los demonios tiene una larga y turbulenta historia dentro de la Iglesia católica.

La hermana se quedó mirándome con toda tranquilidad, esperando a que yo hablara como si fuera mi turno. Esa es una de las cosas que más me gustan de la hermana Mary Angela. No es uno de esos adultos que siente la necesidad de terminar las frases por ti. Ni tampoco es de esos que no pueden soportar quedarse callados mientras esperan a que el chico aclare sus ideas.

—¿Ha conocido alguna vez a alguno personalmente?

—No, a ninguno real. Me han avisado varias veces para que vaya de visita por esa

razón, pero al final resultaron ser o bien gente muy morbosa, o bien gente poco honesta.

—¿Y ángeles?

—¿Me preguntas si creo en ellos, o si conozco a alguno?

—Las dos cosas —dije yo.

—Sí y no, por ese orden. Aunque, si pudiera elegir, preferiría conocer a un ángel que a un demonio, claro.

—No esté tan segura.

—¿Y eso, Zoey?

—¿Le suena la palabra «nefilim»?

—Sí, aparece en el Antiguo Testamento. Algunos teólogos suponen que o bien Goliat era un nefilim, o bien era hijo de uno.

—Pero ese Goliat no era bueno, ¿no?

—No, según el Antiguo Testamento.

—Bien, vale, pues tengo que contarle una historia sobre otro nefilim que tampoco era un buen tipo. Es una historia que proviene del pueblo de mi abuela.

—¿El pueblo de tu abuela?

—Ella es cheroqui.

—¡Ah!, bien, Zoey. Me gustan los cuentos de los nativos americanos.

—Bien, pues agárrese fuerte, porque este no es un cuento de los de antes de irse a dormir.

Entonces me lancé a contarle la versión abreviada que me había contado a mí la abuela acerca de Kalona, la *tsi sgili* y los cuervos del escarnio.

Terminé la historia relatándole cómo Kalona había sido hecho prisionero y cómo se había perdido la canción de los cuervos del escarnio en la que se profetizaba que algún día su padre retornaría. La hermana Mary Angela se quedó callada durante unos pocos minutos. Cuando por fin habló, me extrañó que su primera reacción ante la leyenda fuera idéntica a la mía.

—¿Dices que las mujeres fabricaron una muñeca de barro que cobró vida?

Yo sonreí.

—Eso fue exactamente lo que yo le dije a mi abuela cuando ella me contó la historia.

—¿Y qué te respondió tu abuela?

Pude comprobar por la expresión serena de su rostro que esperaba que yo me echara a reír y le dijera que la abuela me había dicho que no se trataba más que de un cuento o una alegoría religiosa. Pero en lugar de eso le dije la verdad.

—La abuela me recordó que la magia es real. Y que sus antepasados, que en realidad eran también mis antepasados, no eran ni más ni menos dignos de crédito que una chica que puede invocar y dar órdenes a los cinco elementos.

—¿Quieres decir que tienes ese don y que por eso eres importante y te escolta un guerrero hasta Street Cats? —preguntó la hermana Mary Angela.

Pude ver en sus ojos que no quería llamarme mentirosa ni romper nuestra amistad tan recientemente creada, pero tampoco me creía. Así que me puse en pie y me alejé un paso del banco para salir de la zona directamente iluminada por la farola. Cerré los ojos y respiré hondo el aire fresco de la noche. No tuve que pensar mucho para averiguar dónde estaba el este. Lo adiviné de forma natural. Me coloqué frente al St. John, al otro lado de la calle y al este desde mi posición. Abrí los ojos, sonreí y dije:

—Viento, estos últimos días has acudido a mis llamadas. Te honro por tu lealtad y te pido que acudas a mí una vez más. ¡Ven a mí, viento!

Esa noche no había siquiera brisa, pero en el momento en el que yo invoqué al elemento un suave y refrescante aire comenzó a soplar a mi alrededor. La hermana Mary Angela estaba lo suficientemente cerca de mí como para sentirlo. Incluso tuvo que sujetarse la toca con una mano para que no se le volara de la cabeza. Yo alcé las cejas ante su mirada atónita. Entonces me giré hacia la derecha, de cara al sur.

—Fuego, la noche es fresca y, como siempre, necesitamos de tu calor protector. ¡Ven a mí, fuego!

El aire frío de pronto se hizo cálido e incluso caliente. Pude oír los crujidos de una chimenea, echando chispas a mi alrededor, y sentí como si la hermana Mary Angela y yo estuviéramos a punto de asar unas salchichas en una agradable noche de verano.

—¡Dios mío! —gritó ella sofocadamente.

Yo sonreí y me giré de nuevo hacia la derecha.

—Agua, necesitamos que nos laves y nos refresques del calor del fuego. ¡Ven a mí, agua!

Sentí algo más que un ligero alivio cuando el calor cesó instantáneamente, sofocado por la fragancia y el contacto de la lluvia primaveral. No me mojé en absoluto aunque debería haberme calado, porque era como si hubiera caído en medio de una tormenta y me sintiera limpia, fresca y renovada.

La hermana Mary Angela alzó la cabeza al cielo y abrió la boca, como si creyera que de verdad iba a caerle agua de lluvia.

Yo me giré una vez más a mi derecha.

—Tierra, siempre me he sentido cerca de ti. Tú nos alimentas y nos proteges. ¡Ven a mí, tierra!

La lluvia primaveral se metamorfoseó en un campo de heno recién cortado en verano. La brisa que la lluvia había refrescado en ese momento era densa, con la alfalfa y el sol y los alegres sonidos de los niños jugando.

Bajé la vista hacia la monja. Seguía sentada en el banco, pero se había retirado la toca de modo que el corto pelo gris volaba alrededor de su rostro. Se reía y respiraba

profundamente la brisa veraniega, lo cual la hacía parecer de nuevo una preciosa niña.

Ella sintió que yo la miraba y me miró a los ojos. Yo alcé los brazos por encima de la cabeza.

—Es el espíritu lo que nos une, y el espíritu lo que nos hace únicos. ¡Ven a mí, espíritu!

Como siempre, la sensación dulce y ya familiar de notar cómo se elevaba mi espíritu me sorprendió y me hizo sentirme pletórica al ver que el espíritu acudía a mi llamada.

—¡Oh! —exclamó la hermana Mary Angela.

No parecía ni asustada, ni enfadada. Más bien parecía asombrada. Yo la observé inclinar la cabeza y apretar las cuentas del rosario que llevaba colgado del cuello contra el corazón.

—Gracias espíritu, tierra, agua, fuego y viento. Ya os podéis marchar con mi agradecimiento. ¡Os quiero! —grité yo, estirando los brazos y abriéndolos mientras los elementos revoloteaban juguetones a mi alrededor y después se disipaban en la noche.

Lentamente volví al banco y me senté junto a la hermana Mary Angela, que se alisaba el pelo y se reajustaba la toca. Por último me miró.

—Hacía mucho tiempo que lo sospechaba.

Eso no era lo que yo esperaba que dijera.

—¿Sospechaba que yo podía controlar a los elementos?

Ella se echó a reír.

—No, niña. Hacía mucho que sospechaba que el mundo está lleno de poderes que no podemos ver.

—No se ofenda, pero resulta raro que una monja diga eso.

—¿En serio? A mí no me parece tan raro, teniendo en cuenta que yo estoy casada con algo que, en esencia, es espíritu —dijo ella que, por un momento, vaciló, y luego añadió—: Y he sentido los indicios de esos poderes...

—Elementos —la interrumpí yo—. Son cinco elementos.

—De acuerdo, elementos. A menudo he sentido los indicios de esos elementos en el convento. Según la leyenda, está construido sobre un lugar de poder desde antaño. Así que ya ves, Zoey Redbird, sacerdotisa iniciada: lo que me has mostrado esta noche me sirve para dar validez a algo que sospechaba, y no es para mí ninguna sorpresa.

—Ah, bueno, me alegro de oírlo.

—Bien, me estabas explicando que las mujeres *ghigua* fabricaron una doncella de arcilla que atrapó al ángel caído, y que luego los cuervos del escarnio cantaron una canción sobre su regreso y se convirtieron en espíritus, ¿no era eso? Y luego, ¿qué

pasó?

Yo sonreí ante su forma de contarle, como si se tratara de lo más natural del mundo. Pero luego me puse seria.

—Según parece, no pasó gran cosa durante un montón de años; como unos mil años o así. Y entonces, hace solo unos días, yo comencé a oír lo que creí que eran cuervos, graznando odiosamente durante la noche.

—¿Es que no crees que fueran cuervos?

—Sé que no lo eran. Para empezar, en realidad no grajeaban: graznaban.

Ella asintió.

—Sí, lo que hacen los cuervos se llama graznar. Son las cornejas las que grajean.

—Eso me han dicho —asentí yo—. En segundo lugar, no solo me han atacado dos de ellos, sino que anoche además vi a uno. Estaba en la ventana de mi habitación, escuchando, cuando mi abuela me contó adónde iba a ir hoy mientras yo dormía. Y ha sido mientras conducía cuando ha tenido este extraño y casi fatal «accidente» —dije yo, haciendo el gesto de las comillas al decir la palabra «accidente»—. Los testigos dicen que lo causó un enorme pájaro negro, que se le metió por la ventanilla dentro del coche.

—¡Madre de Dios! ¿Y por qué los cuervos del escarnio iban a perseguir a tu abuela?

—Creo que la perseguían para llegar hasta mí y para estar seguros de que no nos ayuda ya más.

—¿Ayudarte a ti y a quién más a hacer qué?

—Ayudarme a mí y a mis amigos iniciados. La mayor parte de ellos solo tienen afinidad por un elemento, pero una de mis amigas ve visiones que nos advierten de las cosas horribles que pueden ocurrir. Por lo general, suele tratarse de muertes o destrucción, ya se lo puede imaginar: las típicas visiones.

—¿Te refieres a Aphrodite, la joven encantadora que, por suerte, adoptó ayer a *Maléfica*?

Yo sonreí.

—Sí, esa es la chica de las visiones. Pero no, ninguno de nosotros está encantado con la adopción de *Maléfica* —contesté yo. La hermana Mary Angela se echó a reír, y yo continué—. Bueno, el caso es que Aphrodite, en su última visión, vio lo que creemos que es la profecía de los cuervos del escarnio, y tomó nota por escrito.

La hermana Mary Angela se puso pálida.

—¿Y la profecía predice el retorno de Kalona?

—Sí, y parece que va a ser ahora.

—¡Oh, virgen María! —exclamó la monja, santiguándose.

—Por eso es por lo que necesitamos su ayuda —dije yo.

—¿Y cómo puedo yo ayudar a que la profecía no se haga realidad? Sé algo de los

nefilim, pero no sé nada de las leyendas de los cheroqui.

—No importa, eso más o menos creo que está solucionado, y esta noche vamos a poner en marcha un asunto que va a obstaculizar seriamente que se cumpla la profecía. Pero la necesito para cuidar de la abuela. Porque, ¿sabe?, los cuervos del escarnio tenían razón. Al hacerle daño a ella, me lo hacen a mí. Y no pienso dejarla sola para que la atormenten. El personal del St. John no me permite llamar a un curandero cheroqui porque no les gustan las creencias paganas. Por eso necesito a alguien espiritualmente poderoso que crea en mí.

—Y ahí es donde entro yo —dijo ella.

—Sí. ¿Me ayudará? ¿Se quedará con mi abuela y la protegerá de los cuervos del escarnio mientras yo intento que la profecía no se cumpla hasta dentro de otros mil años o así?

—Me encantaría —dijo ella, que inmediatamente se puso en pie y echó a caminar decidida hacia el paso de peatones. Entonces volvió la vista atrás hacia mí—. ¿Qué? ¿Creías que ibas a tener que conjurar otra vez al viento para llevarme volando hasta allí arriba?

Yo me eché a reír y crucé la calle con ella. En esa ocasión, cuando ella hizo una pausa ante la estatua de la virgen María del vestíbulo para inclinar la cabeza y susurrar una breve plegaria, yo esperé con paciencia. En esa ocasión contemplé la estatua de la virgen durante un buen rato y, por primera vez, noté lo amable que era su rostro y lo sabios que eran sus ojos. Y mientras la hermana Mary Angela se postraba ante ella, yo susurré:

—Fuego, te necesito.

Nada más sentir el calor a mi alrededor, lo agarré con una mano y lo lancé con los dedos hacia una de las velas votivas apagadas que había al pie de la estatua. Se encendió de golpe, junto con otra media docena más que había a su alrededor.

—Gracias, fuego. Ahora puedes irte a jugar —le susurré yo.

La hermana Mary Angela no dijo nada. Simplemente cogió una de las velas votivas apagadas y me miró expectante. Al ver que yo no decía nada, me preguntó:

—¿Tienes un cuarto de dólar?

—Sí, creo que sí.

Rebusqué por el bolsillo de los vaqueros y saqué el cambio que me había devuelto la máquina de refrescos poco antes. Tenía dos monedas de veinticinco centavos, dos de diez y una de cinco. No sabía qué quería la monja que hiciera con ese cambio, así que lo sostuve en la palma de la mano para que ella cogiera lo que quisiera.

Ella sonrió y dijo:

—Bien, déjalo todo ahí a cambio de esta vela, y subamos ya las escaleras.

Hice lo que me dijo, y volvimos a la habitación de la abuela. Ella tapó la

temblorosa llama de la vela votiva con la palma de la mano durante todo el trayecto.

Al entrar en la habitación de la abuela no nos saludó ningún ruido de aleteo de alas. Tampoco vi sombras oscuras, revoloteando repentinamente por la periferia de mi visión. La hermana Mary Angela se acercó a la figurita de la virgen María y dejó la vela votiva delante, tomó asiento en la silla en la que había estado yo sentada todo el día y se quitó el rosario del cuello. Sin mirarme siquiera, me dijo:

—¿No tenías que marcharte, niña? Tienes que ganarle una batalla al mal.

—Sí, así es.

Me apresuré a acercarme al borde de la cama de mi abuela. No se había movido, pero yo quise creer que tenía un poquito mejor color y que su respiración sonaba algo más saludable. La besé en la frente y le susurré:

—Te quiero, abuela. Volveré pronto. Hasta entonces, la hermana Mary Angela se quedará contigo. Ella no permitirá que los cuervos del escarnio te lleven consigo.

Entonces me giré hacia la monja, cuyo aspecto era tan sereno que parecía de otro mundo: sentada en una silla de hospital, pasando las cuentas del rosario ante la vibrante llama de la vela, que producía sombras que bailaban sobre su rostro y sobre la figura de su diosa. Abrí la boca para darle las gracias, pero ella se me adelantó.

—No hace falta que me des las gracias. Es mi trabajo.

—¿Su trabajo es sentarse al lado de una enferma?

—Mi trabajo es ayudar al bien a mantener alejado al mal.

—Pues me alegro de que se le de tan bien —dije yo.

—Lo mismo digo.

Me incliné y la besé con un suave roce en la mejilla, y ella sonrió. Pero tenía que decirle una cosa más antes de irme.

—Hermana, si no lo consigo... Si mis amigos y yo no conseguimos parar a Kalona y él vuelve, las cosas se van a poner feas para la gente de aquí, y especialmente para las mujeres. Tendrá que esconderse en algún lugar bajo tierra. ¿Tiene algún sitio, como un sótano o incluso una cueva a la que pueda acceder fácilmente para ponerse a salvo y permanecer allí?

Ella asintió.

—Debajo del convento hay un enorme sótano que se ha utilizado para muchas cosas. Incluso para esconder alcohol ilegal durante los años veinte, si es que es cierta la leyenda.

—Bueno, pues es allí adonde debe ir. Y llévese a las otras monjas. ¡Jolín!, llévese a todo Street Cats. Bajo tierra. Kalona detesta la tierra, y no les seguirá allí.

—Comprendo, pero sé que tú saldrás victoriosa.

—Espero que tengas razón, pero prométeme que te esconderás allí si no es así y que te llevarás a mi abuela contigo.

Yo la miré a los ojos. Esperaba que me dijera que sacar a una anciana enferma de

cuidados intensivos para llevarla al sótano de un convento no era tarea fácil, pero en lugar de ello sonrió con serenidad y contestó:

—Tienes mi palabra.

Yo parpadeé sorprendida.

—¿Acaso creías que tú eres la única que puede hacer magia? —preguntó la monja, alzando ambas cejas—. La gente raramente cuestiona los actos de una monja.

—¡Vaya! Bueno, bien. Entonces estupendo. Tengo el número de su móvil. Guárdelo cerca. La llamaré en cuanto pueda.

—No te preocupes ni por tu abuela, ni por mí. Las mujeres viejas sabemos cuidar de nosotras mismas.

Yo volví a besarla en la mejilla.

—Hermana, es usted igualita que mi abuela. Ninguna de las dos será vieja jamás.



No tenía sentido esperar a que Darius viniera a buscarme cuando prácticamente podía recorrer la escasa distancia a la escuela en el mismo plazo de tiempo que él tardaría en llegar al coche, arrancar y conducir hasta el hospital. No quería esperar. Sin embargo fui incapaz de no llamarlo. La noche había dejado de ser un amigo para tornarse en un aterrador y esquivo enemigo. Mientras esperaba a que llegara, marqué el número de Stevie Rae.

Pero ella no contestó. Ni siquiera oí sonar el timbre: saltó directamente el buzón de voz. Y una vez más me pregunté qué tipo de mensaje debía dejar. «Hola, Stevie Rae, quería charlar contigo sobre una terrible profecía y un antiguo mal antes de que te topes de narices esta noche con ellos, pero bueno, ya hablaremos luego». Por alguna razón la idea no me pareció inteligente. Así que mientras esperaba a Darius, me reprendí a mí misma por no haber llamado a Stevie Rae antes, pero lo cierto era que el accidente de la abuela me había absorbido por completo.

Que era exactamente lo que pretendían los cuervos del escarnio.

El Lexus negro giró en la curva de entrada de cuidados intensivos y Darius salió para abrirme la puerta.

—¿Qué tal está tu abuela?

—La verdad es que está igual, pero el médico dice que es buena señal. La hermana Mary Angela se va a quedar con ella esta noche para que yo pueda asistir al ritual de purificación.

Darius asintió y dio la vuelta al coche para volver a la escuela.

—La hermana Mary Angela es una sacerdotisa poderosa. Habría sido una excelente vampira.

Yo sonreí.

—Se lo diré, y le diré que has sido tú quien lo ha dicho. ¿Ha ocurrido algo hoy en la escuela que deba saber?

—Se ha hablado de posponer el ritual al conocer la noticia del accidente de tu abuela.

—¡Oh, no! ¡No debemos posponerlo! —me apresuré yo a exclamar—. Es demasiado importante como para posponerlo.

Darius me miró con curiosidad, pero solo contestó:

—Eso es exactamente lo que dijo Neferet. Convenció a Shekinah de seguir adelante según los planes.

—¿En serio? —dije yo, reflexionando en voz alta.

Me preguntaba por qué sería tan importante para Neferet seguir adelante con el

ritual aquella misma noche. Quizá tuviera algún indicio de que Aphrodite había perdido la afinidad con la tierra y esperara ansiosamente ponernos en evidencia a las dos. Bien, pues iba a llevarse una sorpresa.

—Sí, y vas muy justa de tiempo —añadió Darius, echando un vistazo al reloj digital del salpicadero—. Apenas tienes tiempo de cambiarte de ropa y correr al muro este.

—No importa. Se me da bien trabajar bajo presión —mentí yo.

—Bien, creo que Aphrodite y el resto del grupo lo tienen todo preparado para el ritual.

Yo asentí y le sonreí.

—Aphrodite, ¿eh?

Él me devolvió la sonrisa y contestó:

—Sí, Aphrodite.

Aparcamos en la acera, y Darius salió para abrirme la puerta.

—Gracias, amigo —bromeé yo—. Nos vemos en el ritual.

—No me lo perdería por nada del mundo —contestó él.

—¡*Ohdiosmío!* ¿Está mejor tu abuela? ¡Qué disgusto me llevé cuando me lo contaron! —exclamó Jack, que entró como un tornado afeminado en mi habitación y prácticamente me estranguló al abrazarme.

Duchess terminó de aplastarme con su enorme volumen, la cola que no dejaba de menear y los jadeos de bienvenida.

—Sí, estábamos muy preocupados por tu abuela —confirmó Damien, que entró justo detrás de Jack y *Duchess* y esperó su turno para abrazarme—. He encendido una vela de lavanda para ella y la he mantenido ardiendo todo el día.

—Eso le gustará mucho a la abuela —dije yo.

—Bueno, ¿y qué han dicho? ¿Se va a poner bien? —preguntó Erin.

—Sí, Aphrodite no ha querido contarnos nada —dijo Shaunee.

—Os he contado lo que se sabía —se defendió Aphrodite, que fue la última en entrar en mi habitación—. Solo que no se puede saber nada seguro hasta dentro de un día o dos.

—Sí, y por ahora seguimos igual —dije yo—. Solo que parece que es buena señal que no se haya puesto peor.

—¿De verdad fue un cuervo del escarnio el que provocó el accidente? —preguntó Jack.

—Estoy convencida —dije yo—. Además, había uno en su habitación del hospital cuando llegué.

—¿Estás segura de que es buena idea dejarla allí sola? Quiero decir, ¿no pueden hacerle daño? —volvió a preguntar Jack.

—Estoy segura de que sí pueden hacerle daño, pero no está sola. ¿Os acordáis de la monja que Aphrodite y yo os contamos que dirigía Street Cats? Está allí con ella, y no permitiré que le pase nada malo.

—Pues a mí las monjas me dan miedo —dijo Erin.

—Y a mí también, desde luego. Pasé los cinco años de primaria en un colegio privado católico, y os aseguro que las monjas son malas —afirmó Shaunee.

—Pero la hermana Mary Angela sabe controlarse —dijo Aphrodite.

—Y sabrá controlar a los cuervos del escarnio que quieran atacar a la abuela —añadí yo.

—Entonces, ¿la monja sabe lo de los cuervos del escarnio? —preguntó Damien.

—Lo sabe todo: lo de la profecía, y todo lo demás. Tuve que contárselo para que comprendiera por qué era tan importante que no dejara sola ni un instante a la abuela —expliqué yo. Hice una pausa, y decidí admitir la verdad delante de ellos—. Además, yo confío en ella. Siento una gran fuerza hacia el bien cada vez que estoy con ella. De hecho, me recuerda mucho a mi abuela.

—Y además ella cree que Nyx no es más que otra versión de su virgen María, lo cual significa que no nos ve como seres malvados que vamos a ir directos al infierno —añadió Aphrodite.

—Eso es interesante —comentó Damien—. Me gustaría conocerla... en cuanto se acabe esta locura de Kalona, claro.

—¡Ah!, y hablando de locura, ¿le habéis echado un vistazo de vez en cuando a la cámara oculta, chicos?

Jack asintió y le dio unos golpecitos a su sempiterna cartera.

—Sí, por supuesto, pero sigue absolutamente quietecito y bien muerto —dijo Jack, que se echó a reír sofocadamente y, acto seguido, se tapó la boca con la mano—. ¡Lo siento! No pretendía hablar de una manera tan irrespetuosa de los que acaso estén m-u-e-r-t-o-s —terminó, deletreando la última palabra.

—Cariño, no importa —le dijo Damien mientras lo rodeaba por los hombros con un brazo—. El humor es bueno en estas situaciones. Además, estás monísimo cuando te ríes.

—Vale, pero antes de que me ponga enferma e incluso vomite encima de mi precioso vestido nuevo, ¿podemos repasar lo esencial del ritual y prepararnos para marcharnos? No estaría bien llegar tarde en un día como hoy —dijo Aphrodite.

—Sí, tienes razón. Deberíamos ponernos en marcha. Pero estáis estupendos, chicos —dije yo, dedicándoles una sonrisa a todos ellos—. Somos un grupo fantástico.

Todos sonrieron, hicieron reverencias por turnos, inclinaron la cabeza y se dieron una vuelta completa. Había sido idea de las gemelas que todos lleváramos ropa nueva para el ritual de purificación. Decían que todos teníamos que llevar algo nuevo para

simbolizar el año nuevo y lo nuevo de una escuela nuevamente purificada. Yo pensaba que en todo ello había demasiada novedad, pero de todos modos había estado excesivamente ocupada como para preocuparme. Así que mientras yo estaba con la abuela, las gemelas habían ido de compras. (No les pregunté cómo habían logrado saltarse las clases: hay asuntos de los que es mejor no conocer los detalles). Todos íbamos de negro, pero nuestros trajes eran por completo diferentes. El vestido de Aphrodite era de terciopelo negro con escote de lágrima y falda muy corta. Estaba de muerte con las botas negras de tacón de aguja. Supongo que pensaba que daba igual qué ocurriera siempre y cuando uno fuera bien vestido. Damien y Jack llevaban ropa negra de chico. Yo no sé nada de ropa de chico, pero desde luego estaban muy monos. Las gemelas llevaban faldas cortas negras y blusones de seda negros de esos que te hacen parecer una mujer embarazada. Yo aún no he decidido si me gustan o no. Pero por supuesto eso no se lo dije a ellas. Y yo llevaba un vestido nuevo que Erin había elegido para mí. Era negro, de manga larga, entallado y con diminutas cuentas rojas cosidas alrededor del escote y al borde del dobladillo, que quedaba justo por encima de las rodillas. Me sentaba perfectamente, y enseguida comprendí que al levantar los brazos para invocar a los elementos la luz de la luna se reflejaría trémula como la sangre sobre las piedras decorativas. En otras palabras: que estaría muy elegante.

Por supuesto, todos llevábamos el colgante con las tres lunas de las Hijas y los Hijos Oscuros. El mío estaba ribeteado con piedras rojas que brillaban igual que las del vestido.

Sonreí a mis amigos. Me sentía confiada y segura. La abuela estaba en las excelentes manos de la hermana Mary Angela. Tenía a mis amigos a mi lado, y esta vez no había secretos entre nosotros. El ritual saldría bien, y Stevie Rae y los iniciados rojos darían la cara, lo cual significaba que Neferet no podría seguir ocultándose tanto si admitía ser responsable de su existencia como si no. Erik había comenzado más o menos a hablar conmigo otra vez. Y, hablando de chicos, incluso tenía ciertas esperanzas de que Stark estuviera no muerto. En esta ocasión el gran poder de una vampira adulta como Shekinah sería testigo del regreso de la muerte de un chico iniciado. Y yo no tendría que preocuparme por la posibilidad de que me interesaran dos chicos al mismo tiempo (otra vez). O, al menos de momento, no iba a preocuparme por eso.

Es decir que, resumiendo, me sentía bien y estábamos todos listos para enfrentarnos a cualquier mal antiguo que quisiera venir a fastidiarnos.

—Bien, el ritual irá más o menos como siempre. Sea cual sea la música que ponga Jack, yo entraré.

Jack asintió con entusiasmo.

—¡Yo estoy listo! Entrarás con la mejor parte de la banda sonora de *Memorias de*

una geisha, mezclada con otra cosa. Pero no te digo qué es la otra cosa, es sorpresa.

Yo fruncí el ceño en su dirección. No me hacía falta ninguna sorpresa aquella noche.

—Tranquila —dijo Damien—. Esta sorpresa te gustará.

Suspiré. De todos modos era demasiado tarde para cambiar lo que fuera que estuviera ya en marcha.

—Bueno, entonces yo invocaré el círculo, elemento por elemento. Aphrodite, asegúrate de estar de pie justo delante del enorme roble, junto al muro este.

—Ya nos hemos ocupado de eso, Z —dijo Erin.

—Sí, hemos colocado las velas y la mesa de rituales mientras Jack y Damien se ocupaban del audio. Y hemos dejado la vela de la tierra justo al lado del árbol.

—Eh... ¿no habréis visto a Stevie Rae, verdad, chicos?

—No —contestaron las gemelas, Damien y Jack.

Yo volví a suspirar. Más valía que apareciera.

—No te preocupes. Vendrá —aseguró Damien.

Aphrodite y yo intercambiamos una rápida mirada.

—Eso espero —dije yo—, porque si no, no sé qué diablos vamos a hacer cuando la vela de la tierra salga volando al invocar a la tierra.

—Aphrodite podría dejar la vela en el suelo para interpretar una danza que represente a la tierra mientras tú la enciendes —sugirió Jack, siempre tan servicial.

Aphrodite puso los ojos en blanco, pero yo contesté:

—Considerémoslo un plan B, al que esperemos que no tengamos que recurrir. Así que en cuanto aparezca Stevie Rae, estén invocados todos los elementos y el círculo esté completo, yo presentaré en general a los iniciados rojos y explicaré que su presencia debería ayudarnos a purificar la escuela de secretos.

—Esa es una aclaración realmente importante —señaló Damien.

—Gracias —dije yo—. Y lo que espero es que haya muchas cosas que explicar después del ritual, así que será bastante corto.

—Y entonces veremos cómo encaja Neferet la derrota —dijo Aphrodite.

—Y si es la reina *tsi sgili*, como nosotros creemos, estará muy ocupada tratando de escapar de la ira de Shekinah como para seguir adelante con la profecía de Kalona —dije yo. Y si ocurría lo peor, y la reina *tsi sgili* era Stevie Rae o una de sus iniciadas, también confiaría en Shekinah y en Nyx para que se ocuparan de ella. Luego, en voz alta, añadí—: Damien, de todos modos quiero que estés atento a los cuervos del escarnio. Si crees ver o incluso oír a alguno, arrójalo lejos con el viento.

—Lo haré.

—Entonces, ¿estamos listos? —les pregunté a mis amigos.

—¡Sí! —gritaron todos.

Todos juntos nos apresuramos a salir del dormitorio y, con el corazón confiado,

emprendimos nuestros últimos momentos de inocencia.



Parecía como si toda la escuela estuviera allí esperándonos. Al colocar las enormes velas con anticipación, las gemelas de hecho habían situado el escenario, así que los iniciados y los vampiros se habían reunido alrededor utilizando el enorme roble como punto central y cabeza visible del círculo que estábamos a punto de invocar.

Me alegré de ver allí a todos los Hijos de Érebo. Los guerreros se habían situado a lo largo del perímetro exterior del círculo, pero también habían tomado posiciones en lo alto del enorme muro de piedra y ladrillo que rodeaba la escuela. Yo sabía que probablemente no serían más que un maldito engorro para Stevie Rae y los iniciados rojos a la hora de entrar, pero entre los cuervos del escarnio, Kalona y quien quiera que hubiese matado a los vampiros, su presencia me hacía sentirme más segura.

Jack y yo nos quedamos a un lado mientras Damien, las gemelas y Aphrodite se colocaban en sus puestos, mirando hacia el interior del círculo, con las velas de colores en las manos, representando cada uno a su elemento. Desde donde yo estaba solo podía distinguir la mesa de festejos de Nyx que a veces colocábamos en el centro del círculo, y eso poniéndome de puntillas. Supuse que aquella noche tendría frutos secos y conservas en vinagre, como correspondía a un mes de duro invierno, junto con la copa ritual de vino y cosas así. También me pareció ver a alguien de pie junto a la mesa, pero había demasiada gente en medio como para estar segura.

—¡Feliz encuentro! —me saludó Shekinah.

—Feliz encuentro —la saludé yo con una sonrisa.

—¿Qué tal está tu abuela?

—Estable —dije yo.

—Consideré la posibilidad de cancelar el ritual o, al menos, posponerlo, pero Neferet se mostró muy firme, diciendo que todo debía seguir tal y como estaba previsto. Parecía creer que eso era importante para ti.

Yo traté de demostrar interés y al mismo tiempo neutralidad por lo que Neferet había dicho.

—Bueno, yo creo que el ritual es importante, y no me gustaría que se cancelara por mi culpa —dije yo.

Miré a mi alrededor. Era extraño que Neferet no anduviese por allí cerca, dispuesta a pincharme. Estaba convencida de que la única razón por la que había insistido en celebrar el ritual aquella noche era porque sabía que yo estaba distraída a causa del accidente de mi abuela.

—¿Dónde está Neferet?

Shekinah miró detrás de sí, y entonces yo la vi fruncir el ceño y echar un rápido

vistazo hacia la gente reunida.

—Estaba justo detrás de mí. Es extraño, pero ahora mismo no la encuentro...

—Probablemente habrá formado parte ya del círculo —dije yo.

Esperaba que mi rostro no delatara el temor que comenzaba a invadirme conforme oía sonar las campanas de advertencia en mi cabeza. Alcé la vista hacia donde estaba Jack, trajinando con el equipo de audio.

—Bueno, creo que debería de empezar.

—¡Ah!, casi se me olvida decírtelo. De hecho, esperaba que te lo dijera Neferet —dijo Shekinah, que hizo una pausa para buscar nuevamente a Neferet—. No importa, lo que tengo que contarte es fácil. Neferet me ha dicho que tú no habías realizado jamás ningún ritual de purificación tan largo y que, como eres una iniciada tan joven, es posible que no sepas que durante un ritual de este tipo tienes que mezclar la sangre de un vampiro con el vino del sacrificio que vas a ofrecerle a los elementos.

—¿Qué?

Era imposible que la hubiera oído bien.

—Sí, de hecho es una cosa muy sencilla. Erik Night se ha ofrecido voluntario no solo para llamarte al círculo, ocupando el lugar del pobre Loren Blake, sino también para interpretar el papel tradicional del consorte de la sacerdotisa y ofrecerte su sangre en sacrificio. He oído decir que es un actor excelente, así que esta noche lo hará muy bien. Tú solo tienes que hacer tu papel cuando él te de la señal.

—¡Esa era la sorpresa de la que te hablaba! —exclamó Jack, que apareció de pronto al lado de Shekinah—. Bueno, lo de que Erik iba a llamarte al círculo, quiero decir. Lo de la sangre es otra historia —dijo el chico, que aún era un iniciado demasiado joven como para sentirse afectado por la sangre. No como otros, como por ejemplo yo—. ¿No es guay que Erik se presentara voluntario?

—¡Oh, sí, muy guay! —contesté yo, sarcástica.

—Voy a ocupar mi puesto —dijo Shekinah—. Bendita seas.

Yo musité un «Bendita seas» en respuesta y me giré de nuevo hacia Jack.

—¡Jack! —susurré con agresividad—, ¡el hecho de que Erik tome el puesto de Loren no es una buena sorpresa!

Jack frunció el ceño.

—Damien y yo creímos que lo sería. Demuestra que quizá podáis volver a hablar el uno con el otro.

—¡Pero no delante de toda la escuela!

—¡Ah! *Mmm...* no se me ocurrió pensar eso —contestó Jack, cuyos labios comenzaron a temblar—. ¡Lo siento! De haber sabido que ibas a enfadarte, te lo habría dicho de inmediato.

Yo me pasé una mano por la frente y me retiré el pelo de la cara. Solo faltaba que

Jack rompiera a llorar en ese momento. No, solo me faltaba tener que enfrentarme a un Erik más sexi que nunca y a su deliciosa sangre delante de toda la escuela. Bien, de acuerdo, me dije. Solo tenía que seguir respirando. Había salido airoso de situaciones más difíciles que aquella.

—¿Zoey? —me llamó Jack medio llorando.

—Jack, no pasa nada. En serio. Estaba... bueno, sorprendida. Que es de lo que se trata con las sorpresas, ¿no? Pero ahora ya estoy bien.

—Va-vale. ¿Seguro? ¿Estás lista?

—Sí, y sí —dije antes de que me arrepintiera y saliera corriendo en la dirección opuesta—. Pon la música.

—¡Déjalos de piedra, Z! —exclamó Jack, que corrió hacia el equipo de audio para encenderlo y que empezara la música.

Yo cerré los ojos para comenzar la lenta y profunda respiración que me ayudaría a despejar la mente y prepararme para invocar a los elementos y formar el círculo. Pero por culpa de la sorpresa de Erik, se me olvidó por completo decirle a Jack que le echara un vistazo de vez en cuando a la cámara oculta.

Como siempre, yo no era más que un manojo de nervios hasta el momento de dirigirme al círculo y dejarme llevar por la música. Aquella noche la banda sonora de *Memorias de una geisha* resultó evocadora y muy bella. Alcé los brazos y dejé que mi cuerpo se moviera graciosamente hacia la orquesta. Entonces la voz de Erik se unió a la música y a la noche, creando magia.

Bajo las estrellas doradas,
bajo la luna resplandeciente,
la noche cura las heridas
del mediodía ardiente...

Las palabras del poema captaron mi atención; pronto me sentí transportada por la marea de la voz de Erik. Eché atrás la cabeza y dejé que mi pelo cayera por la espalda mientras iba entrando lentamente en el círculo, sorteando las olas de las palabras con la música, la danza y la magia.

... y por eso te digo
una vez acabe la lid
si tu corazón está colmado de odio
déjalo partir...

Me moví alrededor del círculo. Me encantaba el poema que estaba recitando Erik: era perfecto para la ocasión. Ahora sabía que antes, cuando Loren me había llamado

al círculo, había aprovechado la oportunidad para seducirme y confundirme. Él no había reflexionado sobre lo que debía significar el ritual para mí o para el resto de los iniciados. Ni siquiera para Nyx. Los motivos de Loren siempre habían sido egoístas. En ese momento lo veía tan claramente que me pregunté cómo podía haberme engañado de aquel modo. Erik, en cambio, era completamente distinto. Comparar a Loren con Erik era como comparar la noche y el día. El poema que había elegido Erik era sobre el perdón y la curación, y aunque habría sido bonito pensar que en parte él se refería a mí, yo sabía que su primer pensamiento había sido para la escuela y para los chicos, que estaban tratando de superar la muerte de dos profesores.

El día de la afrenta
ya pasó.
Fuera cual fuera la ofensa
se acabó.
Olvida, perdona las faltas,
y el sueño hallarás
bajo las estrellas doradas
y la luna plateada.

El poema terminó y yo me uní a Erik en el centro del círculo, ante la mesa de Nyx. Alcé la vista hacia él. Era alto y estaba impresionantemente guapo, todo vestido de negro; intensificaba el color negro de su pelo y resaltaba el azul de sus ojos.

—Hola, sacerdotisa —dijo él en voz baja.

—Hola, consorte —contesté yo.

Él me saludó formalmente: inclinó bastante la cabeza y cerró el puño contra el corazón. Luego se giró hacia la mesa y, por último, volvió hacia mí con la copa de plata profusamente decorada de Nyx en una mano y el cuchillo ceremonial en la otra. Bueno, cuando digo «ceremonial» no me refiero a que fuera de juguete. Estaba afilado, y bastante, pero además era bonito y estaba tallado con las palabras y los símbolos sagrados de Nyx.

—Necesitarás esto —dijo él, tendiéndome el cuchillo.

Yo lo cogí. Me alteraba la forma en que la luz de la luna se reflejaba sobre la hoja del cuchillo. No tenía ni idea de qué hacer a continuación. Por suerte, la música seguía sonando y la muchedumbre de gente que nos observaba se balanceaba suavemente al son de la hipnótica melodía de la geisha. En otras palabras: nos observaban, pero relajadamente y sin prisas, y mientras nosotros habláramos en voz baja, no podrían oírnos. Desvié la vista hacia Damien, y él alzó ambas cejas varias veces y me guiñó un ojo. Rápidamente miré a otro lado.

—¿Zoey?, ¿estás bien? —susurró Erik—. Sabes que apenas vas a hacerme daño,

¿verdad?

—¿No?

—No habías hecho esto nunca, ¿cierto?

Yo sacudí la cabeza ligeramente.

Él rozó mi mejilla por un segundo.

—Siempre se me olvida lo nuevo que es todo esto para ti. Bueno, es fácil. Yo levanto la mano derecha, con la palma hacia arriba, justo por encima de la copa — explicó Erik mientras alzaba la copa, que se había cambiado de mano previamente. Pude oler el vino tinto que casi la llenaba—. Tú alzas la daga por encima de la cabeza, saludas en las cuatro direcciones, y después me rajas la palma de la mano.

—¡Rajar! —exclamé yo, e inmediatamente tragué.

Él sonrió.

—Cortar, rajar, como quieras llamarlo. Simplemente recorre todo a lo largo la parte más carnosa de la mano, bajo el pulgar, con la daga. Está muy afilada, así que basta con eso. Yo giraré la mano, y mientras tú me das las gracias en nombre de Nyx por mi sacrificio, la sangre irá cayendo en la copa y mezclándose con el vino. Después de un rato cerraré el puño, y entonces tú le llevarás la copa a Damien y podrás comenzar a invocar el círculo. Esta noche le darás un trago de vino a cada uno de los representantes de los elementos. De esa forma purificarás ritualmente los elementos antes de purificar la escuela. ¿Entendido?

—Sí —contesté yo con voz trémula.

—Entonces, adelante. No te preocupes. Lo harás bien —dijo él.

Yo asentí y alcé la daga por encima de la cabeza.

—¡Viento! ¡Fuego! ¡Agua! ¡Tierra! ¡Yo os saludo! —exclamé yo, girando la daga del este al sur, al oeste y al norte, y llamando a cada uno de los elementos por orden.

Comencé a notar que mis nervios se relajaban al sentir como crecía el poder de los elementos a mi alrededor; parecían ansiosos por acudir a mi llamada. Bajé la daga mientras resonaba aún el eco de mi saludo. Apreté la punta contra la base del pulgar de Erik, que él sostuvo inmóvil, y después, con un solo y rápido movimiento, deslicé la cuchilla, mortalmente afilada, hasta atravesar la palma de la mano tal y como él me había dicho.

La fragancia de su sangre me embriagó de inmediato, cálida y oscura e increíblemente deliciosa. Hechizada, observé brillar las gotas como si fueran rubíes, y entonces Erik giró la mano de modo que cayeran sobre la copa de vino. Yo alcé la vista hacia sus claros ojos azules.

—En nombre de Nyx, te doy las gracias por tu sacrificio de esta noche y por tu amor y tu lealtad. Nyx te bendice y te ama a través de su sacerdotisa.

Entonces me incliné y le besé el dorso de la mano herida.

Al encontrarse de nuevo nuestras miradas, yo vi que sus ojos brillaban más que de

costumbre y pensé que su rostro expresaba más ternura y que su gesto era más íntimo. Pero no supe descifrar si estaba solo interpretando su papel como consorte de Nyx, o si realmente estaba experimentando los sentimientos que mostraba su semblante. Erik cerró el puño y volvió a saludarme formalmente, diciendo:

—Ahora soy, y siempre seré, leal a Nyx y a su alta sacerdotisa.

No tuve tiempo de seguir preguntándome si de verdad hablaba de mí o si sencillamente estaba interpretando su papel. Tenía cosas que hacer. Así que cogí la copa de vino mezclado con sangre y me dirigí hacia Damien. Me detuve ante él. Damien alzó la vela amarilla y me sonrió.

—Viento, me eres tan querido y te siento tan familiar como el mismo soplo de la vida. Esta noche necesito tu fuerza para purificar el aliento estancado de la muerte y del miedo y apartarlo de nosotros. ¡Te pido que vengas a mí, viento!

Aquel ritual era un tanto diferente de los de siempre, pero era evidente que Damien había sido más precavido que yo, porque tenía listo el mechero para encender la vela. Nada más encenderla, los dos nos vimos rodeados por un ligero y suave tornado de aire perfectamente controlado. Damien y yo nos sonreímos mutuamente, y entonces yo alcé la copa para que él diera un sorbo.

Me moví en el sentido de las agujas del reloj, hacia Shaunee, que sujetaba la vela roja y sonreía con entusiasmo.

—Fuego, tú calientas y purificas. Esta noche necesitamos tu poder de purificación para quemar la negrura de nuestros corazones. ¡Ven a mí, fuego!

Como siempre, no hizo falta que nadie tocara la vela de Shaunee con ningún mechero: la vela estalló en una gloriosa llama por sí sola, haciéndonos rebosar de calor y guiándonos con la luz del corazón del fuego. Yo alcé la copa para Shaunee, y ella dio un trago.

Del fuego pasé al agua y a Erin, que sujetaba la vela azul.

—Agua, nos acercamos a ti sucios y resurgimos de ti purificados. Esta noche te pido que nos liberes de cualquier mancha que haya podido quedar aferrada a nosotros. ¡Ven a mí, agua!

Erin encendió la vela, y juro que pude oír el rugido de las olas en la playa y sentir el frío del rocío contra mi piel. Alcé la copa para Erin, y después de beber, ella me susurró:

—¡Buena suerte, Z!

Yo asentí y caminé resuelta hacia Aphrodite, que estaba pálida y tensa, sosteniendo la vela verde que indudablemente saldría volando en cuanto invocáramos a la tierra.

—¿Dónde está? —le pregunté yo con un susurro, moviendo apenas los labios.

Aphrodite se encogió muy leve y nerviosamente de hombros.

Yo cerré los ojos y recé. *Diosa, cuento contigo para que esto funcione. O, al*

menos, si hago el ridículo, espero que me saques de aquí de algún modo. Otra vez. Cuando abrí los ojos, ya había tomado una decisión. En realidad, el hecho de que Stevie Rae no apareciera no cambiaba nada en absoluto. De todos modos, yo iba a contarlo todo. Algunos me creerían aun sin pruebas. Otros no. Yo aprovecharía las oportunidades según se me fueran presentando. Sabría que estaba diciendo la verdad, igual que mis amigos.

Así que en lugar de comenzar por invocar a la tierra, le guiñé un ojo a Aphrodite y susurré:

—Bueno, allá vamos.

Entonces me giré hacia el interior del círculo y hacia la multitud de observadores, que me miró inquisitivamente.

—Ahora debería de invocar a la tierra. Todos lo sabemos. Pero hay un problema. Todos habéis visto que Nyx le concedió a Aphrodite la afinidad por la tierra. Y así fue, verdaderamente. Pero resulta que ese don fue solo una concesión temporal, porque Aphrodite tenía que guardarle ese elemento a la persona que realmente representa a la tierra: Stevie Rae.

Nada más decir su nombre, se produjo un revuelo en el enorme roble y en las oscuras ramas que se extendían sobre todas nuestras cabezas, y entonces Stevie Rae se dejó caer graciosamente desde la rama que había justo encima de Aphrodite y de mí.

—¡Jolines!, Z, sí que has tardado en llamarme —dijo Stevie Rae, que se acercó a Aphrodite y tomó la vela verde que ella le tendía—. Gracias por mantener calentito mi puesto.

—Me alegro de que hayas venido —contestó Aphrodite, que de inmediato se echó a un lado para que Stevie Rae pudiera ocupar su lugar.

Stevie Rae ocupó la posición de la tierra, se volvió hacia el interior del círculo, se retiró la melena rizada rubia de la cara y sonrió a todo el mundo mientras el intrincado tatuaje rojo de parras, pájaros y flores resplandecía con tanto brillo como su sonrisa.

—Bueno, ahora ya sí que puedes invocar a la tierra.



Naturalmente, entonces se desató un infierno. Los Hijos de Érebo comenzaron a vociferar y a acercarse al centro del círculo. Los vampiros gritaron del puro susto, y juro que algunas niñas llegaron a berrear.

—¡Oh, oh! —oí murmurar a Stevie Rae—. Será mejor que arregles esto, Z.

Yo me giré para mirar a Stevie Rae. No tenía tiempo para tonterías, así que comencé:

—¡Tierra, ven a mí!

Por un segundo quise enloquecer al ver que no tenía mechero y, por supuesto, Stevie Rae tampoco. Pero, tan imperturbable como siempre, Aphrodite se inclinó, encendió el mechero que sostenía y prendió la vela. De inmediato nos rodearon las fragancias y los sonidos de una pradera en verano.

—Toma, bebe un trago —dije yo mientras alzaba la copa.

Stevie Rae le dio un buen sorbo. Yo la miré con el ceño fruncido.

—¿Qué? —susurró ella—. Erik está bueno.

Yo giré los ojos en las órbitas y volví al centro del círculo, desde donde Erik miraba a Stevie Rae con la boca abierta. Alcé un brazo por encima de la cabeza y dije:

—¡Espíritu, ven a mí!

Lo llamé sin más preámbulos. Y así, acelerada, tomé el mechero ceremonial de la mesa de Nyx y encendí la vela púrpura del espíritu que había sobre la misma mesa. Y luego yo también di un gran trago del vino mezclado con sangre.

¡Eso sí que fue un arrebató alucinante! Stevie Rae tenía razón, Erik estaba bueno, pero eso yo ya lo sabía. Embriagada de euforia con el vino, la sangre y el espíritu, me separé de la mesa. No podía estar más orgullosa de mis amigos. Mantenían sus posiciones y elevaban cada uno su vela sin perder el control de los elementos, de modo que el círculo permanecía fuerte e inquebrantable. Caminé por el interior de la luminosa circunferencia que formaba el hilo circular que yo misma había invocado, elevé la voz y comencé a gritar por encima del pandemónium que nos rodeaba.

—¡Casa de la Noche, escuchadme!

Todo el mundo se calló al oír que el poder de la diosa magnificaba mi voz. Hasta yo misma estuve a punto de callarme, atónita. Pero me aclaré la garganta y comencé de nuevo, y en esa ocasión no hizo falta el grito de una diosa sobre los chillidos de la multitud.

—Stevie Rae no murió. Atravesó otro tipo de cambio. Fue duro para ella y casi le costó su humanidad, pero lo superó y ahora es un nuevo tipo de vampiro.

Caminé lentamente por el interior del círculo mientras daba explicaciones, procurando mirar a los ojos a cuantas personas podía.

—Sin embargo Nyx jamás la abandonó. Como veis, sigue teniendo afinidad por la tierra; un don que le fue concedido en una ocasión, y que ahora Nyx le ha devuelto.

—No comprendo. ¿Esa chica es una iniciada que murió, y que ahora ha resucitado? —preguntó Shekinah, que dio un paso adelante y se quedó de pie junto a Stevie Rae, a la que miró con severidad.

Antes de que yo pudiera responder, Stevie Rae se me adelantó:

—Sí, señora. Es cierto que estuve muerta. Pero después regresé, aunque ya no volví a ser la misma. Me perdí a mí misma o, al menos, la mayor parte de mi ser, pero Zoey, Damien, Shaunee, Erin y sobre todo Aphrodite me ayudaron a reencontrarme conmigo misma, y en ese momento descubrí que me había transformado en un tipo de vampiro distinto —dijo Stevie Rae al tiempo que señalaba su precioso tatuaje rojo.

Aphrodite dio un paso adelante y entró dentro del círculo de plata brillante. Yo esperaba verla salir volando, verla salir despedida hacia atrás o algo peor, pero en lugar de eso el hilo le cedió el paso y le permitió llegar hasta mí. Al llegar a mi lado vi que toda su silueta estaba perfilada por esa misma luz plateada que formaba el hilo de nuestro círculo.

—Cuando Stevie Rae cambió, yo también cambié —dijo Aphrodite, que alzó una mano y, restregándose rápidamente el perfil de la luna creciente azul, se lo borró. Oí gritos ahogados, pero ella continuó—. Nyx me convirtió en humana, pero soy un nuevo tipo de humana, igual que Stevie Rae es un nuevo tipo de vampiro. Soy una humana bendecida por Nyx. Sigo teniendo el don de las visiones que Nyx me concedió cuando era una iniciada. La diosa no me ha vuelto la espalda.

Nada más terminar, Aphrodite alzó orgullosamente la cabeza hacia la Casa de la Noche como si quisiera retar a cualquiera que se atreviera a volver a hablar mal de ella.

—Así que tenemos un nuevo tipo de vampiro y un nuevo tipo de humano —concluí entonces yo. Miré a Stevie Rae y ella sonrió y asintió—. Y también tenemos un nuevo tipo de iniciado.

Nada más terminar de decirlo, pareció como si llovieran iniciados del roble. Tomé nota mentalmente para preguntarle después a Stevie Rae cómo diablos se las había apañado para esconder a tantos chicos allí arriba, porque fácilmente conté media docena o así. Reconocí a Venus, que sabía que había sido la antigua compañera de habitación de Aphrodite, y por un momento me pregunté si ellas dos habrían hablado. También vi al detestable Elliot, quien juro que seguía sin gustarme. Estaban todos ahí de pie, dentro del círculo, desplegados a los lados de Stevie Rae y con aspecto de estar muy nerviosos, con sus lunas crecientes rojas brillantes, bien visibles en la frente.

Pude oír cómo algunos de los chicos de fuera del círculo lloraban y llamaban por su nombre a los iniciados rojos a los que reconocían como amigos o compañeros de habitación muertos, y lo lamenté por ellos. Sabía qué se sentía cuando uno creía que un amigo estaba muerto y luego lo veía caminar, hablar y respirar otra vez.

—No están muertos —afirmé yo enérgicamente—. Son un nuevo tipo de iniciados, un nuevo tipo de personas. Pero son nuestra gente, y ya es hora de que les encontremos un lugar a nuestro lado y de que sepamos por qué Nyx los ha puesto entre nosotros.

—¡Mentira!

Más que un grito, esa palabra sonó como un alarido, pero tan alto que casi pude sentir cómo me taladraba los tímpanos. Se produjo un murmullo entre la multitud, y entonces la gente que estaba en el lado sur del círculo se dividió para dejar paso a Neferet.

Su aspecto era el de una diosa vengadora, y hasta yo me quedé sin habla ante su belleza natural. Llevaba un vestido negro que se le ajustaba a la grácil silueta y que le dejaba los suaves hombros blancos desnudos. El abundante cabello castaño caía suelto, haciendo ondas alrededor de su estrecha cintura. Sus ojos verdes brillaban, y sus labios eran del rojo intenso de la sangre fresca.

—¿Nos pides que aceptemos una perversión de la naturaleza como producto de la diosa? —preguntó Neferet con su voz grave y bellamente modulada—. ¡Esas criaturas estaban muertas! ¡Y deberían seguir muertas!

Pero la ira que bullía en mi interior rompió con su magnetismo.

—Tú sí que deberías saber más acerca de estas criaturas, como tú las llamas —contesté yo, enderezando los hombros y encarándome directamente con ella. Puede que yo no tuviera ni su voz, tan bien entrenada, ni su increíble belleza, pero tenía de mi parte la verdad y a mi diosa—. Tú trataste de utilizarlas. Trataste de deformarlas. Fuiste tú quien las mantuvo prisioneras hasta que Nyx las sanó y las liberó a través de nosotros.

Neferet abrió los ojos en una expresión de perfecta sorpresa.

—¿Me culpas de estas monstruosidades?

—¡Eh, que mis amigos y yo no somos monstruosidades! —exclamó Stevie Rae desde detrás de mí.

—¡Silencio, bestia! —ordenó Neferet—. ¡Ya basta! —añadió, al tiempo que se giraba para barrer con la mirada a toda la multitud presente—. Esta noche he descubierto a otra de las criaturas que Zoey y su gente han despertado de la muerte.

Neferet se inclinó para recoger algo que había en el suelo, a sus pies, y lo arrojó al centro del círculo. Yo reconocí la cartera de Jack, que al caer al suelo se abrió, desparramando todo su contenido: el monitor y la misma cámara oculta (que habría debido de estar bien escondida y a salvo en la morgue). Entonces Neferet escrutó a la

multitud hasta que dio con él, y nada más verlo, gritó:

—¡Jack! ¿Niegas que Zoey te obligó a poner esto en la morgue, donde encerrasteis el cuerpo del recientemente fallecido James Stark, de modo que ella pudiera ver en qué momento lo resucitaba su hechizo?

—No. Sí. ¡No fue así! —gritó Jack.

Duchess, que se apretaba contra las piernas del chico, aulló lastimosamente.

—¡Déjalo en paz! —gritó entonces Damien desde su posición en el círculo.

Entonces Neferet se giró en redondo hacia él.

—¿De modo que sigues cegado por ella? ¿Prefieres seguirla a ella antes que a Nyx?

Antes de que Damien pudiera responder intervino Aphrodite, que estaba justo a mi lado.

—¡Eh, Neferet!, ¿dónde está la insignia de tu diosa?

Neferet miró alternativamente a Damien y luego a Aphrodite. Fruncía el ceño con ira. Pero en ese momento todo el mundo la observaba y advertía que Aphrodite tenía razón: su exquisito vestido negro no llevaba la insignia de Nyx sobre el pecho. Y entonces yo noté otra cosa. Neferet llevaba un colgante que yo no había visto jamás. Parpadeé; no estaba segura de haberlo visto bien. Pero sí, me dije, sabía lo que era. Llevaba dos alas colgando de una cadena de oro del cuello: dos alas negras grandes de cuervo, talladas en ónice.

—¿Qué llevas colgado al cuello? —pregunté entonces yo.

Neferet se llevó automáticamente las manos al cuello para acariciar las alas negras que le caían entre los pechos.

—Las alas de Érebo, el consorte de Nyx.

—¡Eh...!, disculpa, pero no. Esas no son las alas de Érebo —negó Damien—. Las alas de Érebo son de oro. Jamás son negras. Tú misma me lo enseñaste en clase de sociología vampírica.

—¡Ya he soportado bastante esta cháchara sin sentido! —soltó entonces Neferet—. ¡Ha llegado la hora de terminar con esta farsa!

—¿Sabes?, me parece una buena idea —dije yo.

No había hecho más que comenzar a mirar a mi alrededor, buscando a Shekinah con la vista, cuando Neferet dio un paso, se echó a un lado y torció un dedo hacia una sombra que, en ese mismo momento, pareció materializarse a su lado.

—¡Ven a mí, y enséñales esta noche qué es lo que han creado!

El aullido de agonía de *Duchess* y sus conmovedores gemidos quedarán para siempre grabados en mi mente junto con la primera imagen del nuevo Stark. Caminaba como si fuera un fantasma. Su piel era misteriosamente pálida y sus ojos rojos, del color de la sangre corrompida. La luna creciente de su frente también era roja, igual que la de los iniciados que estaban en el interior del círculo. Pero él era

distinto. La cosa en la que Stark se había convertido se fue acercando hasta quedarse de pie junto a Neferet, mirándonos con los ojos brillantes de un loco. Al verlo, yo sentí que iba a vomitar.

—¡Stark! —lo llamé yo.

Mi intención había sido llamarlo por su nombre en voz alta y fuerte, pero lo que salió de mi boca fue poco más que un murmullo roto.

A pesar de todo él giró la cara hacia mí. Vi cómo el rojo de sus ojos se apagaba, y por un momento creí atisbar al chico al que yo había conocido. Pero fue solo un instante.

—¡Zzzzoey...!

Pronunció mi nombre medio silbándolo, y eso me dio esperanzas por un segundo.

Di un paso a tientas hacia él.

—¡Sí, Stark, soy yo! —dije, tratando por todos los medios de no echarme a llorar.

—Tttte dije que volvería a por ti —murmuró él.

Sonreí. Las lágrimas se iban agolpando en mis ojos mientras me acercaba paso a paso hacia él, que permanecía de pie, justo fuera del círculo. Yo había abierto la boca para decirle que todo saldría bien, que ya encontraríamos el modo de arreglarlo todo. Pero de pronto Aphrodite se acercó a mi lado. Me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia atrás para apartarme del borde del círculo.

—¡No te acerques a él! —me susurró Aphrodite—. Es una trampa de Neferet.

Yo quería soltarme la mano. Sobre todo al oír la voz de Shekinah, procedente del otro extremo del círculo, que decía:

—Lo que le han hecho a ese pobre chico es horrible, Zoey. Tengo que insistir en que acabes con el ritual por esta noche. Nos llevaremos a los iniciados adentro y nos pondremos en contacto con el Consejo de Nyx para que vengan todos a juzgar estos acontecimientos.

Sentí cómo los iniciados rojos se revolvían nerviosos a mi espalda, tratando de llamar mi atención, que entonces aparté de Stark. Me giré y miré a los ojos a Stevie Rae.

—Todo irá bien. Es Shekinah. Ella conoce la diferencia entre la verdad y la mentira.

—¡Yo conozco la diferencia entre la verdad y la mentira, y mi juicio vale más que el de un Consejo lejano! —oí yo gritar a Neferet.

De inmediato me giré hacia ella y grité:

—¡Te descubrirán! ¡Yo no le he hecho nada de esto ni a Stark, ni al resto de los iniciados rojos! ¡Fuiste tú, y ahora vas a tener que enfrentarte a lo que has originado!

La sonrisa que esbozó Neferet entonces fue más bien una carcajada.

—¡Y sin embargo es a ti a quien llama la criatura!

—¡Zzzzoey! —volvió a llamarme Stark.

Me quedé mirándolo, tratando de ver en aquel rostro atormentado al chico al que yo había conocido.

—Stark, lamento mucho que te haya ocurrido esto.

—¡Zoey Redbird! —exclamó la voz de Shekinah, que en esa ocasión sonó como un látigo—. ¡Rompe el círculo ya! Todos estos acontecimientos serán examinados por aquellos en cuyo juicio podemos confiar. Y, mientras tanto, yo cuidaré de ese pobre iniciado.

Por alguna razón, la orden de Shekinah hizo que Neferet se echara a reír.

—Esto me da mala espina —dijo entonces Aphrodite, al tiempo que tiraba de mí hacia el interior del círculo.

—A mí también —confirmó Stevie Rae desde su posición, al norte del círculo.

—No rompas con el círculo —aconsejó Aphrodite.

Entonces, en medio de aquel caos, la voz de Neferet atravesó el espacio del círculo y llegó hasta mí como un susurro: «Si no rompes el círculo, parecerás culpable. Pero si lo rompes, serás vulnerable. ¿Qué vas a elegir?».

Yo miré a Neferet a los ojos.

—Elijo el poder del círculo y de la verdad —afirmé yo.

Neferet esbozó una sonrisa victoriosa. Entonces se giró hacia Stark.

—Apunta hacia la marca verdadera: aquella que hará a la tierra sangrar. ¡Ahora! —le ordenó Neferet a Stark. Vi a Stark quedarse inmóvil, como si estuviera luchando consigo mismo—. Haz lo que te he dicho, y te concederé el deseo de tu corazón.

Neferet había susurrado esas últimas palabras en voz muy baja, para que las oyera solo Stark. Pero yo supe leer sus labios rojos como rubíes. Y el efecto que tuvieron sobre él fue instantáneo. Los ojos de Stark lanzaron un destello rojo y, con la rapidez de una serpiente, alzó el arco que sujetaba y que yo ni siquiera había visto, apuntó y disparó. La flecha trazó una línea mortal y fue a clavarse sobre el centro exacto del pecho de Stevie Rae con tal fuerza, que se hundió hasta quedar fuera solo el extremo final, decorado con plumas oscuras.

Stevie Rae soltó un grito ahogado y cayó al suelo; se desmoronó por completo. Yo grité y corrí hacia ella. Oí cómo Aphrodite les chillaba a Damien y a las gemelas para que no rompieran el círculo, y la bendije en silencio por mantener la cabeza fría en esos momentos. Al llegar hasta donde estaba Stevie Rae me dejé caer al suelo, a su lado. Ella respiraba con dificultad: inhalaba deprisa y poco profundamente, y tenía la cabeza inclinada.

—¡Stevie Rae! ¡Oh, mi diosa, no! ¡Stevie Rae!

Lentamente Stevie Rae alzó la cabeza y me miró. Le salía mucha sangre del pecho: más sangre de la que nunca creí que pudiera albergar el cuerpo de nadie. Empapaba con ella la tierra y formaba charcos entre las raíces del enorme roble. Ver la sangre me hechizó. Pero no por su dulzura ni por su fragancia embriagadora, sino

porque me di cuenta de lo que parecía. Parecía como si la tierra estuviera sangrando al pie del enorme roble.

Me quedé mirando a Neferet por encima del hombro. Ella esbozaba una sonrisa triunfal. Estaba de pie, justo al borde del círculo pero fuera de él. Stark había caído de rodillas a su lado y me miraba, pero sus ojos ya no eran rojos; por el contrario, parecía estar horrorizado.

—¡Neferet, tú eres el monstruo, y no Stevie Rae! —chillé yo.

Mi nombre ya no es Neferet. A partir de esta noche llámame reina tsi sgili. Oí aquellas palabras en mi mente con tanta claridad como si Neferet hubiera estado a mi lado y me las hubiera susurrado al oído.

—¡No! —grité yo.

Y entonces la noche estalló.



A mis pies, la tierra, empapada con la sangre de Stevie Rae, comenzó a temblar y a ondularse como si hubiera dejado de ser tierra firme y se hubiera convertido en agua. Oí la voz de Aphrodite por encima de los alaridos de pánico de la multitud, tan tranquila como si solo les estuviera gritando a Damien y a las gemelas a propósito de lo tontos que eran al elegir las prendas de última moda.

—¡Ven hacia nosotros, pero no rompas el círculo!

—¡Zoey! —me llamó Stevie Rae entre jadeos. Alzó la vista y me miró. Sus ojos estaban repletos de dolor—. Escucha a Aphrodite. No rompas el círculo. ¡Pase lo que pase!

—Pero tú...

—¡No! No me estoy muriendo. Te lo prometo. Él solo me ha arrebatado la sangre, no la vida. ¡No rompas el círculo! —insistió Stevie Rae.

Yo asentí y me puse en pie. Erik y Venus eran quienes estaban más cerca de mí.

—Agarradla cada uno por un lado. Sostenedla. Ayudadla a sujetar la vela y, pase lo que pase, no dejéis que la vela se apague y se rompa el círculo —les ordené yo.

Venus parecía nerviosa, pero a pesar de todo asintió y se acercó a Stevie Rae. Erik, con el rostro pálido del susto, simplemente se quedó mirándome.

—Decídetes. Elige —le dije yo—. O estás con nosotros, o estás con Neferet y el resto.

Erik no vaciló.

—Elegí en el momento en el que me presenté voluntario para ser tu consorte esta noche. Estoy contigo.

Entonces se apresuró a ayudar a Venus y a sostener a Stevie Rae.

Yo caminé tambaleándome sobre la tierra ondulante y llegué hasta la mesa de Nyx justo a tiempo para recoger la vela púrpura del espíritu antes de que se volcara y se apagara. La sostuve con fuerza cerca de mí y me volví hacia Damien y las gemelas. Todos seguían las serenas instrucciones de Aphrodite y, en medio del caos de gritos que se producían fuera del círculo, caminaban juntos y lentamente, estrechando la circunferencia y el hilo de plata en dirección a Stevie Rae hasta que todos nosotros, es decir Damien, las gemelas, Aphrodite, Erik, los iniciados rojos y yo nos quedamos apiñados alrededor de Stevie Rae.

—Comenzad a apartarla del árbol —ordenó Aphrodite—. Todos juntos, sin romper el círculo. Tenemos que dirigirnos hacia la puerta oculta que hay en el muro. ¡Ahora!

Yo miré a Aphrodite, y ella asintió con solemnidad y añadió:

—Sé lo que va a ocurrir ahora, y no va a ser nada agradable.

—Entonces vámonos de aquí —respondí yo.

Comenzamos a movernos todos juntos. Dábamos pasitos cortos sobre la ondulante tierra, prestando especial atención a Stevie Rae, a las velas y al círculo, que tan importante parecía mantener encendido. Cualquiera habría creído que tanto iniciados como vampiros se interpondrían en nuestro camino o que al menos Shekinah nos diría algo pero, sin embargo, nuestro círculo solo parecía existir como una pequeña burbuja de serenidad en medio de un mundo de pronto inundado por la sangre, el pánico y el caos. Seguimos alejándonos del árbol, caminando pegados al muro, moviéndonos muy poco a poco y con mucha prudencia. Yo me di cuenta de que la hierba a nuestros pies por fin era más suave y estaba completamente seca, no empapada de la sangre de Stevie Rae, pero entonces oí las terribles carcajadas de Neferet, que me llegaron flotando y atravesaron el círculo.

Entonces, con un terrible ruido como de desgarró, el viejo roble se dividió en dos. Yo había estado caminando de espaldas y hacia atrás, ayudando a sostener a Stevie Rae de frente, así que tuve una clara visión del árbol cuando se partió en dos. De debajo de él, por el mismo centro del roble destrozado, surgió una criatura. Al principio no vi más que unas enormes alas negras que lo envolvían todo. Luego la criatura salió del roble partido, estiró su potente cuerpo y desenrolló sus alas del color de la noche.

—¡Oh, diosa mía!

El grito salió roto de mi garganta nada más ver por primera vez a Kalona. Era la cosa más bella que hubiera visto jamás en la vida. Su piel era lisa y sin tacha, y resplandecía con lo que parecía el beso de los amorosos rayos del sol. Su cabello era tan negro como las alas, y le caía suelto y abundante alrededor de los hombros, haciéndole parecer un guerrero de otros tiempos. Su rostro... ¿cómo podría describir jamás de un modo aproximado su bellísimo rostro? Era como una escultura que cobrara vida, y a su lado incluso el mortal más bello, ya fuera humano o vampiro, no habría parecido sino un lánguido e inútil esfuerzo por imitar su gloria. Sus ojos eran del color del ámbar y tan perfectos, que parecían casi de oro. De pronto me encontré a mí misma deseando perderme en él. Aquellos ojos me llamaban... me llamaban...

Tropecé y me detuve, y juro que habría roto el círculo en ese mismo instante para volver sobre mis pasos y arrojarme a sus pies de no haber alzado él los preciosos brazos y de no haber gritado con una voz grave, intensa y pletórica de poder:

—¡Levantaos conmigo, hijos!

Del hueco abierto en la tierra surgieron entonces tantos cuervos del escarnio que abarrotaron el cielo, pero fue el terror que me invadió al contemplar sus cuerpos terriblemente deformes lo que rompió el hechizo en el que me había envuelto la belleza de Kalona. Los cuervos chillaban y rodeaban a su padre, que reía a carcajadas

y alzaba muy alto los brazos, de modo que las alas de sus hijos lo acariciaran.

—¡Tenemos que salir de aquí! —siseó Aphrodite.

—¡Sí, y ahora! ¡Aprisa! —añadí yo, que por fin había vuelto completamente en mí.

La tierra había dejado de temblar, de modo que podíamos acelerar el paso. Yo seguía caminando de espaldas y pude observar, fascinada y horrorizada al mismo tiempo, como Neferet se acercaba al ángel recién liberado. Se detuvo ante él e hizo una profunda y elegante reverencia.

Él inclinó la cabeza con la dignidad de un rey. Sus ojos brillaban de lujurioso deseo al contemplarla.

—Mi reina —dijo él.

—Mi consorte —contestó Neferet.

Entonces ella se dio la vuelta hacia la multitud, que había dejado de arremolinarse y de correr, muerta del pánico, y contemplaba fascinada a Kalona.

—Este es Érebo, que por fin ha vuelto a la tierra —proclamó Neferet—. Inclinaos ante el consorte de Nyx y ante vuestro nuevo Señor en la tierra.

Muchos de los que estaban allí, sobre todo los iniciados, cayeron inmediatamente de rodillas. Yo busqué a Stark con la mirada, pero no lo vi por ninguna parte. Sí vi en cambio a Shekinah, que echó a caminar a grandes zancadas hacia delante, abriéndose paso por entre los iniciados que rendían culto al nuevo dios. Su sabio rostro expresaba cautela y tenía el ceño permanentemente fruncido. Muchos Hijos de Érebo se unieron a ella al verla. Parecían mantenerse alerta, pero no pude adivinar si ponían en cuestión la identidad de Kalona, como era evidente que hacía Shekinah, o si lo que querían era protegerlo a él de la alta sacerdotisa. Pero antes de que Shekinah pudiera abrirse camino entre la multitud y encararse al ángel resucitado, Neferet alzó una mano y la sacudió muy ligeramente. Fue un gesto tan leve e insignificante, que de no haberlo estado esperando sin duda no lo habría visto.

Shekinah abrió inmensamente los ojos, soltó un grito ahogado, se llevó una mano al cuello y cayó redonda al suelo. Los Hijos de Érebo corrieron hacia su cuerpo.

Y fue en ese momento cuando yo me saqué el móvil del bolsillo y marqué el número de la hermana Mary Angela.

—¿Zoey? —me respondió la hermana al primer timbrado.

—Salga de ahí. ¡Ahora mismo! —dije yo.

—Comprendo —contestó ella con la más profunda calma.

—¡Llévese a mi abuela! ¡Tiene que llevarse a mi abuela con usted!

—Por supuesto que me la llevaré. Tú ocúpate de ti y de tu gente. Yo cuidaré de ella.

—La llamaré en cuanto pueda.

Colgué. Al alzar la vista vi que Neferet volvía la atención entonces sobre

nosotros.

—¡Ya estamos! —exclamó Aphrodite—. ¡Abre la puerta!

—Está abierta —contestó una voz que me resultó familiar.

Yo miré para atrás, hacia el muro, y vi a Darius de pie, junto a la rendija de la puerta abierta que parecía surgir mágicamente en medio del muro de piedra y ladrillo. Y, con un enorme sentimiento de alivio, vi también a Jack de pie, al lado del guerrero, con los ojos como platos pero de una pieza, y con *Duchess* pegadita a su lado.

—Si estás con nosotros, entonces es que estás contra ellos —le dije a Darius, al tiempo queladeaba la barbilla hacia la Casa de la Noche y hacia los Hijos de Érebo que abarrotaban los terrenos de la escuela y que no hacían ni un solo movimiento en contra de Kalona.

—He hecho mi elección —contestó el guerrero.

—¿Podemos salir de aquí, por favor? ¡Ahora nos está mirando a nosotros! —exclamó Jack.

—¡Zoey! Necesitamos más tiempo —dijo Aphrodite—. Utiliza los elementos... todos juntos. ¡Protégenos!

Yo asentí y cerré los ojos para concentrarme. Vagamente, en lo más profundo de mi mente, sabía que Aphrodite les estaba ordenando a los iniciados rojos que permanecieran unidos y que no salieran del círculo a pesar de que, mientras nos apretujábamos para salir por la puerta trampa, la circunferencia estaba por completo aplastada y no tenía en absoluto la forma de una circunferencia. Pero yo estaba allí solo en parte. El resto de mí le estaba ordenando al viento, al fuego, al agua, a la tierra y al espíritu que nos protegieran, que nos ocultaran de la vista de Neferet. Y mientras los elementos se apresuraban a obedecerme, sentí como si me vaciara de energía como jamás en la vida me había vaciado. Por supuesto, tampoco nunca jamás había intentado gobernar a los cinco elementos de una sola vez para que hicieran un trabajo tan importante para mí; sentía como si mi mente y mi voluntad estuvieran en el esprín final de una maratón.

Apreté los dientes y aguanté. Los elementos formaron una nube a nuestro alrededor. Oí soplar al viento y olí la sal del océano; juntos formaron una fuerte brisa que giraba muy espesa a nuestro alrededor. Entonces se oyó un trueno en el cielo, repentinamente nublado, y con un terrible *crac* se produjo un destello de luz que cayó sobre un árbol a unos pocos metros, delante de nosotros. El árbol pareció expandirse al aumentar la tierra sus proporciones, así que yo pude abrir los ojos mientras seguía caminando de espaldas. Uno de los iniciados rojos me guiaba por la puerta trampa hacia nuestro grupito, completamente protegido por la furia de los elementos. Oí un maravilloso «*miauff*» en medio del caos, y al mirar a través de la puerta trampa vi a *Nala* sentada en el suelo, fuera de la escuela, en medio de un grupo de gatos entre los que se incluía la horrible y despeinada *Maléfica*, que estaba junto al odioso gato de

las gemelas, *Belcebú*.

Dirigí la vista una última vez hacia Neferet, que nos buscaba furiosamente a su alrededor. Resultaba evidente que no estaba dispuesta a admitir que, de un modo u otro, habíamos huido. Entonces la puerta trampa se cerró y nos apartó de la Casa de Noche.

—¡Bien, formad otra vez el círculo! ¡Estrechadlo! ¡Gemelas, estáis demasiado juntas! Deformáis la circunferencia. ¡Gatos! ¡Dejad ya de bufarle a *Duchess*! ¡Ahora no tenemos tiempo para eso! —gritó Aphrodite, que daba órdenes a diestro y siniestro igual que un sargento de instrucción.

—Los túneles —dijo entonces la débil voz de Stevie Rae, que pareció penetrar la noche.

Yo la miré. Apenas podía tenerse en pie. Erik la llevaba en brazos y la sostenía como a un bebé, con cuidado de no rozar la flecha que le salía por la espalda. Tenía el rostro blanco como la tiza, a excepción del tatuaje rojo.

—Tenemos que llegar a los túneles. Allí estaremos a salvo —añadió Stevie Rae.

—Stevie Rae tiene razón. Él no nos seguirá allí. Ni Neferet tampoco seguirá persiguiéndonos —confirmó Aphrodite.

—¿Qué túneles? —preguntó entonces Darius.

—Los que están debajo de la ciudad, los escondites secretos de la época de la prohibición. La entrada está por la estación abandonada del centro de la ciudad —expliqué yo.

—La estación. Eso está a casi cinco kilómetros de aquí o así, y hay que atravesar todo el centro de la ciudad —dijo Darius—. ¿Cómo vamos a...?

Sus palabras se desvanecieron cuando oímos chillidos horribles que resonaron por todas partes a nuestro alrededor, desde el exterior de la Casa de la Noche. Entonces comenzaron a estallar en el cielo ardientes bolas de fuego que eran como flores mortales terribles que florecieran.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Jack, acercándose más a Damien.

—Son los cuervos del escarnio. Están recuperando sus cuerpos, y están hambrientos. Se alimentan de humanos —contestó Aphrodite.

—¿Pueden utilizar el fuego? —preguntó Shaunee, que se mostró absolutamente cabreada.

—Pueden —respondió Aphrodite.

—¡Y una mierda! —exclamó Shaunee, que inmediatamente alzó los brazos.

Yo sentí que comenzaba crearse y a girar el calor en el aire a nuestro alrededor.

—¡No! —gritó Aphrodite—. Ahora no debes llamar la atención sobre nosotros. Esta noche no. Si lo haces, estamos perdidos.

—¿Es que has visto esto? —le pregunté entonces yo.

Aphrodite asintió.

—Esto y más. Aquellos que no se oculten bajo tierra serán sus presas.

—Entonces vámonos a los túneles de Stevie Rae —dije yo.

—¿Cómo? —preguntó una iniciada a la que yo no reconocí.

Parecía joven y estaba muy asustada.

Yo traté de prepararme mentalmente, a pesar de estar por completo exhausta por el hecho de tener que manipular los cinco elementos al mismo tiempo. No quería que los demás se dieran cuenta de lo agotadora que me resultaba esa tarea. Quería que creyeran que era fuerte y que estaba segura de mí misma; que controlaba la situación. Así que respiré hondo.

—Tranquilos. Yo sé cómo podemos movernos sin ser vistos. Lo he hecho antes —dije yo, sonriendo con cansancio en dirección a Stevie Rae y luego en dirección a Aphrodite—. Lo hemos hecho antes, ¿verdad que sí?

Stevie Rae asintió débilmente.

—Sí, así es —confirmó Aphrodite.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Damien.

—Sí, vamos a ponerlo en marcha —afirmó Erin.

—Lo mismo digo. Me están dando calambres de tanto apretujarme contra todo el mundo —musitó Shaunee que, evidentemente, seguía muy enfadada por el hecho de no poder luchar con fuego contra el fuego.

—El plan es este —propuse yo—. Nos convertimos en niebla y sombra, noche y oscuridad. No existimos. Nadie nos ve. Somos noche, y la noche somos nosotros.

Sentí un escalofrío, ya familiar para mí, recorrer todo mi cuerpo mientras lo explicaba, y luego vi a un iniciado rojo quedarse boquiabierto. Y entonces supe que no veían más que la niebla cubierta de oscuridad, rebosante de misterio. Pensé en lo extraño que era que me resultara más fácil confundirme con la noche en ese momento, mientras estaba agotada. Era como si sencillamente pudiera desvanecerme y dormir por fin...

—¡Zoey!

La voz de Erik me estremeció y me despertó de mi peligroso trance.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! —me apresuré a exclamar—. Y ahora vosotros, chicos. Concentraos. No es muy diferente de cuando os escapáis de la Casa de la Noche para encontraros con vuestros amigos o para ir a un ritual fuera del campus, solo que en esta ocasión tenéis que concentraos más. Podéis hacerlo. Sois niebla y sombra. Nadie puede veros. Nadie puede oíros. Aquí solo está la noche, y vosotros sois parte de la noche.

Observé a mi grupito producir un trémulo reflejo y comenzar a disolverse. El truco no era perfecto porque *Duchess* seguía siendo una sólida y enorme labradora rubia que, a diferencia de los gatos, era incapaz de confundirse con la noche, pero el chico al que se mantuvo pegada era poco más que una sombra.

—Y ahora adelante. Agarraos de las manos. No permitáis que nada se interponga en vuestra concentración. Darius, guíanos —dije yo.

Caminamos por lo que se había convertido en una pesadilla viviente de ciudad. Mucho después, yo me pregunté cómo habíamos logrado hacerlo, pero supe la respuesta en el momento mismo de hacerme la pregunta. Lo conseguimos porque la mano protectora de Nyx nos guió. Caminamos por su sombra. Nos transformamos en noche cubiertos bajo el manto de su poder, a pesar de que el resto de la noche se había convertido en una locura.

Había cuervos del escarnio por todas partes. Todo comenzó poco después de la medianoche de Nochevieja, de modo que aquellas horribles criaturas pudieron elegir a sus víctimas entre los achispados humanos que salían a borbotones de los locales, los restaurantes y las preciosas mansiones antiguas de los ricos propietarios del petróleo, porque al oír el crujido y los estallidos de fuego de los cuervos, creyendo que eran fuegos artificiales, todo el mundo salió a contemplar el espectáculo. Yo me pregunté con un extraño y distante sentimiento de horror cuántos de esos humanos alzarían la vista al cielo solo para ver la que sería su última visión: los terribles ojos rojos de unos hombres de rostros monstruosos, mirándolos desde arriba.

Antes de llegar a la mitad del camino, entre la calle Cincinnati y la Trece, comencé a oír las sirenas de la policía y del servicio de bomberos, además de disparos que me hicieron sonreír siniestramente. Al fin y al cabo estábamos en Oklahoma y a nosotros, los *okies*, nos encantan las armas. Sí, ponemos en práctica nuestra segunda enmienda con orgullo y con vigor. Ojalá supiera si las armas modernas son útiles contra las criaturas nacidas de la magia y el mito; de todos modos yo sabía que la pregunta no sería una incógnita por mucho tiempo. Pronto conoceríamos la respuesta.

Nada más llegar a la manzana en la que se hallaba la estación abandonada de Tulsa comenzó a caer una lluvia helada y a descender una horrible y húmeda niebla que nos caló hasta los huesos, pero que nos ayudó a ocultarnos aún más de las miradas penetrantes, ya fueran de humanos o de bestias.

Corrimos al sótano de la estación abandonada. No nos costó trabajo entrar: no tuvimos más que empujar una puerta batiente de barrotes de metal que parecía engañosamente bien cerrada. Nada más tragarnos la oscuridad del sótano, todo el grupo respiró aliviado.

—Bien, ahora ya podemos romper el círculo.

—Gracias, espíritu, puedes partir —comencé yo a decir. Me giré hacia Stevie Rae, que seguía en brazos de Erik—. Te estoy agradecida, tierra, puedes partir. —Erin estaba a mi izquierda. Le sonreí en medio de la oscuridad—. Agua, lo has hecho muy bien esta noche. Puedes partir. —Shaunee también estaba a mi izquierda, un poco más allá—. Fuego, gracias, por favor, parte ya —dije yo. Y por fin rompí el

círculo con el elemento que lo había iniciado—. Viento, tienes mi gratitud, como siempre. Puedes partir.

Y con un pequeño estallido y chisporroteo, el hilo de plata que nos había unido y nos había salvado a todos se desvaneció.

Yo apreté los dientes para luchar contra el agotamiento que amenazaba con acabar conmigo, y creo que me habría caído redonda al suelo de no haberme agarrado Darius del brazo, porque me temblaban las rodillas.

—Bajemos. Aún no estamos completamente a salvo —dijo Aphrodite.

Todos juntos nos dirigimos hacia el fondo del sótano, donde se encontraba la entrada a las alcantarillas y donde yo sabía que se ocultaba un amplio sistema de túneles. Volver a entrar en aquellos túneles fue para mí una experiencia tan surrealista como la misma noche que acabábamos de vivir. La última vez que había estado allí había sido en medio de una tormenta de nieve. Yo luchaba por proteger a Heath de Stevie Rae y de un puñado de iniciados a los que en ese momento, sin embargo, pretendía salvar.

¡Heath!

—¡Zoey, vamos! —exclamó Erik al verme vacilar.

Erik le tendió a Stevie Rae a Darius, de modo que él y yo fuimos las dos últimas personas del grupo que quedamos al nivel de la calle.

—Primero tengo que hacer dos llamadas telefónicas. Allí abajo no hay cobertura.

—Pues date prisa —dijo Erik—. Les diré que enseguida vamos.

—Gracias —contesté yo con una sonrisa cansada—. Me daré toda la prisa que pueda.

Erik asintió tenso y desapareció por la escalera metálica que bajaba a los túneles.

Me sorprendió que Heath respondiera al teléfono al primer timbrado.

—¿Qué es lo que quieres, Zoey?

—Escúchame, Heath. No tengo mucho tiempo. En la Casa de la Noche se ha liberado algo terrible. Va a ser un desastre, un completo desastre. No sé cuánto tiempo durará porque no sé cómo pararlo. Pero el único modo de estar a salvo es resguardarse bajo tierra. A esa cosa no le gusta estar bajo tierra. ¿Me comprendes?

—Sí —dijo él.

—¿Me crees?

—Sí —contestó él sin vacilar ni un instante.

Yo suspiré aliviada.

—Coge a toda tu familia y a todas las personas a las que quieras y llévalas bajo tierra. ¿No tenía la casa de tu abuelo un enorme sótano viejo?

—Sí, podemos ir allí.

—Bien, te llamaré otra vez en cuanto pueda.

—Zoey, ¿estás tú también a salvo?

El corazón se me encogió en el pecho.

—Sí, estoy a salvo.

—¿Dónde?

—Estoy en los viejos túneles bajo la estación —dije yo.

—¡Pero son peligrosos!

—No, no... ya no. No te preocupes. Tú mantente a salvo, ¿quieres?

—Vale —dijo él.

Colgué antes de poder decir algo que los dos habríamos lamentado después. Entonces marqué el segundo número al que tenía que llamar. Mi madre no contestó. Después de cinco timbrazos, saltó el buzón de voz. Su voz, excesivamente animada, respondió: «Esta es la residencia de los Heffer. Nuestra familia ama y teme a Dios y te desea que tengas un bendito día. Déjanos un mensaje. Amén». Puse los ojos en blanco y cuando oí el «bip» dije: «Mamá, vas a pensar que Satán se ha escapado del infierno y anda suelto por la tierra, y por una vez casi vas a acertar. La cosa anda mal, y el único modo de estar a salvo es meterse bajo tierra: en un sótano o en una cueva. Así que ve a la cripta de la iglesia y quédate allí, ¿vale? Te quiero, mamá. Ya me he asegurado de que la abuela esté a salvo también, está con las...». La comunicación se cortó. Suspiré y esperé que, por primera vez en mucho tiempo, mi madre me escuchara. Y después seguí a todos los demás y entré en los túneles.

El grupo me estaba esperando cerca de la entrada. Vi cómo parpadeaban las luces por el pasadizo que se prolongaba ante nosotros, oscuro y amenazador.

—He mandado a los iniciados rojos por delante para que vayan encendiendo las luces y todo eso —dijo Aphrodite, que entonces miró a Stevie Rae—. Y con lo de todo eso me refiero al ajeteo de conseguir mantas y ropa seca.

—Bien, eso está bien.

Me esforcé por pensar a pesar del agotamiento. Los chicos habían encendido unas cuantas lámparas de aceite de esas antiguas que uno lleva de la mano y que luego cuelga fácilmente de un gancho de la pared a la altura de la vista. Por eso me resultó sencillo ver la expresión de los rostros de mis amigos cuando me miraron. Todos los semblantes expresaban lo mismo. Incluso el de Aphrodite. Todos tenían miedo.

Por favor, Nyx, rogué yo en silencio, con fervor; dame fuerzas y ayúdame a expresar esto correctamente, porque el modo en que vivamos aquí dependerá del modo en que comencemos. Por favor, no dejes que lo fastidie todo.

No obtuve una respuesta en forma de palabras, pero sí sentí una ola de calor, de amor y de confianza que hizo que mi corazón latiera un poco erráticamente, y que me hizo sentirme pletórica otra vez.

—Sí, es horrible —comencé yo a decir—. Eso es innegable. Somos jóvenes. Estamos solos. Nos sentimos dolidos. Neferet y Kalona son poderosos y, por lo poco que sabemos, puede que tengan al resto de los iniciados y de los vampiros de su

parte. Pero nosotros tenemos algo que ellos jamás tendrán. Tenemos el amor, la verdad, y nos tenemos los unos a los otros. Y también tenemos a Nyx. Ella nos ha marcado a cada uno de nosotros y nos ha elegido de una manera muy especial a cada uno. Jamás ha habido un grupo como el nuestro: somos algo completamente nuevo.

Hice una pausa para mirar a cada uno de mis amigos a los ojos y sonreírles con confianza. Entonces Darius aprovechó para intervenir.

—Sacerdotisa, este mal no se parece a nada que yo haya sentido jamás. A nada de lo que haya oído hablar jamás. Es algo indomable, rebosante de odio. Al surgir de la tierra, sentí como si el mal hubiera renacido.

—Pero tú supiste reconocerlo, Darius. Mientras que muchos otros guerreros no. Yo vi las reacciones que suscitó. Los otros no agarraron sus armas ni trataron de escapar de allí como hiciste tú.

—Quizá un guerrero más valiente se habría quedado —dijo Darius.

—¡Tonterías! —exclamó Aphrodite—. Solo un guerrero más estúpido se habría quedado. Tú estás aquí con nosotros, y ahora tienes una oportunidad para luchar. Por lo poco que sabemos, esos otros guerreros o bien han sido aniquilados por los malditos pájaros, o bien están bajo algún tipo de extraño hechizo como el resto de los iniciados.

—Sí —afirmó Jack—. Nosotros estamos aquí porque hay algo diferente en nosotros.

—Algo especial —añadió Damien.

—¡Y tan especial! —corroboró Shaunee.

—Yo estoy contigo, gemela —dijo Erin.

—Sí, somos tan especiales, que cuando vas al diccionario a buscar «retrasados mentales» sale una foto nuestra —bromeó Stevie Rae con voz débil, aunque viva al fin y al cabo.

—Vale. Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Erik.

Todos me miraron a mí. Yo los miré a ellos.

—Bueno pues... idearemos un plan —propuse yo.

—¿Un plan? —repitió Erik—. ¿Y eso es todo?

—No. Idearemos un plan y después nos inventamos la forma de recuperar la escuela. Juntos —dije yo. Alargué la mano hacia el centro como si fuera una frívola jugadora de béisbol y pregunté—. ¿Estáis conmigo, chicos?

Aphrodite giró los ojos en las órbitas, pero la suya fue la primera mano que tapó la mía.

—Sí, yo estoy contigo —dijo ella.

—Y yo —dijo Damien.

—Yo también —dijo Jack.

—Lo mismo digo —dijeron las gemelas al unísono.

—Yo también —dijo Stevie Rae.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Erik, que puso la mano encima de todos y me sonrió con los ojos.

—¡Entonces vamos! —los animé yo—. ¡A por ellos!

Y mientras todos gritaban como bobos, imitándome, yo sentí como se me iba extendiendo un maravilloso hormigueo desde las puntas de los dedos hasta las palmas. Entonces supe que cuando sacara la mano del montón, me encontraría con un nuevo e intrincado tatuaje; un tatuaje que decoraría el dorso de mis manos como si fuera una antigua y exótica sacerdotisa, marcada especialmente con *henna* por la diosa. Así que, aún en medio de aquella locura, de aquel agotamiento y de aquel caos que nos había cambiado la vida, me sentí rebosante de paz con el gozoso conocimiento de que caminaba por la senda que deseaba mi diosa.

No es que esa senda fuera fácil o que estuviera exenta de baches. Pero aun así era mi senda y, como yo, era única.

Notas

[1] N. de la t.: Emisora de música *country*. <<

[2] N. de la t.: Calificación que en el sistema americano equivale a un sobresaliente.

<<